

LUIGI BARZINI

LA ARGENTINA VISTA COMO ES

Introducción, traducción y notas
a cargo de Silvia Pacheco



Ediciones Universidad
Salamanca

LA ARGENTINA VISTA COMO ES



LUIGI BARZINI

LA ARGENTINA VISTA COMO ES

Introducción, traducción y notas
a cargo de Silvia Pacheco



Ediciones Universidad
Salamanca

ET CAETERA, 98

© Ediciones Universidad de Salamanca y la autora

1.^a edición: febrero, 2026

ISBN: 978-84-1091-033-1 (PDF)

ISBN: 978-84-1091-193-2 (POD)

DOI: <https://doi.org/10.14201/0EC0098>

Ediciones Universidad de Salamanca

Plaza San Benito s/n

E-37002 Salamanca (España)

<http://www.eusal.es>

eusal@usal.es

Hecho en UE-Made in EU

Maquetación, impresión y encuadernación:

Gráficas Lope

C/ Laguna Grande, 2, Polígono «El Montalvo II»

www.graficaslope.com

37008 Salamanca. España



Usted es libre de: Compartir – copiar y redistribuir el material
en cualquier medio o formato

Ediciones Universidad de Salamanca no revocará mientras cumpla con los términos:

 Reconocimiento – Debe reconocer adecuadamente la autoría,
proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios.

Puede hacerlo de cualquier manera razonable,
pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador
o lo recibe por el uso que hace.

 NoComercial – No puede utilizar el material para una finalidad comercial.

 SinObraDerivada – Si remezcla, transforma o crea a partir del material,
no puede difundir el material modificado.

Ediciones Universidad de Salamanca es miembro de la UNE

Unión de Editoriales Universitarias Españolas www.une.es

Obra sometida a proceso de evaluación mediante sistema de doble ciego



Catalogación de editor en ONIX accesible en <https://www.dilve.es/>

*A mi madre; y a mis queridas tías y abuelos in
memoriam: recuerdo vivo, amor eterno y un legado
que perdura*

ÍNDICE

Introducción.....	11
Prefacio	17
El adiós	21
Hojeando una guía.....	27
Aquí y allá por Buenos Aires.....	35
Los deslumbrados.....	47
La crisis argentina – Demasiada Buenos Aires.....	57
Argentina y el capital inglés.....	65
Nuestras cartas desde la Argentina – Continuando.....	71
Las bases de la oligarquía argentina.....	83
Sobre la Argentina - El Gobierno en acción.....	93
La Justicia argentina	103
La Policía argentina.....	115
El Ejército argentino	125
El lujo en la Argentina.....	135
Riquezas y miserias.....	147
Yendo a la estancia	159
Vida estanciera.....	169
El trabajo italiano en la Argentina.....	179
Errores y defectos de la emigración italiana.....	191
Uniones y divisiones.....	203

ÍNDICE

Los hijos de los italianos.....	213
En los campos argentinos «peones... y medieros...».....	225
En los campos argentinos: los «colonos...».....	233
La tutela de la Madre Patria	245
Concluyendo sobre la Argentina.....	259
Bibliografía	267
Índice de obras.....	271
Índice de personas.....	273
Índice de instituciones.....	277
Índice de lugares.....	281

INTRODUCCIÓN

EL PRESENTE TRABAJO ABORDA la traducción y el análisis de la obra *L'Argentina vista com'è* del periodista italiano Luigi Barzini, publicada por el periódico *Corriere della sera*, a finales de 1902. La obra ofrece una perspectiva sobre la inmigración italiana en la República Argentina a principios del siglo XX.

En esta introducción contextualizaremos histórica, política y socialmente los relatos de Barzini, así como también hablaremos del propio autor, con el objeto de que el lector pueda dar cuenta de las circunstancias y características particulares en las que fue concebida la obra.

Seguidamente, haremos un breve análisis en el que razonaremos el porqué de la elección de *L'Argentina vista com'è* y la metodología empleada en la que indicaremos, también, los criterios de traducción utilizados para una mejor comprensión general de la misma.

La traducción del texto se enriquece con un amplio conjunto de notas explicativas, integradas al pie de página. Estas notas no solo brindan información adicional, sino que también incluyen comentarios que aclaran diversos puntos y proporcionan referencias a otras fuentes textuales.

Por último, con el objeto de facilitar al lector una búsqueda concreta, hemos elaborado diversos índices que incluyen a las personalidades, instituciones públicas y privadas y lugares referenciados a lo largo de la obra.

El fenómeno migratorio descrito por Barzini, en una serie de cartas al editor del *Corriere della sera*, abarca el periodo comprendido entre octubre de 1901 y septiembre de 1902. Veremos, entonces, cuál era el contexto histórico, político y social de Italia y Argentina en aquel momento.

Un éxodo masivo de italianos tuvo lugar entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Motivados por diversas adversidades, como crisis socioeconómicas, guerras, persecución religiosa y campos empobrecidos, estos inmigrantes buscaron refugio y oportunidades en las tierras americanas. Argentina, con su vasto territorio fértil, clima favorable y políticas gubernamentales que promovían la llegada de mano de obra extranjera, se presentó como el destino soñado para miles de italianos. De este modo, la nación sudamericana acogió a una oleada de inmigrantes que buscaban labrar un nuevo destino en paz y prosperidad.

«En América, gobernar es poblar», sostenía Juan Bautista Alberdi, quien, respecto a la política que convenía a la situación de la República Argentina, veía en la inmigración un medio de progreso y de cultura¹.

Motivada por la necesidad de impulsar su desarrollo económico, la Argentina de la década de 1870 se embarcó en una ambiciosa estrategia: atraer inmigrantes europeos a gran escala. Estos colonos, con su experiencia y conocimiento agrícola, serían la clave para cultivar las extensas y fértiles tierras del país, que hasta entonces permanecían sin explotar.

¹ Juan Bautista Alberdi (Tucumán, 1810 – Neuilly-sur-Seine, 1884), fue un abogado, escritor, político y diplomático argentino. Su obra *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (1852) sirvió de inspiración para la primera Constitución argentina del año 1853.

Con la creación de la Comisión Central de Inmigración, en 1875, y la promulgación de la Ley de Inmigración y Colonización n° 817, de 1876, el gobierno de Nicolás Avellaneda² designó delegados en diversos países de Europa, entre ellos, Italia. Su labor consistía en dar a conocer a través de la prensa y la correspondencia las ventajas que los emigrantes podían encontrar en un país como la Argentina; indicándoles, además, que se dedicarían, sobre todo, a la agricultura o ejercitarían diversos oficios en las ciudades, señalándoles algunas reglamentaciones y advertencias a tener en cuenta al llegar al puerto de Buenos Aires.

El gobierno italiano cumplió así con su mandato y, a lo largo de décadas, publicó guías y manuales breves de distribución gratuita para ser entregados a todos aquellos interesados en la gesta.

Atraídos por la idea de encontrar en el Río de la Plata su segunda patria, los italianos emprendieron un viaje con la esperanza de entrelazar sus destinos y su sangre con los habitantes del sur. Esta unión de culturas y tradiciones se convirtió en la piedra angular de su rápido desarrollo y adaptación al nuevo entorno. Su facilidad para adoptar, comprender y hacer suyos los elementos locales, fue fundamental para su éxito y contribuyó a cultivar un profundo sentimiento de identidad nacional.

La creación de instituciones benéficas y de socorros mutuos, escuelas y hospitales los hace portadores de un sentimiento de orgullo nacional inconmensurable. Con su trabajo y su inteligencia fundaron periódicos —que fueron los verdaderos guardianes de los derechos de sus compatriotas—, conquistaron puestos de relevancia en la educación superior y en la administración pública —como el caso del presidente Carlos Pellegrini³, primer hijo de inmigrantes en acceder a tan alto cargo—.

² Nicolás Avellaneda (San Miguel de Tucumán, 1837 – alta mar, 1885), fue un político, periodista, abogado y estadista argentino. Fue ministro de Justicia e Instrucción Pública durante la presidencia de Sarmiento, a quien sucedió en su cargo entre los años 1874 y 1880.

Pero Italia, a diferencia de otras naciones como Inglaterra, Francia, España o Portugal que marcaron el camino a seguir y extraer de su política emigratoria poder y riqueza, ha hecho muy poco en este sentido. Recién a partir de 1880, el ministro de Relaciones Exteriores italiano, Benedetto Cairoli⁴, expresó la influencia benéfica de la creación de escuelas italianas como un poderoso medio para la propagación de ideas y de su civilización, la difusión del uso de la lengua, el allanamiento de las vías del comercio y, en alguna medida, para intentar afirmar la influencia moral de su cultura. Consideraba a la escuela como el mayor elemento de fuerza y de cohesión de sus colonias.

La lectura de *L'Argentina vista com'è* nos dará una visión del análisis realizado por Barzini en el que, entre otras cosas, nos explicará si, en particular, la escuela italiana consiguió o no su cometido y cómo el problema de las futuras generaciones de «hijos de italianos» estaba directamente ligado a la cuestión de la utilización de las escuelas como medios para lograr una profunda y determinante influencia en aquellas.

Sin embargo, con fluctuaciones más o menos marcadas, a veces alcanzando cifras descomunales y otras disminuyendo sensiblemente, lo cierto es que la inmigración italiana en la Argentina ha ocupado siempre el primer lugar e, indudable e inevitablemente, de manera indirecta su presencia dejó una huella indeleble en el pueblo argentino —basta observar el número de vocablos, frases y modismos italianos que mecharon en el habla

³ Carlos Pellegrini (Buenos Aires, 1846 – Buenos Aires, 1906), fue un político argentino, además de abogado y periodista. Ejerció los cargos de diputado y senador nacional, ministro de Guerra y Marina. Con motivo de la crisis institucional que generó la renuncia del presidente Juárez Celman, Pellegrini —su vicepresidente— ejerció como primer mandatario argentino durante los años faltantes para completar la legislatura (1890-1892).

⁴ Benedetto Angelo Cairoli (Pavia, 1825 – Napoli, 1889), fue un político italiano, patriota y militar garibaldino. Ocupó el cargo de presidente del Consejo de Ministros durante el año 1878 y, más tarde, entre 1879 y 1881.

rioplatense—. Al mismo tiempo, la presencia italiana ejerció una influencia decisiva a nivel social a través de sus asociaciones y periódicos, ya que eran portadores de ideas liberales que más tarde tomarían pensadores y políticos nacionales; sin contar, además, de los progresos materiales consecuencia del trabajo cooperativo en materia de agricultura, industria, comercio y arquitectura, y de los avances a nivel científico y artístico.

Comprender la esencia argentina requiere un viaje retrospectivo a través del cual poder examinar los acontecimientos desde la perspectiva del autor. Por esta razón, consideramos fundamental la traducción de la obra *L'Argentina vista com'è*, la cual revela las luces y sombras de un pueblo que lleva a Italia en su corazón, su sangre y su legado cultural.

Luigi Barzini es considerado uno de los periodistas más famosos de comienzos del siglo XX. El vínculo profesional entre Barzini y el *Corriere della sera* surgió a partir del año 1899 cuando se le propuso ir a Londres como corresponsal. A partir de entonces y durante más de dos décadas, ambas partes mantuvieron una estrecha y fecunda colaboración.

Antes de su estancia en la Argentina, fue enviado a China, Japón y Siberia, y más tarde recorrió Estados Unidos, Marruecos y la ciudad de Algeciras. Arribó a Buenos Aires a finales de 1901 donde llevó a cabo la investigación sobre la emigración italiana que, periódicamente, divulgaba en formato de carta y que, más tarde, la editorial del *Corriere* decidió publicar, en su conjunto, en el libro titulado *L'Argentina vista com'è*.

En consonancia con lo indicado al comienzo de esta introducción, las páginas de la obra narran el fenómeno migratorio italiano en el Río de la Plata a inicios del nuevo siglo; y Barzini plasma esta historia a través de una recopilación de cartas al editor del *Corriere della Sera*, que abarcan un período de un año entre 1901 y 1902.

En dichas misivas se trataron temas como la partida, la guía y recomendaciones dadas a los emigrantes; la deslumbrante Buenos Aires; la vida en la ciudad y en el campo; la crisis argentina; las instituciones nacionales y provinciales, como el Gobierno, la Justicia, la Policía, el Ejército, la oligarquía y el campo. Barzini también evaluó —con un elevado nivel de autocritica para con el Gobierno italiano y sus propios compatriotas— sobre los errores y defectos de la inmigración; además de analizar pormenorizadamente todo aquello que unía y dividía a los italianos en tan lejanos confines.

Con relación a la metodología utilizada en la traducción, es importante aclarar cuáles han sido los criterios seguidos. A lo largo del proceso se ha intentado ser lo más fiel posible a la voluntad del autor, respetando el texto original, su división en párrafos, su sintaxis y sus expresiones, como también se han mantenido los entrecomillados, los puntos suspensivos, la puntuación en general y las cursivas utilizadas por aquel. En algunos casos puntuales hemos agregado unas muy breves notas aclaratorias a pie de página.

A fin de optimizar la comprensión del texto y aclarar posibles dudas, nuestra traducción incluye 146 notas que amplían la información y resuelven algunas ambigüedades respecto a los acontecimientos históricos narrados.

Así mismo, para facilitar la consulta del lector, la obra se complementa con los correspondientes índices de personalidades, instituciones y lugares, todos ellos de relevancia y que fueran mencionados en ella. Y, por último, una amplia bibliografía sirve como guía para aquellos que deseen explorar en profundidad diversos aspectos históricos y sociales de Italia y Argentina durante el período comprendido entre finales del siglo XIX y principios del XX.

PREFACIO

EL AÑO PASADO EMIGRARON de Italia medio millón de personas. Nuestra emigración nacida, continuada y aumentada hasta estas espantosas proporciones en medio de una gran indiferencia, se impuso de pronto a nuestra preocupación como uno de los problemas más graves, más complejos y más urgentes.

Esta emigración es un indicador de nuestra fuerza, de nuestra necesidad de expansión, o de nuestra miseria, o de nuestra ignorancia o ¿de todo un poco? Obedece a leyes naturales e ineludibles, o ¿es, al menos en parte, provocada artificialmente, aprovechando la incredulidad, la ductilidad y la ignorancia de las masas ínfimas de nuestra población, con fines de lucro por parte de los agentes de emigración o con el objetivo de llevar nuestra sangre y nuestra fuerza a nuevas y lejanas regiones? ¿En la emigración no habría tal vez un poco de «trata de personas»? ¿Las nuevas condiciones con las cuales se encuentra el emigrante son mejores o peores de aquellas que deja? ¿Cuáles son las ventajas o las desventajas, directas e indirectas, de tal emigración, para la Madre Patria? ¿Cuáles son los posibles remedios para los males? Aquí está la solución que se ha impuesto para estas cuestiones.

El Gobierno ha creado nuevas leyes sobre la emigración y el *Commissariato*⁵ recientemente instituido, presidido y administrado con celo y amor, comienza a dar sus frutos. Pero, independientemente de ello, la opinión pública, de la que todo emana, no ha permanecido indiferente por mucho tiempo. Las adversidades han llegado a tal punto que las lejanas miserias de muchos, de tantos de nuestros emigrantes, se han transformado en un grito que ha llegado hasta aquí y ha detenido nuestros pensamientos en aquellas miserias, viejas miserias que nos parecen nuevas.

El *Corriere della Sera*⁶ aprovecha la cuestión de la emigración italiana a Canadá el año pasado, a fines de marzo, para seguir paso a paso la dolorosa odisea de aquellos infelices arrancados de sus casas por las falsas ilusiones de una especulación infame, y abandonados a la miseria y a las penurias.

Nuestro Eugenio F. Balzan⁷, quien junto a aquellos emigrantes cumplió el viaje desde Italia a Canadá, o sea, desde la ilusión

⁵ El *Commissariato Generale dell'Emigrazione* fue creado por la ley orgánica n. 23, del año 1901, como consecuencia del fenómeno de masas que resultó ser la emigración italiana entre los años 1870 y el 1900, que pasó de una media anual de 110 000 personas a 300 000 a finales del siglo XIX. Durante el periodo 1900-1914 dicha cifra aumentaría a una media anual de más de 600 000 italianos, alcanzando el récord en 1913 con la partida de 873 000 personas, preferentemente, con destino a Estados Unidos y Argentina.

⁶ El *Corriere della Sera* es un periódico italiano, fundado en 1876 en Milán, por el periodista napolitano Eugenio Torelli-Viollier. De orientación liberal moderado es el primer diario de difusión nacional. A partir del año 1997 se enriqueció con ediciones locales y regionales.

⁷ Eugenio Francesco Balzan (Rovigo, Véneto, 1874 – Lugano, 1953) fue un periodista y empresario italiano. Desarrolló su profesión en el *Corriere della Sera* en el que llegó a ocupar el cargo de director administrativo y copropietario. En 1909 fue condecorado con la orden de *Cavaliere dell'Ordine della Corona d'Italia*. A su muerte, su hija Angela Lina, ordenó la creación de la Fundación Internacional Eugenio Balzan, con sede en la ciudad de Zurich, con el objeto de «fomentar los sentimientos humanos más altos». Desde el

a la verdad, reveló el engaño, la explotación, los abusos, los atropellos y las injusticias de las que fueron víctimas nuestros conciudadanos; y sus informes tuvieron un profundo eco.

Este interés nuestro significó el honor de recibir una carta del senador Pasquale Villari⁸, en la que el ilustre presidente de la Dante Alighieri⁹ animó a realizar un estudio más amplio sobre el fenómeno migratorio. Resolvimos, entonces, apresurar la ejecución de un antiguo proyecto nuestro: examinar de cerca la vida de nuestros emigrantes en su nuevo ambiente, ver su nueva situación moral y material.

Y comenzamos desde la Argentina, que es el país donde vive el mayor número de italianos y adonde, durante cincuenta años, se ha dirigido la más grande corriente de nuestra emigración.

Este es el origen y el objetivo de las cartas argentinas de nuestro redactor Luigi Barzini, publicadas en el *Corriere* desde

año 1961 dicha organización premia anualmente a personalidades o instituciones que contribuyen a las letras, las ciencias y las artes. Entre los galardonados se encuentra el escritor Jorge Luis Borges (1980). Cada cuatro años la Fundación Balzan también entrega un premio por el trabajo a favor de la paz, la humanidad y la hermandad entre los pueblos.

⁸ Pasquale Villari (Nápoles, 1827 – Florencia, 1917) fue un historiador y político italiano; senador del Reino de Italia entre los años 1891 y 1892. Frente a la gran crisis que atravesaba la Nación a finales del siglo XIX, Villari señaló la urgencia de promover el bienestar del país, incidiendo así en las causas profundas de la emigración. Según él, una de las principales razones del flujo migratorio era que las clases rurales seguían estando situadas al margen de la vida política y moral del país. En su opinión, era imperiosa la intervención del Estado en ciertos asuntos que la doctrina liberal quería sustraer a la esfera de la influencia pública, como la reorganización de las obras de beneficencia o los contratos agrarios, y la protección de los trabajadores. Era partidario de medidas que tuvieran en cuenta las realidades locales, dictando incluso una serie de leyes especiales para intervenir en algunas regiones del Sur.

⁹ Se trata de Giovanni Albrighi (Milán, 1855 – Roma, 1905), quien junto a Dante Segati y otros socios, fundó la *Società Editrice Dante Alighieri*, bajo la denominación social Albrighi, Segati & C. (Milán, 1895).

noviembre del año pasado a septiembre de este. Son cartas honestas y meticulosas que ahora presentamos recogidas en un volumen porque es necesario insistir sobre tanta verdad y, desgraciadamente, los artículos de periódicos nacen, viven y mueren en el curso de una jornada.

Esperamos no haber hecho una obra completamente estéril y de haber llevado, hasta el límite de nuestras fuerzas, una contribución al estudio de la emigración que tanto sentimos en nuestro corazón.

IL CORRIERE DELLA SERA

EL ADIÓS

del *Corriere della Sera* del 19 de noviembre de 1901

A bordo del Venezuela, 12 de octubre.

¿QUIÉN PUEDE OÍR, sin dejar de emocionarse profundamente, el grito que se eleva desde una nave cargada de emigrantes en el momento de la partida? Aquel grito al que responde la multitud abarrotada en los muelles, grito desesperado de miles de voces roncadas por el llanto. Gritan ¡adiós! y parece que gritasen ¡ayuda! ...

El ¡adiós! No hay cosa más amarga y más dolorosa. Todo el sufrimiento humano puede expresarse en esta palabra: ¡adiós! En el fondo de cada dolor podemos siempre encontrar un adiós: a cualquier cosa o a algunos.

No olvidaré jamás la triste partida de este vapor que me transporta más allá del Atlántico; quizás porque, también yo, partiendo, me siento un poco compañero de los emigrantes que están a bordo. Y también porque en el aburrimiento y en la desilusión de los viajes hay dos grandes emociones a las que nadie puede sustraerse: la partida y el regreso.



Cuando se oye a bordo la advertencia: «Quien no sea pasajero, ¡a tierra!», comienza un momento de angustia. Solo en ese

instante quien parte parece que sintiera claramente el sentimiento de lo irreparable. Se diría que en cada alma está la idea de: «¡podría no partir aún!», y eso daba valor.

«¡Quien no sea pasajero, ¡a tierra!», repiten las indiferentes voces de los marineros. La pobre multitud aglomerada en los puentes rompe a llorar. Se estrecha en abrazos largos, violentos, desesperados; los rostros llorosos se inclinan sobre los hombros sacudidos por los sollozos; palabras entrecortadas y angustiosas que se entrecruzan: «¡Recuerda! ... ¡Escribe! ... ¡Vuelve, vuelve! ...».

«¡A tierra! ¡A tierra!», advierten cruelmente los marineros. Y por la escala comienza la dolorosa procesión de quienes se quedan. No son muchos. El amargo consuelo de los saludos no es para todos. A lo largo del muelle una variada multitud se dispone a esperar, con sus pálidos rostros, atentos a la nave.

Hay algo fúnebre en esta espera. En efecto, la partida de un emigrante hacia un lejano país tiene algo de moribundo. Muere su vida de siempre. Muere para sus padres, muere para su país, desaparece hacia lo desconocido. Quizás piensa, vagamente, en un regreso, es verdad; su muerte tiene la esperanza de resurrección. Pero en el momento del alejamiento el torbellino del dolor dispersa todo sueño. Tiene la vista perdida y el semblante desolado de quien se encuentra delante del insondable abismo de otra vida. Esta muerte es peor que la verdadera, porque a la desolación de quien parte, se suma la de quienes se quedan. Estos dos dolores frente a frente, de la orilla al barco, se nutren unos de otros hasta la desesperación.

Las almas ligadas de afecto son como espejos que se envían las imágenes; eso que les pasa por dentro se refleja cien veces en el infinito.

Todos callan porque todos sienten que hablar sería llorar. Solo alguna voz murmura cada tanto: ¡coraje! Y responden con

sollozos. Un emigrante llega tarde, corriendo, seguido por una mujer. Tienen los rostros enrojecidos por la carrera y bañados por las lágrimas. En el borde del embarcadero se abrazan estrechamente, sin decir palabra, mientras los mozos del puerto ya preparados para retirar la escala gritan: «¡De prisa!». El hombre se libera y se lanza a bordo, como escapando. Lo sigue la mirada desconsolada de la mujer que permanece inmóvil, aturdida. Nadie presta atención a esta escena; el dolor nos hace egoístas, crueles; las penas de los demás suelen ser un consuelo frente a las propias.



En el silencio, se escuchan las órdenes desde lo alto de la plancha que trinan con los silbatos de las señales. A su alrededor se escucha el intenso retumbar de la vida, el palpar de la ciudad indiferente. Los tranvías eléctricos huyen rugiendo por la calle de la circunvalación mientras suenan alegremente sus campanillas. El bullicio de un tren que parte se apaga en el túnel que desemboca en el luminoso *San Pier d'Arena*¹⁰. Un mundo de gente pasa lejos sin detenerse, sin girarse, inconscientes de los miles de dramas que allí, a dos pasos, en la partida, tienen un único epílogo.

De las colinas descende el viento fresco que trae los últimos perfumes de la tierra. Los jardines jamás habían estado tan verdes y bellos, tan cruelmente atractivos. El colosal Neptuno de Villa Doria mira, desde los tupidos árboles y con profundo

¹⁰ Sampierdarena, es uno de los barrios más populares de la ciudad de Génova. En origen fue un pueblo de pescadores y agricultores que, en 1926, pasó a formar parte de la capital de la Liguria. Debe su nombre a la antigua iglesia San Pietro dell'Arena. Su denominación original «San Pier d'Arena» fue sustituida por el de «Sampierdarena» a partir de la reforma de la toponimia municipal de Génova.

desdén, su antiguo reino, el mar; parece decir: «Aquí, ¡aquí se está bien!». Toda Génova sonríe al sol...

Comienzan los preparativos. Los grandes y lentos brazos de las grúas han puesto las últimas cajas en la bodega. Eran equipajes de emigrantes, baúles pobres de madera rústica, cestas, viejos arcones adornados con tachas de hierro que crujían bajo el agarre de las cuerdas. Se retira la escala, ya no queda nada entre la tierra y la nave. Se oye una orden. Los cabrestantes de proa giran con gran estruendo, el ancla sube, lentamente sale bañada por el mar, brillante. Las amarras se aflojan. Bajo la popa el agua comienza a bullir, se forma un remolino del que la espuma huye extendiéndose muy lejos. La hélice está en movimiento.

Los emigrantes se agolparon en las barandillas, se treparon a los enganches de los cabos, lucharon por un lugar, pálidos, silenciosos, decididos.

El piróscifo se mueve; muy lentamente fluye a lo largo del muelle. La multitud en silencio lo sigue, paso a paso, haciendo señales de despedida. Algunos pañuelos llegan a los ojos, pero no por mucho tiempo; no hay tiempo para llorar, se quiere ver, ver hasta el final, ver hasta donde sea posible; los momentos son valiosos. Los ojos no se apartan ni un instante del barco; ojos resignados y apenados, en los que, con la expresión del sufrimiento, hay tanta dulzura de súplica. Quien sufre con resignación tiene la mirada del vencido que pide clemencia y de él emana toda la poesía de la derrota. Una pobre mujer levanta sobre su cabeza a un niño que, riendo, saluda con ambas manitas.

De repente, el remolino de espuma se vuelve impetuoso, la hélice empieza a bullir rápidamente haciendo vibrar a todo el barco. La tierra se aleja. Entonces, las voces se alzan, estallan los llantos apenas contenidos. Y luego, imprevistamente, desde los lados del piróscifo se lanza el grito desesperado que oprime el corazón, un grito que ya casi no parece humano: ¡Adiós! Y mil

brazos se extienden hacia la tierra y se agitan casi en el vano esfuerzo de un último abrazo.



¡Adiós!, responde la multitud confusa sobre el muelle, blanqueada por los pañuelos agitados sobre ella; y a cada lienzo se lo reconoce desde a bordo como si fuera un rostro, y se lo sigue fijamente, ávidamente. Aquel puntito blanco que revoloteaba sobre las cabezas repite, una vez más, todo ese mundo de cosas inexpresables que las almas saben decirse cuando el llanto deja muda la boca.

Todo desaparece a lo lejos; las aduanas y los muelles del puente *Federico Guglielmo*¹¹ no parecen más que casas blanquecinas al sol. Se pasa junto a un buque escuela, desde el que llegan los alegres compases de una marcha militar; los muchachos con uniforme de marinero se asoman a la barandilla, agitando sus gorras. Nuestro silencioso piróscafo se aleja deslizándose sobre el agua calma y serena. En un barco carbonero, los marineros realizaban una maniobra en cadena y su alegre canto se expandía en la quietud del puerto. Se gira el *Molo Vecchio*¹² tras el cual emerge un bosque de mástiles de vela, una densa maraña de cabos, escalas y vergas que destacan sobre el inmaculado azul del cielo y el mar bromea de mil maneras en las rocas que rodean el faro. Alegres llamadas de trompeta provienen de dos buques de

¹¹ Actualmente llamado *Ponte dei mille*. Entre Capo D'Arena y la Villa del Principe, se alzan las estructuras de la Estación Marítima y la nueva sala de pasajeros, inaugurada en 1889 con el nombre de *Ponte Federico Guglielmo*.

¹² El muelle *Vecchio*, es el más antiguo construido en el puerto natural de Génova y del que se tiene constancia ya en 1133. Al final del muelle se levantaba la Torre, para uso de los marineros. Esta torre, mencionada por primera vez en las fuentes en 1313, situada en el lado opuesto de la Lanterna, señalaba a los barcos la entrada al puerto por el este.

guerra anclados en el *Molo Lucedio*¹³; cantos lejanos que parecen llamarse. Las gaviotas se persiguen a ras del agua, gritando, como jugando. Al girar el *Molo Giano*¹⁴ para salir del puerto, toda Génova en su conjunto, se abre a la vista, vigilada por los fuertes, encantadora. En todo se respira un alegre aire de fiesta. Poco a poco cada cosa huye en el horizonte y se nubla. El rostro de la Patria palidece en la distancia, pero todavía las últimas caricias de nuestra mirada la recorren intensamente durante largo tiempo ...

¹³ El muelle *Lucedio* es una de las últimas construcciones erigidas como terraplén externo en la entrada del puerto de Génova. A finales del siglo XIX, en noviembre de 1898, un fuerte oleaje sin precedentes, con olas de 24 metros de altura, destruyó su estructura llevando la destrucción al interior del puerto.

¹⁴ La construcción del muelle *Giano*, entre los años 1883 y 1888, se extendía hacia la nueva contención (*Diga di Galliera*) para proteger el ingreso al puerto al Este del *Molo Vecchio*.

HOJEANDO UNA GUÍA

del *Corriere della Sera* del 5 de diciembre de 1901

A bordo del Venezuela.

LLEGÓ A MIS MANOS, por casualidad, un interesante opúsculo. Pero, antes que yo, fue el Gobierno argentino quien también lo encontró interesante, y tanto que creyó que estaría bien autorizar la compra de quince mil copias para distribuir las gratuitamente en Italia. Se trata de una *Guía del Emigrante italiano en la República Argentina*¹⁵.

Es un folleto escrito con cierta sinceridad y por eso, en el fondo, honesto. Y me aseguro muy bien de ponerlo junto a otras infames publicaciones de propaganda que circulan en algunos de nuestros campos donde la epidemia de la emigración es más grave. Precisamente, porque está escrito con sinceridad,

¹⁵ La breve *Guida per l'emigrante italiano nella Repubblica Argentina. Porto di Buenos Aires. Documento ufficiale* fue redactada por Giovanni Battista Benedetto Cuneo en su carácter de representante oficial de Italia en el Comisariado General de Inmigración; cargo nombrado por el gobierno argentino en 1870. En su Prefacio, Cuneo afirma que dicha comisión tenía la misión de regular la emigración italiana llevándola a «cultivar las vastas y fértiles tierras» de aquellas lejanas regiones. La guía tenía el objetivo de dar a conocer las ventajas que los emigrantes podían encontrar en aquellos países dedicándose, especialmente, a la agricultura o ejercitando distintos oficios en las ciudades, y de indicarles algunas normas y advertencias a tener presente en su llegada a Buenos Aires.

es que es interesante. A la Argentina, por supuesto, se la llama el «país ideal»; se dice que «no existe país en el mundo donde los italianos puedan estar mejor que en la República Argentina», en la que se han dado cita todas las bendiciones del cielo y de la tierra. Pero, entre los informes de tantas cosas bellas y seductoras se leen frases destinadas a suavizar el desengaño, frases que deberían hacer meditar mucho a nuestros emigrantes, si el hombre preso por el entusiasmo migratorio fuese un ser razonable.

Son solo pizcas de sinceridad: «Los operarios deben estar decididos a hacer de todo, a ir a cualquier parte... Sus trabajos, como también aquellos del campo, resultarán pesados, quizás más pesados que trabajos similares que se hacen en Italia... Los emigrantes deben resignarse a todo (en los primeros tiempos) e ir a América con la idea de que los comienzos serán duros y penosos... El empleo de los artesanos no es tan fácil (en comparación con el de los agricultores) y más de una vez no podrán trabajar de inmediato en su oficio y tendrán que resignarse a hacer lo que fuere, por pesado que sea. Cuando esto ocurre, muchos maldicen la hora en que se les ocurrió la idea de embarcarse, entregándose a arrebatos totalmente injustificados ... Los emigrantes a los que se les ofrece un trabajo fuera de Buenos Aires lo aceptan de inmediato y se disponen a ir a cualquier lugar. En Buenos Aires muchas veces resulta imposible encontrar un trabajo... Los emigrantes deben resignarse a las adversidades de los primeros tiempos, viviendo mal, adaptándose a cualquier empleo, sin debilidades ni abatimientos. De lo contrario, sería mejor no moverse de su lugar, porque a cualquier nación de América que se dirijan, encontrarán cosas peores... Aquellos que emigran siempre deben estar persuadidos de que, para abrirse camino, para vivir y para tener algunos ahorros, deberán soportar las dificultades más dolorosas

y someterse a los trabajos más duros. Mejor para ellos si la realidad es menos oscura que las previsiones...».



Todo eso es natural. América, tal como se la presenta a la imaginación y a la esperanza de tanta pobre gente, nunca ha existido ni siquiera en la época de los *guaraníes*. En todos los países del mundo son los más fuertes los que resisten y triunfan luego de largas luchas y dificultades; también en América. Y esto es lo que deberían entender los «deslumbrados» que continúan siendo atraídos allí con el sueño de la riqueza fácil.

Deberían entender que «para resignarse a vivir mal, adaptándose a cualquier trabajo, sin debilidad ni fracasos», bien podrían quedarse en su Italia que sigue siendo «el país del mundo donde los italianos pueden estar mejor», sin ofender a la República Argentina. Deberían también entender que, si hicieran en casa lo que la necesidad les hace hacer allí, si prodigarán en su país toda la energía con que hacen ricos a aquellos países lejanos, si reservaran para la hermosa tierra en que nacieron los sacrificios y el trabajo bestial a que les empuja la desesperación, como un azote sangriento, una vez emigrados, si tuvieran en casa las iniciativas que encuentran cuando están lejos y perdidos, cuando están necesitados, en Italia encontrarían «su América», pero la América de las leyendas, más hermosa y más querida.

Pero es la miseria la que les impulsa a emigrar; así lo dice también la *Guía del Emigrante italiano en la República Argentina*. Parece casi que la joven América nos tienda una mano caritativa a nosotros viejos miserables, cogiéndonos un poco de los brazos. ¡Ah, nuestra miseria!, la gritamos. ¿Y la miseria de América, de la tierra prometida? ¿Y las huelgas argentinas? ¿Y los diez mil desocupados de Buenos Aires? ¿Y aquellos que vuelven de allí agotados, con la voluntad rota? ¿Y aquellos que ni siquiera pueden

volver porque no tienen fuerzas? ¿Y los que acaban en el *atorrantismo*¹⁶, la forma más abyecta y vilipendiada de la pobreza? Frente a los llegados que conocemos, ¿cuántos caídos desconocidos permanecen lejanos, olvidados?

La *Guía del Emigrante*, hablando de las riquezas hechas por muchos trabajadores italianos en la Argentina, dice: «Sabemos que entre los emigrantes hay quienes sufren todo tipo de angustias, penurias y privaciones antes de encontrar un camino menos duro, si es que lo encuentran, lo que no ocurre a todos». Pero, sin embargo, ¡caray!, hay quien llega a hacerse una buena posición, y «se suele citar, como ejemplo, en Buenos Aires, a un herrero que acabó siendo dueño de una gran fundición y de un gran número de casas». Pues bien, un herrero es poco y además, el herrero de Buenos Aires, ¿no lo tenemos nosotros en cientos y cientos de versiones? ¿No vemos en todas nuestras ciudades trabajadores dedicados e inteligentes, hombres de voluntad y de constancia que llegan a meterse a la cabeza de las industrias, y que alcanzan a tener «su fundición con un gran número de casas»?

Vamos, rompamos el encanto que aún rodea la América en la mente de nuestro pueblo. América es un lugar donde se sufre, se llora y donde se sucumbe, como en todo el mundo. Allí la lucha es menos disciplinada y por eso, violenta, terrible. En las *jaurías* por la riqueza participan mastines fuertes y aguerridos; y no son estos mastines los que puede proveer nuestra emigración. La emigración italiana es una emigración de músculos. La *Guía del*

¹⁶ El sustantivo *atorrantismo* deriva del verbo *atorrantear* que coloquialmente significa «vagar, holgazanear». El adjetivo *atorrante* significa «vago, callejero», pero también «desfachatado, desvergonzado». El adjetivo femenino *atorranta* tiene, además, una acepción despectiva que significa «mujer promiscua» (cfr. *Diccionario de la lengua de la Argentina*, de la Academia Argentina de Letras, p. 49).

Emigrante dice: «Además de los débiles mentales, los raquíuticos y los viejos, no deben emigrar aquellos que han estudiado, que han recibido una educación de calidad». Así que, ni músculos enfermos ni cabezas sanas. Lo que quieren de nosotros son buenos brazos, pero nada más que buenos brazos. Y se los damos.

Este cuadernillo que estoy hojeando, en cuya portada destaca, como un visado oficial, el sello del «Consulado de Milán», es una clara y fácil exposición de consejos, al alcance de las mentes sencillas. Con la lectura de estos consejos al emigrante italiano, poco a poco, se le va formando una clara visión de lo es realmente la emigración allí, igual que como de los consejos del médico se entiende la enfermedad.

La emigración no es el efecto natural de la ley de la oferta y demanda de trabajo, como afirma el prefacio del opúsculo. En los centros argentinos hay abundancia de mano de obra, especialmente en Buenos Aires que atraviesa una crisis significativa, y la *Guía*, sin embargo, trata en cada página de persuadir al emigrante para que se interne en los campos, con decisión, de inmediato y sin miedo a la distancia. En la colonización, la riqueza del país es la que se beneficia de ella, mientras que todo el pasivo, en términos de vidas, trabajo y dinero, lo asumen los pioneros dispersos en las estancias de La Pampa. Se quiere una emigración estable; la *Guía* consideraba mucho más ventajoso para los emigrantes «emigrar con carácter definitivo» y les aconsejaba, antes de partir, «poner en orden sus asuntos como si no fueran a volver nunca». Les advierte contra el dulce dolor de la patria; «hay que cuidarse de esos sentimentalismos que provocan malestar e inquietud y nos inducen a cometer ligerezas de las que luego nos arrepentimos»; la ligereza, se entiende, es el retorno. «Estas vacilaciones provocan un gran daño a los emigrantes». «Al fin y al cabo, las llanuras argentinas, con sus infinitos horizontes, también tienen su propia poesía y atractivo». «Afortunadamente

los italianos son los que más fácilmente se radican en la República Argentina; la mayoría, no obstante, tarda en convencerse de que debe considerar a la Argentina como su residencia permanente, como su segundo hogar». Aquellos que no tienen esas debilidades «obtienen una inmensa ventaja sobre quienes solo piensan en volver».

Es lógico. La *Guía* ve a la emigración, franca y claramente, desde el punto de vista argentino, sobre todo cuando, hablando de los ahorros de los emigrantes, aconseja «a los que tienen algún mayor conocimiento de estas cosas» que compren valores de los préstamos internos de la Nación, porque «no se repetirán los colapsos y suspensiones de pago de otros tiempos». Pero ¿desde el punto de vista italiano? ¿No es doloroso y humillante? Esta continua sustracción de nuestras fuerzas vivas, esta transfusión de nuestra sangre para la regeneración de países lejanos debida, principalmente, a la ignorancia de nuestras masas, ¿no es algo muy triste?

Y no seamos demasiado optimistas en cuanto a las ventajas que la patria pueda obtener de la emigración. El estado civil de los Consulados nos indica que el «italianismo», normalmente, se pierde en la primera generación. Todos los italianos que, desde hace cincuenta años, han pasado por la Argentina han proporcionado a su Madre Patria solo un tercio de las exportaciones que Inglaterra tiene por allí; y solo hay veinte mil ingleses en la Argentina. Ingleses, dichosos sean; de padre a hijo y de hijo a nieto, como si vivieran en pleno Reino Unido.



La *Guía del Emigrante* manifiesta un poco su enfado con el gobierno italiano por querer ocuparse de la emigración. «Todas las naciones de Europa —dice— sufren de procesos de emigración, en mayor o menor escala, pero Italia es la única nación

en donde se habla, continuamente, de medidas, de protección, de leyes, de colonias (que luego no son tales)». Se enfada con el Gobierno «porque, en definitiva, tanto hablar de las *colonias* y de protección, no hace más que irritar susceptibilidades respetables y crear desconfianzas y sospechas». Sí, todas las naciones tienen emigrantes, pero de los 1 765 784 emigrantes europeos que desembarcaron en Argentina desde 1857 hasta 1898, 1 093 112 eran italianos. Tenemos derecho a ocuparnos de ellos. Y ¿qué ha hecho el gobierno italiano con su nueva ley sobre la emigración y su complicada, burocrática y fiscal reglamentación¹⁷? Ha hecho aún más fácil el viaje, ha dispuesto que los emigrantes tengan a bordo mucha carne, mucho pan y muchos metros cuadrados de aire respirable durante el trayecto.

¹⁷ El 31 de enero de 1901 el Parlamento italiano dicta la primera ley orgánica sobre emigración (n. 23) que entra en vigor contemporáneamente con el decreto reglamentario del 13 de agosto de aquel año. Prevé la creación del Comisariado General de Emigración, una oficina especial para la protección de la emigración destinada a reunir y gestionar todas las competencias relacionadas hasta entonces asignadas a diferentes oficinas y ministerios. Para profundizar sobre ello: <https://www.gazzettaufficiale.it/eli/gu/1901/08/13/193/sg/pdf> [Fecha de consulta: 16 de julio de 2021].

AQUÍ Y ALLÁ POR BUENOS AIRES

del *Corriere della Sera* del 24 de diciembre de 1901

Buenos Aires, noviembre.

LA MAYOR CARACTERÍSTICA de Buenos Aires es aquella de no tener ninguna característica. Buenos Aires es un poco de todo. Supongamos si se encontrara aquí un Santos Dumont¹⁸ con la máquina de volar, estaría extremadamente avergonzado de tener que juzgar, desde lo alto, a aquel país del mundo en que lo habrían conducido el viento o el motor. Sobre la llana e interminable extensión de casas vería agujas alemanas ornamentadas con herrajes, como en algunos tejados de la vieja Nuremberg, junto a terrazas bajas, blancas y desordenadas que recordarían a Cádiz. Vislumbraría las cinco cúpulas tradicionales de una iglesia rusa, y más allá dos campanarios españoles, y cúpulas italianas proyectando sus sombras sobre las *mansardas*

¹⁸ Alberto Santos Dumont (Palmira, 1873 – Guarujá, São Paulo, 1932), fue un aeronauta, autodidacta e inventor brasileño, pionero de la aviación. Radicado en Francia, a partir de 1891 se dedicó a la aeronáutica realizando numerosas ascensiones con globos dirigibles. En 1901 realizó el primer viaje aéreo de regreso al punto de partida con un dirigible diseñado por él. Pocos años después, en 1906, fue el primero en mostrar a Europa la posibilidad de volar durante 220 metros a una altura de 6 metros, con un tipo de aeroplano llamado «ave de rapiña» (el modelo 14-bis) bajo la observación de especialistas, periodistas y público.

de un conventillo parisino, y palmeras como en la Favorita¹⁹ y plátanos como en la «Avenue des Champs-Élisées». El desgraciado aeronauta creería de haber llegado a todos los países de Europa.

En efecto, se puede decir que Buenos Aires es una especie de catálogo de capitales europeas, sin el más mínimo matiz de color local. Casi dan ganas de preguntar, como el rey portugués de España en los sonetos de Pascarella²⁰:

«*Ma st'America c'è? ne sete certo?*»^a

Sales de una fea copia de un bulevar parisino —como es la *Avenida de Mayo*, la principal calle de la ciudad— y te encuentras en la «Plaza de la Victoria»²¹, una perfecta *square* londinense, sombreada y verde con su fuente, que brota en medio de la plaza en los días solemnes, y su bello monumento ecuestre, una especie de «caballo de espadas», que representa al general Belgrano²².

^a «*Pero ¿esto es América? ¿estás seguro de ello?*».

¹⁹ Se trata de la ciudad de París.

²⁰ Cesare Pascarella (Roma, 1858 – Roma, 1940) fue un poeta y pintor italiano. A través de su obra el dialecto romano tuvo un alcance más amplio e histórico. El «verismo» de Pascarella dio lugar a la observación minuciosa de las realidades populares y pequeñoburguesas, combinando la vida cotidiana con los ideales del *Risorgimento* de la nueva Italia. Su obra más famosa es *La scoperta dell'America*, una colección de sonetos publicada en 1894, con motivo de los 400 años del viaje de Cristóbal Colón. La cita corresponde al *II Sonetto*, v.14 (8ª Edición, publicada por Enrico Voghera, Roma).

²¹ La actual «Plaza de Mayo».

²² Manuel Belgrano (Buenos Aires, 1770 – Buenos Aires, 1830) fue un abogado, periodista, político, militar y diplomático argentino. Participó en la defensa de Buenos Aires durante las invasiones inglesas de 1806 y 1807; como así también en la emancipación de Hispanoamérica de la corona española. Impulsó la Revolución de Mayo y fue vocal de la Primera Junta de gobierno patrio (1810). Fue el creador de la bandera argentina (Rosario, 1812).

Frente al general se levanta ese curioso obelisco conocido con el nombre de «Pirámide de Mayo», erigido para «perpetuar el glorioso pronunciamiento de la independencia» y que, aunque hecha de estuco, cumple concienzudamente su función desde hace noventa años²³. Es la obra maestra de un pobre maestro albañil italiano, un tal Podestá²⁴, que se convirtió en arquitecto por necesidad. Es sabido que el italiano:

«Er talentaccio suo se l'arriggira»^b

La obra de nuestro oscuro compatriota está encerrada en una armadura cubierta de bombillas eléctricas que se encienden en las noches de fiesta; una vez al año se le da al conjunto una buena capa de pintura. Es el monumento más antiguo y sagrado de la República Argentina, alrededor del cual se realizan ceremonias y manifestaciones patrióticas; es la meta de procesiones y peregrinaciones, la tribuna de la elocuencia conmemorativa.

La manía de abarrotar los monumentos con la preparación permanente de las iluminaciones es general. La iluminación parece ser considerada aquí como algo importante, indispensable,

^b *«Se da aire de su talento».*

²³ Para celebrar el primer aniversario de la Revolución de Mayo, el gobierno de la Junta Grande ordenó la construcción de un monumento con forma de pirámide en la Plaza de la Victoria, tal como se la denominaba en el año 1811.

²⁴ Según el académico, historiador e investigador Edgardo José Rocca, en 1811 se le encomendó su construcción a un alarife o maestro mayor de obras nacido en Cádiz, de nombre Francisco Cañete. Luego de años de abandono y deterioro, en 1856, el pintor y arquitecto Pridiliano Pueyrredón fue el encargado de construir sobre los cimientos de la pirámide de Cañete una nueva pirámide tal como se la conoce actualmente. La corona una escultura alegórica de la libertad obra del escultor francés Joseph Dubourdieu.

que es necesario tener siempre a la mano para cada ocasión. «¡Oh, sangre española!». También la catedral, por ejemplo, que está en la misma *square* enclavada entre un par de bancos, tiene los capiteles y las columnas de su feo pórtico corintio atravesados por gruesos tubos de gas de color negro, que parecen bandas de luto.

Y, sin embargo, ¿quién lo diría?, esta iglesia y sus tubos son el orgullo de los bonaerenses. Un ex ministro argentino²⁵, un gran hombre, famoso por haber derrochado muchos millones en las obras de salubridad durante la inolvidable presidencia de Juárez Celman²⁶, ante el Panteón de Roma, exclamó: «Muy bonito, sí, pero, nuestra catedral ¡es más bella y grandiosa!». A partir de estas brillantes impresiones, inicialmente hizo de corresponsal europeo para el periódico de mayor circulación aquí, *La Prensa*²⁷, y luego escribió un libro, en el que encontró la manera de declarar que San Pedro y los Palacios Vaticanos,

²⁵ Se trata de Eduardo Faustino Wilde (Tupiza, Bolivia, 1844 – Bruselas, 1913), médico, periodista, político, diplomático y escritor argentino, de origen boliviano. Durante la presidencia de Miguel Juárez Celman se desempeñó como Ministro del Interior; cargo que desempeñó desde 1886 hasta la caída del gobierno en 1889. Luego de su renuncia, viajó por distintos países de Europa, cuyas experiencias fueron publicadas en su obra *Viajes y observaciones. Cartas a 'La Prensa' e inéditas*, en el año 1892 (disponible online en: Viajes y observaciones : cartas a «la Prensa,» inéditas (archive.org) [Fecha de consulta: 16 de julio de 2021]).

²⁶ Miguel Juárez Celman (Córdoba, 1844 – Capitán Sarmiento, 1909), fue un abogado y político argentino. Ejerció como gobernador de Córdoba (1880) y tiempo después como senador (1884). En 1886 fue electo presidente de la Nación por un periodo de seis años. Su gobierno estuvo marcado por la corrupción y la especulación que, en 1890, degeneró en un verdadero pánico financiero. Luego de varias jornadas de lucha en las calles de Buenos Aires, Juárez Celman y su gabinete dimiten. Fue sustituido por el vicepresidente Carlos Pellegrini.

²⁷ *La Prensa* es un periódico argentino, fundado por el político José C. Paz, en el año 1869, en Buenos Aires. Fue considerado uno de los diez

con sus logias y museos, no pueden compararse a la Galería de Máquinas de la Exposición de París²⁸. Frente a las pinacotecas florentinas hizo esta reflexión: «¡Cuántos millones tirados a la basura, mientras hoy la fotografía retrata tan bien la verdad de la vida!».

Parecen bromas, pero no, se trata de cosas escritas y, sobre todo, leídas de verdad. El excelente ex ministro refleja con bastante fidelidad la opinión de sus conciudadanos. Aquí se piensa así de nuestro arte, de nuestras grandezas, ¡de nuestras glorias!



Saliendo de la *square* desde el obelisco patriótico para entrar en ciertas calles laterales, es como estar en la *City*, me refiero a la *City* londinense, con su asfalto, sus Bancos, sus agencias y sus multitudes. La *Calle Reconquista* parece la «Lombard Street». El Banco de Londres y Río de la Plata²⁹, el Banco de Londres y Brasil³⁰, el Banco Británico de América del Sur, luego el Banco

periódicos más importantes del mundo durante la primera mitad del siglo XX. Su línea editorial sostuvo las ideas del liberalismo, en abierta confrontación a los gobiernos de base popular (como el radicalismo y el peronismo) y, al mismo tiempo, representó al conservadurismo más tradicional, además de dar apoyo a los sucesivos golpes de Estado y la instauración de los correspondientes gobiernos militares.

²⁸ En Eduardo Wilde, *Viajes y observaciones. Cartas a 'La Prensa' e inéditas*, Tomo I, págs. 468-469. La Galería de las Máquinas, también conocida como Palacio de las Máquinas, fue un pabellón construido en hierro, acero y vidrio, en ocasión de la Exposición Universal de París, de 1889, por el arquitecto Ferdinand Dutert y el ingeniero Victor Contamin. La exposición marcó el comienzo de nuevos conceptos en la construcción, al tiempo que significó grandes adelantos a nivel industrial.

²⁹ Fue una institución financiera de origen británico que operó en la ciudad de Buenos Aires entre los años 1862 y 1923, con sede en las calles Piedad y Reconquista, del barrio de San Nicolás. En 1867 inauguró su sede en la ciudad de Rosario y más tarde en Córdoba, Santa Fe y en Montevideo (Uruguay).

Anglo-Argentino³¹ y allí muy cerca, el «River Plate Trust», el «Loan y Agency Comp.», y el «New Zealand and River Plate Lond Mortgage Comp.» y la Sociedad Hipotecaria Inglesa, una cantidad de instituciones financieras inglesas entre las que se encuentran otros bancos franceses, españoles, alemanes, argentinos e italianos, que luchan por formar una mayoría numérica. Empleados rubios con abrigos y sombreros de copa, con maletines bajo el brazo, se te acercan, chocan contigo y se alejan lanzando un apresurado: *I beg your pardon!* – Algunos rápidos: *Good morning!* – *Good bye!* – ¿*Qué tal la apertura de la Bolsa de Londres?* – *All right!*^c

Aquí las manos inglesas manipulan las finanzas de la República. Los ingleses son los verdaderos amos de la Argentina. Tienen todos los ferrocarriles y el puerto, las colosales obras de agua potable, los tranvías, todas las principales empresas, una inversión de unos seiscientos cincuenta millones de francos, sin contar los préstamos al Estado. La capital financiera de la Argentina es Londres. Las órdenes llegan todos los días desde la Bolsa de Londres. Desde los brumosos alrededores de la *Mansion House*³² se puede decretar el destino de este estado, que solo existe gracias al capital inglés y a los brazos italianos.

Los ingleses en Buenos Aires forman el «*imperium in impero*», o mejor diría el «*imperium in ... repubblica*». Ellos constituyen su propio poder. Viven completamente separados. Cerradas

^c «¡Perdón!» ... «¡Buenos días!» – «¡Adiós!» ... – «¡Muy bien!».

³⁰ En 1923 esta institución se fusionó con el Banco de Londres y Río de la Plata (que desde el año 1918 se encontraba en manos del Lloyds Bank) dando origen al Banco de Londres y América del Sur.

³¹ Fundado en 1889, este banco tenía dos sedes, una en Buenos Aires y otra en Montevideo (Uruguay). A comienzos del siglo XIX fue comprado por el Banco de Tarapacá y Londres (Chile), este pasó a denominarse Banco de Tarapacá y Argentina y más tarde, Banco Anglo-Sudamericano.

³² La *Mansion House* es la residencia oficial del «Lord Mayor» (alcalde) de la ciudad de Londres.

las oficinas, por la tarde, corren a la estación de «Retiro» y los «trenes para la hora de la cena», están listos para ellos, los llevan a Belgrano y a Flores, agradables barrios llenos de jardines y casitas inglesas, que recuerdan vívidamente los gentiles y melancólicos suburbios aristocráticos de Londres. A través de las puertas de los parques, perfumados de magníficas magnolias en flor, los transeúntes pueden seguir los partidos de *lawn-tennis*, *cricket* y *foot-ball* que tienen lugar en el césped de los prados; y por la tarde-noche, desde las galerías abiertas, vislumbran la comida familiar, silenciosa y ceremoniosa como en pleno *West End*³³; una selecta colección de *gentlemen* vestidos de gala y de *ladies* en *décolletée*^d. ¡Oh, ese traje! Hay ingleses que viven en el interior, en *estancias* alejadas de la sociedad humana, solos, en La Pampa ¡y que se ponen un frac para ir a la mesa!

Cuando los ingleses quieren un poco de entretenimiento, se les concede el Teatro de la Ópera, montan una producción inglesa y la actúan, la cantan, la bailan y la aplauden, sin importarles el mundo entero. Ahora mismo están dando en la Ópera una popular opereta inglesa, «San Toy», en la que se pueden admirar a respetables *ladies* bailando el paso a dos con recatada gracia, y a venerables *misses*^e con gafas y dientes dorados que, vestidas de chinas, cantan:

«*Siamo le mogli dell'Imperator!*
Ma qualche volta facciamo del ... flirt! ...»^f

Lectores, ¡huyamos!



^d Escotes.

^e Señoritas.

^f «¡Somos las esposas del Emperador! Pero a veces ... ¡flirteamos!»

³³ Se denomina así al *West End of London*, que corresponde a una vasta zona situada al oeste del centro histórico y financiero de la ciudad de Londres.

A dos *cuadras*³⁴ al oeste de la *City* se encuentra una calle que, por su aspecto, recuerda el *Corso di Roma*, es la calle Florida, el centro de la elegancia bonaerense. Los lectores comprenderán el significado de aquellas «dos cuadras al oeste». Ellos saben bien que Buenos Aires —semejante a todas las ciudades modernas— está construida en cuadrículas. Las calles, todas iguales de manera desoladora, se entrecruzan en ángulo recto, a la misma distancia, formando cuadrados, cosa más aburrida que la niebla. La «cuadra» es la base de las distancias, la unidad de medida, las direcciones son indicadas así: tantas cuadras a la derecha y tantas cuadras a la izquierda y ya llega. Es como caminar sobre un tablero de ajedrez, de hecho, para ir al correo debo hacer el «salto del caballo», para ir al Banco marchó como la «torre», siempre recto, y voy al *club* siguiendo las reglas del «alfil». Una cosa para volverse *matto* o, mejor dicho de... ¡*scacco matto*!^g

La calle Florida es, por tanto, la calle *chic*, allí están las tiendas más ricas, los bares y las cafeterías de moda, allí los más elegantes pasean tranquilamente con sus corbatas y las toilettes parisinas que son la última tendencia. Toda la calle Florida da tributo a París; y es así, desde la penúltima Exposición mundial. Desde entonces París, única entre todas las ciudades europeas, goza de la estima entre los argentinos. El «hijo del país» cuando quiere visitar nuestro viejo y subdesarrollado continente, no tiene otra meta que Montmartre; explora el «Moulin Rouge», deja sus *pesos*³⁵ en los alrededores de la plaza *Blanche* y regresa a su patria completamente satisfecho. En París siempre

^g Una cosa para volverse *loco* o, mejor dicho, de... ¡*jaque mate*!

³⁴ En América: «calle», cuya longitud comprende entre los 100 y los 150 metros.

hay argentinos que viven allí, cuyo número también varía, según la situación política; en ciertas circunstancias, por ejemplo, cuando existe la amenaza de una guerra con Chile, viajar ejerce aquí una atracción irresistible.

París es el único punto de comparación con Buenos Aires; hace unos días, en el «Grand Prix» de treinta mil pesos en el Hipódromo, un diplomático —que también podría ser italiano— le dijo a una señora argentina, esposa del director de uno de los mejores periódicos de Buenos Aires, con referencia a la elegante competencia: «¡Es un hermoso espectáculo que tal vez ni siquiera nosotros llegamos a ver a menudo!». La dama se giró con desdén y respondió: «Sepa señor, que solo en Buenos Aires y en París se puede admirar algo así». Pocas damas bonaerenses habrían dado otra respuesta. París es, en sus mentes, el compendio de toda la belleza y el bien que posee Europa.

No tienen otra ambición que parecerse a las parisinas. Todas, sin excepción, comienzan por transformar su tez morena mediante el uso, sin economía, de todos los colores que la química ha ideado para ello, desde el blanco para el cuello hasta el rosa para las mejillas, desde el carmín para los labios hasta el lívido para los ojos; se bañan en perfumes; se adornan con las modas más vivas y atrevidas del *boulevardière*^h. Y consiguen su propósito. El extranjero que aún no es consciente de la extraña manía universal, se queda *choqué*ⁱ del gran número de ... mujeres parisinas que ve.

Al atardecer todo este mundo se reúne en el parque de Palermo, en las verdes orillas del Río de la Plata; por las avenidas,

^h Bulevar.

ⁱ Conmocionado.

³⁵ Unidad monetaria de la Argentina.

bordeadas de frondosas palmeras, desfilan las suntuosas cuadri-llas, dejando una estela de admiración y maledicencia entre los peatones. Más allá del parque, se suceden las casas de campo y los jardines; y en el silencio del campo se apaga la vida tu-multuosa. Comienza la pampa que lleva la infinita y desola-da uniformidad de la llanura hasta la ciudad; Buenos Aires es como una isla rodeada de este océano de hierbas. Nada rompe la línea interminable del horizonte, aparte de los innumera-bles molinos de viento de los pozos artesanos, con sus grandes ruedas de paletas sobre armaduras de acero, que hacen pensar en esqueletos de fuegos artificiales sobrantes de una inmensa y misteriosa fiesta.



Al lado opuesto de la ciudad los elegantes nunca van. Está La Boca del Riachuelo³⁶, un barrio extraño, casi un pueblo, con pequeñas casas de madera, de hierro galvanizado, de bidones de aceite, a veces, incluso, de ladrillos. Desde los caminos de tierra, en los que el viento levanta el polvo a torbellinos, se pueden ver pequeños cercados llenos de basura, almacenes de aros de barri-les viejos, muebles en pedazos, trapos, cosas de todo tipo, segu-ramente recogidas en el camino y reunidas no se sabe por qué, quizás por esa extraña manía coleccionista que a veces acompaña a la miseria. En algunos pequeños patios, al pie de árboles raquí-ticos quemados por el sol, crecen tomates y hierbas entre los que

³⁶ «La Boca» es uno de los barrios más populares de la ciudad de Buenos Aires. Debe su nombre a su ubicación en la desembocadura del río Riachuelo en el Río de la Plata, en el límite sudeste de la ciudad. A finales del siglo XIX se asentaron en él muchos inmigrantes italianos por ser la zona de mayor en-trada de barcos. La mayoría eran genoveses (*xeneizes*, en dialecto genovés) que habitaban en «conventillos» y pintaron sus casas con la pintura sobrante de los barcos, dándoles el aspecto tan particularmente colorido que aún mantienen.

escarban las gallinas. En algunos lugares el suelo es pantanoso; las calles desembocan en verdaderos lodazales. Aquí las casas se construyen sobre empalizadas, como las de los pueblos lacustres; el agua se pudre alrededor de las viviendas todas cubiertas de moho verde. En algunas de las calles menos frecuentadas los bueyes pastan libremente, lanzando su quejumbroso bramido al viento. Por todas partes hay pequeños y oscuros almacenes donde se vende de todo; escaparates pobres y polvorientos cubiertos de moscas; tabernas de las que sale el hedor caliente del vino como si saliera de la boca de un borracho; cafés sombríos donde no se toma café ...

La Boca mejora cerca del río; se pueden ver grandes almacenes de madera y hierro, agencias y oficinas. Los bloques de pisos se cierran unos contra otros en desorden, como si se agolparan en el puerto para observar con curiosidad las goletas, los bergantines, los bricbarcas, los veleros de todas las formas que aún prefieren fondear en el Riachuelo por antigua costumbre. La Boca del Riachuelo es genovesa. Aquí el duro dialecto ligure es la lengua común. Los genoveses son casi los únicos italianos que conviven en Buenos Aires, que han formado una comunidad separada y que a veces, incluso, se imponen a las autoridades ahora para tener una «Calle Ministro Brin», ahora para reclamar el derecho a un cuerpo especial de bomberos italianos. Son marineros e hijos de marineros, gente que siempre ha vivido del mar; estibadores, pilotos, barqueros, algunos propietarios de veleros; algunos que se dedicaron al comercio y se convirtieron en mayoristas, almacenistas; en posaderos y comerciantes. Solo quienes se enriquecieron se fueron de La Boca.

Todos los demás italianos —hay más de doscientos mil en Buenos Aires— viven dispersos por la inmensa ciudad. ¡Oh, pero no es difícil encontrarlos!

Los vendedores ambulantes que arrastran su triste vida por las aceras, son todos italianos. A esto se le dice, oficialmente, tener el pequeño comercio en la mano. Son italianos los obreros que excavan las alcantarillas, los que adoquinan las calles, los albañiles trepados a los puentes, todos ellos que hacen los trabajos más duros, la clase obrera en general. Basta con correr hacia allá de donde viene el batir de un martillo, donde chirrían las máquinas, donde retumba un trabajo de cualquier tipo que sea, donde se fatiga, para encontrar a los italianos. Puede decirse que no hay una piedra que no haya sido puesta por manos italianas. De manos italianas ha salido la Buenos Aires actual, con sus casas alemanas y francesas y sus villas inglesas. No, no es difícil encontrar a nuestros compatriotas. Entre los suntuosos edificios, incluso en las más bellas calles y avenidas –con esa promiscuidad que caracteriza a este caos que es Buenos Aires– hay pequeñas puertas en cuyas maderas la pobreza ha dejado su sucia marca. Estas son las entradas a los *conventillos*, las inmundas casas donde los pobres viven apiñados. ¡Incluso allí hablan italiano!

Afortunadamente, hay edificios y villas habitados por muchos de nuestros compatriotas, y esto es reconfortante. Pero allí, lectores míos, normalmente, no se habla en italiano; allí nuestra lengua está prohibida.

Allí, generalmente, «se habla la lengua del país! ...».

LOS DESLUMBRADOS

del *Corriere della Sera* del 13 de enero de 1902

Buenos Aires, diciembre de 1901.

LOS DESLUMBRADOS VIENEN Y VIENEN, siempre, miles y miles, todos los días. Siguen irracionalmente su espejismo, encandilados; no saben nada, salvo que esta es la tierra donde «se hace la fortuna»; ignorantes e inconscientes, sin voluntad y sin ideas, impulsados por una fuerza misteriosa y monstruosa, casi un ejército de hipnotizados atraídos por esta tierra como las naves de la isla encantada en la leyenda árabe.

Es inútil que los periódicos honestos griten al mundo sobre la gran crisis que aqueja a este país... ellos vienen. Es inútil que investigaciones imparciales den a conocer que, solo en la ciudad de Buenos Aires, cuarenta mil obreros están sin trabajo; que gran parte de los mejores campos han perdido sus cosechas y tanto, que el Estado debe distribuir las semillas; que el mal gobierno ha arruinado los comercios, ha destruido el crédito, ha paralizado el desarrollo industrial y ha dado muerte a la libertad y a la justicia... ellos vienen. Es inútil que todos los días las listas de los buscados por los consulados muestren que miles y miles de emigrantes han desaparecido, se han dispersado, tal vez se han perdido en las soledades de las pampas o se han perdido en estancias lejanas, o han acabado nadie sabe dónde, nadie sabe cómo... ellos vienen. Vienen, incrédulos ante el mal,

casi convencidos de que querer disuadirlos solo significa querer excluirlos de su parte de la fortuna, apoyados y aconsejados no se sabe por qué demonio.

Cada barco que llega descarga miles de ellos en los muelles de Puerto Madero. Su número se publica junto a las notas de carga; ellos son mercancías de importación. Desde enero han desembarcado sesenta y cinco mil. Solo en el mes de octubre llegaron doce mil emigrantes, de los cuales diez mil eran italianos. En estos últimos tres días han llegado otros tres mil ochocientos, en su mayoría, compatriotas nuestros.

El «Hotel de Inmigrantes»³⁷ está abarrotado. La labor de dispersión de estas personas por toda la República avanza diligentemente. Junto a este centro de acogida se encuentra la «Oficina de Trabajo» que recibe las solicitudes de mano de obra y distribuye el empleo; los emigrantes con sus familias son transportados al lugar de trabajo a expensas del Estado. En teoría, la organización está bien, pero su funcionamiento, a menudo,

³⁷ Barzini hace referencia al antiguo Hotel de Inmigrantes, conocido como «rotondo», por su forma circular, similar a un gasómetro. Fue construido a finales del siglo XIX e inaugurado en 1888. El creciente número de inmigrantes que arribaban al país hizo necesaria la ampliación del edificio. Sin embargo, el acelerado ritmo de la corriente migratoria provocó que el mismo resultara definitivamente insuficiente para albergar al elevado número de arribados. El antiguo Hotel de Inmigrantes fue desactivado, demolido y, en su lugar, se construyó la actual Estación Retiro (del Ferrocarril General Mitre). En su reemplazo, en 1906, se empezó a construir a orillas del Río de la Plata el nuevo edificio de hormigón, que se conserva hasta la actualidad. Inaugurado en 1911, el Hotel funcionó hasta el año 1953. Contaba con un Depósito de Equipajes, un Hospital, una Oficina de Correos y Telégrafos, una sucursal del Banco de la Nación Argentina y la Oficina de Trabajo, citada por Barzini en su relato. Actualmente el edificio alberga el Museo de la Inmigración, gestionado por la Universidad Nacional de Tres de Febrero desde el año 2013. Para saber más sobre el museo: <https://www.argentina.gob.ar/interior/migraciones/museo-de-la-inmigracion> y también: <https://untref.edu.ar/mun-tref/es/museo-de-la-inmigracion/> [Fecha de consultas: 19 de julio de 2021].

es demasiado inhumano. Los trabajos para los que se requiere mano de obra suelen ser temporales; cuando terminan, los trabajadores son despedidos; los pobres se quedan sin recursos en medio de un país desconocido, solos, sin ser escuchados, ignorados. Y no pueden volver atrás; el emigrante puede viajar gratis por todas las líneas de la República, pero solo en una dirección: hacia adelante, hacia la periferia. Argentina necesita descentralizar su población; la ley es sabia, pero despiadada. Una vez en el interior, los emigrantes son prácticamente prisioneros del país. Algunos intentan regresar a pie en medio de graves dificultades e, incluso, peligros. No hace muchos días una familia italiana de cuatro miembros, incluida una niña, regresó a Buenos Aires a pie, desde Tucumán (mil doscientos kilómetros), atravesando el terrible desierto de las Salinas. Asimismo, la Oficina de Trabajo no se ocupa de examinar las capacidades de las personas para distribuir las lógicamente según los climas o los puestos de trabajo. La personalidad desaparece, un emigrante vale lo mismo que otro, los hombres se convierten en cosas, en máquinas que no cuestan nada y llegan en abundancia. ¿Se necesitan cien hombres para la cosecha de azúcar en Salta o en el Chaco? Pues bien, a los primeros cien que llegan los envían a hacer aquel trabajo que los propios indios rechazan. Es cierto que los emigrantes pueden no aceptar, pero ¿esta pobre gente oye hablar del Chaco por primera vez!

En el «Hotel de Inmigrantes» están acampados como un ejército en vísperas de la batalla. La comparación resulta natural. Ante tanta fuerza inconsciente uno siente esa profunda compasión que suscita ver a los soldados que parten alegremente a la guerra. ¿Qué destino les espera? Son las últimas horas que pasan juntos; el barco sigue representando un trozo de la patria y este refugio continúa la vida de a bordo. Es un inmundo lazareto de miseria, pero los mantiene unidos. En poco tiempo estarán

dispersos a cientos de leguas de distancia, sin saber, ni siquiera vagamente, dónde se encontrarán. No podrán —como el mahometano que reza en dirección a La Meca— volverse hacia un punto del horizonte pensando: «allí está Italia». ¡Solo encontré un emigrante, de los muchos a los que he interrogado, capaz de señalarme dónde estaba América en un mapa que le he mostrado!

Esta inmensa ignorancia es la que los hace dóciles, seguros y valiosos para el país. Allí donde caen se adhieren y producen, como la semilla. La idea de prosperidad por venir les hace resignarse a todo, como una vez lo fue la idea del paraíso; luego, a la hora del desengaño, se resignan por costumbre. Ellos forman la verdadera riqueza del país; no existe un «hijo del país» que cultive la tierra; para él está el empleo, el negocio, la especulación, el juego. El trabajo del extranjero —y diciendo extranjero se puede decir italiano— es el que ha desarrollado los recursos de la tierra, que ha hecho posible las industrias, activado el comercio, creado en medio siglo la Argentina de hoy.

Este gobierno conoce el inestimable valor del emigrante; la máxima de Alberdi «gobernar es poblar»³⁸ es aplicada siempre. La emigración es alentada con folletos, con publicaciones, con conferencias hechas en el exterior, principalmente, en Italia; el descenso de la emigración ha provocado la alarma y han tomado medidas. Sin embargo, esta mercancía humana, tan valiosa, ¡es aquí recibida y tratada con mucho menos cuidado que otro tipo de productos enfardados! Para las cajas de papel o de algodón

³⁸ Juan Bautista Alberdi (Tucumán, 1810 – Neuilly-sur-Seine, 1884) fue escritor, abogado, diplomático, político, periodista, economista, filósofo, pacifista y músico argentino. Autor de la obra *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*, publicada en 1852 bajo el lema «gobernar es poblar». Para profundizar sobre esta máxima, ver: *Juicio de Carlos Pellegrini*, en *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina/Juicio de Carlos Pellegrini* – Wikisource [Fecha de consulta: 19 de julio de 2021].

hay grandes edificios de mampostería, los *docks*^a, secos y ventilados, con elevadores, bien situados en las terminales entre anchos caminos de cemento. Para los emigrantes hay un gran barracón de madera decadente e infectado al que son conducidos, como rebaños al redil, por empleados ordinarios y descorteses.



El «Hotel» de los emigrantes (¡lo llaman Hotel!) surge sobre aquel páramo indefinible, irregular, fangoso, que está entre el turbio y tempestuoso Río de la Plata y la ciudad, una franja de tierra que se diría la «zona neutral» entre los dominios de las aguas y aquellos de los hombres. Alrededor, las ciénagas pútridas, cubiertas de una magnífica vegetación acuática, dan un poco de verdor al desolador plano y un poco de miasma al aire.

El «Hotel», de madera, tiene una forma extraña, parece un gasómetro lleno de ventanas. Los techos bajos, negros e irregulares se le agrupan alrededor. En medio del edificio principal, el gasómetro, hay un pequeño patio circular, oscuro, húmedo, una especie de pozo, sobre el que abren las puertas de los dormitorios. Un sistema de gastadas escalerillas de madera, que da al ambiente el aspecto de detrás de bastidores, permite el acceso a los pisos superiores. El penetrante olor del ácido fénico no puede superar el hedor nauseabundo que proviene del suelo viscoso y sucio, que exhala de las viejas paredes de madera, que se respira de las puertas abiertas; un olor a humanidad amontonada y de miseria.

La infinita «manada» humana ha dejado sus huellas sobre las cosas, en el aire, por todas partes. Las piedras de los umbrales están gastadas, las esquinas están redondeadas, ahuecadas, alisadas y ennegrecidas por los cientos de miles de manos que las han rozado. Más arriba, a la altura de los rostros, las tablas

^a Muelles.

guardan signos más vivos de este doloroso paso; yo los llamaría «las huellas de las almas». Son nombres, fechas, frases de amor, maldiciones, recuerdos, obscenidades raspadas en la pintura o marcadas con lápiz, a veces talladas en la madera. El dibujo más repetido es el del barco, ¡sus pensamientos miran hacia atrás!

El patio, el pasadizo, los espacios abiertos entre los barracones que rodean el edificio con forma de gasómetro, están abarrotados de emigrantes. Visten su mejor ropa; puesta el día de su llegada por un curioso sentimiento de dignidad. Algunos de ellos, tumbados en sus sacos de harapos, dormitando y pensando; otros caminan en grupo, discutiendo, se agolpan en la puerta de la «Oficina de Trabajo» con el sombrero en la mano, respetuosamente; otros juegan; las chicas se peinan unas a otras; los escuálidos niños juegan en el suelo, gritando; las mujeres amamantan. Existe el triste desorden de una acampada gitana donde se grita, se ríe, se canta y se llora. Pero la mayoría de ellos permanecen inmóviles y silenciosos, atónitos, indiferentes, cansados, con los ojos sin pestañear, esperando. La nostalgia se apodera de ellos, esa nostalgia instintiva de la bestia capturada, un letargo doloroso. En sus rostros, sin duda, llevan los signos de un triste viaje y algunos ojos brillaban de fiebre.

Pero entonces, escuchamos el sonido de un organillo, de ese acordeón que es el instrumento favorito de nuestros campesinos; muchos hacen un círculo, algunos bailan. Una mujer solloza.

Los dormitorios son silenciosos. Allí buscan refugio las personas solitarias; los que quieren ocultar su dolor. Por las grietas de las irregulares paredes entra silbando el viento, el frío y polvoriento *pampero*³⁹ que agita el edificio. En la penumbra

³⁹ El «pampero» es un fenómeno meteorológico que se desarrolla, sobre todo, durante el invierno y que afecta a distintas regiones de la Argentina, Uruguay y sur de Brasil. Se caracteriza por ser un frente frío que provoca tormentas y un descenso brusco de las temperaturas.

vislumbramos figuras humanas inmóviles, sentadas o estiradas en los mugrientos tablonés. Al ver entrar a un extraño, los hombres se ponen de pie, lentamente, con incómodo respeto. En su paciente expectativa, la llegada de un extraño siempre trae un poco de esperanza. Un pobre hombre sostiene en sus brazos un niño evidentemente enfermo. El niño apoya la cabeza en el hombro de su padre, respirando con dificultad y pide de beber con voz doliente. El hombre es un constructor del sur, cuando se le pregunta por su pequeño, responde:

—Hace frío aquí por la noche, nuestro equipaje se ha perdido y no tenemos nada con qué cubrirnos ... ¡Tantos niños están enfermos!

—¿Cómo se ha perdido vuestro equipaje?

—No lo sé, venimos de Salerno⁴⁰, cuando embarcamos un señor nos ha pedido a mí y a algunos de mis compañeros los resguardos del equipaje. Y cuando llegamos aquí, no hemos encontrado nada.

—Y ¿no tenéis los resguardos?

—No, ¡nada!

Se trata de uno de los habituales robos a los emigrantes. Algunas de estas pobres personas han sido robadas a bordo. Para ellas, los compañeros de viaje han recolectado pequeñas sumas de dinero, ofreciendo lo poco que podían. Y estos pobres hablan de sus donaciones con sublime sencillez.



La noche descende tristemente sobre este lugar de miseria. Esta, como una vejez cotidiana, trae toda la melancolía, el

⁴⁰ Municipio italiano capital de la provincia de Salerno, en la región de Campania.

cansancio y el desengaño del día transcurrido. La escasa comida —un trozo de puchero flotando en agua sucia que debería ser caldo y un trozo de pan— es devorada en silencio. Los cuatro o cinco empleados de la «Oficina de Trabajo» se van; un vigilante indio, legítimo descendiente de los antiguos *timbúes*⁴¹ y ahora, representando al Poder Ejecutivo, recorre inspeccionando los patios. El director del refugio, es decir, del Hotel, un hombrecillo calvo, barbudo y de trato amable, toma *mate* en la puerta de su despacho y vigila distraídamente el desfile de los emigrantes que entran en sus dormitorios. Hay lámparas encendidas aquí y allá cuyas luces rojizas hacen que la escena adquiera un aspecto siniestro.

En la oscuridad se apaga toda la alegría. Ya nadie ríe o canta, ni siquiera se habla, se susurra. La noche descende, incluso, en las almas. Parece que la esperanza solo es visible a la luz del sol. Si una imprevista luminosidad aclarase estas sombras no distinguiría más que caras tristes, pensativas, atónitas o llorosas. En un rincón lejano el acordeón reanuda en voz baja, tímidamente, su sonido asmático y sollozante. El legítimo descendiente de los antiguos *timbúes* lo hace callar. En los dormitorios se duerme o se suspira.

En el fétido patio con pozo, que ha quedado desierto, el bombero de guardia se enrolla un cigarrillo y lo enciende. La penumbra apenas revela a su alrededor carteles con la frase: «*Es prohibido fumar*».

Desde la cercana estación de Retiro llegan los gritos desgarradores de las sirenas. El ruido de la ciudad, como el rugido de un mar, se estrella sobre estas sombrías soledades. Es la hora en

⁴¹ Pueblo indígena seminómada que habitó en el sur de la provincia de Santa Fe y en gran parte de la de provincia de Entre Ríos. Se caracterizaban por llevar la nariz perforada lo que dio origen al nombre de *timbúes*.

que Buenos Aires comienza a divertirse. El horizonte está todo iluminado por el crepúsculo lívido de la luz eléctrica.



Algunos emigrantes aquí tienen familiares o amigos; pueden recibir consejos y apoyo; su emplazamiento, entonces, es menos difícil y menos malo. Otros —en su mayoría del sur—, vienen en esta época del año a trabajar durante las cosechas y en febrero vuelven a Italia. Muchos de ellos están acostumbrados a esta emigración periódica, como las golondrinas; conocen el país, guían a los inexpertos, se dejan llevar a costa del Gobierno argentino sin gastar un centavo, y juntan algunas cosas. Los otros, las grandes masas, han venido aquí a ciegas, con sus familias, sin saber nada. Son los deslumbrados. El destino que les espera en este momento, cuando los antiguos emigrantes están dejando ciertas regiones que se han vuelto ingratas al trabajo, puede ser terrible. Un ministro argentino decía hace unos días: «La emigración es necesaria, pero, dado el momento, son preferibles diez mil emigrantes menos que diez mil desocupados más».

Disipada, en parte, la desconfianza habitual entre los campesinos, pregunté a muchos emigrantes: —¿Por qué vinieron a América? La mayoría respondió: —¡Para probar suerte!; o —Muchos han hecho fortuna, probaremos nosotros también. Para ellos América es una lotería; apuestan y se juegan la vida. La idea de venir aquí la toman como una obsesión, se apodera de ellos por contagio. Muchos vienen, simplemente, porque han conocido personas que vinieron antes. Un paisano véneto que emigró, se estaba despidiendo y un amigo le dijo: —To', ¡yo también quiero partir! Y ambos con sus mujeres vinieron a América, como si se tratase de un paseo. Un campesino piamontés me dijo:

—He emigrado porque mi hermano está aquí.

—¡Menos mal! ¿Y dónde está tu hermano?

—No lo sé. Nos escribió hace muchos años desde Tierra del Fuego, donde se dedicaba a talar bosques, pero luego no volvió a escribir.

Y este hombre, que ni siquiera sabe lo que es Tierra del Fuego, que no conoce el destino de su hermano, deja todo y viene aquí con sus hijos, atraído por lo desconocido. Ninguno se informa de las condiciones de la Argentina hoy en día; para muchos, América, Buenos Aires y Argentina ¡son sinónimos!; ninguno ha pensado en pedir consejos a las autoridades. Tienen una gran desconfianza de los consejos, los escuchan con aire de creerlos o no creerlos. El miedo a ser engañados es una característica de los campesinos, y a ello deben, en parte, su inmerecida fama de listos. En cada cosa que se dice temen que haya un engaño. Los más francos preguntan: —Pero ¿qué interés tienen para decirnos tal o cual cosa? —¡Por vuestro propio bien!

Desgraciadamente, y no sin razón, sacuden la cabeza con incredulidad de que alguien se preocupe por su bienestar. Están impregnados de falsas ideas legendarias sobre las fabulosas riquezas del país, la increíble fertilidad de la tierra, la amabilidad y la bondad de los habitantes, siempre las mismas, lo que por sí solo bastaría para probar la existencia de agentes catequizadores.

Habría que buscar a algunos de ellos después de un año en América y enviarlos a su país natal para que narren con sinceridad sus aventuras. Este sería el mejor remedio contra esta emigración ciega y desordenada, sin organización, sin orientación, sin protección, lo cual es, para la Madre Patria, un gran dolor y una humillación aún mayor.

LA CRISIS ARGENTINA - DEMASIADA BUENOS AIRES

del *Corriere della Sera* del 14 de enero de 1902

Buenos Aires, diciembre de 1901.

LA ARGENTINA ESTÁ SUMIDA en una grave crisis; una crisis tal, que hablar de ello es hablar de todo. Toda la vida de la República se ve afectada. No es la enfermedad de un órgano, es la enfermedad del organismo. La sufren todos; es como si el aire poco a poco se volviera gradualmente menos respirable; tanto los ricos como los pobres sienten el jadeo de la sofocación.

La deuda pública es difícil de precisar; no se cuenta en cientos de millones, sino en miles de millones; es decir, asciende a una cifra aterradora en relación con la población del país. El elevado tipo de cambio del oro hace que el pago de los intereses de los préstamos en el extranjero sea extremadamente oneroso; pago que, por otra parte, no está regulado en los presupuestos. Normalmente, estos intereses se pagan con nuevos préstamos a corto plazo. La inestabilidad se extiende. A los empleados se les paga sus sueldos si se puede. Hay empleados a quienes se les debe hasta tres meses de salarios. Las sumas que el Estado debe a los particulares —reconocidas mediante órdenes de pago regulares— tampoco se pagan.

Hace falta coacción, injerencias ilegales, *pots de vin*^a. Esta reticencia del gobierno a pagar las deudas ha dado lugar incluso a una nueva profesión: la del *tramitador*. El *tramitador* es una persona que vende su influencia; se encarga de que la tesorería pague las órdenes de pago de los clientes, por lo que se lleva el 20 o el 30% de las sumas. La inmoralidad se vuelve habitual. Un libro no bastaría para enumerar los chanchullos, los hurtos y las irregularidades que se producen habitualmente en las administraciones del Gobierno argentino, a los que tanto se debe el empeoramiento de la situación general.

Pasando del Estado a las demás administraciones públicas se encuentran los mismos males en la misma proporción. La Municipalidad de Buenos Aires navega en pésimas aguas. El Gobierno ha tenido que crear una especie de Comité de administración para evitar la quiebra. Por supuesto, tampoco aquí se paga a los empleados. No hace mucho que los barrenderos públicos hicieron una demostración hostil a la Intendencia municipal —empuñando las escobas— para exigir el pago de los salarios atrasados. Los maestros no son tratados mejor que los barrenderos. Imaginen, a partir de estos índices, la miseria que se esconde bajo el espléndido barniz de esta gran metrópoli.

Hay miles y miles de personas en absoluta pobreza. En el consulado italiano hay una continua procesión de desgraciados que van pidiendo una limosna de diez o veinte centavos para comer. El número mínimo de desocupados se calcula en cuarenta mil, pero, ciertamente, son más.

La industria languidece, el comercio está estancado. La media total de los negocios se ha reducido a la mitad. Las quiebras son millonarias; los gigantes caen. La suma de las quiebras asciende a unos veinte millones de francos al mes. Esta estadística coincide

^a Soborno, cohecho, coima, mordida.

con la tasa de suicidios. Uno de los comerciantes extranjeros más importante, interrogado sobre la gravedad de la crisis, me dijo:

—¡La crisis es tal que no puede ser aún mayor! Otro comerciante, ante la misma pregunta, respondió: —Imaginemos que a una enfermedad no superada le sigue una gangrena. Pues bien, la crisis del año 1891 era la enfermedad; la de hoy ¡es la gangrena!

Descrita en pocas palabras, esta es la situación. El mal es más grave porque es profundo. Las causas son muchas; recientes y lejanas, temporales y duraderas. Las distantes y las perdurables son las principales, por lo que la cura es difícil.



Una de las causas de la crisis es la centralización de gran parte de la vida argentina en Buenos Aires. Esta república da la idea de un monstruo que tiene un cuerpo pequeño y débil, y una grande y desmedida cabeza. La población de la capital es de ocho cientos mil habitantes y en todo el resto del Estado no hay, ni siquiera, cuatro millones. La desproporción es enorme.

En un país que, como la Argentina, no tiene otra riqueza más que la producción agrícola, que no posee industrias o son muy pocas, esta monstruosa capital tan poblada significa no solo que una infinidad de personas esté completamente alejada del único trabajo rentable —el de los campos—, sino que toda esta gente viva a costa de los demás y que la vida sea extremadamente cara. Buenos Aires absorbe muchos recursos argentinos. Es un lujo, un «gasto de representación» que solo podría permitirse un pueblo rico de cien millones de personas.

Buenos Aires ocupa más de dieciocho mil hectáreas, o sea, supera las siete mil de París y las seis mil trescientas de Berlín. Hay edificios imponentes, grandes *boulevards*, parques; tiene ciento cuarenta kilómetros de suelo recubierto en madera, un

puerto que es único en su tipo, una instalación de agua potable que está entre las primeras del mundo y unos servicios públicos extraordinarios. La existencia de esta ciudad es un fenómeno puramente americano, de aquellos que, en parte, escapan a nuestro análisis.

La Buenos Aires de hoy se ha levantado sobre la antigua ciudad así, como un negocio, como una especulación bien lanzada, a fuerza de uno de esos inexplicables delirios colectivos que a veces embargan a los pueblos ante la perspectiva de una rápida riqueza. La Argentina aparecía como el país encantado que habría pagado todo y a todos, y su futura prosperidad estaba hipotecada en una fiebre de negocios, que no tenía más base que las esperanzas absurdas. Se descuidaron las fuentes de prosperidad por especulaciones fantásticas: se perdió de vista la verdadera Argentina.

El crédito ilimitado abría los bancos a todo el mundo. Se creaban fortunas a toda hora. Se construía y se construía, como si Europa entera tuviera que volcarse aquí. El terreno aumentó su valor hasta el punto de lo increíble. Los empresarios idearon fabulosas empresas. Se llegó a construir una ciudad aquí cerca, La Plata, cuyos terrenos fueron pagados hasta ciento cincuenta veces el coste actual. Ahora La Plata está muerta, y se la visita como a Pompeya. Los capitales y los brazos extranjeros acudían atraídos por enormes remuneraciones. El oro fluía como riachuelos. El Río de la Plata hacía honor a su nombre. Triunfaba la deshonestidad. Se hipotecaba por cien mil un edificio que valía mil. Todo sentimiento de honestidad, de justicia, de dignidad, de patriotismo, fue arrollado por la fiebre de la riqueza. Los gobernantes se enriquecían y dejaban que sus clientes se enriquecieran.

La *corrida*, como fue llamada, o sea, la carrera de depositantes en los bancos, comenzó en 1890 y terminó en 1891 con la

quiebra general⁴². Los bancos argentinos quebraron. El Banco de la Provincia de Buenos Aires quebró por dos mil millones. Era la tercera institución de crédito del mundo, antes de convertirse en la primera institución de... descrédito. Cientos de millones de ahorros ganados con esfuerzo por nuestros emigrados se perdieron.

En aquella violenta y turbulenta centralización de negocios y de trabajo se formó la Buenos Aires de hoy que tanto le cuesta a la República. Su vida carece de base.

Los intereses de la capital se contraponen a los intereses de las provincias. Con el coste del embellecimiento, del lujo y de la comodidad de Buenos Aires, Argentina estaría a tiempo de ponerse fácilmente en condiciones de ganar a la competencia de los países que tienen la misma producción que ella: Estados Unidos, Canadá, Australia, y pronto se podrá añadir Siberia.

En cambio, la Argentina carece del primer elemento de éxito que sería la viabilidad barata y fácil. La canalización de las aguas, la navegación de los grandes ríos que se reúnen, como las

⁴² Durante la presidencia de Miguel Juárez Celman tuvo lugar una profunda crisis económica y financiera conocida como «Pánico de 1890». Argentina, un país en crecimiento a partir de un modelo agro-exportador, se vio inmersa en una burbuja de especulación financiera como consecuencia de las políticas corruptas del gobierno nacional. Al bajar los precios internacionales de sus exportaciones el país no pudo hacer frente al pago de la deuda externa, lo cual precipitó la crisis. La gente corrió a extraer sus ahorros de los bancos y estos quebraron, como fue el caso del Banco Nación. Se comenzó a gestar la llamada «Revolución de 1890» para intentar derrocar al régimen corrupto a instancias de la Unión Cívica. El gobierno logró controlar la situación y los rebeldes depusieron su actitud; sin embargo, Juárez Celman debió renunciar. Su vicepresidente Carlos Pellegrini asumió la presidencia del país hasta el final de la legislatura, en 1892. Durante su breve mandato fue creado el actual Banco de la Nación Argentina e impuso a un grupo de banqueros, estancieros y comerciantes que suscriban un empréstito para hacer frente a los vencimientos de la deuda externa.

varillas de un abanico, en el inmenso Río de la Plata, tienen un desarrollo muy insuficiente. Los ferrocarriles, todos en manos de empresas inglesas, debido al exagerado costo de los fletes, representan una explotación ruinosa para el productor. El ferrocarril tiene un ámbito de actuación limitado a lo largo de su recorrido, tanto más restringido cuanto mayor sea el coste del transporte, y no hay carreteras. Si se sale de Buenos Aires no se encontrarán comunicaciones. Hace algún tiempo, los soldados de una guarnición que se dirigía a un nuevo campo de maniobras cercano, se perdieron. De los grandes *boulevards* de asfalto iluminados con luz eléctrica se pasa a la nada.



La consecuencia es que ciertos productos argentinos traídos aquí cuestan lo mismo que similares productos europeos desembarcados y arancelados (y los aranceles son muy fuertes). El vino de Mendoza, por ejemplo, cuesta casi tanto como el italiano.

En algunos lugares, los cultivos se dejan en la planta por la imposibilidad de transportarlos. Se recoge lo que se necesita para uso local. Un diplomático que visitó recientemente el interior, me hablaba de las enormes cantidades de grano abandonado que se pudren cerca de las estaciones de tren por falta de las grandes sumas necesarias para pagar el transporte.

La dificultad de las comunicaciones hace que la labor de colonización sea lenta y poco rentable en muchos territorios que, por su fertilidad, se prestarían a prósperos cultivos, pero que están situados lejos de las líneas de ferrocarril. El área explotada debe ser limitada a la fuerza. La Argentina no puede mostrar toda su fuerza. Es como un árbol lleno de espléndidos frutos, pero colocados demasiado alto para alcanzarlos con la mano. Y no hay escaleras.

Hay productos necesarios como, por ejemplo, la madera para la construcción, que son importados de Canadá, Estados Unidos e, incluso, de Noruega, y que se encuentran en gran abundancia en el país. Su transporte es imposible. Se está obligado a comprar aquello que hay en casa y que se podría, también, vender.

La producción argentina, por ello, se encuentra en condiciones de inferioridad en los mercados; el margen de ganancia es mínimo. Basta una caída en los precios para provocar un estancamiento desastroso, como ocurre ahora en el comercio de la lana, que es una de las mayores producciones del país. Solo en el mercado de Buenos Aires hay varados doce millones de kilos de lana.

La Argentina, inmensa y variada, tendría recursos inagotables. Con todas las condiciones difíciles creadas a su comercio, su exportación ha superado, solo en el curso de este año, la importación en unos cincuenta millones de *pesos* oro, o sea, unos doscientos cincuenta millones de liras. Pero la situación creada en este país es tal, que todos estos millones de *superávit* activo apenas bastan para evitar un empeoramiento económico. Vuelven al extranjero en forma de dividendos e intereses.



Buenos Aires es el centro de la ruina argentina. Ella ha desviado la riqueza de los campos. Durante un largo y reciente período, los negocios hicieron de esta ciudad un inmenso salón de juegos: la gente acudía de todas partes a jugar. Se jugaba sobre el valor de los terrenos, de los edificios, por los préstamos, por las acciones de los Bancos, por las acciones de las más variadas y absurdas empresas. El enorme movimiento de dinero había creado una prosperidad fabulosa, pero ficticia. El despilfarro era enorme. El *standard* de vida general alcanzó un lujo sin parangón.

La necesidad de lujo llevó a la sistemática deshonestidad. Una deshonestidad sin precedentes.

Las obras públicas en Buenos Aires se pagaron muy, muy por encima de su valor. Cientos de intermediarios se enriquecieron. Los ministros se convirtieron en archimillonarios. Dieron concesiones favoreciendo empresas de todo tipo –los ferrocarriles, por ejemplo, y las obras de las «aguas corrientes»– para obtener beneficios, abandonando así al país a la explotación extranjera, sin esperanza de redención. «Après nous le déluge»^b –parecían decir los gobernantes argentinos– ¡como el rey Sol!⁴³.

Y el «déluge» (diluvio) no tardó en llegar. Cayó en forma de crisis universal. El estado de la Argentina es grave, pero no desesperado. Solo una cosa es aterradora: que, si la efímera prosperidad creada por la especulación epiléptica ha desaparecido, no lo han hecho el lujo y otros males que fueron su consecuencia. Que cuando se adhieren a un hombre, o a un pueblo, echan demasiadas raíces como para sanar rápidamente. Especialmente si no se atienden. Y aquí no están atendidas, al menos tanto como lo necesitarían.

^b Después de nosotros, el diluvio.

⁴³ «Después de nosotros, el diluvio», hace directa referencia a *Después de mí, el diluvio*, una frase atribuida a Luis XV de Francia, bisnieto de Luis XIV, el rey Sol, dirigida a Madame de Pompadour.

ARGENTINA Y EL CAPITAL INGLÉS

del *Corriere della Sera* del 16 de enero de 1902

Buenos Aires, diciembre de 1901.

FINANCIERAMENTE, LA ARGENTINA está en manos de Inglaterra. Todas las empresas más remunerativas son inglesas. Dos de ellas, el ferrocarril y la banca, representan por sí solas, el principal coeficiente del activo nacional; una dirige la producción, la otra, el transporte. Ser el dueño significa tener en sus manos la vida de la nación.

La Argentina trabaja para Inglaterra, toda la diferencia activa entre exportación e importación, es decir, el beneficio, va a parar a Londres en diversas formas. El problema es demasiado importante como para que nosotros, que aquí representamos a los trabajadores, no lo examinemos detenidamente.



La hegemonía inglesa sobre los negocios se afirmó durante el período más nefasto de la especulación, cuando alcanzó el máximo, bajo la presidencia de Juárez Celman. Los ingleses, demostraron una vez más, ser unos hombres prácticos. Supieron mantenerse ajenos al delirio que se había apoderado de todos los latinos que habían llegado hasta aquí, y sacar provecho de las circunstancias con una perspicacia asombrosa. En primer lugar,

supieron beneficiarse admirablemente de la corrupción del gobierno para obtener concesiones favorables, cuyas condiciones asombran profundamente a quienes no saben hasta qué punto de obsesión y, digamos, de falta de escrúpulos habían llegado aquellos gobernantes.

Así se formaron las compañías ferroviarias inglesas, que ahora son dueñas de 12 684 kilómetros de vías férreas, es decir, de todo el tránsito de la Nación. El Gobierno garantiza a estas empresas un mínimo de beneficios sobre un capital fijo, y no tiene derecho a intervenir salvo cuando la utilidad es superior a un alto porcentaje. La empresa tiene vía libre en todo, en las tarifas de los fletes, en las velocidades, en los horarios, en los salarios de los empleados, en los movimientos del personal. Los negocios van muy bien. Hay líneas que rinden el 12%, otras el 15% y otras, incluso, aún más. Los fletes siguen siendo muy altos y, sin embargo, el Gobierno no puede intervenir; debe permanecer indiferente a esta enorme explotación de la producción. Y he aquí la razón.

Las Compañías, además del capital fijado como base de sus relaciones con el Gobierno, se han reservado la emisión de «valores no negociables» al 4 y al 5%; emisión que, por un ingenioso vacío legal, puede ser ilimitada. Los intereses de estos títulos se cargan en el pasivo de la empresa y sirven para reducir los beneficios a las proporciones necesarias para privar al Gobierno de cualquier derecho de intervención. Así, en apariencia, el beneficio es siempre menor que el porcentaje a partir del cual comienza la participación del Estado, pero, en realidad, es mayor, porque los propietarios de estos títulos no son otros que los mismos accionistas de la empresa.

Por lo tanto, el gobierno argentino se ve privado de todo control sobre sus ferrocarriles. En virtud de este estado de cosas, se ha podido ver en ciertas líneas que los fletes aumentan en la

proporción de 45 a 92 y, sin embargo, los beneficios disminuyen. En virtud de este estado de cosas, los salarios de los empleados ingleses pueden alcanzar cifras magnánimas.

La producción argentina, por su parte, encuentra en el transporte el mayor obstáculo para su rápido desarrollo. A las compañías ferroviarias les importa poco esto; están al seguro.



Pero si se examina el funcionamiento de la banca en la Argentina, uno se queda aún más sorprendido. Leer sobre cuestiones bancarias argentinas es tan entretenido como leer novelas increíbles. Hay algo de fantástico.

Observemos un banco inglés —observar uno es como observarlos a todos—; el «River Plate Bank Ltd». En 1889 tenía sesenta mil acciones con un capital desembolsado de seiscientos mil libras esterlinas, o sea, de diez libras esterlinas por acción. A finales de aquel año las utilidades fueron del 40%, de los cuales, el 15% se dio como dividendo y el 25% fue capitalizado, de modo que la acción de diez libras esterlinas pasó a representar un capital de doce libras y media. En el año siguiente hubo un dividendo del 15% sobre el nuevo capital, o sea, del 18,75% sobre el capital desembolsado, más otro 25% capitalizado, y la acción representó un capital de quince libras esterlinas. En 1891 vino la catástrofe general, la quiebra de los Bancos argentinos, la moratoria concedida a todos por ley del Parlamento; fue un año desastroso. Y, sin embargo, nuestro «River Plate Bank» tuvo un dividendo del 9,16% sobre el capital total, o sea, del 13,75% sobre el capital desembolsado. Los dividendos siguieron aumentando con un crecimiento que no se corresponde con el aumento de los negocios que, por el contrario, están estancados. En 1892 fue del 18,75%, en el '93 del 18,75%, en el '94 del 22,50%, en el '95 del 24%, en el '96 del 27%, en el '97 el 30%,

en el '98 el 30%, en el '99 el 30%, en el 1900 el 50%. Así, en doce años se tuvo un 298,50% de dividendos, más el 116 % del fondo de reserva —que hoy asciende a un millón de libras—, o sea, 514,50% de los beneficios netos. Es decir, ¡un 42,87% al año!

Estos rendimientos en negocios de dinero no son extraordinarios, porque aquí, como he mencionado, los altos intereses, digámoslo así, es lo que se impone. Pero hay que tener en cuenta que los bancos ingleses son los más numerosos y, sobre todo, los más fuertes. Los otros bancos son meros satélites en el sistema planetario de las finanzas argentinas, en el que el capital inglés representa al sol. ¿Qué enorme absorción de energía no representan por sí mismos los dividendos que toman su camino rumbo a Londres? El «London & Brazilian Bank» este año dio un 46% de dividendo, a pesar de que en los intercambios con Brasil este banco perdió la friolera suma de ¡ochenta y cuatro mil libras! El total de los dividendos de los bancos ingleses puede considerarse ciertamente superior a tres millones de *pesos* oro, o sea, a quince millones de francos, ¡calculándolo modestamente!

La supremacía de los bancos británicos en el mercado argentino es una consecuencia lógica de los errores y faltas cometidos últimamente en el período de negocios. Sobrevenida la crisis de 1891, cayeron el «Banco Nacional» y el «Banco de la Provincia de Buenos Aires» y, con ellos, la Argentina perdió los dos únicos soportes de su independencia económica. Es cierto que ellos no funcionaban correctamente. Los bancos ingleses fueron casi los únicos que resistieron. Continuaron tranquilamente con sus operaciones y lograron superar el pánico de los depositantes. Las compañías ferroviarias volcaron sus ganancias en los bancos ingleses —los ingleses, afortunados ellos, siempre están unidos y de acuerdo— y esos millones no resultaron inoportunos para enfrentar la crisis. El cambio llegó a alcanzar el 480%, y los Bancos ingleses cambiaron su oro; cuando el tipo de cambio cayó al

206%, después de siete años, los bancos ingleses se repusieron, ganando así un 234%. Su posición es inmejorable. Los ferrocarriles de la provincia de Buenos Aires pagan semanalmente 600 000 *pesos oro* y, sin duda, solo el movimiento de dinero de las empresas ferroviarias sería suficiente para la vida de los bancos. Pero el crédito inquebrantable del que gozan los bancos ingleses atrae a cientos de millones de *pesos* de depósitos privados; se han convertido en el principal medio para el movimiento de dinero y en el centro de un enorme cúmulo de negocios bancarios.



Todo esto no es suficiente. Los ingleses son también quienes detentan la mayor parte de la deuda pública argentina, que asciende a trescientos ochenta millones de *pesos oro*, es decir, mil novecientos millones de francos.

De modo que Inglaterra, en intereses y dividendos, absorbe de las finanzas argentinas unos cuarenta y seis o cuarenta y siete millones de *pesos oro* al año —es decir, doscientos treinta o doscientos treinta y cinco millones de francos— repartidos de la siguiente manera: de las compañías ferroviarias diecisiete millones y medio, de los bancos tres millones, de distintas compañías dos millones y de las finanzas del gobierno para los intereses de la deuda pública veinticuatro millones.

La exportación este año superará a la importación; se calcula en unos cincuenta millones de *pesos*. Está claro que este *superávit* activo es insuficiente para la más mínima capitalización; los esfuerzos de producción se debilitan.

Pero no hemos visto más que la supremacía financiera, también está la supremacía comercial. Los ferrocarriles tienen concesiones de leguas de territorio a lo largo de su recorrido. En las regiones más fértiles abundan las *estancias* inglesas. Los

productos de estas *estancias*, debido a la facilidad de transporte y a los favores de que gozan, llegan a tener una posición privilegiada en los mercados.

Además de los *estancieros*, hay comerciantes ingleses, importadores y exportadores. Debido a ese sentimiento de unidad y solidaridad, que es una de las características inglesas más envidiables, y también en virtud de esa máxima inglesa de que *the honesty is the best policy* —la honestidad es la mejor política— estos comerciantes gozan de un crédito ilimitado en las instituciones bancarias inglesas. Y, dada la fuerza de los bancos ingleses, estos comerciantes tienen un enorme poder. La competencia contra ellos es imposible. El comercio se escurre entre sus manos. Solo el comercio con Inglaterra asciende a unos sesenta millones de *pesos oro* al año, es decir, ¡trescientos millones de francos al año!



En conclusión: efectivamente, gana quién supo y tuvo los medios para hacerlo.

NUESTRAS CARTAS DESDE ARGENTINA

del *Corriere della Sera* del 23 de mayo de 1902

CONTINUANDO...

LAS PRIMERAS CARTAS desde la Argentina, publicadas en el *Corriere*, suscitaron una polémica que el amigo lector, quizás, no ha olvidado. Me han acusado de malicia, de mentiras y de cosas peores.

Al continuar con la publicación de las «cartas argentinas», en las que resumo la observación imparcial de los hechos, permítanme hablar un poco de las publicaciones pasadas, por las que se me han hecho tantos ataques feroces e injustos.

No es para defenderme, no; es para defender la verdad.

Todo menosprecio de un hombre ofendido, cualquier legítima indignación de un hombre honesto injustamente atacado, cualquier arrebató de amor propio dolorosamente herido, resultan poca cosa comparados con la impetuosa revuelta que estalla en el alma de quienes, conociendo la verdad, la ven pisoteada, escondida, la oyen negar sin pudor ni vergüenza. ¡Y sobre todo cuando esta verdad se refiere a los sufrimientos, las luchas, el dolor, la miseria y las lágrimas de tantos y tantos de nuestros hermanos!

Aquí, la cuestión personal pasa a un segundo plano. No vengo a hablar de la desleal guerra que se ha librado contra mí, de los obstáculos puestos en mi camino, de las iras y odios suscitados en mi contra, así como de las amenazas y de los insultos que han sido la consecuencia, de las calumnias bajas y ridículas con las que la furia de la multitud argentina se cebó en mi contra, como para poner un obstáculo supremo en el cumplimiento de mi deber. Todo esto no concierne a nadie más que a mí. En cambio, quiero hablar de lo que he escrito, que es la verdad; y la verdad interesa a todos.

Es necesario no solo que se sepa, sino que se crea. Pensemos que mientras treinta y tres sociedades de trabajadores de la Argentina envían un manifiesto a los trabajadores italianos exponiendo su miseria con datos precisos oficialmente reconocidos, nuestros barcos continúan zarpando hacia aquella república cargados de emigrantes, que van con la mente llena de falsedades y el alma llena de sueños; justo en ese mismo momento, un *mayor número* de desgraciados deja la Argentina en busca de pan. Pensemos en este desatino, que mientras miles de personas que han vivido allí, que hablan la lengua del país, que conocen el entorno, se ven obligados a abrazar la más desesperada de las resoluciones: la fuga; otros miles de personas, ignorantes de todo, o sea, en condiciones de enorme inferioridad, se dirigen ciegamente hacia la tierra que les fascina. La humilde posición que estos «deslumbrados» abandonan en su tierra natal, y que les parece mísera frente a la fortuna que sueñan, se convierte precisamente en la meta codiciada por la triste y derrotada multitud de «desencantados fugitivos». Y quien puede escapar aún ¡es afortunado! Cuántos ya no tienen fuerzas, ¡oh, cuando la miseria pone su pie sobre el vencido no lo deja escapar fácilmente! Solo en el mes de marzo *doce mil cuatrocientos sesenta y ocho* emigrantes salieron de la Argentina y ¡doce mil doscientos ochenta y tres

han aterrizado allí! Pensemos en estas cifras y decidme si no es necesario y urgente que se conozca la verdad. Todos estos emigrantes nuestros, ¿partirían si conocieran las cifras de aquellos que vuelven? ¿No se les caería la venda de los ojos? El silencio es un crimen.



Las primeras «cartas argentinas» se dieron a conocer en la República a través de telegramas procedentes de Italia dirigidos al diario *La Prensa*. Cuando digo que estos telegramas, que luego fueron reportados por otros periódicos, tenían títulos de esta índole: *Insultos a los argentinos. Nuevas apreciaciones injuriosas. Un enemigo de la Argentina. Opiniones falseadas*, etc., seguro que les habrá dado una idea de la desagradable manera en que mis cartas han sido puestas en conocimiento del público.

Mi trabajo, entonces, ha sido juzgado allí sobre la base de estos documentos; pues bien, con todo eso, la prensa independiente se puso de mi lado. Y entre la prensa independiente debo destacar, en primer lugar, la prensa extranjera.

*La Patria degli Italiani*⁴⁴ ha declarado que lo que yo había dicho era una verdad conocida y repetida, y cuando llegó el texto

⁴⁴ Periódico fundado por el periodista lombardo Basilio Cittadini, en 1876, con el nombre *La Patria*, tenía el objetivo de crear una identidad común en la cada vez más numerosa colectividad italiana residente en la Argentina. *La Patria* defendió los intereses de los inmigrantes italianos, promovió iniciativas de tipo patrióticas o filantrópicas, convirtiéndose en una referencia para sus connacionales en Buenos Aires. En 1893, el diario sufrió una serie de dificultades financieras que lo llevaron a la quiebra, por lo que fue refundado con el nombre *La Patria degli Italiani*. A inicios del siglo XX se fusionó a los periódicos *L'Italiano* y *L'Italia al Plata*. Durante el régimen de Mussolini la publicidad era dirigida por los funcionarios consulares al diario fascista *Il Mattino d'Italia*, por lo que, al no contar con esta fuente de financiación fue ordenado su cierre en el año 1931.

de las cartas, lo reportó en su totalidad. *The Standard*⁴⁵, órgano de la colonia inglesa, decía entre otras cosas:

«Estas correspondencias podrán beneficiar más que el malsano conjunto de otras publicaciones cuya burda adulación causa sospecha. Dado que el país está comercial, política y socialmente enfermo, Barzini hace bien en decirlo, disipando así los malentendidos y dispersando las ilusiones. No creemos que haya arrojado sombras, pues éstas crecen en lugar de disminuir; el emigrante incauto, que cree que encontrará un gobierno y una justicia íntegros, está advertido. Quitando del medio las falsas ideas nos hace un buen servicio. Nuestros mejores amigos no son aquellos que nos halagan, y la prensa nativa debería tenerlo bien presente al sopesar el valor de las opiniones de Barzini».

*Le Courier de la Plata*⁴⁶, el periódico de la colectividad francesa, concluye así un artículo sobre la cuestión, después de haber señalado los errores de los gobiernos, los robos oficiales, el déficit del balance y otros males que hacen la situación aún peor y que comprometen seriamente todas las esperanzas fundadas en el porvenir argentino:

«Las razones que invoca Barzini son más que fundadas, y los periódicos del país que las comentan solo le acusan de exageración».

⁴⁵ Periódico inglés, fundado por los hermanos Michael y Edward Mulhall, en Buenos Aires, en 1861.

⁴⁶ Diario de la inmigración francófona rioplatense, fundado en 1865, permaneció en actividad hasta el año 1946. Dirigido por su fundador Joseph Alexandre Bernheim, fue distribuido tanto en la Argentina como en el Uruguay. El nacimiento de *Le Courier de la Plata* se ubica dentro de la dinámica de la migración europea llegada a la Argentina a partir de finales del siglo XIX hasta los años '30 de la sucesiva centuria. Para saber más sobre este periódico, ver: *Le Courier de la Plata, diario de la colectividad francesa rioplatense*, de Viviane Oteiza Gruss en: <https://repositorio.uca.edu.ar/bits-tream/123456789/16263/1/courrier-la-plata-diario.pdf> [Fecha de consulta: 20 de julio de 2021].

«¡Que no se llame a la animadversión! Los artículos del *Corriere della Sera* que señalan lo malo, prestan un verdadero servicio a la República. El día que se tengan en cuenta estos consejos y se cambie el rumbo, las profecías favorables expresadas por el Sr. Martínez en sus conferencias, se convertirán en una realidad».

El *Correo Español*⁴⁷, órgano de la importante colonia española, después de informar de los telegramas de *La Prensa*, acompañándolos con apreciaciones halagadoras para el *Corriere*, añade dirigiéndose a la prensa argentina:

«¿Podrían los periódicos indignados, con las manos en el corazón, afirmar que estos juicios son falsos?»

«La afirmación les dejaría mal parados, ya que nos presentan la situación del país en tonos mucho más oscuros, imágenes aterradoras de la situación de los trabajadores en la República, como, también, nos describe el estado económico de la nación, que atribuyen al gobierno, a su falta de tacto, a sus abusos y a la absoluta corrupción de los poderes públicos».

Dejo fuera a todos los demás periódicos extranjeros que repiten las mismas cosas. Las coincidentes apreciaciones de tantos periódicos que representan a distintas colectividades, es decir, a distintos intereses y a distintas tendencias, a menudo opuestas entre sí, son una clara prueba de que las verdades que he afirmado son precisamente irrefutables. Y esto demuestra también que la necesidad de difundir la verdad es igualmente sentida de

⁴⁷ Periódico de la colectividad española, editado en Buenos Aires, entre los años 1872 y 1905. Su redacción en lengua castellana se preocupó por mostrar un lenguaje muy castizo, señalando aquellas diferencias (tanto en la escritura como en la fonética) cuando se hacía uso de otras lenguas españolas (como el catalán, el vasco, el gallego, etc.). La lengua fue centro de disputas dialécticas sobre su utilización como vehículo para reafirmar una dominación cultural y, al mismo tiempo, como un reforzamiento de la identidad nacional (Garabedian 2017: 29).

forma imperiosa por todos los extranjeros que viven en la Argentina, que son, precisamente, las primeras víctimas de los males del país.

Pero incluso entre los propios argentinos abundan los hombres imparciales que, el amor por el bien y la verdad, los empuja valientemente contra la turbulenta corriente del malentendido orgullo de raza y el ciego chovinismo de la masa criolla. No toda la prensa local se ha sumado al coro de insultos contra el *Corriere* y contra mí.

Un importante diario argentino, *El Municipio*⁴⁸, con un artículo titulado: *Un corrispondente italiano che ardisce di dire la verità*^a, ha alzado su serena voz sobre el tumulto de impropiedades. Ha escrito:

«En su correspondencia, Barzini se ocupa de la crisis argentina, y para estudiarla y explicar sus causas y efectos tiene la valentía de contar toda la verdad, sacando a la superficie el fango social y administrativo».

«No vemos ninguna razón para censurar a Barzini por haber dicho la verdad, esta verdad desnuda que la prensa argentina debería proclamar bien alto».

«A pesar de los ataques, incluso groseros, de que es objeto el mencionado corresponsal, declaramos que Barzini merece nuestro más alto concepto de consideración y estima, por su autoridad, por su franqueza y por su independencia».

«Vale mucho quien, como él, ha sido capaz de escapar de la atmósfera de corrupción que asfixia a la mayor parte de los representantes de la opinión pública, y transmite a la pluma sus observaciones y sus estudios con el impulso de su conciencia y de unos profundos sentimientos de imparcialidad y justicia».

^a *Un corresponsal italiano que se atreve a decir la verdad.*

⁴⁸ Periódico fundado en 1887, en la ciudad de Rosario (Santa Fe). Permaneció en actividad hasta el año 1911.

«Se protesta contra el espejo que denuncia nuestras deformidades, pero no se protesta contra nuestra fealdad. ¿Qué culpa tiene la cámara de hacer un retrato feo si el original no es mejor? Al decir lo que ha dicho, Barzini no ha transmitido más que verdades al papel».

«No hay cortesía ni cultura en un pueblo que se ensaña con un hombre solo, un invitado que debería estar rodeado de respeto porque es consciente de su deber, y lo cumple».

Lamento entretener al lector con cosas que parecen personales; pero ante las acusaciones de malevolencia, exageración y falsedad, con las que se ha intentado quitar todo valor a lo que he escrito, más que el derecho, tengo el deber de defender mi trabajo.



En resumen, ¿qué he dicho en las primeras «cartas argentinas»? Que hay una crisis espantosa. Pues bien, hoy la Comisaría General de Emigración⁴⁹ comunica oficialmente las mismas noticias sobre la crisis, desaconsejando la emigración, porque ahora hay ciento veinte mil desocupados en la Argentina. He dicho que Buenos Aires tiene una vida artificial que absorbe la riqueza del país y que inutiliza casi un cuarto de la población. Y esto es lo que dice un periódico argentino, en su edición del 2 de marzo, sobre este tema:

«Hay una verdadera mistificación de la prosperidad del país, tomando a la metrópoli argentina como base el estado económico y social de la República».

⁴⁹ Se trata del *Commissariato Generale dell'Emigrazione*, sobre el que ya hemos hecho referencia en la NOTA 5 y en el que se concentraban todas las competencias en materia de emigración que hasta ese momento eran gestionadas de forma descentralizada por otras administraciones públicas.

«Todo es una mistificación».

«La grandeza de la capital contrasta con la mísera existencia que arrastran las provincias y, además, su vida de trabajo y actividad no es propia, porque los capitales, los brazos, la inteligencia y los esfuerzos son genuinamente extranjeros, se deben al capital inglés, al brazo italiano, a la iniciativa de los hombres de todas las naciones que han venido a poblar esta tierra, a convertir las *pampas* desiertas en fértiles llanuras, a amasar con el sudor de su frente los cimientos del presente y marcar el camino hacia el futuro».

«Los ilustres invitados que vienen a Buenos Aires deben ser arrancados del aspecto seductor de la metrópoli, y conducidos a las provincias, para que se formen una idea exacta de lo que es, política, social y económicamente, la República Argentina; se los debería llevar por el campo y mostrarles la miseria que impera, el hambre que baña de lágrimas las miserables moradas, el abandono que reina en las administraciones».

«Habría que mostrarles la verdad, y la verdad no se revela en las inmensas avenidas ni en los soberbios edificios ni en los confortables hoteles ni en el aristocrático ambiente de los clubes, entre *champagne* y candelabros».

«Que los extranjeros que nos visiten pasen los límites de la capital federal, si quieren estudiar el verdadero aspecto nacional, si quieren convencerse de que este es un país sin libertad, sin moral, sin administración y sin justicia».

He escrito que el llamado *Hotel de inmigrantes*, donde albergan a nuestros pobres compatriotas que desembarcan allí en búsqueda de trabajo, es un inmundito lazareto de la miseria, sucio como una perrera. El diario *La Nación*⁵⁰ un mes después escribía:

⁵⁰ Es un periódico argentino fundado en 1870 por Bartolomé Mitre, luego de haber dejado su cargo de presidente de la Nación. Tradicionalmente conservador, fue clausurado en diversas ocasiones. La primera vez, en 1874, durante la presidencia de Domingo F. Sarmiento; poco después, en 1876, por orden del presidente Nicolás Avellaneda. Durante los años 1889-1890 impulsó la «Revolución del Parque» contra los partidarios de Julio A. Roca y de

«No se puede negar que al principio el *Hotel de Inmigrantes*, con su séquito de cabañas y chozas, debe dar a los recién llegados una idea bastante desfavorable de la hospitalidad argentina. Las deficiencias del inmundo pabellón pueden ser prácticamente probadas por miles de huéspedes año tras año. Sería deseable que el gobierno de un país como el nuestro, donde nos hartamos de predicar la necesidad de fomentar la inmigración, comience a albergarla mejor».

No es suficiente. *La Prensa*, el 27 del pasado mes de marzo, escribe:

«Un informe técnico dice que el *Hotel* está en tal estado de destrucción que es imposible mantenerlo sin incurrir en gastos que equivaldrían al coste de otro edificio nuevo. Las conclusiones del informe no dejan lugar a dudas: el edificio está en su último período y amenaza con caer».

Por último, hablé, de paso, de la sistemática irregularidad administrativa y de la profunda inmoralidad política. Al calumniador, ¡le gritaron!, pero esto es lo que escribe recientemente un periódico argentino sobre este doloroso tema:

«El espectáculo que ofrece la política militante en estos momentos es tal que irrita a las almas más plácidas y hace avergonzar a las personas menos susceptibles frente a la vituperación moral. Nunca este país ha conocido una decadencia como la actual. Los gobernantes solo se ocupan de la distribución de los ingresos públicos, gran parte de los cuales, se adjudica al prosélito y al favorito.

Miguel Juárez Celman, acusados de llevar adelante un gobierno falto de moral y corrupto. La fallida insurrección tuvo como consecuencia la clausura del diario, por tercera vez, en 1890. Años después, en 1901, durante la segunda presidencia de Roca y en ocasión de los acuerdos alcanzados por el Gobierno argentino con los acreedores extranjeros, fue nuevamente clausurado por denunciar que dichos pactos significaban, además de la pérdida de la soberanía, que las potencias extranjeras (en particular, Inglaterra) se apropiaran de la riqueza nacional, tal como también denunciaba el mismo Luigi Barzini en sus cartas al *Corriere della sera*.

Domina, en absoluto, la avasallante preocupación por el tráfico de puestos públicos».

Y más aún:

«Nada está en su sitio. En el orden político, económico y financiero todo está fuera de su órbita. La nación se precipita por el camino que lleva al desastre. La corrupción domina con descaro y con ostentación; la ineptitud se convierte en una enfermedad crónica en las altas esferas de gobierno, y la descomposición avanza sin encontrar obstáculos».

«El fraude electoral, erigido como sistema, es la fuente y el germen de todos los males. El personal de las administraciones, compuesto por los premiados en el *deporte* político, inoculan a la maquinaria administrativa el virus de la descomposición. La suma de las malas costumbres forma una voluminosa cantidad de elementos funestos ... etc.».

El periódico que habla así es *La Prensa*, el de mayor circulación de la Argentina. Precisamente, amigo lector, el mismo periódico que encabezó la indignación por mis pobres cartas, las que, en general con mucha menos crudeza, señalaban las mismas cosas que, con mucha razón, le preocupan.

Pero hay más. *La Prensa* inventó ¡la campaña anti-Argentina! Escribió: «Podemos decir que casi toda la prensa europea, incluidas las revistas ilustradas, está comprometida en esta campaña». Se trata de «juicios interesados publicados en los periódicos más serios de Europa, entre los que mencionaremos *The Times* de Londres⁵¹ y *Le Temps* de París⁵²». ¡Y ni siquiera se salva la *Agencia*

⁵¹ Es un periódico británico, de tipo moderado-conservador, fundado por John Walter, con sede en Londres, en 1785. Durante el siglo XIX fue el primer diario en enviar corresponsales al extranjero.

⁵² Periódico francés de referencia con sede en París, fundado por Auguste Nefftzer, en 1861. A partir del año 1873 cuando Nefftzer vendió *Le Temps* a Adrien Hébrard su orientación política giró hacia el centro-izquierda; para

*Havas*⁵³! Se entiende que en esta «campaña» de casi todos los periódicos europeos, dirigida contra la Argentina, es toda propaganda chilena.

Estas ridículas acusaciones insultan en bloque a la mejor parte del periodismo europeo, culpable solo de haber reunido un poco de verdad –que tiene patas más largas que la mentira– la verdad que *La Prensa* no esconde; hay una extraña y monstruosa mezcla de orgullo ciego y manifiesta mala fe.

En el extranjero no se debe hablar de la Argentina si no es para alabarla y halagarla a toda costa. Es una vieja costumbre a la que el país está habituado.

Solo los periodistas argentinos tienen derecho a «observar todos los detalles relacionados con la vida nacional», proclamó *La Prensa* en un insolente artículo que, indirectamente, estaba dedicado a mí. Y otro día, con reproche hacia *Le Temps*, repitió: «Tenemos derecho a tolerar nuestros errores y a acoger las apreciaciones de la prensa nacional, pues son nuestros propios intereses los que discutimos con el amplio derecho de la ciudadanía y con el mérito de probados servicios a una noble causa; sin embargo, cuando se trata de periódicos extranjeros que *deben mantenerse* ajenos a los detalles de las pasiones de otras naciones, la misión del periodismo argentino es diferente». ¡Ah, no!

Aun cuando no fuese un derecho innegable del periodismo, la crítica serena de todo lo que interesa a la humanidad, aunque

luego virar hacia posiciones republicano-conservadoras. En 1940, con motivo de la Segunda guerra mundial, trasladó su sede a Lion (dentro de la Zona Libre). En 1942 cesó su actividad como respuesta a la invasión de la República de Vichy por parte de las fuerzas militares alemanas.

⁵³ Fue una agencia francesa de comunicación y de servicios de noticias, fundada por Charles-Louis Havas, en 1835. Con sede en París su nombre era *Agence des feuilles politiques, correspondance générale*, es la agencia de noticias más antigua del mundo y ha sido la primera en instalarse en América Latina. Su actividad cesó cuando el gobierno francés la nacionalizó en 1940.

no fuese su deber sagrado desear el bien en cualquier lugar donde vivan los hombres y perseguir el mal bajo todas las latitudes y en todos los refugios, aunque fuese necesario este *derecho de ciudadanía* para interesarse por lo que llaman los «detalles» de vuestras pasiones, ¡pues bien podríamos hablar, porque este derecho de ciudadanía, lo tenemos!

Pensemos que hay más de un millón de italianos en la Argentina, y que más de la mitad de los habitantes es de sangre italiana. Nuestros brazos son invitados incluso ahora que otros cientos de miles cuelgan allí inertes, a sus lados, con el abandono de la desesperación. Tenemos el deber de ver qué pasa con este ejército de nuestros trabajadores que abandonan la Patria para dar su inmensa fuerza a otro país.

Tenemos, como ustedes, periodistas argentinos, el derecho de señalar y estudiar en sus orígenes y en su desarrollo, las graves enfermedades de su país, porque tanto como ustedes, si no más, deseamos que se cure.

Nadie más sinceramente que los italianos, puede desear al país, que algunos llaman la «Joven Italia», la completa recuperación moral, política y económica que solo podrá levantarlo de sus desgracias, y que, por fin, le dará la fuerza para ocupar el lugar que por sus ocultas energías se merece.

Por desgracia, aún no he expuesto más que una parte de los males, y antes de ocuparme extensamente de las condiciones y de la obra de los italianos, debo dedicar varias cartas a la descripción, a veces dolorosa, pero siempre necesaria, del entorno en el que nuestros compatriotas llevan a cabo su actividad.

¡No es con el silencio o con la mentira, perpetuando equívocos, errores y engaños, que uno puede alcanzar el bien! Es por ello que continúo mi camino con la conciencia serena de cumplir con un deber.

LAS BASES DE LA OLIGARQUÍA ARGENTINA

del *Corriere della Sera* del 25 de mayo de 1902

No hace mucho, una mañana, bajo grandes titulares los periódicos argentinos tenían noticias de este tipo:

«*San Martín, nueve horas* – Un grupo de Casaristas⁵⁴ abrió fuego sobre adversarios. La policía, a las órdenes de un comisario, respondió al fuego. Los asaltantes se retiraron dejando algunos heridos. En Lamadrid hubo un animado intercambio de disparos».

«*Chivilcoy* – Los miembros de las mesas electorales tomaron las armas; hubo un gran intercambio de disparos, que se incrementó con la intervención de la policía. Muchos resultaron heridos. El fuego duró unos diez minutos».

«*Pila* – Un grupo de Ugartistas⁵⁵ atacó la Municipalidad y la Comisaría. La policía repelió el ataque. Hay heridos graves. Se hicieron muchos disparos de *remington*⁵⁶».

«*San Fernando* – Un fuerte grupo de individuos hizo fuego a lo largo del canal en dirección a la plaza. La policía devolvió los disparos repeliendo el ataque».

⁵⁴ Partidarios de Vicente Casares, diputado nacional por el Partido Autonomista, de corte liberal, entre los años 1900 y 1904.

⁵⁵ Partidarios de Marcelino Ugarte, gobernador de la Provincia de Buenos Aires entre 1902 y 1906.

⁵⁶ Tipo de fusil o de pistola.

Si en lugar de Casaristas y de la «Jefatura de Policía», o simplemente, de la policía, se hablara de bóeres⁵⁷, al leer estas noticias todo el mundo pensaría que la guerra en el sur de África nunca ha estado más activa que ahora. Pero como no era más que una cuestión de elecciones (parciales, afortunadamente) en la provincia de Buenos Aires, nadie se conmovió y, una parte de la prensa, incluso, aprovechó la ocasión para gritar con legítima satisfacción, que: «...en estas elecciones se ha demostrado el progreso moral del pueblo, el que, pacíficamente, acudió a las urnas para cumplir con el más sagrado de sus deberes, sin que ocurrieran los deplorables acontecimientos de los pasados comicios...».

Agradecemos al buen Dios por habernos tenido lejos de los pasados comicios y de habernos permitido así ver tanto progreso moral. Que, sin embargo, parece seriamente comprometido por los resultados de estas elecciones (parciales, afortunadamente), según informa el periódico más acreditado *La Nación*.

En un pueblo, San Nicolás, votan ciento veinte personas y se cuentan mil doscientos votos. En Barracas al Sur, aparecen mil votos antes de que se forme la mesa electoral. En Lomas de Zamora cuatrocientos electores producen mil doscientos votos. En tres colegios electorales no hubo asistencia, pero se emitieron tres mil doscientos votos. En otras cuatro mesas se produjo el mismo milagro. En Carmen de Patagones una persona contó la asistencia de veintidós electores: mil ciento cincuenta y tres votos. Finalmente se calculan unos treinta mil los votos fraudulentos en estas elecciones (parciales, afortunadamente). *El País* —un periódico *pellegrinista*⁵⁸— reprocha a *La Nación* —que

⁵⁷ Boer, «campesino o granjero» en lengua afrikáans. Campesinos colonos de origen neerlandés en la actual Sudáfrica.

⁵⁸ Partidario de Carlos Pellegrini, expresidente de la Nación entre 1890 y 1892 y, por entonces, senador nacional entre 1895 y 1903. Afiliado al Partido Autonomista en 1870 fue vencido en las elecciones a diputados por el partido nacionalista de Mitre.

es *mitrista*⁵⁹— estas ociosas investigaciones, recordándole que los *mitristas*, en algunas otras elecciones, montaron en Buenos Aires un verdadero *atelier* con dieciséis escrituras para la fabricación de registros electorales falsos en base a los cuales establecieron su triunfo. Estas cosas, después de todo, son habituales. Una comisión, encargada por un *Comité Demócrata*, quiso revisar algunas listas electorales en Buenos Aires y encontró que en una mesa electoral la falsificación ascendía al 47%, en otro al 58%, en uno al 79% y en el resto del distrito al 45%. Los periódicos *El Tiempo* y *La Prensa*, que publican la investigación, ofrecen todas las pruebas. Pero, ¿quién se preocupa por estas pequeñas cosas?

Esta profunda y arraigada inmoralidad revela mucho más que una simple manía de prácticas políticas; sus causas son muy graves, y sus consecuencias tienen una influencia desastrosa en la vida entera de la nación argentina.



Vamos a explicarnos. Allí, la política es una profesión. Es la profesión natural del «hijo del país», que le ofrece una forma de vivir —con un relativo lujo acorde a sus medios intelectuales y a su «viveza»— proporcionándole un ingreso en forma de salario como en cualquier tipo de empleo o facilitándole todo tipo de ganancias a través de la influencia. Así se ven empleados que no tienen la necesidad de ir a la oficina y otros que no saben exactamente en qué consiste su empleo.

Por eso, la lucha política no es otra cosa que la lucha de las personas que quieren un empleo, por derecho de nacimiento, contra las personas que no quieren dejarlo pasar, en nombre del mismo derecho. Es una «lucha por la vida»; y como es una

⁵⁹ Partidario de Bartolomé Mitre, expresidente de la Nación y, por entonces, presidente del Senado argentino. En 1870 fundó el diario *La Nación*.

cuestión de vida, es comprensible que la gente a veces ... se mate. «La verdadera lucha electoral, hoy como siempre, está circunscrita a la rivalidad de restringidas clientelas, por no decir entre unos pocos hombres agrupados en dos facciones opuestas por la imposibilidad de poner, al mismo tiempo, sus caras en el mismo comedero», escribía el 31 de marzo pasado *La Patria degli italiani*.

Está claro que esta política de especulación vive de la riqueza pública como una presa legítimamente conquistada, en lugar de ser su vigilante y sabio guardián. Ahora bien, la riqueza se produce con el trabajo; el trabajo es, en su mayor parte, extranjero; y, por tanto, precisamente en detrimento de los extranjeros es que se alimenta la enorme planta parasitaria de la política que tiene más ramas que todo un bosque de baobabs.

Los extranjeros se ven completamente excluidos de los asuntos públicos. El país está claramente dividido en dominadores y dominados. Esto no sería tan malo, si tal política no tuviera, lógicamente, la más perniciosa influencia sobre todas las administraciones públicas —de las que se sacia— y, lo que es peor, sobre la justicia; de modo que los dominados se encuentran expuestos —sin las armas del derecho político— a todas las violencias, abusos, engaños e injusticias sin límites.

Como vemos, la política argentina, aunque en sí misma no nos interese, tiene una importancia capital porque sirve para explicar e ilustrar la situación de nuestros compatriotas allí. Y permitirme que lo cuente con claridad. Además, el tema no es aburrido: ¡qué cosas tan extrañas pasan en la política de este país!



La lucha política restringida a las personas, animada por intereses ruines, aislada en los diversos centros provinciales, se nutre

a menudo de los odios personales, y llega a ser de una brutalidad salvaje. Se combate con todas las armas, con el fraude, con la corrupción y con el terror. Por un lado, la arbitrariedad, por otro, la violencia. A medida que se acercan los comicios, los crímenes políticos se convierten en «cosa de todos los días», especialmente en las provincias del interior. La crónica registra diariamente amenazas armadas, detenciones y condenas arbitrarias contra los opositores, persecuciones policiales, malos tratos, heridas, asesinatos. Si se diera plena credibilidad a los periódicos de mayor circulación, uno se horrorizaría. Desde lugares desolados por las elecciones, se recibieron noticias de trenes incautados por la policía para detener a los opositores al gobierno que viajaban en ellos, de prisioneros torturados en el cepo, de expediciones de soldados armados con *remingtons* enviados a todos los departamentos de una provincia con la orden de no dejar escapar la oportunidad de fusilar a los adversarios (*La Prensa*, 11 y 12 de febrero).

Es cierto que en estos períodos de agitación política la vida pública se desarrolla bajo el más tiránico de los regímenes. En algunas provincias es un verdadero régimen de terror. Los periódicos de la oposición a veces son atacados, les rompen sus coches o sus redactores son amenazados de muerte, como ocurrió en Chacabuco y durante las últimas elecciones en San Juan. La falta de justicia hace posible todo tipo de violencia. Durante estas elecciones, que causaron tanto derramamiento de sangre, la policía asesinó al director del periódico *El Censor*⁶⁰ en su propio

⁶⁰ Periódico fundado en 1885, por Domingo F. Sarmiento y Luis María Gonnet, con sede en Buenos Aires. Dirigido por Sarmiento hasta su muerte en 1888; lo sucede como director Gonnet hasta marzo de 1892, año en que *El Censor* editó su última publicación. Luis María Gonnet—quien desde 1889 se había acercado a la política ejecutiva bonaerense cuando fue electo al frente del recién creado municipio del Partido de General Sarmiento—murió cumpliendo funciones de Secretario de dicha intendencia el 19 de noviembre de 1896.

domicilio por ser culpable de un «delito de oposición». Estos crímenes provocaron que al periódico argentino más acreditado se le escapara una frase muy peculiar: «Del fraude y la *explotación* silenciosa de los cargos oficiales, es inadmisible que pasemos al régimen del terror y a la ley del puñal y de la cuerda» (*La Nación*, 8 de enero). Parece que el fraude y la *explotación* silenciosa sean ... ¡admisibles!

Mientras tanto, se procede a la formación de las listas electorales. A falta de un estado civil en regla, las inscripciones se hacen en el momento, los domingos por la mañana, en el atrio de las iglesias parroquiales, donde el registro se deposita en una mesa entre dos *vigilantes* somnolientos y los miembros de un Comité. Los electores, al inscribirse, declaran a qué partido pertenecen. La finalidad de esta costumbre es clara: las inscripciones bastan para dar una idea lo más amplia posible de la situación, y las *maniobras* pueden entonces llevarse a cabo con fundamento. Si el partido «legal» es un poco débil, se refuerza con algunos nombres. Si los electores no se presentan a las elecciones hacen aparecer a los inscriptos como votantes. El pasado mes de marzo, en las elecciones de Santiago del Estero, el juez de paz, el comisario de policía y su hijo acudieron a las urnas en Quebracho y dejaron más de mil de votos. La falsificación se convirtió en algo habitual. No hay control; los jueces se cuidan mucho de no escuchar las denuncias de ilegalidad, porque ellos mismos, casi siempre, nacen de la ilegalidad.



Y llegamos a las elecciones. Aquí entran los *caudillos*, hombres que, debido al prestigio de la criminalidad, disfrutaban de influencia sobre la parte más baja de la población *criolla*, la que forma, casi exclusivamente, la masa electoral. El *caudillo* lleva al campo sus fuerzas al servicio de tal o cual partido, como un

capitán de mercenarios. Estas fuerzas provienen del campo, de la pradera, a menudo semisalvaje, *gauchos*, siempre ignorantes, que consideran las elecciones como un carnaval, un periodo de disfrute e impunidad (si están en el bando gubernamental). Llegan a las ciudades ostentando su armamento de revólveres y de cuchillos al cinturón, y comienza el terror de los pacíficos ciudadanos. Unos tipos siniestros recorren las calles a caballo, insultando a los transeúntes, empujando sus caballos por las aceras y, a veces, dentro de las tiendas. Suelen parar a comer y beber en las *fondas*, luego no pagan, golpean a quienes protestan y se van gritando: ¡*Viva el Gobernador!*—el grito que es el *ábrete sésamo* de la ocasión—. Hace poco tiempo que Santa Fe, Rosario y todas las ciudades de la provincia, así como recientemente San Juan, atravesaron un período electoral con el relativo séquito de muertos y heridos. Las escenas que se han desarrollado en estos lugares no parecen de nuestra época. Las tiendas cierran, la gente decente se encierra en sus casas con sus provisiones, como en un asedio en toda regla; y la alucinación es perfecta cuando —y no pocas veces— se escucha resonar los disparos de las armas de fuego a través de las persianas cerradas. *La Prensa* ha citado la descripción del ambiente hecha en un periódico de San Juan: «Las familias no salen por ningún motivo, nadie aparece por las plazas y a cada momento esperan escuchar el sonido de una descarga que ponga fin a la vida de un ciudadano, o el galope de un escuadrón de policía dando sablazos sin piedad. No se preguntan cuál fue el resultado de tal o cual elección, sino cuántas muertes hubo. Por todos lados se habla de domicilios que serán asaltados. Las versiones son fundadas porque hemos visto golpear con los sables al pueblo indefenso, por las calles, a plena luz del día, y asesinar miserable y cobardemente». Es cierto que, en estas descripciones que podría citar hasta la saciedad, hay algo de esa exageración propia de esas acaloradas fantasías hispanoamericanas, pero no

mucho. Los delitos existen. Tal vez solo en Buenos Aires estas miserias son menos visibles, porque se pierden en la inmensidad y el cosmopolitismo.

Algunas veces, cerca de los colegios electorales se ven verdaderos campamentos de estos *gauchos* armados, acurrucados alrededor de los barriles de *caña* y del asado que se cocina al aire libre, el tradicional *asado electoral*. Estos diligentes votantes se reúnen, según el partido, en lugares preestablecidos frente al atrio de la iglesia parroquial —donde se celebran las elecciones— a la espera de ser llamados a emitir los votos de la conciencia del pueblo.

La llamada se realiza partido por partido. Comienza con el partido del gobierno, el que, en caso de dudas, adopta tres sistemas de guerra que se podrían llamar: el pacífico, el semipacífico y el belicoso. El primero es muy sencillo, se hace el llamado muy lentamente de modo que se llega a la hora señalada para el cierre, antes de que los opositores —que votan después— hayan tenido tiempo de votar.

El segundo consiste en plantear incidentes a cada voto contrario, pidiendo pruebas de identidad. El acceso está abierto arbitrariamente; se hacen votar a los partidarios dos o tres veces, se establecen oficinas de falsificaciones, se hace de todo.

Cuando esto no es suficiente para asegurar la victoria, entran en juego las *remingtons* de la policía, que rodean las urnas e incluso se sitúan en los tejados de las casas cercanas. Es el sistema belicoso. En las recientes elecciones de San Juan, han caído alrededor de una urna, seis muertos y veinte heridos. Eso no ha impedido al vicegobernador redactar un informe en el que decía: «Las elecciones se celebraron *tranquilamente y en completo orden* en todos los comicios; ¡solo en Pocito..., etc.!» ¡Oh, una cosa insignificante!

Al engaño de un partido se responde, naturalmente, con el engaño del otro, al fraude con el fraude y a la violencia con la violencia. El resultado es la más monstruosa mistificación de la voluntad del pueblo.



Sobre estas elecciones descansa la oligarquía que agota las fuerzas de la Argentina y debilita su prometedora pujanza. De las elecciones sale la sanguijuela del gobierno y viceversa, como la historia del huevo y la gallina. Es un círculo cerrado cuya existencia anacrónica se explica por la exclusión de la vida política de esa gran parte de la población que más trabaja, más produce y más paga; la que, precisamente, tendría el mayor interés en una política honesta; me refiero a los extranjeros.

Con esta extraordinaria organización electoral falta el control del pueblo sobre el complejo organismo gubernamental. Una máquina sin regulador.

Una vez comprobado el origen de la desorganización, veremos, más adelante, las inevitables y desastrosas consecuencias.

SOBRE LA ARGENTINA - EL GOBIERNO EN ACCIÓN

del *Corriere della Sera* del 29 de mayo de 1902

LA ÚLTIMA VEZ, MI BUEN LECTOR, habíamos observado la alegre *parodia electoral* argentina –por decirlo con la frase del país–. Veamos hoy cuál es su resultado, que, como veremos, para los italianos es lo más interesante.

Y en primer lugar vemos quién tiene el monopolio del gobierno en la Argentina. Un jurista, el profesor Martinoli⁶¹, en un artículo sobre el derecho argentino, calcula que, quitando a los extranjeros, a sus hijos aún menores de edad, a las mujeres y los niños que, si bien aparecen en el censo, aún no están en las listas políticas, y quitando también a los indios, los semibárbaros, los gauchos y todo el resto de las decadentes razas inferiores, que no son más que «instrumentos dóciles e inconscientes instrumentos de cualquier *caudillo*, unos pocos argentinos siguen siendo dueños del campo político». Y escribe: «Por tanto, los argentinos aptos para el gobierno están en franca minoría, en declarada

⁶¹ Giuseppe Martinoli, graduado en filosofía y letras en Italia, llegó a Buenos Aires en el año 1891. En esta ciudad se graduó de abogado y a finales de siglo ocupó un cargo como profesor en el Colegio Nacional de Rosario de Santa Fe. También se desempeñó como periodista colaborando con el periódico *La Patria degli Italiani* de Buenos Aires. Como estanciero se dedicó a la colonización de extensas estancias de su propiedad durante los primeros años del siglo XX.

insuficiencia, llamado a administrar intereses que en grandes proporciones les son ajenos, sin control por parte de los administrados, sin que sientan en sus propias carnes el peso principal de los impuestos, con todas las ventajas en lugar de las cargas públicas, y con las tradiciones financieras y económicas que ciertamente no los hace recomendables como modelos de regentes ordenados y escrupulosos: en otras palabras, forman una verdadera oligarquía. Una oligarquía cuyos defectos se ven agravados por la «infatigable capacidad de explotación del tío que en este único caso es el de ... Europa». Pensemos en la gravedad de estas palabras escritas por un hombre culto e imparcial, extranjero, pero estrechamente ligado a la vida del país, con una posición elevada y ocupando cargos honorables, que las escribió en una publicación de carácter oficial ordenada por cuenta de nuestra colonia.

El terreno donde la oligarquía campa, estaba por decir ... «pasta», es extraordinariamente amplio. Para hacerse una idea basta recordar que en la Argentina hay tantos gobiernos independientes como regiones, o sea, catorce gobiernos; quince con el gobierno central.

Esto significa: quince Cámaras de Diputados, quince Senados, quince Ministerios, o sea, un batallón de excelencias; quince jefes de Estado, quince fuerzas policiales, un número indeterminado de jueces que manejan treinta códigos procesales; en definitiva, quince de todo. Los sueldos son generosos; los honorables diputados y senadores de los gobiernos regionales reciben quinientos pesos al mes (unos mil doscientos cincuenta francos mensuales); los del Gobierno Federal reciben mil pesos (unos dos mil quinientos francos al mes), y están los *incierto*s, que casi siempre son ... «ciertos». Y pensar que, a veces, nosotros encontramos «demasiado» a un parlamento solo ¡y no lo pagamos! En proporción, con el sistema argentino, en Italia deberíamos tener más de cien parlamentos. ¡Qué horror!

Hay varias provincias, como Catamarca, La Rioja, San Luis, Santiago del Estero, cuyos recursos son insuficientes para pagarse el lujo de un *gobierno*; y se entiende. Este farragoso organismo gubernamental, admitiendo la más escrupulosa honestidad de los hombres de gobierno, no puede más que agotar al país por el solo hecho de su existencia. Pero, además, la honradez no es una moneda extraordinariamente corriente allí.



Los puestos de trabajo no siempre se reparten entre los más dignos. «Son los colaboradores en la lucha electoral los que se presentan a reclamar el premio pagado con el tesoro público bajo la forma de sueldos para las diputaciones, escaños senatoriales, puestos gubernamentales, encargos diplomáticos, acuerdos comerciales, concesiones, posiciones de favoritismo, incluso fraudes aduaneros, decretados a fuerza de influencias bien compensadas» (Diario *La Prensa*).

La idoneidad ya no es la cualidad necesaria para ser llamado a desempeñar un empleo público. Un diputado federal argentino, que lleva uno de los nombres más ilustres de la República, Belín Sarmiento⁶², escribió con valentía sobre este tema: «La idoneidad ha desaparecido frente a la camaradería y el nepotismo, hasta tal punto que el talento por sí mismo no habría asegurado una

⁶² Augusto Belín Sarmiento (Chile, 1854 – Asunción, Paraguay, 1936) fue un periodista y escritor argentino, hijo de Ana Faustina Sarmiento y nieto del citado presidente Domingo F. Sarmiento. También ejerció la diplomacia y fue cónsul en Bélgica, Francia, Italia, Países Bajos y Paraguay. Desde 1878 participó como periodista en la redacción del diario *El Nacional*, un periódico fundado por Velez Sarsfield y dirigido por su abuelo Domingo, con sede en Buenos Aires. Falleció en Asunción, en 1936, mientras cumplía con su cargo de agregado comercial de la delegación argentina en Paraguay.

carrera sin intrigas ni complacencias; se crean puestos inútiles para dar una paga al pariente y al partidario»⁶³. Por eso a muchos funcionarios les falta la capacidad necesaria y la preparación; con la intriga es suficiente, el fraude político abre todas las puertas. «Aquí la política ofrece un verdadero *cursus honorum*, mediante el cual siempre se puede vivir con todo decoro del presupuesto y sin hacer nada, para convertirse, al final, en una especie de Pericles bueno para todo: embajadas, altas funciones judiciales, direcciones de bancos, rectorados universitarios, suculentas misiones financieras, elaboración de códigos y, también ... generales» (Profesor *Martinoli*).

De hecho, el periódico *El Diario*⁶⁴, hablando del Congreso, reveló que «una tercera parte, ni uno menos, de los diputados acumulan salarios por comisiones especiales, direcciones de bancos, de universidades, de colegios y de otros cargos, excepcionalmente bien pagados; y más de un tercio de los senadores (para no ser menos) reciben, además de los mil *pesos* al mes, otras sumas de entre ochocientos y mil *pesos* para funciones oficiales» ... ¡unos 5000 francos al mes!

De este tipo de funcionarios, que, como escribió recientemente *La Prensa*, «se consideran dueños de sus puestos por derecho de conquista y que lo desempeñan como mejor les place, confiados en la impunidad de sus faltas y de sus errores», deriva la más extensa irregularidad en todos los ámbitos de la administración pública. El interés personal produce una influencia desastrosa. «Esto contribuye en hacer de la política un negocio, para que no sea la ocupación altruista y noble, y casi honorífica

⁶³ Las citas referenciadas por Luigi Barzini pertenecen a la obra *Una república muerta*, publicada por Belín Sarmiento, en Buenos Aires, en 1892. Referencia que corresponde al capítulo «La corruptela», pág. 17.

⁶⁴ Periódico fundado en 1862, en la ciudad de Rosario (Santa Fe).

de una clase selecta, sino *una vasta Tammany Hall*⁶⁵, un pugilato por el resultado, una *jauría* de intermediarios, y para dar a cada ambición una base de interés predominante que degrada y materializa todo, y corrompe a gobernantes y gobernados por igual» (Prof. *Martinoli*).



La corrupción, en efecto, se propaga. El *standard* de la moralidad pública ha cambiado bajo este régimen. Cuando la excepción se convierte en regla, la regla se convierte en excepción. Pasa en la moral lo que sucede en óptica cuando entramos en un ambiente iluminado por una lámpara de color; al principio uno encuentra todo extraño, falso, coloreado de manera curiosa; luego el ojo se acostumbra, el recuerdo de la luz pura se desvanece de la retina, todo se normaliza ante nuestra mirada. Así que, allí, la conciencia pública se ha acostumbrado a la extraña luz de la moral oficial.

«Suponiendo que ciertos hechos que vemos a diario hayan ocurrido en otros países, e imaginando el escándalo que producirían, nos da la norma del nivel moral de nuestra sociedad, que no se conmueve por considerarlos diarios y caseros. Bastaría coleccionar cada escándalo que se revela a diario para formar el museo de los horrores» (Belín Sarmiento)⁶⁶.

En la misma lengua, que es como el espejo de un pueblo, quedan los rastros de la extraña clemencia con la que se juzgan ciertos delitos. La falta de delicadeza, la grosería, ya no se llaman así: se llaman ... *viveza*. En nuestro país, a un hombre sin

⁶⁵ Con sede en Nueva York, era una organización vinculada al Partido Demócrata que funcionó entre los años 1789 y 1967. Una maquinaria política que, durante décadas, controló el gobierno de la ciudad y, a menudo, fue acusada de corrupción.

⁶⁶ Cfr. Belín Sarmiento, *ob. cit.*, capítulo «Una república muerta», págs. 8-9.

escrúpulos se lo llama *sinvergüenza*; allí, en cambio, es ¡un vivo! Y es casi un cumplido.

¿Qué clase de temperamento adamantino de honestidad no se necesitaría para escapar de la influencia del entorno, a las seducciones del interés? «Serían hombres heroicos, superiores a los seres humanos que, elevados al poder por *nuestros* políticos, podrían luchar contra sus amigos, contra sus propios intereses, contra los sofismas que florecen por todos lados alrededor del poder, para, finalmente, hacerlo contra todos sus contemporáneos, y rehacerlos como el escultor rehace la arcilla cuando está insatisfecho con su primera concepción» (Belín Sarmiento)⁶⁷.

El mal que se deriva de tal indignidad se hace más grave por la curiosa condición de complicidad en la que se encuentran muchos funcionarios públicos, la complicidad de la que deriva aquella impunidad a la que alude *La Prensa* en el pasaje citado anteriormente. Deben su posición a su unión de partido, es decir, a una culpa común. Naturalmente, no siempre se puede castigar a un funcionario que tiene demasiada ... *viveza*, porque sería como convertirlo en un adversario político. Y, además, es difícil castigar a uno por faltas demasiado comunes, pecados que se han convertido en veniales, condenarse a uno mismo, a sus propios sistemas, a sus propios intereses y a la propia moral. Así la cadena jerárquica se rompe, la disciplina ha desaparecido. Como el poder se basa sobre el enorme cúmulo de irregularidades electorales cometidas por los adeptos al partido triunfante, cada uno de estos factores del Gobierno, habiendo ganado un trabajo, siente que tiene el sacrosanto derecho a una parte del poder. Cada funcionario se convierte en un tirano en la esfera de su influencia. Lo menos que puede hacer es no cumplir con su deber siguiendo el ejemplo de tantos parlamentarios que están en una huelga legislativa casi perenne.

⁶⁷ Cfr. Belín Sarmiento, *ob. cit.*, capítulo «Una república muerta», pág. 10.

Por último, pero no menos importante, añádase al incentivo del «mal hacer», la falta de estabilidad en el empleo. Cuando un nuevo partido toma posesión, un nuevo ejército de empleados ocupa las oficinas, mientras la tropa de los antiguos se retira —para prepararse para otro asalto— se retira en armas y, sobre todo,... en equipaje. Una elección que salga mal o una revuelta que salga bien bastan para hacer saltar a todos de sus puestos; la vida no está asegurada, el tiempo se agota, es necesario tomar lo que se pueda, ¡maldita sea!



Fuera de esta extraordinaria organización gubernamental, de esta formidable y tiránica dominante asociación, son los extranjeros, los verdaderos explotados, porque son casi los únicos que trabajan, que producen, que transforman. Al fin y al cabo, son ellos los que pagan. Y «ellos carecen de toda autoridad incluso sobre las autoridades inferiores. Deben aguantar, sin posibilidad de reacción, la prepotencia fácil de los funcionarios, especialmente en el campo, donde los abusos son tan frecuentes» (Prof. *Martinoli*). Veremos más adelante, en detalle, cuáles y cuántos de estos abusos e intimidaciones sufren los extranjeros, y entre ellos, en especial, aquellos que la ignorancia, la miseria y el aislamiento los hacen más débiles y humildes.

Ahora hemos visto sus orígenes que explican todo de una manera lógica. En el «museo de los horrores» del que habla el honorable Belín Sarmiento, el lector tal vez no encuentre nada que pueda sorprenderlo demasiado. Como mucho, he explicado la formación y la naturaleza del vasto organismo gubernamental y quizás no sea del todo erróneo llamarla la *Tammany Hall* política. Por sus ruedas se puede saber cómo camina.

Ya no hay nada extraño. En San Juan, por ejemplo, donde solo el riego hace posible el cultivo de ese suelo tropical, el

gobierno les quita el agua a los adversarios políticos para secar sus cosechas y hacer que mueran de sed hombres y animales. Lo llaman el *gobierno del agua* (*La Nación*, 9 de enero). El penúltimo gobernador de una de las provincias más importantes ha pasado los últimos seis días de su «reinado» firmando bonos del tesoro por valor equivalente al del presupuesto de la provincia; cuatro millones de *pesos*. La historia no dice si al séptimo día el buen hombre se tomó un merecido descanso. Dice, sin embargo, que se planteó la cuestión de la validez de los bonos, la cual se resolvió favorablemente y que el exgobernador fue inmediatamente ... ¡convertido en senador! En Tucumán, el ministro de economía acusa a su predecesor de haber transferido grandes sumas de dinero para obras públicas que nunca se han visto, y nadie se preocupa (*La Prensa*, 20 de marzo). Un exgobernador es acusado de haber sustraído cien mil *pesos* de una subvención destinada a una catástrofe pública (*Diario*, 5 de abril). Algunos gobiernos provinciales, como los de Entre Ríos y San Juan, no rinden cuenta de las sumas pagadas por el Gobierno central para la educación, y dejan a los profesores sin sueldo durante catorce meses. A su vez, el Consejo Nacional de Educación⁶⁸ también es acusado por los periódicos de grandes irregularidades administrativas a propósito de la construcción de edificios escolares

⁶⁸ El CNE fue un organismo dependiente del Poder Ejecutivo Nacional argentino creado por el presidente Julio A. Roca, en 1881. Inicialmente este órgano se encargaba de las escuelas primarias públicas de la ciudad de Buenos Aires, pero, más tarde, su autoridad se hizo extensiva a todos los establecimientos educativos nacionales de todo el país. El primer superintendente, máximo responsable de la institución, fue Domingo F. Sarmiento, acompañado de cinco consejeros, quienes se ocuparon de la administración y de la organización de las escuelas. Dio cuenta del cuadro situacional en que se encontraba la enseñanza nacional (personal docente, alumnado, infraestructura, costos de la enseñanza, rentas para atenderla) y sostuvo los principios amparados en la Ley 1420, del 8 de julio de 1884 sobre el Consejo Nacional de Educación. En: Consejo Nacional de Educación (Argentina) – Wikipedia, la enciclopedia libre [Fecha de consulta: 21 de julio de 2021].

que cuestan cuatro veces cuesta cuatro veces su presupuesto. *La Prensa* atribuye la mayor parte del *déficit* fiscal a las irregularidades cometidas regularmente por los recaudadores de impuestos. Esto ya no puede sorprendernos. Forma parte, casi, del orden natural de las cosas.

Los parlamentos siempre están votando nuevos gastos y creando nuevos puestos de trabajo para satisfacer a la clientela, mientras el país cae en la ruina, mientras los colonos de las principales provincias carecen incluso de simientes, y la miseria avanza a los gritos desde los campos hacia la ciudad. Las deudas provinciales aumentan con la rapidez que tiene la emulación. Con un presupuesto que da miedo, el Parlamento federal vota un aumento de treinta millones de *pesos* en nuevos gastos y crea una cantidad de nuevos puestos diplomáticos para «atender las necesidades de ciertos caballeros que están entre la espada y la pared por la falta de medios» (*El Diario*). Muchos políticos son acusados públicamente de inmoralidades muy graves, bien precisas y pormenorizadas, y sus fabulosas riquezas dan pie a la sospecha. *El Diario* cuenta que, para tener una modificación en el arancel aduanero de un determinado artículo, se ofrecieron setenta mil *pesos* en los *pasillos* del Congreso. «Al Congreso le importa poco el proteccionismo y el librecambismo —escribía *La Patria degli Italiani* al comentar la noticia— a quien mejor paga, mejor se le sirve».

Allí abajo, en las gestiones administrativas, todo funciona así. Hay gobernantes que cometen todo tipo de abusos. Actualmente, los extranjeros de Neuquén se movilizan rogando que, por favor, no sea reelegido el actual gobernador que está a punto de dejar el cargo (*La Prensa*, 10 de marzo). En Rufino, los extranjeros se ven obligados a reunirse en una «Sociedad de Resistencia» contra los abusos de las autoridades; una especie de compañía de seguros para los daños que se desencadenan por el ensañamiento

de la prepotencia (*La Prensa*, 3 de marzo). Y aún más todavía, muchos magistrados venden la justicia y regalan la injusticia; los jueces de paz explotan tranquilamente a los colonos, los comisarios son sus cómplices y, en su nombre, cometen atropellos e infames persecuciones; hasta los agentes, hasta el último de los policías en las colonias, que, como salvajes que son, también hacen lo que pueden, deteniendo, golpeando y violando cuando y como pueden. Hablaremos de estos hechos.



Cabe concluir que la Argentina es realmente un país maravilloso si, hasta ahora, ha podido arrastrar sobre sus hombros un monstruo tan devorador. Principalmente allí hay que buscar la verdadera razón de su espantosa crisis y de su actual destrucción mortal, cuyas consecuencias recaen sobre nuestros trabajadores. Cientos y cientos de miles de estos sufren la miseria, allí abajo, lejos de su patria —hacia la que tristemente dirigen sus pensamientos, como hacia una felicidad perdida para siempre— ¡los errores y las culpas que no son suyas!

Mientras tanto, en las esferas oficiales se dice que los *recursos* del país salvarán la situación. Esta es una buena manera de decir que ¡siempre será el trabajo, nuestro trabajo, el que lo pagará todo!

LA JUSTICIA ARGENTINA

del *Corriere della Sera* del 1 y 2 de junio de 1902

EL GENERAL ROCA⁶⁹, durante su última *tournee* por Europa, fue a visitar a Bismarck⁷⁰ en la ermita de Friedrichsruh, que se había convertido en el oráculo político de todos los estadistas que estaban de vacaciones. Se dice que en esa ocasión «el Oráculo», interrogado sobre lo que pensaba de la Argentina, respondió, entre una bocanada y otra de su legendaria pipa: – ¡Su país no tendrá futuro hasta que no tenga justicia!

Han pasado los años, pero podemos apostar que, incluso hoy en día, si el Sr. presidente pudiera interrogar al alma del Lord Canciller le respondería con las mismas palabras.

Porque se puede decir que en ese bendito país hay de todo, menos justicia. La libertad, el comercio, la propiedad e incluso la vida, no siempre están efectivamente garantizadas. Con demasiada frecuencia la Justicia es partidista o corrupta. En ella encuentran fuerza la prepotencia, la deshonestidad y la

⁶⁹ Julio Argentino Roca (San Miguel de Tucumán, 1843 – Buenos Aires, 1914) fue un militar y político argentino, que ejerció la presidencia de la Nación en dos ocasiones (1880-1886 y 1898-1904). Durante sus gobiernos se priorizaron las relaciones comerciales con Europa y la promoción de la inmigración.

⁷⁰ Otto von Bismarck (Schönhausen, 1815 – Friedrichsruh, 1898) fue un estadista y político alemán. Al frente de la Cancillería fue el artífice de la unificación alemana.

criminalidad. La Justicia, a menudo sujeta a todas las malsanas influencias de los partidos, del dinero y de los intereses personales, asegura muchas veces la impunidad al «hijo del país» —que puede disponer de estas fuerzas— y contribuye así a mantener a las masas extranjeras en una condición de sometimiento cada vez más humilde.

Y todo ello porque incluso la Justicia sufre allí el gran mal de origen: la Política. Nace y vive en la Política; está agitada por las pasiones de la vida pública; está estrechamente ligada a su entorno; está manchada por los mismos defectos y las mismas faltas que está llamada a corregir y castigar. Los hombres que administran la justicia son nombrados para este honor no siempre por sus méritos personales, su carácter, su honestidad, su independencia, su cultura, sino porque pertenecen al partido en el poder, o son amigos o parientes de personas influyentes, o intrigantes, o cómplices en tramas políticas. Así sucede que encontramos jueces que no tienen ninguno de los requisitos de la ley exige. «En Santiago del Estero ni un solo miembro del Poder Judicial tiene los requisitos constitucionales» (diario *La Prensa*, 3 de noviembre). Imaginemos qué autoridad puede emanar de estos magistrados. Lo peor es que hay jueces que son mucho más indignos de su cargo, sobre todo en los rangos inferiores de la judicatura. «En algunas provincias, la libertad, el honor y los bienes de los pobres están en manos de jueces de paz dignos de cárcel», escribía *La Patria degli Italiani* el 7 de abril, exasperado justamente por algunas infamias judiciales cometidas en la provincia de Córdoba; y añadía: «Por eso en el campo los extranjeros viven incómodos y las colonias se despueblan. La Justicia de Paz en manos de vulgares malhechores irrita y desapega a los emigrantes del país que, viéndose a merced de bandidos cubiertos de autoridad, huyen, escapándose del peor de los despotismos, el de la justicia administrada por canallas».

Hay demasiados jueces que están familiarizados con el delito; algunos de ellos, por el hecho de pertenecer a la Justicia, tienen el beneficio de no ser llamados para dar cuenta de sus acciones. Hay jueces que han sido condenados, hay reincidentes y hay criminales.



Si bien en las altas esferas de la judicatura no falta gente buena y culta, ello no quita que el organismo judicial no esté profundamente corrompido y que, a esto, se le preste poca atención —lo cual es un síntoma grave—. Un comisario del Gobierno, encargado de una inspección en la provincia de Santa Fe, dice en su informe que «los cargos de Juez de Paz pertenecen a crías de aves de rapiña que se han establecido en cada colonia» (*La Prensa*, 20 de abril). *La Prensa* del 11 de abril informa sobre publicaciones del diario *La Verdad* de Entre Ríos: «Son conocidas las vergonzosas acciones llevadas a cabo por algunos magistrados. Han cometido de todo, desde la prevaricación al robo, hasta la unión de los jueces con los fiscales, etc. Todo esto ha llevado a nuestra Justicia a un declive vergonzoso, arrastrando en su debacle de corrupción a los grandes intereses de la sociedad, la que se encuentra abandonada a la voracidad de los saqueadores de los Tribunales».

En el campo, se ha llegado al punto de contar a los buenos jueces como la excepción. «Los jueces de paz y los comisarios de las colonias, *salvo honestas excepciones*, despojan, roban y extorsionan a los pobres colonos» (*La Patria degli Italiani*, 20 de noviembre). *La Prensa* del 22 de abril aconseja al gobernador de Córdoba nombrar como jueces a «hombres honestos y dignos para aliviar a las poblaciones de tantos males que les afligen por culpa de los malos jueces». El consejo es, también, excelente para todas las demás provincias de la República.

Las acusaciones contra los jueces llueven a diario en las columnas de los periódicos de todos los partidos, pero las autoridades gubernamentales, normalmente, permanecen indiferentes. *La Nación* ha hecho, en vano, una campaña contra un juez muy influyente de la Capital, acusándolo veladamente de una vida inmoral y escandalosa, de tratos turbios y de parcialidad. Algunas de aquellas *esclavas blancas* que los infames traficantes traen de los pueblos de Europa, y de cuyo destino los gobiernos comienzan a preocuparse, consiguieron escapar de las manos de sus «amos» y recurrieron a la policía, que detuvo a los culpables. Pero el juez en cuestión dio orden de liberarlos e hizo encarcelar a aquellas desgraciadas. La prensa acusó al juez de favorecer a «amigos personales», ¡y sigue siendo juez! Otro juez exonera a los propietarios de garitos clandestinos y, a continuación, ordena que sea retirada toda vigilancia sobre las casas de juego. Se le acusa de favoritismo, pero continúa siendo juez. Un juez es denunciado por falsificación en un acto privado y ni siquiera es suspendido de sus funciones (*La Patria*, 30 de diciembre). *La Prensa* informa sobre un periódico provincial que habla de la justicia corrupta: «El Poder Ejecutivo no piensa en encontrar un remedio, es más, ahora se daría un ascenso a alguno de los magistrados bajo cuya jurisdicción han desaparecido considerables sumas de dinero pertenecientes a los depósitos judiciales».

En las Colonias existen esos jueces que, irónicamente, son llamados «de paz», que dictan órdenes de incautación en detrimento de los colonos, quitándoles sus cultivos, sus animales de trabajo animales, las herramientas, todo y, a menudo, los dejan en la más dolorosa miseria (*La Libertad* de Córdoba, 2 de abril).

Un grupo de valientes habitantes de un *pueblito* en Río Negro ha pedido al ministro de Justicia que retire al juez de paz y lo sustituya por una persona decente. Este digno magistrado habría sido acusado, desde hace ya años, de graves delitos cometidos como juez en General Roca —un pueblo de Río Negro— y

luego, de irregularidades como jefe del Registro Civil. Ahora el juez reincidente es acusado de denegar justicia y de favoritismo a partidos políticos. Pero eso no es todo. También se le acusa de haber intentado, haciendo uso de su autoridad, de alejar a una niña menor de edad de su madre, y, por último, de complicidad en el secuestro de otra menor de edad, la cual habría estado encerrada durante algunos días en su casa. El secuestrador era el hijo del magistrado. El secretario de este magistrado está bajo el cargo de intento de asesinato (*La Prensa*, 3 de marzo).



Los *escándalos judiciales*, aunque sean de estos últimos meses, forman una impresionante colección de cosas horribles y, a veces, cosas amenas. En las provincias la «venta de justicia» es algo que, desgraciadamente, no es extraño. Algunos jueces tienen ideas muy originales en materia de ... «negocios». Uno pidió al abogado de la parte favorecida unas monedas para un amigo numismático, a quien, precisamente, en su colección le faltaban siete *águilas*⁷¹ de oro norteamericanas (unas setecientas liras). También hay jueces que se hacen pagar por ambas partes: justicia al mejor postor. Entre ellos, hay un caso que hace pensar en una trama de *vodevil*. Un italiano que vive en Serodino —cerca de Rosario— y a quien llamaremos con su inicial V., ha comprado a otro italiano una trilladora sobre la que pesa una orden de secuestro. Un curador se presenta en Serodino para hacer ejecutar la orden, pero el juez de paz de la colonia, pagado por V., se niega a ejecutarla, dando así tiempo para que V. corra a Rosario a presentarse en compañía de su abogado ante el juez L., que había dictado la orden de embargo, y obtener su revocación

⁷¹ Moneda de oro emitida por Estados Unidos entre los años 1795 y 1933.

mediante el pago de cien *pesos*. El curador, tras ser informado del evento por el secretario del juez, corre a su vez ante el magistrado, paga doscientos *pesos* y tiene una segunda orden de secuestro que anula la revocación. Sigamos bien la trama. El secretario del juez telegrafía inmediatamente a V., en Serodino, informándole, y éste se apresura a pagar trescientos *pesos*, obteniendo una segunda revocación. Aquí comienza lo fantástico. El curador, en un crescendo que justifica el valor de la máquina (seis mil *pesos*) aumenta la suma y obtiene un nuevo pedido de incautación que ... es revocado tras el pago de mil *pesos*. Tal vez la cosa no habría terminado aquí –y el juez habría acabado embolsándose la trilladora– si V. no hubiera tenido la conveniente idea de asociar a un argentino influyente los beneficios de la trilladora y, por supuesto, no se habló más de secuestros.

Dicha corrupción, de alguna manera, se puede explicar en el caso de los jueces de paz cuyo mandato está limitado a un año, renovable, y que no tienen salario –es cierto que deberían ser elegidos entre los más ricos y los más honrados ciudadanos– pero, es absolutamente incomprensible en el caso de los otros jueces cuyos sueldos –que hablan de aumentar– varían entre mil cien, mil doscientos y mil quinientos *pesos* al mes (unas dos mil setecientas cincuenta, tres mil y tres mil setecientas cincuenta liras al mes). Por lo tanto, las causas no deben buscarse en las circunstancias, sino en los hombres. Es la conciencia la que está cambiada. Las faltas y los delitos son vistos con una mirada excesivamente benigna.

Vulgares asesinos son absueltos por poco que gocen de influencia en el mundo político. O al menos se les concede una libertad provisional que dura toda la vida del hombre y sus juicios se suspenden en el purgatorio de los archivos. De una investigación del Ministerio de Justicia resulta que en Buenos Aires –donde hay un sistema de justicia incomparablemente mejor

que en las provincias y una fuerza policial a la que allí llaman la *primera del mundo*— de cada cien delitos, ¡quedan impunes ochenta y ocho! Es decir: treinta culpables no son detenidos en absoluto; de los detenidos, cuarenta y ocho están en libertad por orden de los jueces de instrucción; de los veintidós que quedan, diez son absueltos por los tribunales y solo doce culpables quedan castigados... a penas que casi siempre son benignas, a menos que se trate de extranjeros (de *El Diario* del 23 de marzo del 1899 y de la última publicación del senador Agustín Álvarez⁷² sobre la política argentina).

¡Imaginémonos lo que ocurre fuera de la capital!



Y en ningún lugar se siente tan fuerte la necesidad de una justicia sólida y sana como en aquellos países jóvenes, impulsados por el rápido aumento de la población trabajadora debido a la inmigración, donde todos los apetitos se despiertan en el tumultuoso período del desarrollo, donde la lucha por la fortuna adopta las formas más violentas, y —como el viento mistral⁷³ en el océano— los intereses y las pasiones desatan en la sociedad itinerante todas las tormentas de la maldad humana. En el *Far West* norteamericano, cuando el espejismo de la fortuna atrajo

⁷² Agustín Álvarez (Mendoza, 1857 – Mar del Plata, 1914), fue un abogado, sociólogo, educador, militar y argentino. En 1892 fue electo diputado nacional por la provincia de Mendoza. Entre sus obras destacan: *South America* (1894), *Manual de patología política* (1899), *Ensayo sobre Educación* (1901), *¿Adónde vamos?* (1902), *La evolución del espíritu humano* (1905), *La transformación de las razas de América* (1908) e *Historia de las Instituciones libres* (1909).

⁷³ El viento Mistral es un viento seco y frío que procede del noroeste. Puede alcanzar velocidades extremas de hasta 200 km/h, aunque su media ronda los 100 km/h.

allí a todo un pueblo de aventureros dispuestos a delinquir, y antes de que la sociedad hubiese confiado su defensa a la justicia organizada, nació la Ley de Lynch⁷⁴. La sociedad se defendía por sí misma.

La delincuencia en Argentina no se ve frenada por los rigores de la justicia ni por aquellos de la sociedad. La sociedad es indulgente con el delito; «mamamos de nacimiento una leche de clemencia», ha escrito Álvarez. En el campo «matar» se dice *desgracia*; pero, que se entienda, no es una desgracia para el que pierde la piel, sino para el asesino. Hay quien tiene, pobrecillo, muchas ... desgracias en su conciencia. Estos hombres se llaman «hombres de acción». Todo esto tiene su explicación. Está demasiado fresco el recuerdo del sangriento periodo de los Facundo, de los Frate, de los Chacho y del tirano Rosas⁷⁵ ... frente a los cuales nuestros capitanes mercenarios eran sentimentales señoritas; un período que podría llamarse «el medioevo argentino». Y las masacres de los indios y las sangrientas guerras civiles siguen en la mente de la gente. Y, además, la sangre argentina es sangre andaluza con un poco de sangre india, y por eso el argentino es cortés, caballeresco, incluso quizás, generoso, pero, a menudo, impetuoso y violento. «En la Argentina desde la época de la Independencia ninguna enfermedad ha destruido más población —escribió Álvarez— que la que Chamfort⁷⁶ llamaba la «fraternidad

⁷⁴ La ley que aplica un grupo que condena a una persona, sin las garantías del debido proceso legal. Lleva el nombre de Charles Lynch (1736-1796), revolucionario norteamericano que presidió un tribunal irregular para castigar a los partidarios lealistas probritánicos. Voces relacionadas: linchamiento.

⁷⁵ Se trata de Facundo Quiroga (1788-1835), Ángel Vicente «el Chacho» Peñaloza (1798-1863) y Juan Manuel de Rosas (1793-1877). Los «Frate» corresponden a los miembros de la «fraternidad de Caín».

⁷⁶ Nicolas de Chamfort, pseudónimo de Sébastien-Roch Nicolas (Clermont-Ferrand, 1741 – París, 1794) fue un escritor y moralista francés.

de Caín»⁷⁷; el revólver y el puñal son endémicos, y por nada se mata a la gente, como dicta la costumbre criolla». La pistola está en los bolsillos de todos. «Hace poco, en un baile al que estaban invitados altos personajes —ha escrito un día *La Nación*— un diplomático extranjero expresó su sorpresa al conocer que muchos de los invitados habían dejado sus revólveres en el guardarropa, como si al salir temieran una emboscada o preparasen una conspiración».

Lo malo es que, a menudo, son nuestros propios compatriotas las víctimas de la «fraternidad de Caín» y podría citar muchos, demasiados casos de italianos asesinados impunemente, a veces sin razón, por la brutalidad, cuando no por un simple ejercicio de *tiro al blanco* —como ocurrió recientemente en una colonia de Santa Fe, donde un *gaucho* mató a un joven italiano para probar un nuevo Winchester—. Hace unos meses, una madre italiana y sus cinco hijos fueron masacrados por un *criollo* cerca de Bahía Blanca, y un periódico argentino que publicaba la espantosa fotografía de las víctimas amontonadas en el trágico desorden de la muerte, escribió: «el culpable caerá mañana en manos de la justicia para ser liberado por la influencia de un *caudillo* electoral o por la sensibilidad de los jueces». Un hecho similar ocurrió en Rafaela en la noche del 20 de septiembre pasado; dos italianos fueron asesinados a traición en su tienducha de *almaceneros* con el fin de robo, y los culpables, dos *gauchos*, ya están libres. Por otro hecho similar, el ministro de Italia, que exigió la búsqueda y el castigo de los culpables, escuchó como respuesta que la justicia en las provincias es autónoma. En Buenos Aires aún está

⁷⁷ Durante la Revolución francesa, la frase «¡Fraternidad o muerte!», Chamfort habría dicho que tal frase equivalía a decir «O eres mi hermano y estás conmigo, o te mato». Se interpretó como referencia a la «fraternidad de Caín», cuando en realidad se estaba refiriendo a la «fraternidad de Etéocles y Polinice», dos hermanos, hijos de Edipo que pelearon por el poder de Tebas.

presente en la memoria el recuerdo del asesinato de un pobre limpiabotas italiano a manos del hijo de un senador; y aquel de un distinguido joven italiano asesinado por disparos de revólver en la butaca de un teatro. Los autores quedaron impunes.

¿Qué rayos debería lanzar la ley para curar tanto mal tan profundo?

Incluso cuando es buena, la administración de justicia es tan lenta, complicada y débil que a menudo resulta ineficaz. Para el comercio, por ejemplo, representa una ruina. *La Nación*, en una serie de artículos, ha revelado todas las puertas que la justicia defectuosa abre de par en par a la deshonestidad comercial. Los empresarios en bancarota pueden impunemente ofrecer porcentajes ridículos en la liquidación de sus deudas; tienen una frase mágica para espantar a los acreedores: ¡Si no aceptas me pongo en manos de los tribunales!

¡Con los tribunales nunca se sabe cómo va a acabar!

Hay una enorme legión de expertos, apoderados, curadores, ujieres, que en la lengua del país son llamados con el expresivo nombre de *aves negras*. Estos cuervos se posan alrededor de los tribunales, se abalanzan donde hay algo que comer, y entre los honorarios, los porcentajes, las dietas y las propinas terminan dividiéndoselo todo con un acuerdo que se asemeja a una complicidad legal. Incluso admitiendo la más escrupulosa honestidad en los jueces, es natural que con una justicia tan organizada la integridad comercial no esté protegida ni alentada.

En las sucesiones testamentarias de los extranjeros suceden cosas infames protegidas por la ley. Las «aves negras» a veces no dejan ni una migaja del patrimonio que los inmigrantes han reunido aquí con esfuerzo y que, al morir, habrían dejado a sus parientes lejanos. Gestionan los documentos durante años si la herencia es grande; y durante meses, si es pequeña, hasta que, a

fuerza de gastos judiciales, de retribuciones y de sueldos de los administradores, se consume casi todo.

No hablemos de las trampas en las compra-venta, por la cual un campesino, supongamos, compra un pedazo de terreno y puede descubrir que no es el propietario; por no hablar de las estafas en los contratos y de muchos otros fraudes semiilegales que la Justicia contempla indiferente.



Interrumpimos esta exhibición de canalladas, que no añade ni quita nada al triste cuadro de la Justicia argentina.

De todos los males que afligen a aquella república —a la que tanta buena fortuna, sin embargo, le podría sonreír— la mala administración de Justicia es lo más grave para nuestros compatriotas, porque sus dolorosas consecuencias les afectan directa e inmediatamente.

Aquellos gobernantes argentinos que realmente aman a su país y que ansían el bien, que desean la ayuda generosa de nuestros brazos y de nuestras simpatías, dirijan su atención a la restauración de la justicia. La justicia es la conciencia de un país. Si la conciencia se despierta y se mejora, las acciones se vuelven buenas. Que pongan todo su amor y todo su saber en esto. Y en la buena administración de justicia la Argentina encontrará, precisamente, ¡la cura de todas sus heridas!

LA POLICÍA ARGENTINA

del *Corriere della Sera* del 5 de junio de 1902

UN DÍA DEL PASADO MES DE MARZO, el gobernador de Santa Fe, Dr. Freyre⁷⁸ —un hombre grandote, de aspecto bonachón y labia suelta— haciéndome los honores en su casa me mostraba una curiosa colección de retratos fotográficos. Eran fotografías de todos sus empleados de policía, simétricamente bien enmarcadas en un gran cuadro de felpa y con sus respectivos nombres grabados en placas doradas. Un epígrafe en la cabecera del cuadro daba a conocer que se trataba de un homenaje de la Policía santafecina al *Señor Gobernador* con motivo de su reciente asunción al poder. El gobernador miraba esos retratos con la expresión de un hombre satisfecho, y me explicaba:

—Los conozco a todos, uno por uno, desde que fui su superior como *Jefe político*; a algunos de ellos los he hecho yo mismo —en sus ojos brillaban como chispas de amor paternal— y ¡son todos *hombres valientes*, amigo!

Eché un vistazo a las fisonomías; una colección de tipos decididos, una colección de ojos orgullosos, de bigotes y de barbas de corte poco común y, aquí y allá, unas narices aguileñas, unos pómulos salientes y unas bocas anchas recortadas como con

⁷⁸ Rodolfo Freyre (Santa Fe, 1862 – Santa Fe, 1919) fue un abogado, político y periodista argentino. En 1898 ocupó el cargo de jefe de Policía de Santa Fe y, poco tiempo después, el 18 de febrero de 1902 asumió como gobernador provincial.

un golpe de hacha, características, sin duda, de la raza mestiza. También había un negro.

—Conozco la historia de toda esta gente; los tengo a todos en mi puño —continuaba mi anfitrión—. ¿Ve este, y este, y este? Bueno, no llevan su verdadero nombre.

Escuchaba con creciente interés la curiosa información que el gobernador nos dio a mí y a otros presentes, y no dejé de animarle con esas exclamaciones de asentimiento que son las gotas lubricantes de las conversaciones. Y él continuaba, ingenuamente persuadido de decir las cosas más naturales del mundo, y de presumir de sus subordinados.

Así entonces, explicó que algunos de estos funcionarios no llevaban su nombre porque, en el pasado, habían sido asesinos. Muchos de esos hombres tenían un pasado al que el gobernador aludía con efecto dramático. Algunos se habían transformado de delincuentes a policías gracias a él. Recuerdo, entre otras, la historia de un cochero que había sido arrestado varias veces por herir, por robar y por alzarse contra los oficiales a punta de pistola, y que se convirtió en comisario. Señalando varios retratos con el dedo, el gobernador repetía con complacencia las palabras: *¡Este era un pícaro!*, con aire de estar diciendo: ¡qué hombre tan capaz era!

Todo esto nos resulta extraño. Consideramos a la Policía como la mano de la Justicia, una mano grande, poderosa y delicada al mismo tiempo, que persigue a los culpables, los encuentra, los apresa y los lleva ante su majestad la Ley. En la Argentina, la policía —o, mejor dicho, las policías, porque hay quince, una por cada provincia y una especial para Buenos Aires— antes de ser la mano de la Justicia, es la mano de la Política. Al cambiar el propósito de su existencia y desnaturalizarse su función, se debe modificar, necesariamente, su esencia. La finalidad de los cuerpos policiales argentinos no es tanto el deber de defender a la

sociedad, sino el de defender a los partidos en el poder. Forman pequeños ejércitos pretorianos, siempre listos a la arbitrariedad y a la violencia partidista y, en la lucha política, preparados para llevar la influencia decisiva de la fuerza bruta contra el derecho. Y entonces, ¿cómo pueden ser instrumentos de justicia y de legalidad si, tan a menudo, su función se ejercita en el campo de la injusticia y la ilegalidad?



Es natural que para componer estas fuerzas policiales se llame a hombres resueltos y sin prejuicios, es decir, sin muchos de esos escrúpulos que harían imposible el cumplimiento del triste deber que les impone la política. Y ahora decidme, ¿qué uso no harán de la fuerza de que disponen, del poder extraordinario que les confiere el nombre de la ley estos hombres, elegidos por evidente necesidad entre los estratos más bajos de la sociedad, a menudo familiarizados con la culpa, carentes de cultura y educación? Supongamos a estos hombres ubicados en las colonias, lejos de cualquier control, teniendo la impunidad casi asegurada por las distancias y por la necesidad política, cuando no por los defectos y lentitud de los procedimientos judiciales. Imaginemos lo que ocurre. Además, existe el agravante de una remuneración muy baja.

Algunos comisarios no ganan más de sesenta, setenta u ochenta *pesos* al mes, con los que deben pagar a los dos o tres agentes de policía que han contratado personalmente, los costes de las investigaciones —que deberían ser reembolsados, pero nunca lo son— y, a veces incluso, la manutención de los presos hasta que son entregados a las autoridades judiciales. Los tenientes de policía reciben treinta *pesos* al mes. «Estos trabajos llevan implícita la autorización para la *explotación* de los pacíficos habitantes del campo en forma de multas» —ha escrito con

acierto *La Prensa*—. De hecho, la multa arbitraria forma una de las fuentes más comunes e incluso más honestas de los beneficios policiales. Los campesinos son, a veces, arrestados con cualquier excusa y luego el comisario negocia su liberación. Esto no quita que, alguna vez, la libertad no se venda a quienes son, en verdad, culpables. Por supuesto, las detenciones arbitrarias no son un acontecimiento poco común, especialmente si se la une a una razón política. He aquí un caso típico: hace unos días en una importante colonia se detuvo en masa a varias personas, entre los cuales había comerciantes, dos periodistas, un notario, el recaudador de impuestos e incluso, un ex comisario de policía; quienes, por una orden especial, fueron encerrados en la celda destinada a los pordioseros. Al día siguiente supieron que estaban acusados de alteración del orden público, borrachera y otras cosas... sancionables con multa (telegramas de Chos-Malal, 25 de marzo).

El 19 de marzo, un italiano recurrió a nuestro ministro en Buenos Aires por haber sido detenido en la Pampa Central; fue detenido ocho meses sin razón, y le fueron robados, por la policía, cinco caballos y toda su mercancía.



A veces ocurren cosas malas como, por ejemplo, permanecer olvidados en segregación celular durante diez o, incluso, quince días. Y peor aún, si es apaleado o herido. Citaré algunos ejemplos recientes. En Rosario tres jóvenes italianos, uno de los cuales era un ex carabinero —que hace poco había sido dado de baja— fueron detenidos, mientras hablaban en la acera, sin saber por qué y fueron llevados a la comisaría, donde —después del registro habitual— fueron segregados en tres celdas separadas «conducidos a fuerza de patadas y puñetazos». Entonces un agente de policía «los sometió a un nuevo y más duro tratamiento, llegando al

punto de utilizar el puñal de uno de los guardias, con el que, al azar, en un ataque de ira, golpeó repetidamente a uno de los tres desgraciados, causándole heridas de cierta gravedad. El pobre hombre intentó defenderse, pero fue reducido por varios oficiales. El oficial ordenó entonces que no se les dé comida y que la más mínima queja fuese respondida con violencia. Tras treinta y seis horas de martirio fueron puestos en libertad, ensangrentados y maltrechos» (de la crónica de *La República* de Rosario⁷⁹). *La Patria degli Italiani* confirmaba el hecho. El cónsul italiano pudo probar el maltrato, y en un telegrama a *La Patria* añadía que «el cónsul continuará en su enérgica actitud de protesta».

No mucho después del pasado mes de abril cinco detenidos en el departamento de Belgrano, en Rosario, fueron golpeados por la policía hasta el punto de que uno de los desafortunados fue reducido a graves condiciones, sin conocimiento y sin recordar el habla. Un corresponsal de *La Prensa* escribió desde Bell Ville sobre la habitual crueldad de aquella policía. «Los detenidos son conducidos a porrazos a la comisaría; incluso llegan a herirlos. Ayer un operario encargado del mantenimiento de líneas telegráficas, fue detenido sin causa justificada y llevado a golpe de bastón hasta la estación de policía, y sin otra razón que la de mostrar disciplina».

En Santiago del Estero, la policía, «contando con la impunidad de sus faltas» —como ha escrito *La Prensa*— golpearon con un sable a un pobre diablo porque había reprochado al comisario el haber envenenado a su perro; luego golpeó también con el sable a dos de los amigos que lo acompañaban, conocidos todos por ser gente honesta y trabajadora; hirió a los tres, a uno de los cuales, mortalmente en la cabeza. Es muy común leer en la

⁷⁹ Periódico de la ciudad de Rosario, fundado en 1989 por el abogado, político y escritor rosarino Nicolás Lisandro de la Torre (1868-1939).

crónica de los periódicos sobre «arrestos vejatorios y violentos»; esto significa, con puños y palazos.

Tengo delante de mí un informe de la policía —reportado por el diario gubernamental *La Capital* de Rosario— en el que las palabras *bastonazos* y *machetazos* son casi parte del lenguaje de oficina. Hace unos días, un viejo y honrado comerciante italiano de Azul, fue arrestado de la manera habitual, vejatoria y violenta, para luego ser liberado sin la más mínima explicación. Noticias de este tipo llegan de todas las provincias. Cerca de Chos-Malal soldados del ejército en servicio policial arrestaron a unos como sospechosos de robo; han sido detenidos nueve meses, durante los cuales fueron sometidos a verdaderas torturas para ser forzados a confesar. Incluso se les dio hasta quinientos latigazos. Una de las víctimas fue sometida a un simulacro de degollamiento que le dejó la marca del cuchillo en su cuello; y una mujer de la que se sospechaba su complicidad fue desnudada en presencia de los soldados y suspendida por los pies con una cuerda. Estas son las denuncias que citaba *La Prensa*. En La Rioja un pobre loco, atrapado por la policía, fue atado por las manos y los pies a una gran barra de hierro y luego se lo dejó suspendido de una morera en el patio de la comisaría (Periódicos del 25 de enero).



La violencia policial en ocasiones llega a ser extrema. Un lacónico telegrama desde San Antonio (Catamarca) del 15 de abril decía: «El domingo, fue asesinado el joven E. M. por la policía local con un disparo de pistola, sin razones conocidas. Se cree en una venganza premeditada». Solo unos días antes, un comisario había dado muerte con un revólver a dos marineros en Concepción del Uruguay, Entre Ríos (Periódicos del 12 y 13 de abril).

A finales del pasado mes de marzo la policía de Bahía Blanca había asaltado a unos trabajadores italianos desarmados al grito de *mueran los gringos*, hirieron a cuatro de ellos con golpes de sable, y persiguieron a los demás hasta las casas y las tiendas insultándolos, haciendo arrestos fortuitos, llevando a la cárcel incluso a dos heridos, uno de ellos en grave estado. Las investigaciones oficiales han negado estos hechos que, sin embargo, son confirmados por testimonios irrefutables y por una protesta firmada por cuarenta y tres comerciantes de Bahía Blanca de varias nacionalidades. Los comerciantes de esa ciudad son cincuenta y dos.

En Corrientes, en la colonia Bella Vista, un joven, que por su nombre parecería italiano, también fue asesinado por la policía. El telegrama publicado por *La Prensa* decía así: «El joven volvía de un baile con su hermano. Un oficial y un sargento de policía lo alcanzaron en la calle y el sargento le dio muerte».

En estos casos, las autoridades superiores suelen iniciar la instrucción, la Justicia se hace cargo, pero la cosa casi siempre termina con un poco de alboroto. Después de unos años los jueces declaran que por el tiempo transcurrido es imposible dar luz, y buenas noches. Así, algunos agentes de policía de Trenque Lauquen fueron recientemente liberados de las acusaciones de usurpación de autoridad, bandolerismo, violación, robo y usurpación de bienes, cuyas víctimas eran campesinos de la colonia La Luisa, de nacionalidad francesa. Tengo ante mí los informes recibidos por el ministro de Francia, que hacen temblar de horror e indignación. «C'est la Justice condamnée par les juges eux-mêmes!»^a, escribe en sus comentarios *Le Courrier de la Plata*, órgano de la comunidad francesa.

^a ¡Es la Justicia condenada por los propios jueces!

Y pensar que no todas las víctimas de la policía tienen el valor ni la oportunidad de presentar sus denuncias. Pensemos que ¡son muchos los gritos de dolor que se pierden desoídos en la inmensidad de la pampa!

¿Qué defensa puede representar este cuerpo policial para la sociedad que, entre unos pocos buenos elementos, contiene tanta podredumbre? En Santiago del Estero —donde los delitos son muy comunes— *El Siglo*, periódico que cito con preferencia porque no puede ser tachado de ser contrario al gobierno, muestra el papel que tiene la policía en el desarrollo de la delincuencia, aunque solo sea por su pasividad ante el crimen, una consecuencia inevitable de su desorganización. La policía, a veces, ni siquiera se molesta en llevar a cabo la investigación del crimen. «La garantía de la vida y la propiedad de los pueblos rurales —dice *El Siglo*— se va haciendo cada día más ilusoria, hasta el punto de que no se toman medidas para la persecución y castigo de los culpables, cuyos delitos tienen como teatro los mismos suburbios de la capital».

El Municipio de Rosario ha escrito: «Basta con recorrer los centros rurales y hablar con los habitantes acreditados para darse cuenta de que una vida trabajadora y honorable se ha vuelto imposible debido al predominio de los elementos nocivos que cometen las mayores crueldades sin que a nadie le preocupe».

Pero, si esa fuerza policial protegiera a la población de los delincuentes, luego ¿quién los protegería de la... Policía?

Es justo decir que, de las quince fuerzas policiales argentinas, la de Buenos Aires es el mejor con diferencia y representa una excepción digna de elogio. Desde hace algunos años está organizada según los modelos europeos. La vida internacional de la gran metrópoli ha influido en las costumbres; la lucha política ha tomado en ese vasto entorno formas menos primitivas y menos brutales, y la policía ha sido encarrillada poco a poco a su

oficio natural como instrumento de justicia. Es volver a la legalidad. Todavía no ha vuelto del todo, porque incluso en Buenos Aires, a decir verdad, hay veces que acontecen arbitrariedades y abusos policiales; pero estos no son nada comparados con los horrores y los errores de las policías *gauchas* de las provincias.

Si fuera posible hacer un balance de lo que le cuestan a la trabajadora, incansable y humilde población rural aquellos errores y aquellos horrores, cuánto dinero, cuántas lágrimas y ¡cuánta sangre italiana! ...

EL EJÉRCITO ARGENTINO

del *Corriere della Sera* del 8 de junio de 1902

EN LOS ÚLTIMOS DÍAS DEL AÑO PASADO, mientras la cuestión argentino-chilena⁸⁰ tomaba un aspecto amenazante, tanto que algunos creían que la guerra era inminente, envié una correspondencia desde Buenos Aires sobre el ejército argentino. La probabilidad de la guerra hacía que el tema fuera de máxima actualidad; pero al mismo tiempo podía parecer inoportuno publicar una crítica a un ejército en vísperas, quizás, de su entrada en campaña, y creí que era mi deber suspender aquella publicación.

Ahora el horizonte se ha despejado; sobre la Cordillera de los Andes brilla el arcoíris. Un telegrama del 1 de junio al *Times* comunica que se ha establecido un tratado entre las dos repúblicas rivales por el que se limitará el armamento naval hasta igualar las dos flotas argentina y chilena, asegurando, además, una política pacífica que no puede ser acogida, sino con una real satisfacción por nosotros los italianos. Pero los acuerdos establecidos no

⁸⁰ Se trata de la disputa entre Argentina y Chile sobre la soberanía de las islas del canal de Beagle y de todo el espacio marítimo adyacente que revisten un notable valor estratégico para el paso entre los océanos Atlántico y Pacífico. La cuestión fue definitivamente resuelta con la firma del Tratado de Paz y Amistad entre Argentina y Chile, el 29 de noviembre de 1984, fijando los límites en la boca oriental del estrecho de Magallanes.

⁸¹ Agencia de prensa italiana, fundada por Guglielmo Stefani, en Turín, en 1853.

mencionan el armamento terrestre, y un telegrama de Stefani⁸¹ en París anunciaba ayer que la Argentina ha ordenado la compra de armas a Alemania por ochenta millones. Es ahora doblemente oportuno un examen desapasionado del ejército argentino al que son inherentes graves problemas financieros y políticos. Hoy en día, los gastos militares están abriendo una gran brecha en la ruinoso balanza comercial de la Argentina; y nosotros, que tenemos el más legítimo deseo de la prosperidad de la República, no podemos desinteresarnos del tema; y al mismo tiempo no podemos desinteresarnos de saber hasta qué punto ese ejército reúne las condiciones de garantía para la tranquilidad y la seguridad del país, que es la tranquilidad y la seguridad de tantos compatriotas nuestros.



La probabilidad de una guerra despierta en cada ciudadano pacífico el ánimo de un estratega. Surgen formidables legiones de profetas militares, que dirigen de manera unánime las primeras hostilidades ... al sentido común. Así, para la posible guerra entre Chile y la Argentina no faltaron los críticos militares que cada día hacían el reparto de victorias y derrotas.

En verdad, nada es más difícil que un juicio sobre una guerra como ésta, en la que cada beligerante tendría que enfrentar las enormes dificultades que presentan las distancias, la conformación territorial de los probables campos de batalla, la vasta longitud de las líneas de comunicación y la imposibilidad de regular los servicios logísticos. En una guerra así, lo inesperado y la sorpresa tendrían un papel muy importante. Se habían equivocado quienes previeron la llegada de los chilenos a la *Plaza de la Victoria* en Buenos Aires, al igual que los que predijeron la acampada de los argentinos en las calles de Santiago. Las condiciones en las que se produciría una campaña así, que habría

sido muy larga y arriesgada, podría quitarle valor a la supuesta superioridad de la organización militar chilena y neutralizar los defectos de la defensa argentina.

Esto no significa, sin embargo, que estos defectos existan, y que, especialmente para nosotros los europeos, se revelan con mayor realismo por la comparación que instintivamente hacemos entre este ejército y el nuestro.

El sentimiento militar en nuestras naciones ha precedido a todos los demás, incluso al de la nacionalidad, porque nació antes de que nacieran las naciones. Hemos sido pueblos esencialmente guerreros; hemos cortado nuestras patrias a golpe de espada; la guerra ha sido la más noble de nuestras ocupaciones —con razón o sin ella, no lo discuto—. Durante siglos hemos considerado la guerra como la única fuente de todo honor; la nobleza no podía nacer, sino en el fragor de la batalla, y por las batallas ha vivido hasta el día de hoy. Llevar la espada ha sido un anhelado privilegio, y las muestras de títulos que aún hoy enorgullecen a nuestros ineptos burgueses con gabardina tienen su origen en la guerra. El ejercicio de las armas ha sido siempre reconocido por nosotros como uno de los más nobles, y el ejército se ha convertido en objeto de todo honor y amor cuando el pueblo ha sido llamado a luchar en sus filas en las batallas más sagradas; el ejército se ha convertido en una sola cosa, un solo cuerpo con el pueblo.

En América, no; el sentimiento militar es el último que se siente entre los sentimientos del pueblo. Se ha formado una sociedad de políticos, comerciantes, industriales, agricultores, la que, cuando necesitó un ejército, contrató uno, como se contrata a un guardián, componiéndolo de todos aquellos que no tenían o no podían hacer nada mejor. El honorable Belín Sarmiento, diputado federal, nieto del gran estadista argentino Domingo F. Sarmiento, en una publicación hecha en 1892, representaba a

los soldados de entonces como «procedentes del desagadero de elementos sociales que no encuentran otra salida, hombres indignos de la vida civil, muchos aventureros, parias, indios no aptos para el trabajo e, incluso, criminales». Uno entiende en qué consideración de la opinión pública debía haberse tenido a este ejército, y con qué desprecio por el militarismo había crecido el pueblo argentino. Dios no me permita debatir si esto es bueno o es malo; si la falta de peso de las tradiciones militares —de las cuales brota el espíritu de la disciplina que une fuerzas y voluntades— hace realmente que un pueblo sea más ágil en el camino hacia el progreso. Constató los hechos y nada más. Los pueblos nuevos, incluso sin militarismo, parecen odiarse precisamente como los antiguos.

El alma colectiva argentina, siempre dispuesta al entusiasmo, a la presunta víspera de una guerra, alaba al ejército; pero en el sentimiento individual, la desconfianza, los prejuicios y la poca simpatía persisten; y eso es, hoy en día, el mayor obstáculo para la buena organización de la defensa nacional. Actualmente hay en vigor una ley sobre el reclutamiento militar⁸², pero los resultados, por cierto, no son satisfactorios, porque el sentimiento del deber militar no ha penetrado en el espíritu de todo el pueblo —ni podría estarlo—, porque eludir la obligación de formar parte del ejército no siempre está considerado indigno y vergonzoso, porque quien a menudo puede eludir la ley, la elude sin sentirse apesadumbrado por el desprecio del pueblo, que podría ser el estímulo más poderoso para el cumplimiento del deber. La

⁸² Se trata de la Ley n. 4031, conocida como «Ley Riccheri», aprobada por el Senado argentino el 11 de diciembre de 1901. La misma instauraba el servicio militar obligatorio para los hombres de entre 18 y 21 años. Desde la vuelta a la democracia, el servicio militar se mostró como una pérdida de dinero y una institución que atentaba contra la democracia (hiperinflación económica y alzamientos de «carapintadas»). Todo ello y la desaparición del conscripto Omar Carrasco, pusieron fin a dicha instrucción el 31 de agosto de 1994.

ley es benigna, las autoridades son clementes, la relajación y la indiferencia general lo ratifican todo.



Otros dos antiguos males afligen al ejército, y son: la política y la especulación, los dos males que también corroen a la República entera. Para la política, el ejército no resultó ser un instrumento de defensa nacional; la preocupación por el enemigo interno ha hecho perder de vista al enemigo exterior.

En la larga serie de revoluciones el ejército siempre ha tomado parte activa con sus *pronunciamientos*, olvidando su alto oficio, y destruyendo a cañonazos su conjunto.

Por la especulación, el ejército, convertido en un campo de explotación, ha costado sumas fabulosas, quedando mal equipado y mal organizado. En el citado trabajo de Belín Sarmiento encuentro estos datos oficiales: en 1892 el costo del soldado argentino era de dos mil veinticinco *pesos* al año; las cosas no parecen haber cambiado mucho desde entonces porque, sin contar el disparate de gastos extraordinarios, el soldado argentino cuesta hoy en día unos tres mil ochocientos francos al año, una cifra enorme si se piensa que el soldado europeo medio cuesta menos de mil libras al año⁸³. ¿Cómo es posible?

No es fácil imaginar el saqueo de la especulación en los presupuestos de guerra. Envíos de caballos y de mulas por los que efectivamente se pagó la mitad de los precios que constaban haber sido pagados (un hecho similar ha sido denunciado el 12 de abril por dos periódicos); por los suministros de talabartería y armas se pagaron unos precios calamitosos; también grandes sumas de dinero han sido pasadas en concepto de *trámites* para

⁸³ Cfr. Belín Sarmiento, *ob. cit.*, capítulo «La corruptela», pág. 24.

obtener contratos de suministro; etc. Al mando de la administración del Ministerio de Guerra hay un «intendente de guerra», un empleado burgués⁸⁴. Pues, no todos los intendentes han sido escrupulosamente regulares; ha habido quienes han tomado porcentajes de dudosa legalidad en los asuntos de los suministros y otras cosas, sin misterio, retirándose después de dos o tres años con verdaderas fortunas. (Es necesario decir que el actual intendente de guerra goza de la fama de un hombre honesto; ¡pero algunos de sus predecesores!...).

El periódico *El Diario*, hace unos años, a través de una serie de artículos —que se sabía que habían sido escritos por una persona muy versada en materia militar— reveló muchos males que afectan al ejército argentino. Incluso parece que, a veces, a los coroneles, se les ha impuesto «por orden» ciertos proveedores. Un coronel que se negó a tal obediencia habría sido castigado enviando a su regimiento a sufrir los rigores de cinco meses de invierno en las regiones andinas, ¡sin equipo y sin ropa de invierno!

El ejército, como desgraciadamente muchas otras instituciones argentinas, ha sido considerado una especie de ganga, al que, con un poco de influencia, se le podía dar un bocado. Y a fuerza de influencias y apoyos para muchos no fue difícil, incluso, conseguir charreteras⁸⁵. A esto se debe, en gran parte, que el ejército argentino, compuesto por ocho mil seiscientos noventa y un hombres, tenga el honor de estar comandado por veintisiete generales (sin contar todos los que están fuera de servicio), por cuatrocientos catorce coroneles, por doscientos cuarenta y

⁸⁴ Se trata de Pablo Riccheri —también Ricchieri— (San Lorenzo, 1859-Buenos Aires, 1936), ministro de guerra durante la segunda presidencia de Julio A. Roca. Promotor de la ley que estableció el servicio militar obligatorio en el país, en 1901.

⁸⁵ Divisa militar.

seis mayores —observemos la disminución—, por ciento setenta capitanes, cuatrocientos cincuenta y seis tenientes, y doscientos sesenta y un subtenientes. Total: mil quinientos setenta y cinco oficiales activos, entre los cuales los coroneles son dos veces y media más numerosos que los capitanes, y los subtenientes casi igualan en número a los mayores. Esto significa un oficial por cada cinco soldados ... y medio.

Es fácil comprender el valor de esta masa de mando. A excepción de quince o veinte oficiales superiores, muchos de ellos de sangre extranjera, verdaderamente educados y modernos, graduados en escuelas militares europeas —en especial, italianas— y un buen grupo de jóvenes prometedores, el resto, en su mayor parte, se compone por héroes capaces de hacerse asesinar sin pestañear —y alguna vez lo han demostrado— carentes de conocimiento militares y, a menudo también, ... civiles. Es conocido un viejo coronel que no sabe ni leer ni escribir. Firma con un timbre, como Carlomagno. El uso del mapa topográfico para muchos viejos oficiales resulta un verdadero rompecabezas chino, ante el cual capitulan exclamando: ¡Es más práctico el baqueano⁸⁶!



Naturalmente los jóvenes, los modernos, se encuentran en lucha con los veteranos. Forman el partido de los reformistas, capitaneado por el propio ministro de la Guerra, Ricchieri —de origen italiano— un hombre de visión amplia y sólida cultura, de quien el ejército espera la salvación. Pero los «jóvenes», a su vez, ¡se dividen entre los «hijos del país» y los extranjeros e hijos

⁸⁶ También *baquiano* o *vaquiano*. Experto o versado en algo. Experimentado en los caminos, trochas y atajos, y que actúa como guía para transitar por ellos.

de extranjeros! Las polémicas son continuas, las ásperas críticas se arrastran hasta las columnas de los periódicos, en evidente detrimento de la disciplina.

Y esta bendita disciplina sería muy necesaria en un ejército que, como el argentino, aún conserva una parte de los turbios elementos de los que hablaba el honorable Belín Sarmiento, formado en su mayoría por indios y mestizos. No bastan para mantener la disciplina los crueles castigos corporales que se aplican con frecuencia y, a menudo, con excesiva dureza.

El modo de vida del soldado contribuye en parte a la indisciplina, la libertad de salir por la noche, durante la cual, con frecuencia, se emborracha. Los soldados salen sin sus armas, pero casi todos tienen sus cuchillos metidos en sus botas, dispuestos a sacar fuera cuando el vino o la *caña* nublan sus mentes. Vuelven al cuartel intolerantes del yugo de la disciplina, cansados, sin estar preparados para los duros ejercicios de la milicia.

Otra causa de indisciplina son las mujeres. Así como el Creador, conmovido por el aburrimiento de Adán, le dio la mujer, el gobierno argentino ha dado mujeres a sus soldados. Tal vez lo guiaba la idea de evitar peores insubordinaciones, a menos que, no haya sido el legítimo y antiguo deseo de aumentar la población con los ... *¡fils du régiment!*^a. Los regimientos fuera de la Capital tienen cincuenta y los de Buenos Aires tienen diez, digamos que... *agregadas* militares, las cuales viven en el recinto del cuartel o a unos cincuenta metros del campamento, siguiendo a los soldados por todas partes.

Esta institución se debe, sin duda, a un remanente de la costumbre india —ya que las mujeres se encuentran en todos los ejércitos primitivos—. Una práctica traída al ejército argentino por los numerosos indios que lo conforman y es la causa de

^a ¡hijos del regimiento!

problemas disciplinarios, los cuales es conveniente pasar por alto.

Son muy graves las consecuencias de todas estas causas tan variadas. El soldado argentino es, en general, capaz de tener valor y audacia, pero no tiene suficientes cualidades militares. Marcha muy poco, y sería, precisamente la marcha, el arma más formidable en una guerra de pampas. La artillería, la nueva creación, libre de los tristes males originales, es buena. La caballería no recibe casi ninguna instrucción en el manejo, no conoce el servicio de exploración, que sería su primera tarea, y esto sucede también porque, en un país de caballos, la caballería ¡no siempre tiene caballos! Los regimientos de la Capital, se puede decir, son los únicos que montan regularmente; los que están en las fronteras van normalmente ... a pie. Cuando surge la necesidad se les envía una *caballada* —una cuadrilla—, se montan y ¡fuera!

El Comisariado está en estado embrionario; los servicios logísticos no están organizados. Las condiciones del ejército hacen que disminuya el valor numérico de los cuadros de defensa nacional. A los doce batallones de infantería, once escuadrones de caballería y seis baterías de artillería, que comprenden ocho mil seiscientos noventa y un soldados, se añade la fantástica cifra de cuatrocientos treinta y ocho mil ochocientos noventa y cuatro hombres de la Guardia Nacional; pero entre *mausers*, *remingtons* y carabinas, solo hay armas aproximadamente para la mitad, reduciendo así entonces a la mitad el valor efectivo.

La Argentina debería preocuparse seriamente por este ejército que le cuesta tanto y tanto dinero, debe rastrear las verdaderas causas de sus males y sus deficiencias para sanearlas.

Y aquí llega la natural comparación entre el ejército argentino y la marina. La marina, recién nacida, no tiene la corrupción original, no ha sufrido las vicisitudes de las deshonrosas luchas políticas. Ha tenido un liderazgo homogéneo y una organización

sin demasiadas restructuraciones, debido a la mente de Rivadavia⁸⁷, que contó con la gran ayuda del italiano Múscari⁸⁸. Aun cuando aquí se descubran errores y culpas de doloroso recuerdo, el progreso es rápido y seguro. Una armada no se improvisa, porque no basta con tener barcos formidables, cuando no hay hombres que poner en ellos; y la Marina argentina aún necesita tiempo para formar a todos los hombres que necesita, para no tener que recurrir, como hasta ahora, a personal extranjero. Pero el camino que ella rápidamente ha recorrido es, por cierto, una buena garantía para su futuro.

La comparación entre las fuerzas de tierra y las del mar se repite mucho en los periódicos argentinos. Se preguntaba hace unos días *La Prensa*, ¿por qué decaen nuestras fuerzas terrestres, mientras mejoran las navales?».

Tal vez se podría responder con sus propias palabras:

«Porque la marina tiene la suerte de estar en un campo donde no hay gobernantes ni elecciones. Su influencia se salva del contagio corruptor de la oligarquía y, mientras tanto, ¡puede desarrollar sus capacidades y perfeccionarse!».

⁸⁷ Martín Rivadavia (Buenos Aires, 1852 – Buenos Aires, 1901), comodoro de la marina argentina. Defensor de la soberanía nacional en la Patagonia. En 1898, el presidente Roca crea el Ministerio de Marina, separándola del Ministerio de Guerra. Pone a su frente al Comodoro Rivadavia en momentos en que la relación con Chile, por los límites en la Patagonia, era muy delicada. Promovió la sanción de la Ley n. 3948, conocida como «Ley Rivadavia» (aprobada el 13 de septiembre de 1900), que establecía la conscripción obligatoria en la Armada Nacional Argentina.

⁸⁸ Capitán de Navío Eduardo Múscari (Nápoles, 1849 – Buenos Aires, 1914), marino italiano que, por gestión del entonces ministro de Guerra y Marina, General Benjamín Victorica, se incorporó a la Armada Nacional. Durante treinta años ejerció la docencia técnica y asentó las bases de la educación naval junto a Manuel J. García Mansilla y Félix Dufourq.

EL LUJO EN LA ARGENTINA

del *Corriere della Sera* del 12 de junio de 1902

EL PUEBLO *CRIOLLO*, que se encuentra casi ajeno a las absorbentes atenciones del trabajo, que tiene a su alcance la riqueza fácil alimentada por la fuente inagotable de mano de obra extranjera, que —con una exageración justificada por las teorías de la consanguinidad— ha heredado de sus padres españoles, junto con las virtudes de la soberbia y el orgullo, y también los defectos de una tendencia al despilfarro, a la manía de las apariencias y al amor a la grandeza —como también ha heredado de sus antiguas madres aborígenes la pasión y dulce blandura— no podía resistirse a la agradable enfermedad del lujo. «El lujo estéril de inmediato se ha introducido en nuestras costumbres», ha escrito un sabio argentino; pero la riqueza mal adquirida va dejando tras de sí mucha decadencia moral; porque el oro es como el agua de un río, que arrasa y arruina si se inunda inmediatamente, mientras que trae a todas partes la fecundidad y la vida si llega lentamente a través de mil conductos».

En treinta o cuarenta años se ha pasado de la tradicional simpleza de la vida *campesina* al lujo más absurdo; absurdo porque es el menos juicioso, un lujo que se ha infiltrado en todas las clases, que se revela en los actos más simples de la vida y que se ha convertido casi en una necesidad. En las épocas de los grandes beneficios y de las especulaciones colosales, que son tan recientes y parecen de cuento, se han creado hábitos que resisten

y resistirán mientras sea fácil *sacar plata* —encontrar dinero— por parte de quienes tienen el privilegio de vivir en la inmensa red de intrigas políticas.

El primer síntoma característico de la enfermedad del lujo, el extranjero lo observa nada más aterrizar, antes de ver y saber nada, nada más ver la forma en que el argentino lleva su dinero en el bolsillo. Nosotros tenemos la insignificante costumbre de la cartera que, si los carteristas lo respetan, sirve para mantener nuestros billetes bien doblados y clasificados. Aquí la cartera para el dinero es de una avaricia que hace sonreír de desprecio hasta el último *almacenero*; el argentino lleva su ‘papel moneda’ metido en los bolsillos del pantalón. Cualquier suma se lleva así, como un pañuelo. Para pagar sacan fuera un puñado de billetes todos arrugados, que se le lanza al vendedor con un inimitable aire de desdén, y se guarda el resto sin cuidado en el bolsillo habitual, dándoles unos golpecitos para disminuir su volumen.

Esta extraña ostentación de desprecio por el dinero es una característica argentina realmente reveladora. Es una cuestión de amor propio, de orgullo curiosamente sentido; en el fondo, es una evidente contradicción que cuesta mucho y que constituye, por sí misma, uno de los principales gastos de lujo. No se mira en el gasto mientras el gesto sea hermoso. Siempre hay una cierta búsqueda de efecto. Una noche en un café de Buenos Aires he visto un joven, un *compadrito* (un gamberro elegante), que, al ser golpeado en la cabeza durante una paliza que le dio un buen amigo suyo, se limpiaba la herida con billetes de un *peso* —los de mayor circulación— que luego tiraba ensangrentados; y esto lo hacía porque no tenía pañuelo. Fue sublime; pero, con seguridad, ese buen chico simplemente habría pedido una toalla al camarero si es que nadie lo hubiese estado mirando. En el café, en el restaurante, si se está en un grupo de amigos, es siempre uno el que paga por todos, por una ley inviolable. ¿Si se va al

teatro en grupo? Quién está más cerca de la taquilla compra las ubicaciones, las entradas, los programas para todos; y ¡ay del extranjero que intente modestamente reembolsarlo. El empleado más humilde del municipio mete sus manos en los bolsillos con el aire de un Grande de España⁸⁹; salvo que luego, de camino a casa, solo, se encuentra bajo una farola haciendo cuentas de lo que le ha costado la grandeza.

He comenzado mencionando estas minucias porque son sintomáticas, y ya hacen comprender el carácter del lujo argentino. No es el lujo de un país que, a medida que mejoran sus condiciones económicas siente el aumento de sus necesidades y se adapta progresivamente a un mayor confort; el refinamiento de la sensibilidad en un pueblo conlleva un proceso muy lento, y la prosperidad argentina surgió en unos años de tumultuosos negocios. Es el lujo estéril de quien gasta por gastar, por «figurar», de quien conoce poco sobre el coste del dinero; y es un lujo peligroso porque no tiene una norma establecida por el nivel de intelectualidad del pueblo, el cual es limitado, sino que está regulada por la ambición y el *esnobismo* que no tienen límites.

La principal consecuencia –desde nuestro punto de vista de extranjeros interesados– es un despilfarro innecesario de enormes riquezas, lo que inevitablemente no puede dejar de debilitar la resistencia moral a la corrupción. Investigando las causas de los males argentinos por los que sufren tantos italianos, no podemos omitir el lujo y todo cuanto ese lujo arrastra, cuyas consecuencias materiales y morales son vastas y profundas.



⁸⁹ En la jerarquía nobiliaria española la «Grandeza de España» es la máxima dignidad de la nobleza otorgada directamente por el rey, luego del príncipe de Asturias (heredero del rey) y del infante de España (el resto de hijos e hijas del rey y del príncipe de Asturias).

El lujo infesta todos los campos, como una espléndida ortiga, e incluso vegeta en el presupuesto de Buenos Aires. La Capital se comporta como una dama coqueta que compra un sombrero que cuesta un ojo a quien ... lo paga, por la única razón de que alguna amiga había comprado uno. Se hacen *bulevares* perfectamente inútiles porque París los tiene; se crean parques y jardines prescindibles para no ser menos que las grandes capitales; se tiran millones en un zoológico, donde los monos viven en pequeños chalets árabes y los leones habitan en templos griegos, solo para poder decir que el *Zoo* de Londres no es tan hermoso. Con la construcción de una gran cisterna de agua potable se quiso representar un grandioso palacio del Renacimiento francés todo cubierto con mayólica inglesa, gastando dos millones y medio solo para la decoración. Nunca se pensó en que toda la población de la Argentina no supera los cinco millones, y que un pueblo de cinco millones debe gastar un poco menos que aquellos que son siete u ocho veces más grandes. Se ha dicho y escrito que Buenos Aires ha cuadruplicado el número de sus habitantes en veintiocho años, «duplica su población cada catorce años», y no se ha pensado en lo absurdo de tal premisa, según la cual en cincuenta años Buenos Aires debería tener diez millones de habitantes. Siempre se ha gastado basándose en una quimera, hipotecando un largo futuro, sin hacer nunca las cuentas de los recursos del país, y repitiendo eternamente que el país es vasto y rico, y lo pagará todo. Lo importante es que Buenos Aires mantenga su lugar como la «segunda ciudad latina del mundo» —la primera, se sabe, es París— y no importa que las finanzas se arruinen, que las deudas crezcan en proporciones espantosas. Nada importa mientras «¡el hecho sea hermoso!». Al igual que los individuos, la colectividad tiene el mismo lujo estéril e inútil, absurdo y desproporcionado respecto al poder financiero del país.

La apariencia lo es todo. Esa cisterna de agua potable se convierte en casi un símbolo: el símbolo de la apariencia argentina. Un riquísimo y lujoso castillo, brillante de cerámica policromada en el exterior; y en el interior ... ¡agua potable!

No hace uso del lujo en proporción a lo que se es, sino a aquello que se quiere parecer; lujo exagerado en los edificios, en los decorados, en las vestimentas, en cada cosa. No se tiene ni idea, por ejemplo, de la cantidad de dinero que se gasta allí en *toilettes*.

La temporada de ópera está presupuestada en veinte o treinta mil *pesos* en las familias de buena sociedad.

En las principales tiendas de modas se obtienen interesantes revelaciones sobre los gastos de las mujeres. Cuentas de cuarenta y cincuenta mil *pesos* son pagadas, a menudo, por las damas, quiero decir por los maridos, de la aristocracia porteña. Todo lo que está de moda es caro porque todo es importado. París, espejismo de la Argentina elegante, por su moda y sus baratijas, capta dos veces y media más de riqueza del Sur, que de la América del Norte. ¡Ah! aquella París se ha hecho una gran clientela de repúblicas, exportando los «Derechos del Hombre» y luego los ... ¡sombreros de mujer!

No hablemos de lo que se gasta en fiestas: públicas, privadas, religiosas, de caridad; no hablemos del lujo en *clubs*, teatros, en todas partes. En todo esto hay algo así como una inmensa *puesta en escena*; se puede sentir lo ficticio.

Los gastos excesivos suponen un desequilibrio endémico para los presupuestos familiares que, de esta manera, reflejan el presupuesto del Estado en proporciones reducidas. En consecuencia, el despilfarro ciego de dinero lleva a una búsqueda igualmente ciega de dinero, cuya forma más moderada es el juego. La cuestión de los juegos de azar es tan grave que la prensa argentina llama unánimemente a su erradicación. Pero no es, especialmente

ahora, que con sabios artículos de fondo podrá desenredarse la planta maligna del juego cuyos sutiles zarcillos, se puede decir, envuelven cada alma.

La multitud juega, con un empeño increíble, a la «lotería nacional» que es una especie de lotería colosal.

Las carreras de caballos ofrecen otra salida a la manía del juego. En Buenos Aires hay más de *trescientas* agencias llamadas «casas de deporte», una especie de ‘totalizadores’, donde todos corren a jugar sobre los resultados de las carreras que se celebran una vez a la semana en el Hipódromo. Hay que tener en cuenta que estas «casas de deporte» están sujetas a un impuesto prohibitivo de doscientos mil *pesos* al año; y reciben por cada día de carrera ciento ochenta mil apuestas, de las cuales el «Jockey Club»⁹⁰ recibe cien mil en el hipódromo, lo que hace un total de alrededor de medio millón de *pesos* por día, o sea, veinticuatro millones de pesos al año, lo que equivale a alrededor de unos *sesenta y dos* millones de liras (periódico *El País*, 28 de marzo). ¡Sesenta y dos millones apostados solo en Buenos Aires y en un solo juego de azar!



Pero el juego que tiene las consecuencias más desastrosas para el país es el ‘mercado de valores’. En la Bolsa de Buenos Aires

⁹⁰ El «Jockey Club de Buenos Aires» fue fundado el 15 de abril de 1882, impulsado por quien fuera su primer presidente, el Dr. Carlos Pellegrini, y un grupo de entusiastas caballeros representantes de la élite económica y política del país. Su principal objetivo era crear una entidad capaz de organizar y regir la actividad turfística nacional. Así entonces, en 1883, se hizo cargo de la administración del Hipódromo Argentino (creado en 1876) y llevó adelante la construcción del nuevo y moderno Hipódromo de San Isidro (inaugurado en 1935). Para profundizar sobre su historia: <http://www.jockeyclub.org.ar/JockeyNeWeb/HISlahistoria.php> [Fecha de consulta: 30 de julio de 2022].

se juega sin descanso. Las fluctuaciones de los 'tipos de cambio', producidas por la especulación, son aterradoras; se ha visto pasar el tipo de cambio del oro de doscientos cuarenta (es decir, se necesitan doscientos cuarenta *pesos* en 'papel moneda' por cada cien en oro), a doscientos treinta y ocho, luego a doscientos cuarenta y uno y, finalmente, a doscientos cuarenta y seis, todo en el mismo día. Imaginemos ¡qué liquidaciones! Este juego se basa en la política. Durante la cuestión de Chile hubo algunos secretos diplomáticos que, no obstante el celo, fueron inmediatamente divulgados y discutidos en los periódicos haciendo que el precio del oro suba varios puntos. Cuando un periódico publicaba un boletín especial demasiado alarmante, bastaba indagar con disimulo en la Bolsa para saber que el director de ese diario ese día había comprado, a través de sus agentes, cuarenta o cincuenta mil *pesos* de oro. Recuerdo que cuando el ministro plenipotenciario Portela⁹¹ fue retirado de Santiago, con cierto orgullo de periodista bien informado, le comenté a un caballero conocido mío, que goza de relaciones políticas, que había conocido la noticia el día anterior; y me respondió sonriendo:

—¡Y a mí, me avisaron hace cuatro días!

—¡Imposible!

—Aquí está la prueba —y me mostró la cuenta de su agente de cambio, que certificaba la compra de no sé cuántas decenas de miles de *pesos* de oro hechas exactamente cuatro días antes—.

La especulación no tiene límites. Con una política incierta y convulsa, como lo son en general, las políticas americanas, con el deseo desmedido de demasiada gente de querer aprovechar las

⁹¹ Epifanio Portela (Buenos Aires, 1855 – Roma, 1916) fue un periodista, político y diplomático argentino. En 1898 fue trasladado a Chile con el objetivo de llevar adelante los acuerdos que desembocarían en la firma de los Pactos de Mayo (mayo de 1902). Poco antes Portela había sido transferido como embajador a España.

oportunidades en su propio beneficio, y con el agravante de una crisis que ha adelgazado mucho la gordura de la nación haciéndola más sensible a las variaciones económicas de cualquier género, la influencia de la especulación bursátil ejercida así es realmente desastrosa. Desgraciadamente, es bien sabido que en todas las Bolsas se especula, al igual que se juega en todos los hipódromos; pero es la naturaleza y el alcance del juego y la especulación lo que hace que aquí, el mal sea espantoso. Arruinados por los «tipos de cambio» muchos comerciantes intentan recuperarlos, jugando; y en la Bolsa de Buenos Aires hay, nada menos, que cuatro mil quinientos socios; ¡una población! Las grandes fluctuaciones hacen que el juego sea más atractivo; un solo acierto puede suponer una fortuna. El juego, entonces, para un fatal encadenamiento mantiene grandes las oscilaciones. Conociendo las grandes sumas en oro que la Argentina debe pagar en el extranjero nada más que por los intereses de los préstamos, se entiende cuan ruinoso es el «tipo de cambio» ficticio fijado por la especulación. Por no hablar de los desastres causados por toda liquidación un poco fuera de la media prevista; y sin mencionar que, ¡cada vez más, en la Argentina la desconfianza y el descrédito rodean las cuestiones de finanzas!

¿Qué hay del verdadero juego, el clásico y genuino alrededor de la tradicional mesa verde? Los garitos de juego son innumerales. La ciudad, los suburbios, los pueblos de los alrededores, los centros turísticos y los lugares de baño están llenos de garitos de juego. No tengo cifras exactas sobre los locales de juego en Buenos Aires, pero podemos imaginar cuántos podría haber, sabiendo que, en la pequeña ciudad de Córdoba, llamada «la Santa» y también «la Culta», se conocen *cuatrocientos veinticuatro* antros de juego. En proporción, Buenos Aires debería tener varios miles.

Estos antros de juego son los que preocupan a «los moralistas» de la prensa, muchos de los cuales son como ese padre que

va a una casa de juego para sorprender a su disoluto hijo, y al encontrarlo en una mesa de *bacarrá*⁹², le grita en tono indignado:

—¡Desgraciado! ¿Qué haces? ¿Por qué, por qué ... pides carta con un cinco? ¡Mira cómo se hace! —y con severidad se sienta a su lado—.

La prensa no ahorra acusaciones muy serias y precisas contra las autoridades que, se supone, deberían supervisar la ejecución de la ley, la cual golpea duramente a los locales de juego y a las «casas de deporte» con impuestos prohibitivos. Pero ¿quién se ocupa de ello? El periódico *Los Principios*⁹³ ha llegado incluso a denunciar a un comisario de policía como... ¡propietario de un garito de juego!

¿Cuántos millones pasarán por las mesas de juego cada día? No olvidemos añadir a los antros de juego, los *clubs* donde el juego es tremendo. Cito un dato: el «Club del Progreso»⁹⁴ recauda solo por impuestos sobre el juego, la venta de paquetes de cartas —cuyo precio puede variar según la importancia del juego hasta quince *pesos*— recauda, digo, de ocho a doce mil *pesos* al mes; es decir, en un club solo los jugadores pagan más de cien mil *pesos* al año (alrededor de unos doscientos cincuenta mil francos) por los mazos de cartas. ¿Cómo pensar que el juego

⁹² También llamado *bacará*, *baccarat* o *bacarrá*, es un juego de naipes franceses. Muy común en los casinos, semejante al *blackjack*.

⁹³ Fue un diario argentino, con sede en la ciudad de Córdoba. Conocido como «el diario de los curas» fue fundado en 1894 y desarrolló su actividad hasta 1982. Reflejaba el pensamiento ultraconservador del Arzobispado y del patriciado cordobés.

⁹⁴ Es un club creado en 1852, con sede en la ciudad de Buenos Aires. Aún en actividad, se caracteriza por ser un club de caballeros, de los más antiguos de Sudamérica y el más tradicional de la Argentina. Su lema era poner en contacto las ideas y los hombres para el progreso material y moral del país; por ello, desde su origen, estuvo estrechamente vinculado a la vida política, social y cultural del país. La sede actual se ubica en la calle Sarmiento 1334.

no traerá un incoherente desplazamiento de las riquezas en la sociedad bonaerense?

Poco a poco todo tiende a convertirse en un juego, desde los negocios a la política; cada vez más se esquivo el camino del trabajo como medio de prosperidad y riqueza, porque es un recorrido demasiado largo y difícil en comparación con los otros. Se gasta rápidamente; es necesario ganar rápidamente. El resultado es un desequilibrio en las manifestaciones de la vida social. La estructura moral de la sociedad se debilita; y ¡ay, cuando se ralentiza o deja de funcionar ese poderoso regulador de las acciones humanas, que es la conciencia!



Entre los males que causan el lujo y el juego hay uno que nos interesa más porque tiene una influencia directa en las transacciones monetarias y, por tanto, en los negocios. Me refiero a la usura. En la Argentina, los «tipos de interés» suelen ser altos (el interés hipotecario legal es del 12%), por la demanda de capital debido al rápido desarrollo de la productividad del país, pero aún más por la desconfianza de los capitalistas, por los riesgos provenientes de la «indelicadeza» comercial, etc. Luego se hacen enormes cuando, a todo esto, se añade la caótica búsqueda de dinero causada por el lujo y el juego.

La usura se convierte en algo normal. Una infinidad de familias sigue endeudándose más y más, esperando la *volada* —un golpe de suerte— o una nueva lluvia de riquezas, como en 1890. Los empleados que están al día con sus salarios, a menudo lo descuentan a principios de mes; los que no han podido cobrarlo durante meses venden su deuda al gobierno y al municipio por dos tercios o la mitad.

En el pequeño préstamo el 50% se llama «interés honesto». El «interés honesto», sin embargo, no es muy común. Según

las circunstancias, se aplica una tasa del 80, 100, o 200%. Los intereses se calculan mensualmente y por ello se dice, modestamente, que es del 5, 8, 10%. Lo que en realidad es del 60, 96 o 120%. Abundan las oficinas de préstamos sobre las prendas y garantías que realizan operaciones por el 4,5% más (por mes, se entiende). El mal es tan vasto que ya no está oculto. «Funciona» a la luz del día. Se ven avisos en las esquinas, en los periódicos, en el interior de los tranvías, en los telones de los teatros, diciendo: «¡Dinero! ¡Dinero! Quien necesite dinero que vaya a esta calle, número, etc., sucursales por toda la ciudad». ¡Son establecimientos muy reconocidos! La *publicidad* aplicada a la usura es la última palabra del progreso. El usurero se convierte en una persona decente, un ser respetable y respetado, bien recibido. Se los encuentra en todas partes, en los *clubs*, en las Sociedades e, incluso, en las redacciones de periódicos. A la pregunta: ¿Quién es ese hombre? —se responde con indiferencia: un usurero— como si se dijera un abogado, un ingeniero, un médico.

Hablando de nuestros compatriotas, veremos la ruina que la usura trae al campo. Sus consecuencias sobre la prosperidad general son evidentes.

El lujo, el juego y la usura forman tres eslabones de una misma pesada cadena que ciñe los brazos de la República Argentina. En ellos encontramos otra razón concomitante de la grave crisis actual y, desde luego, no es la menos leve. Y para este mal no hay más que una cura: el trabajo. El trabajo domina las manías de dilapidar.

En la Argentina, los italianos son generalmente tachados de avaros. Ellos saben muy bien cuánto cuesta el dinero como para tirarlo, porque lo pagan con el sudor de su frente, que es ¡lo más sagrado y lo más precioso que un hombre puede dar!

RIQUEZAS Y MISERIAS

del *Corriere della Sera* del 17 de junio de 1902

EN EL MES DE ABRIL el éxodo de emigrantes de la República de Argentina superó la llegada de tres mil treinta y dos personas, según las estadísticas de la *Dirección de Emigración*⁹⁵. La diferencia entre los que se fueron y los que llegaron parece aumentar mes a mes en proporción geométrica; el síntoma no es ambiguo; la Argentina ha sido, hasta ahora, uno de los países que han absorbido la mayor cantidad de emigración europea, y actualmente deben ser muy vastas y profundas las turbaciones como para crear tal regurgitación en la regular corriente inmigratoria que se había formado.

Solo este hecho bastaría para dar medida de las gravísimas condiciones de la República Argentina, cuyas causas, sumariamente y de la manera más completa, hemos trazado en los artículos precedentes, examinando la política, el gobierno, la justicia, el ejército y la sociedad de aquella joven nación.

A estas causas, que son demasiado permanentes, también se añaden causas ocasionales y transitorias —como ahora la deficiencia de las cosechas— que encuentran al organismo de la Nación

⁹⁵ La Dirección de Inmigración era el organismo encargado de la aplicación de la política migratoria a finales del siglo XIX y primera mitad del siglo XX. En 1949 fue sustituida por la nueva Dirección Nacional de Migraciones (DNM), un organismo dependiente del Ministerio del Interior encargado de instrumentar las directivas emanadas del Poder Ejecutivo Nacional.

ya agotado, incapaz de resistir; y producen enormes daños, como aquellas enfermedades de estación que no hacen más que enfermar levemente a los fuertes, y golpear hasta la muerte a los débiles. Un día me decía el gobernador Freyre —que hace pocas semanas había ascendido al Gobierno de Santa Fe con un amplio programa de promesas— que «si hubiera un buen gobierno en la Argentina, bastarían solo tres años de cosecha sobre cinco, para estar bien». En efecto, el extraordinario hombre —que por supuesto consideraba que su gobierno era una excepción a la regla— tras un momento de reflexión añadió que «solo dos años de buena cosecha de cada cinco sería, sin embargo, suficiente para la prosperidad del país».

Básicamente, salvo la exageración optimista que todo hombre de gobierno siente en presencia de un periodista extranjero, él decía la verdad. Las desgracias argentinas vienen de los hombres y no del país. El país es rico.

Es rico, pero podría compararse con una mina de oro en manos de gente inepta y que despilfarra, de un organismo que derrocha, que administra desastrosamente, que explota ciegamente la riqueza y que acumula enormes deudas. Alrededor de la mina de oro, se acabaría sufriendo hambre. Y ahora, se sufre hambre en la Argentina.

La responsabilidad de los hombres que rigen el destino de aquel país aparece más grave ante nuestros ojos si se compara lo que es hoy la Argentina con lo que podría ser; si la tristísima y escuálida miseria a la que cientos de miles de extranjeros están condenados se compara con la prosperidad que esta tierra podría haberles dado en merecida compensación por el sudor y las virtudes que le han prodigado.



La primera riqueza de la Argentina es su inmensidad. Podría contener diez veces a Italia o seis a Alemania. Se despliega desde

las regiones tropicales del Gran Chaco y Misiones a las nieves eternas del Estrecho de Magallanes y a los *fiordos* helados de Tierra del Fuego; casi todos los productos de la tierra podían ser cultivados allí. Ofrece todos los climas y todas las altitudes. Las interminables llanuras de la Pampa, ese océano de tierra podría ofrecer granos para medio mundo. Los inmensos ríos Uruguay y Paraná, el río Colorado y, más abajo en la Patagonia, el río Chubut, el río Sen-guer y el río Deseado podrían alimentar la irrigación de territorios ilimitados, y servir de ruta a un inmenso tráfico fluvial que desembocaría en los puertos marítimos para ser distribuidos en la tierra. En los bosques impenetrables del norte, casi fuera del dominio humano, se esconden las maderas preciosas, el caucho, la quina, y en los bosques de la extrema Patagonia y de Tierra del Fuego crecen los colosales abetos y pinos que podrían ser la gran reserva mundial de madera para construcción. Es cierto que a diez leguas de un ferrocarril o de un punto de embarque el valor de los productos es absorbido por el transporte; pero también es cierto que pocos países como la Argentina se prestan a lanzarse a través de las vías férreas, de forma rápida y a buen precio. Finalmente, en las llanuras argentinas pastan veintidós millones de bueyes, cuatro millones y medio de caballos, setenta y cuatro millones de ovejas. Piensa en ¡qué «El Dorado» podría ser este infeliz país del que huyen tantos emigrantes!

Esas cifras siguen ejerciendo una gran fascinación para quienes las consideran abstractamente sin tener en cuenta todas las circunstancias que hemos explicado. En el extranjero se habla de estas cifras, y no sobre el resto. El cuadro descriptivo de la Argentina se resume así: dos millones y medio de kilómetros cuadrados, de los cuales ochocientos mil son cultivables, cien millones de animales de pastoreo y menos de cinco millones de hombres; es una riqueza sin igual en el mundo. Todo lo demás parece transitorio; los pueblos cambian, los malos gobiernos pasan, los

hombres mueren, y la tierra permanece con sus inagotables tesoros. ¡El futuro de la Argentina es brillante y seguro! ¡Multitudes de emigrantes, apúrense y tomen los primeros asientos! ¿Por qué se demoran? Apúrense, y ¡qué importa si ustedes y sus hijos mueren sufriendo antes de que se levante el telón! Piensen en las futuras civilizaciones neolatinas, y ¡corran! ...

Es bonito fantasear sobre el futuro, pero no podemos salir fuera de la vida presente para ver la historia a través de la seductora perspectiva de los siglos. No podemos únicamente mirar, impasibles, los lejanos éxitos de una guerra, sin ver ni querer ver la infinita hilera de caídos, sin sentirse convocados por la llamada desesperada de sus gritos, sin sentirse arrastrados a querer aliviar su sufrimiento, sobre todo, cuando se trata de nuestros hermanos, y la guerra es por otros países. Y luego, especialmente, cuando reconocemos que las víctimas no caen por la fatalidad ineludible, sino ¡por la ineptitud y la culpa de los demás!

En la Argentina, ya eran suficientes los caídos en la conquista de la tierra salvaje, en la tenaz lucha contra la naturaleza que defiende denodadamente sus posesiones no contaminadas. Nuestros trabajadores tienen el corazón tan fuerte como sus brazos; aceptan con espíritu de esperanza la peligrosa lucha que, a menudo, trae el consuelo y la recompensa del triunfo.

¿Pero todos los demás caídos? ¿Todos aquellos que después de años y años de tenaz trabajo, a la primera adversidad, deben dejar la tierra que le han ganado a la Pampa, azotados por la miseria que se ha llevado incluso las herramientas del oficio, que los ha sorprendido débiles y agotados, explotados y exprimidos? Veremos qué pasa después, como desde Entre Ríos, Córdoba, o Santa Fe, desde todas partes llegan las noticias de la triste miseria de aquellos desgraciados que hoy son más pobres que cuando llegaron, porque ya no poseen el tesoro de la esperanza.

Muchas veces en el campo he encontrado pequeñas caravanas de emigrantes, con los rostros desgastados por el sufrimiento, encorvados bajo bultos de harapos y así, recorriendo regiones enteras, por cientos de kilómetros en busca de trabajo, pidiendo refugio en cabañas, a menudo detenidos por el agotamiento, ¡siempre azotados por el hambre! Hablando en particular sobre la emigración, lamentablemente debo recrear a mi lector contándole sobre estos hechos, que son monstruosos en un país donde pastan cien millones de animales.

Quinientos italianos desempleados en Bahía Blanca han publicado un manifiesto que dice: «Nos encontramos sin pan, en la más escuálida miseria. Muchos de nosotros llevamos dos días sin comer; nuestras esposas e hijos tienen hambre. ¡Solo pedimos tierra para trabajar!». ¿No es esto inexplicable en un país que tiene casi un millón de kilómetros cuadrados de tierra que esperan ser trabajados?

El número de desempleados, que hace tres meses se calculaba en ciento cuarenta mil, ahora se cree que ha aumentado en más de un tercio debido al invierno austral que, incluso en tiempos normales, trae una desaceleración en muchos trabajos. Actualmente, en Buenos Aires, hay ochenta y cinco mil desempleados, según informaciones fiables. A todo esto, se ha reducido «la tierra prometida» por todos los males que conocemos. El inmenso pulpo de la política oligárquica la tiene bajo sus tentáculos y absorbe su sangre de riqueza. La Argentina ha disipado mucho más de lo que ha producido, hasta el punto de agotar algunas fuentes de su misma prosperidad y debilitar su actividad productiva. Porque, al fin y al cabo, las riquezas del suelo argentino, que son inmensas, hacen pensar en un tesoro contenido en una caja fuerte de la que no es bueno girar la llave. El tesoro está ahí, pero no se puede contar con él para un alivio inmediato. Es inútil que la Argentina sea ilimitada y variada; el rico desierto

cuenta hoy con una colección de nombres y signos geográficos; la verdadera Argentina sobre la que pesa toda la miseria del presente es relativamente pequeña, y no sobrepasa los límites de la parte explotada. Esta parte soporta todos los males; y debemos tener en cuenta que cada expansión representa un esfuerzo que el país nunca podrá hacer hasta que se libere de la postración que lo abate. Por lo tanto, es el problema del presente el que se impone; y que debe ser estudiado desde sus orígenes, y ¡dejemos, al futuro, las espléndidas quimeras de futuro!



Los gobernantes argentinos ven las cosas de forma sencilla: ¿la producción es insuficiente para cubrir los gastos? Entonces, aumentemos la producción. ¿Y cómo? Con nueva inmigración. Y así asistimos al curioso espectáculo del Gobierno argentino que pide emigrantes incluso desde Transvaal⁹⁶, mientras que más de doscientos mil trabajadores de la propia República demandan inútilmente trabajo.

¡Primero hay que curarse! Las transfusiones de sangre nueva hacen fuerte a los débiles, pero ¡no curan a los enfermos! Hagamos un diagnóstico preciso de la República Argentina.

Sus deudas con el extranjero, deudas múltiples y complicadas, giran alrededor de unos cuatrocientos millones de *pesos* oro, o sea dos mil millones de francos; y con esto la Argentina es dueña solo de una parte insignificante de sus ferrocarriles. Luego están las deudas internas del Estado, y las deudas de cada provincia, las

⁹⁶ La República de Transvaal o República Sudafricana (ZAR), fue una nación independiente situada en el sur de África, a lo largo de la cuenca del río Vaal. Se independiza como colonia del Reino Unido en 1857, hasta que luego de la Segunda Guerra Anglo-Bóer, y a fin de evitar un mayor número de muertes, los bóeres se rindieron. Así entonces, en 1902, la ZAR fue disuelta como república independiente y pasó a formar parte del Imperio Británico.

deudas de los municipios, que forman una enorme acumulación de pasivos. El pago de los intereses de los préstamos extranjeros, más el pago de los dividendos de los capitales extranjeros empleados en el país, representan un empobrecimiento que el *superávit* del activo formado por las exportaciones sobre las importaciones —unos cincuenta millones de *pesos* oro al año— no es suficiente para compensar. Luego están los gastos ordinarios, que son enormes, desproporcionados, dado el carácter de la administración argentina; y están los gastos extraordinarios; y los armamentos. La economía nacional ha caído en un estado de la anemia aguda. La producción ya no ha encontrado más sus compensaciones; sus poderosos esfuerzos se debilitan. La carga de los impuestos se ha vuelto demasiado pesada; y cuanto menos impuestos se recaudan debido al empobrecimiento progresivo, más se han grabado por la necesidad de los presupuestos. «El tributo interno es exorbitante» —escribía el 8 de febrero *La Prensa*, el mayor periódico argentino— y hay regiones arruinadas por ello; la masa de la población lo siente como una carga insostenible, cada vez más pesada. Un sistema de proteccionismo feroz ha afectado al comercio, que en ninguna parte tiene tanta necesidad de la máxima libertad como en los países en vías de desarrollo. Reducidos los ingresos aduaneros, un porcentaje se añadió a las tarifas; se crearon impuestos a la exportación. Los remedios son peores que el mal; se utiliza el empirismo financiero, lo que no impide que los ingresos no se correspondan exactamente a las previsiones. El empobrecimiento tiene un termómetro casi seguro en el tipo de cambio del oro que ha subido por encima de doscientos cuarenta. La producción se ve afectada y la mano de obra se deprecia. «Los hombres más emprendedores e impetuosos no encuentran ningún campo en el que aplicar sus iniciativas; parecería que la Argentina vigorosa y llena de energía se haya transformado en un país extenuado, agotado, que apenas tiene vida para proveer el escaso pan de cada día» (*La Prensa*).

La crisis se extiende, lo invade todo. «¿Quién no siente el desastre? No hay un solo fenómeno de las múltiples actividades nacionales que no atestigüe de la crisis. En los campos, como en las ciudades, en las empresas agrícolas, como en las oficinas, en los talleres de los grandes, como en la tienda del vendedor, en la casa de la familia acomodada, como en el hogar del obrero, se siente el mismo malestar; se habla con miedo y con angustia de las penosas dificultades que tienen para satisfacer las necesidades básicas de la vida» —escribía el mismo periódico, que cito con preferencia, no solo por su importancia, sino también porque fue el que llevó adelante la cruzada por mis primeras cartas argentinas—. Se llega al punto de carecer de fondos para pagar los pequeños salarios. «Por primera vez en veinticinco años —escribía *El País*, conocido periódico del financiero y senador Pellegrini— se llega a primeros de mes sin que la tesorería tenga fondos necesarios para pagar los salarios de la administración».

En Buenos Aires, los pensionistas pasan ocho meses sin recibir dinero. El gobierno ni siquiera paga a los trabajadores, que tampoco tienen otros recursos aparte de su trabajo. Vemos a los trabajadores del puerto del Riachuelo —todos italianos— que se niegan a trabajar, porque desde hace dos meses no se les paga⁹⁷. La huelga tiene como efecto el inmediato despido de muchos, pero no ciertamente el pago inmediato. En el pasado mes de mayo, ciento cincuenta italianos, que trabajaban en la construcción de cuarteles en Mendoza, se declararon en huelga porque, desde el 1 de enero, no habían recibido un *centavo* de su paga y vivían de pequeñas deudas de caridad contraídas con los proveedores, llevando una existencia de indescriptible miseria. Tras

⁹⁷ Se trata de la huelga de obreros de las Barracas de la Boca y el Riachuelo, en marzo de 1902. Para profundizar sobre las huelgas y la organización obrera en el puerto de Buenos Aires de finales del siglo XIX, consultar Lucas Poy y Laura Caruso, *Las huelgas del Riachuelo* (2013).

unos días de negociaciones, recibieron tres meses de sueldo y todos fueron despedidos. El director de obras, un teniente, gritó a los soldados que los echaran a la carretera y, si se resistían, que les dieran *garrotazos*. Durante el reclutamiento para la marina, que tuvo lugar en la época de las últimas dificultades diplomáticas con Chile, se contrataron algunos cientos de maquinistas y fogoneros para la tripulación, la mayoría de ellos italianos. Cuando cesó el peligro de un conflicto, los barcos fueron desmantelados y los tripulantes fueron desembarcados y despedidos, pero sin pagarles la retribución acordada; una carta en *La Patria degli Italiani* del 30 de marzo hizo saber que, a la fecha, esos compromisos aún no se habían cumplido⁹⁸.



Y si esto es lo que hace el gobierno central, imaginen lo que hacen los gobiernos provinciales. El pasado mes de febrero, el gobierno de La Plata debía más de tres millones de liras en salarios atrasados; y nos referimos a los pequeños salarios debidos a los extranjeros, o a empleados que, debido a su situación, no tienen peso en el cuerpo electoral —como, por ejemplo, los maestros—. Los grandes sueldos siempre se pagan, aunque caiga

⁹⁸ Cfr. Gabriela Costanzo, «entre 1900 y 1902 los movimientos huelguísticos tuvieron una dimensión extraordinaria, tanto en Buenos Aires como en diferentes puertos del Paraná. Para dar un panorama, el nuevo siglo comenzó con una gran huelga de 4000 obreros portuarios. Se profundizó en 1901 con las huelgas de los marineros y foguistas de la compañía Mihanovich; le siguieron otras en los puertos de San Nicolás, Ramallo, Bahía Blanca y Ensenada. Las huelgas se extendieron a diferentes gremios, entre ellos, panaderos, obreros de Bunge y Born, trabajadores de cigarrillos de Rosario, pequeñas huelgas en las fábricas de sombreros y alpargatas, trabajadores de las vías férreas en el ramal Bahía Blanca a Pringles, y en septiembre se realizó un boicot a La Popular (cigarrillos)», en *Lo inadmisible hecho historia. La Ley de Residencia de 1902 y la Ley de Defensa Social de 1910*; p. 191.

el mundo. Y por hablar de maestros, aquí hay unos datos: a los docentes de Salta se les debe más de un año de sueldo; a los de Chacabuco, cuatro meses; a los de San Juan, catorce; a los de Entre Ríos, nueve. En Paraná se había celebrado un centenario, y el cuerpo docente, invitado a la ceremonia, declinó la invitación porque no tenía ropa para la ocasión.

Los municipios están peor que los gobiernos. La municipalidad de Buenos Aires, en estado de semibancarrota y bajo una especie de oficina de tutela, se ha vuelto casi insolvente para la masa de sus proveedores —casi todos extranjeros— muchos de los cuales, al ver sus contratos vulnerados, han enviado a la Intendencia de Hacienda una protesta, que es una verdadera acusación contra la administración. A los barrenderos municipales y a todos los otros jornaleros —casi todos italianos— ¡se les deben cuatro meses de sueldo! Han enviado a *La Patria degli Italiani* una carta muy conmovedora que transparenta el horror de su situación.

A partir de estos datos se puede adivinar el resto⁹⁹. Las desastrosas condiciones de la administración pública son igualadas por las del sector privado. Las quiebras se suceden continuamente, y los gigantes caen. En la ciudad de Mendoza, que tenía fama de ser una de las más prósperas de la República, en sesenta días cuatro bancos cerraron sus puertas. Las cartas de crédito

⁹⁹ En 1902, a propuesta del senador Miguel Cané, fue promulgada la llamada «Ley de Residencia» mediante la cual el Poder Ejecutivo podía ordenar la salida del territorio nacional a todo extranjero condenado por la comisión de delitos de derecho común, o cuya conducta comprometiera la seguridad nacional o perturbara el orden público, etc. En su proyecto el Gobierno hacía referencia a la huelga a la que habían adherido numerosos obreros de distintos gremios, amenazando, de esta manera, no solo el orden público, sino, también, los intereses comerciales, la navegación y la riqueza nacional. La «Ley de Residencia» fue una de las numerosas medidas represivas que el gobierno central llevó a cabo contra anarquistas, socialistas y activistas obreros, quienes mediante arrestos y deportaciones reprimió las huelgas y las manifestaciones de los trabajadores.

sufren un descuento del 25 al 40%. Todos los comercios y todas las producciones están más o menos en crisis; en Entre Ríos, en Córdoba y en Santa Fe hay una crisis agrícola; en Mendoza y San Juan, la crisis del vino; y en Tucumán, la del azúcar. Los suicidios van en aumento: «El hecho caracteriza la tremenda crisis que atraviesa la República», escribió *La Patria*.

Desgraciadamente, la natural tendencia a explotar la mano de obra extranjera encuentra una fácil incitación en las dificultades financieras. En algunos casos se ha negado a los trabajadores el salario pactado tras largos meses de duro trabajo en las *estancias*, en los campos, en cualquier fábrica de azúcar; y mientras tanto, ¡estos desgraciados viven de inanición! Conozco varios de estos interesantes casos que involucran a más de quinientos trabajadores; y tendré que volver a hablar de ellos en profundidad.

La Patria degli Italiani, sin duda un periódico sin sospechas de ideas subversivas ni de animosidad contra el gobierno argentino, escribía el 12 de abril: «Recibimos casi a diario quejas y reclamos de parte de nuestros humildes compatriotas, que nos denuncian las injusticias de las que son víctimas, los fraudes que se cometen contra ellos por personas que se saltan las leyes, rodeadas por la impunidad que les garantizan las autoridades que olvidan sus deberes y que carecen de sentido moral. Vemos desarrollarse no solo un sistema de explotación injusto, sino que además se violan las leyes que se supone deberían garantizar los salarios. De este modo, se cometen las más sombrías injusticias; así el pan es robado de la boca de los que sudan para ganarlo; y así se perpetúa la infame explotación de las clases trabajadoras. No estamos dispuestos a ser cómplices con un silencio complaciente, el silencio de la prensa argentina más acreditada, sobre el estado de cosas que es una vergüenza para la República y que ninguna pluma honesta debe tolerar».

Ahora, en los campos, trabajan miles de *peones* únicamente por la *comida* y ¡qué comida! En algunas colonias los campesinos

carecen de pan: en Sunchales, por ejemplo, y en San Agustín. Un corresponsal escribía desde San Luis a *La Patria* en febrero: «Si las noticias que llegan son ciertas, no solo el ganado habría muerto de hambre en estos alrededores —que ya se sabía—, sino también las personas. Hubo casos de familias que han perecido por la miseria». Como se puede ver, si la noticia no era exacta, igualmente se le daba crédito entre la gente de la zona y de Buenos Aires, y en las columnas de los periódicos. De la misma localidad llega esta noticia: «La moneda ha migrado completamente y por ello el comercio funciona con el sistema de intercambio de mercancías». Es un paso atrás hacia las formas primordiales de la civilización.



Todo esto nos muestra quiénes son las mayores víctimas de la repercusión de la crisis general. Podemos casi decir que, si todo el mal es argentino, gran parte del dolor que él provoca, es italiano. Las masas de los humildes, de los pobres —que por desgracia son las masas de nuestros emigrantes— pagan personalmente y de su bolsillo los costes de tantos errores.

¿Y qué solución se está ideando? ¡El de fomentar una nueva inmigración! Es como si, para salvar un barco en peligro, ¡se intentase aumentar el número de personas a bordo!

El barco argentino está bien y tiene la fuerza para salvarse; pero es necesario que desde el puente de mando se vea el rumbo, que se sondee el peligro y que se huya de los parajes turbios y tormentosos. El mar libre está ahí, infinito, brillante, espléndido, que invita a recorrerlo hacia los lejanos litorales de una mejor civilización, a la que los otros estados vuelven sus proas en una competición sublime. ¡Adelante, una mano fuerte en el timón, y que se cambie el rumbo!

YENDO A LA ESTANCIA

del *Corriere della Sera* del 22 de junio de 1902

San Jacinto de Mercedes (Argentina)

LLEGUÉ A MERCEDES DE NOCHE, después de tres horas de viaje en tren a través de una campiña desconocida, de la cual, en la cerrazón, intuía la uniforme inmensidad, como se *siente* la inmensidad del mar navegando en la oscuridad y en la calma.

En el compartimento, lleno de gente rica de campo que regresaba a la *estancia* de sus negocios en Buenos Aires, se fumaba y se gritaba. Con una vitalidad totalmente argentina, la discusión se había generalizado; la crisis de la lana, el cierre de los mercados ingleses al ganado argentino, la cuestión chilena, la guerra de los Boers, proporcionaban argumentos inagotables. De vez en cuando, desde las ventanas abiertas de par en par, entraba una agradable brisa de viento fresco y reparador, impregnado del saludable olor del heno, que disipaba el humo azulado de los cigarrillos y, como por arte de magia, calmaba las conversaciones. Parecía que desde el campo llegasen ráfagas de silencio. La discusión a veces nace del calor, como una fermentación de palabras.

De vez en cuando, en medio de la oscuridad, delante de nosotros, en la distancia, distinguíamos grupos de luces verdes y rojas, lo que nos hizo pensar en pequeñas y extrañas constelaciones que habían caído en la Tierra. El convoy llegó resoplando a

través de ellas. Eran estaciones perdidas en la soledad. Parecían inglesas, por la construcción y, a veces, por el nombre, como Cowland, Open Door.

Durante las paradas se oía el trino de los grillos –ese sonido que no quita nada al gran silencio de los campos dormidos– sonoro y rítmico, como un tintineo lejano de cascabeles agitados por caballos cansados de un viaje interminable.

Entonces, Mercedes. Una estación más grande que las demás, rodeada por colosales eucaliptos negros de hojas perpetuamente inquietas como nuestros álamos. A la salida, los carruajes en fila que recuerdan a nuestras antiguas diligencias, los jóvenes criollos que se precipitan sobre las maletas, los *cocheros* que ofrecen su *coche* también para el día siguiente, para pasado mañana, para cualquier momento y ocasión, para la ciudad y para el campo. Entonces, una pequeña ciudad con calles amplias y sin asfaltar, de casas pequeñas y blancas. Y al final, el hotel. Un hotel antiguo, con las habitaciones en la planta baja en torno a un fresco y agradable *patio* todo adornado con plantas. Esta antigua arquitectura *criolla* da a la casa un dulce aire de intimidad. Es una de las mejores cosas que España ha dejado aquí abajo; y ¡es una cosa árabe!

Por la mañana, a las cinco, un *coche* me llevaba a gran trote a San Jacinto, una de las más bellas *estancias* de la República.



Un viaje placentero. El aire fresco de la mañana me golpeaba la cara en el ímpetu de la marcha llevándose todas las tristezas que la ciudad siempre deja encima.

El campo se desplegaba a mi alrededor, tan plano como un mar. En las copas de las altas hierbas la brisa empujaba verdes oleadas que huían persiguiéndose con un alegre susurro.

Alrededor se levantan islas de eucaliptos, de álamos americanos, de acacias, que daban sombra a los *puestos*, las cabañas de los pastores. Sobre el verde, los rebaños de bueyes, manadas de caballos, rebaños de ovejas, de guanacos, de ñandúes, toda una población de pastoreo dispersa e inmóvil que hacen creer que hubieran crecido de la tierra, como los gigantescos cardos que cubren los prados.

A cada lado, vallas de alambre de hierro; cientos de miles de kilómetros de alambre —de *alambrado*, como se dice aquí— que reemplazan a nuestros hermosos setos. El *alambrado* es el primer trabajo del humano en los campos vírgenes, es la toma de posesión. Muchas propiedades, aún, no son más que tierra salvaje y *alambrado* en derredor.

Este cerramiento duplica el valor de la tierra; en algunos lugares el cerco cuesta más que el terreno al que sirve de límite. El ministro de agricultura¹⁰⁰ decía hace días a un amigo que el alambre de los campos argentinos sería suficiente para pagar las deudas provinciales, lo que significa que tiene un valor increíble.

El aire estaba lleno de un festivo repiqueteo de pájaros que se elevaban en nubes al paso del coche y en tal cantidad, que extasiarían a un cazador. *Viudas* con pechos rojos como una amapola, canarios que se confunden con los rastrojos amarillentos, perdices en ruidoso vuelo, gaviotas terrestres graznando, y flamencos y zancudos de todas las razas inmóviles en el borde de las zanjas y de los pantanos, grullas alineadas como soldados, meditabundas y de pie sobre una pata, grandes cigüeñas con su elegante vuelo recto y lento, lechuzas que en grupos de tres o

¹⁰⁰ Se trata del profesor de filosofía, Wenceslao Escalante (Santa Fe, 1852 – Buenos Aires, 1912), que ocupó el cargo de Ministro de Agricultura de la Nación, entre julio de 1901 y octubre de 1904, durante la segunda presidencia de Julio A. Roca.

cuatro corren a posarse en lo alto de los palos del *alambrado* para inclinarse grotescamente, casi saludando a los que pasan, garzas reales negras y blancas, con sus penachos que parecen llevar frac. Y todo un mundo de pajarillos que aún no conocen la persecución y no temen al hombre, que se alejan lo suficiente como para no ser aplastados, que se posan en enjambres, como las moscas, en los lomos de los pacientes bueyes y ovejas para limpiar sus picos en el lustroso pelo, o para buscar las semillas que quedan entre la lana. Hay tantos animales de presa que casi no se pueden cazar. En algunos lugares a los *martinetes* —una especie de perdiz— el *gaucho* los mata a palazos; el rifle es inútil.

El camino discurría recto entre dos alambrados, interminable, enorme, accidentado, lleno de hierbas y de matorrales, de senderos, de zanjas, de charcos. Las carreteras en la Argentina —cuando las hay— no son nada más que franjas de campo sobre las que se permite pasar. El coche al trote de sus cuatro caballos tiraba en línea recta sobre todas las asperezas de la carretera, a golpes, sacudiéndose, inclinándose de un lado al otro, dándome la perfecta ilusión de viajar sobre un afuste de artillería lanzado hacia la posición.

El viento levantó la chaqueta del *cochero*, permitiéndome ver su gran cuchillo *gaucho*, con el mango de plata cincelada, metido en el cinturón sobre los riñones, y el revólver en la cadera. Pero mi hombre tenía la cara cordial de un indio sumiso, que contrastaba especialmente con su armamento. Se giraba, de vez en cuando, para darme algunas indicaciones precisas pensando, quizás, que cuanto más precisas son las indicaciones, más grande será la propina.

—¡Este puesto se llama *La Bella*!

—¡Caramba!

—*Sí, señor, y aquel humo blanco* es un tren del ferrocarril del Pacífico¹⁰¹.

—¡Mira, mira! ¿Qué hay de San Jacinto?

—Llevamos una hora en los terrenos de la *estancia*; ¡San Jacinto está a doce leguas, *señor*!



Doce leguas, son doce leguas cuadradas. La legua corresponde a veinticinco kilómetros cuadrados. Esta constituye la unidad de medida de grandes propiedades. Doce leguas significan trescientos kilómetros cuadrados. Pero una *estancia* de doce leguas no es una gran *estancia*. El propietario de San Jacinto¹⁰², un argentino

¹⁰¹ Conocido como BAP, el Ferrocarril Buenos Aires al Pacífico, fue una compañía británica que operó en la Argentina durante los últimos años del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, cubriendo el área de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, San Luis y Mendoza. Su finalidad era unir la capital argentina con el océano Pacífico (se hacía un transbordo con el Ferrocarril Trasandino, que unía la ciudad argentina de Mendoza y Valparaíso, en Chile).

¹⁰² La Estancia San Jacinto se ubicaba en tierras bonaerenses, en el predio del partido de Mercedes. Saturnino E. Unzué, adquiere el predio de casi 3 leguas, en 1850; pero es su hijo, Saturnino José quien va a extenderlo al comprar parcelas vecinas (en San Andrés de Giles y Carmen de Areco) que transponen los límites del partido de Mercedes. En 1885, el entonces Ferrocarril al Pacífico (BAP) atravesaba la propiedad dividiéndola en dos partes. Junto a la estación —y dentro del predio de la estancia— se construyeron también diversas instalaciones: la casa del Jefe de Estación, dependencias para el operador de señales, los operarios de vías y de obras para el embarque del ganado y un gran galpón de cargas que servía de contenedor de las mercancías producidas en el campo, a la espera de ser transportadas por tren a Buenos Aires. Hoy en día —desde la estación que tomó el nombre de «San Jacinto»— aún se puede observar el antiguo y principal acceso a la estancia «Palacio Unzué», al que se arribaba en carruaje desde el ferrocarril y luego de recorrer unos cuantos kilómetros. Cfr. *Estación San Jacinto (BAP)*, publicado por: Carlos Alejandro Dagnino, en <https://horizonteferroviano.blogspot.com/2016/12/estacion-san-jacinto-bap.html> [Fecha de consulta: 30 de julio de 2021].

de los más ricos, aún posee una estancia de veintiocho leguas, otra de sesenta, otra en el sur, de cien y, por fin, una pequeña y miserable finca de nueve leguas. Es el «soberano» de un reino de cinco mil doscientos veinticinco kilómetros cuadrados. No es fácil hacerse una idea exacta de estas propiedades. A veces se viaja durante días por las tierras del mismo dueño. Para recorrer toda la *estancia* San Jacinto se necesitan cuatro días a caballo, y aquí los caballos solo galopan. Pocos propietarios en el mundo pueden tener la satisfacción, al volver la vista al horizonte sin fronteras, de poder afirmar: ¡Es todo mío!

Una *estancia* es un pequeño Estado con un gobierno absoluto. El *mayordomo* es el gobernador general; el *capataz* —aquel que transmite las órdenes— es el primer ministro; los *gau-chos* son los regentes y comisarios de las pequeñas provincias. El pueblo entonces, numeroso, bueno, pacífico, un pueblo ideal que se deja ordeñar, vender y matar sin protestar, está formado por los innumerables rebaños. San Jacinto tiene ciento diez mil habitantes: treinta mil bueyes, sesenta mil ovejas, veinte mil caballos, sin contar algunos cientos de caballos de carreras criados con todos los cuidados que constituye la nobleza. También hay algunas clases selectas entre los bovinos y los ovinos, descendientes de ilustres familias inglesas, que viven en medio de comodidades y tan a gusto; pero ante la verdadera nobleza de los caballos se los puede considerar como los *parvenus*!¹⁰³ que forman la vulgar burguesía. Tampoco falta el elemento subversivo, sin domicilio fijo, intolerante a los controles gubernamentales y que donde llega, destruye. Está representado por los avestruces americanos, los ñandúes, que huyen rápidamente frente a las autoridades constituidas. Pero eso no quita que, en los buenos

¹⁰³ Son los «nuevos ricos», que elevan rápidamente su condición económica y social, pero sin haber adquirido los modales, el estilo y la cultura que conlleva su nuevo estado.

tiempos de la recaudación de impuestos, no sean todos regularmente desplumados de sus finas plumas. Y luego vuelven desnudos a sus vidas subversivas, con el aire asustado de los grandes pavos escapados de las manos del cocinero.

El guanaco, este curioso espécimen de la fauna americana, grande como un potro, mitad oveja y mitad dromedario, es el filósofo de la raza rumiante. Vive siempre solo, observando fríamente el mundo desde la altura de su largo y flexible cuello, que parece haber sido hecho a propósito para dominar la llanura para poner sus ojos de centinela frente a la inmensa extensión de la Pampa. Nada lo sacude de su pensativa vida. Si un hombre se le acerca, no huye; lo ve venir, frío, inmóvil, indiferente; entonces, cuando lo ve de cerca le lanza, de repente, un ruidoso escupitajo de sus fosas nasales abiertas y que apuntan como las bocas de una escopeta de caza. Esto no es una defensa; es un signo de desprecio. El gran filósofo guanaco piensa: «¡Oh hombre, es indudable, tú comerás mis costillas, pero te desprecio profundamente y aquí está la prueba! Y mientras el rey de la creación se va todo humillado, el orgulloso animal vuelve a los desconocidos abismos de sus meditaciones de bestia reflexiva.

Así viven libremente su vida los animales de la pradera. Estarían muy orgullosos si supieran que forman el mayor recurso de la República Argentina y si supieran que son casi veintitrés veces más numerosos que los hombres.

Ciento diez mil animales en una sola *estancia*; esto da una idea de la importancia de los criaderos argentinos y también de la poca división de la propiedad. El pastoreo es la única industria verdaderamente argentina y, quizás, la más rentable, porque requiere el *minimum* de trabajo y porque las crisis y los aranceles no influyen directamente en su desarrollo. Las bestias engordan y se reproducen tranquilamente bajo cualquier gobierno e incluso durante las revoluciones. Sus enemigos son, solamente, la

sequía que les hace pasar hambre y la inundación que los ahoga. En 1900, en la provincia de Buenos Aires, se ahogaron más de medio millón de cabezas de ganado.

La competencia de los criadores norteamericanos y australianos llevó a los principales estancieros argentinos a modificar sus antiguos sistemas. La cría se hace, no ya en tierra virgen, sino en tierra surcada por el arado durante muchos años porque la hierba es más blanda y abundante. Por ello, una parte de las *estancias* se ofrece en alquiler o en aparcería para cultivo. Este carácter temporal del trabajo rural, sea dicho de paso, no beneficia el futuro de la agricultura en varias provincias; un porvenir al cual está íntimamente ligada la suerte de muchos de nuestros emigrantes. Afortunadamente, al mejorar la tierra, la agricultura necesita menos espacio. Hoy se comprende, entonces, que la calidad tiene más valor que la cantidad. Se presentan miles de criadores ingleses y se estudia mejorar las huesudas y pellejudas razas criollas, con el cruce de *shorthorns*, *durhams* y *herefords* para el ganado bovino; *hampshires*, *leycesters*, *rambouillets* y *lincolns*, para el ovino, y las mejores razas de caballos de carreras, de tiro, de silla y de trabajo.

La exportación de ganado ha alcanzado una media de alrededor de medio millón de animales al año. Palabra de honor, ante esta cifra uno se sorprendería de la crisis argentina y de las profundas miserias de aquella República, si no supiéramos qué «raza» de administraciones públicas hay, qué gobiernos se suceden en el poder y qué justicia reina en ellos.

Un estudioso de ciencias económicas, que conoce en profundidad las finanzas de la República, me decía un día: «Si se hubiera tenido que estudiar un sistema especial de gobierno y de finanzas para arruinar deliberadamente a este país, no se podría haber hecho nada mejor que ¡aplicar los sistemas que se han aplicado!



San Jacinto llegó de repente, sobre todo porque tan profundas meditaciones políticas y financieras me habían conciliado un sueño muy profundo. Me desperté a la sombra de enormes eucaliptos que flanqueaban un hermoso paseo. A un lado, entre los troncos, veía una extensión de jardín, entre cuyo verdor aparecía una pequeña villa rosa, una de esas casas americanas bajas e irregulares, tan agradables y hospitalarias con sus galerías, sus balaustradas florecidas y sus *patios* frescos como los de los conventos. Al igual que ciertas fuentes parecen invitar a beber, estas casas *criollas* parecen invitar a entrar. A lo lejos, entre los árboles, grupos de casas pequeñas, también ellas de color rosa, caballerizas con bandas rojas y blancas, cobertizos y una pequeña iglesia con el campanario puntiagudo. Distantes, dos *gauchos* a caballo han atravesado galopando el paseo entre una lluvia de polvareda.

Al sonido del carruaje, un caballero vestido con chaqueta de monta, seguido de dos grandes mastines ingleses, apareció y vino sonriendo a mi encuentro. Era el jefe de la *estancia*, el gobernador general de San Jacinto y de su dócil pueblo.

Yo creía que era un estanciero *criollo*; e imaginen los lectores mi alegría cuando le oí darme la bienvenida en la más pura lengua boloñesa. Nos saludamos efusivamente.

—Mañana —me dijo mientras me llevaba a la casa— visitaremos la *estancia* en las frescas horas de la mañana. ¿Monta a caballo?

—Como un centauro... si el caballo es muy manso.

—Bien, entonces mañana, al amanecer, montamos.

Y se fue a dar órdenes. Me dejé caer sobre un blando catre; todavía tenía en mis ojos la gran luz y todo me parecía envuelto del seductor velo de una misteriosa oscuridad; el silencio absoluto y solemne del campo bajo el sol abrasador me daba la sensación de un dulce ensordecimiento. El reposo fue tal, que lo saboreé durante mucho tiempo, ¡paladeándolo como un gourmet!

VIDA ESTANCIERA

del *Corriere della Sera* del 25 de junio de 1902

San Jacinto de Mercedes

MI ANFITRIÓN, ESTE ESTANCIERO BOLOÑÉS que me hace los honores en su casa de campo americana –un tipo simpático, de novela, uno de esos héroes aventureros a lo Ohnet¹⁰⁴ que encuentran, en una vida de trabajo duro, la riqueza perdida por una juventud despreocupada y mundana– me dice que ama mucho su vida de soledad salvaje. Y yo le creo.

Ha conocido demasiado a la sociedad como para no preferir el aislamiento. Ha vivido demasiado entre los hombres para no amar a las bestias. La bestia tiene esta ventaja sobre el hombre, que es infinitamente más buena. La maldad es una prerrogativa humana, y el hombre domina más por ser malo, que por inteligente.

Basta vivir un poco en esta vida de estancia para sentir su encanto. No hay nada: pocas comodidades, ninguna variedad, un horizonte infinito y monótono, un silencio perpetuo. Es que el disfrute no viene de los bienes presentes, sino de los males ausentes. Es un poco como la alegría del perseguido que se siente

¹⁰⁴ George Ohnet (París, 1848 – París, 1918), fue un escritor y periodista francés, autor de novelas populares que tratan el antagonismo entre burguesía y aristocracia.

libre en un refugio tranquilo —y cada hombre en la sociedad de sus semejantes es, más o menos siempre, un hombre perseguido—. Esta mañana estaba pensando estas cosas, mientras galopaba como un loco, en la espléndida hora del amanecer. El primer rayo de sol doraba las copas de las altas hierbas y los espinosos cálices de los colosales cardos, mientras que abajo, a nivel del suelo, persistían las últimas sombras moradas, como un remanente de la noche. Nubes de pájaros se elevaron graznando a mi alrededor. Los perros de mi anfitrión me seguían, ladrándome alegremente. Ayer me recibieron con un gruñido, pero, tras olerme con desconfianza y reconocerme por el olor como un «buen diablo», me pidieron caricias aullando con aire de pedirme disculpas. Ahora son grandes amigos míos.

Pastando tranquilamente había esparcidas por la llanura pequeñas manadas de bueyes con lomos leonados y brillantes. Dos *gauchos* llegaron al galope a través del campo lanzando un extraño grito, un ¡ahooo! largo y gutural. Los vi desaparecer muy lejos, entre las hierbas, con sus camisas ondeando en el ímpetu de la carrera, como las *blusas* de los jockeys; luego volvieron a su galope *criollo*, silenciosos y tranquilos.

Me preguntaba el motivo de esa carrera, cuando observé una cosa extraña. Los bueyes ante los gritos de los dos hombres dejaron de pastar, levantando sus hocicos como si fueran a escuchar mejor; y luego siguieron su camino, sin prisa, como bestias que «saben su salmo»¹⁰⁵, rumiando para no perder tiempo. Así es como, en un minuto todas las manadas están en movimiento, marchando a través del campo, dirigiéndose de todos lados a un punto lejano, un claro sin hierba, donde se reúnen. Es una especie de *meeting* de bueyes; llegan, se detienen plácidamente

¹⁰⁵ Saben lo que les conviene.

y esperan. Al cabo de poco tiempo hay una multitud de miles de ellos.

Mi anfitrión, que se acercó a mí, me explica que el lugar de reunión se llama *rodeo*, que los bueyes se reúnen para «trabajarlos», es decir, para elegir a los mejores, para seleccionar a los enfermos, para examinar sus condiciones y para exponerlos a los compradores. Pero nadie puede explicar la obediencia espontánea de estos animales, que viven en completa libertad, al grito de un hombre. Es uno de los espectáculos más curiosos que haya visto jamás. Los caballos de los regimientos se apresuran a las señales de trompeta porque saben que van a recibir alimento; una obediencia interesada. Pero en el *rodeo* estas pobres bestias no reciben nada; es más, por apresurarse a llegar dejan su desayuno por la mitad. La costumbre explica poco, y el instinto, menos. ¿Qué narices pasa por la mente de un buey cuando el gaucha grita su ¡*ahooo!*?



Esta vez los bueyes fueron reunidos para elegir a los más gordos para ser enviados al sur de África. Los *gauchos* a caballo entran entre la enorme manada, y con los pechos de sus cabalgaduras, entrenadas para tal trabajo, empujan al buey elegido que, en cuanto alejado de sus compañeros y asustado por los impactos, emprende la huida. El *gaucho* acorralándolo con el caballo a derecha e izquierda, dirige su rumbo; cuando lo ha llevado lejos a un lugar preestablecido, lo abandona. El buey se detiene y se gira tranquilamente para ver cómo se aleja su perseguidor, mientras otros bueyes vienen bufando a reunirse con él, formando poco a poco la manada de los gordos desafortunados.

Un gran buey leonado se rebela. Salido de la manada, baja su pesada cabeza y huye enloquecido, con la cola levantada, mugiendo, dejándose detrás al hombre.

—¡*El lazo!* ¡*El lazo!*, gritan los *gauchos* apresurándose a la caza. El buey hace un giro tratando de alcanzar la verde pradera, y pasa cerca de nosotros, terrible, con la boca abierta y babosa, la lengua torcida y los ojos inyectados en sangre. Crujen las malezas bajo sus pesados y apresurados pasos; y deja tras de sí toda una sarta de hierbas caídas, como una avalancha negra y rugiente. Los *gauchos* lo persiguen, agachados sobre sus monturas. Agitan el *lazo* en el aire, que circunvuela silbante. Se lanza el primer lazo; se despliega en el aire como una pequeña serpiente larga y delgada, y cae sobre la cabeza del buey. Pero el nudo corredizo no lo ha enganchado; el buey sacude la cabeza y se libera. Un segundo lazo sale con el gran nudo abierto. El buey, repentinamente agarrado por el cuello, se detiene; salta con la espalda arqueada; embiste la tierra con sus poderosas patas, mientras que de su garganta ahogada por el lazo le sale un aullido terrible, largo y lastimero. Otro *lazo* lanzado con acierto le aferra las patas. El buey cae agitándose, se levanta aterrado, vuelve a caer. Es atado por unas finas cuerdas de cuero, como Gulliver por las cuerdas de los liliputienses. La furia cede ante el terror. Intenta liberarse con un último esfuerzo supremo, y permanece de rodillas, inmóvil, resoplando con el pelo erizado, con la cabeza baja sobre su gran pecho jadeante, su boca babosa, lanzando a intervalos un bramido desesperado que suena como el grito monstruoso de un gigante vencido.

En ese momento, mi amigo me grita: «¡Mira, mira a los demás! y me señala la manada. Todos los bueyes asisten a la pelea, atentos como los espectadores de una *plaza de toros*. No hay nadie que no mire. Los más alejados levantan el hocico para ver mejor, y lo apoyan suavemente en la grupa del vecino. Alguno se abre paso entre los compañeros para llegar a la primera fila, y allí se detiene, con el cuello extendido, sus grandes ojos fijos, atentos y pensativos. Bajo la espesura de los cuernos hay miles

ojos curiosos, que expresan un asombro tranquilo y conveniente. Cuando el buey domesticado se incorpora a su manada, aún tembloroso, con el hocico surcado de la sangre que gotea de un cuerno roto, sus compañeros lo rodean con cuidado, olfateándolo, flanqueándolo y siguiéndolo, como para darle coraje, para mostrarle el consuelo de su simpatía y su solidaridad. La pobre bestia se refugia en el centro del grupo, acompañada de un verdadero cortejo.

A nadie se le ha ocurrido estudiar la vida de estas grandes sociedades bovinas; el buey parece un animal completamente conocido, y no es cierto. Si se lo deja libre, forma tribus, obedece a los líderes, sigue unas leyes que no conocemos, tienen maniobras especiales de ataque y defensa contra los enemigos comunes y somete toda su organización social al control supremo del hombre por razones misteriosas.

Ciertamente, el caballo es mucho menos inteligente. La principal característica del caballo libre es el miedo. Es más tímido que una gacela. No es posible acercarse a una manada de caballos sin provocar lo que aquí, con una palabra llena de expresión, se llama *disparada*. La *disparada* es una fuga frenética. Un espectáculo magnífico.



Cuando nos dirigimos, después de galopar unas horas, a la parte de la estancia destinada a la cría de caballos, yo ya estaba prevenido. A medida que nos acercamos a la primera manada todos los caballos levantaron la cabeza con una expresión de «alerta» con las orejas erguidas e inmóviles. Entonces, cuando estábamos a menos de cincuenta pasos, y podíamos distinguir perfectamente las refinadas formas de estos caballos *criollos*, que parecen conservar aún algo de la sangre de sus padres

hispanoárabes, sobrevino la *disparada*. Esos doscientos o trescientos caballos se precipitaron en una furiosa huida.

Iban todos juntos; hacían pensar en una carga de caballería sin los jinetes. No vimos más que una multitud de espaldas con los lomos contraídos en el esfuerzo de un galope furioso, un revoloteo de crines y colas. Los caballos dieron alocadas vueltas por la llanura, vueltas caprichosas sin razón aparente, hasta que se calmaron y han vuelto a pastar lejos, muy lejos.

Estas fugas de caballos son extremadamente peligrosas para quien se encuentre en su camino. El caballo asustado es ciego; enviste cualquier obstáculo a su paso. El *gaucho* sorprendido por una *disparada* solo tiene un camino de salvación: huir en la misma dirección; unirse a la tropilla. Entonces, a veces pasa que pierde el control de su montura, porque ésta retoma su instinto salvaje, y debe seguir la caprichosa fuga hasta el final, prisionero de ese huracán de bestias. La *disparada* era el arma más terrible de los indios contra las tropas argentinas. Mientras los soldados se aproximaban reunían a todos sus caballos en grandes manadas y, luego, en el momento oportuno, gritando y agitando sus *ponchos* los hacían huir en dirección a sus enemigos. No había salvación; la *disparada* derrocaba y pisoteaba a compañías enteras.

En la lejana y desértica Pampa, a veces ocurren fugas de caballos causadas por las picaduras de *mosquitos*. Una manada comienza a huir, hacia la dirección del viento, para liberarse de las nubes de insectos que la atormentan. A ella se añaden otras, y otras más. Se forma un ejército de caballos que pasa como un ciclón levantando inmensas columnas de polvo; la pateadura, similar al lejano retumbar de la tormenta, se escucha desde lejos, y el *gaucho*, que la conoce bien, corre «a uña de caballo»¹⁰⁶ para

¹⁰⁶ Huida a la desesperada; escape rápido de un peligro.

presenciar el paso de esa fantástica emigración desde la mayor distancia posible.



Entramos en los *corrales*, los grandes recintos en los que se encierran a los caballos salvajes para ponerles el *lazo*. Un hermoso potro ha sido cogido con un lazo alrededor de las patas y del cuello. Seis *gauchos* saltaron sobre la montura e intentaron sujetarlo, tirando de las cuerdas. El caballo, agonizante por su garganta cerrada, se encabrita, se tropieza con los lazos de ambas patas y, de repente, arrastra a los hombres con un movimiento asustadizo del cuello. El domador, un joven moreno cuyos rasgos delatan la sangre india, vestido con el traje tradicional de la Pampa, la camisa bordada y el *chiripá*¹⁰⁷ enrollado en el cinturón como la túnica de los árabes, se acerca apoyando cautelosamente el amplio *recado*¹⁰⁸ y la silla de montar gaucha. El *recado* es todo el patrimonio del *gaucho*. Está formado por un poco de todo; hay una manta, un *poncho*, una piel de guanaco; durante los descansos se convierte en una cama, en un asiento o en un techo. El *recado* es el hogar del hombre de la pradera. Pone todo el cuidado en embellecerlo, añadiendo adornos de plata, estribos de cuerno tallado, cintas de colores, lazos de seda; porque el *recado* es su orgullo.

El domador toca con su suave mano el cuello del animal, que da un salto, temblando, casi lleno de horror y disgusto más que de miedo; el disgusto de un soberano cautivo que se siente

¹⁰⁷ Prenda de vestir, que consiste en una manta colocada en forma de pañal, usada por los indígenas mapuches, tehuelches y guaraníes y los gauchos. Luego fue sustituida por la *bombacha de campo*, un pantalón ancho y resistente sujetado a la cintura con un cinturón ancho adornado de monedas.

¹⁰⁸ Apero de montar (en Argentina, Bolivia y Uruguay).

tocado por una mano plebeya. Los lazos se tensan con el esfuerzo conjunto de los seis hombres; en este momento la silla de montar se desliza suavemente sobre el lomo del caballo. El animal se lanza al suelo en un acceso de ira.

Los hombres se abalanzan sobre él. Es una lucha de unos pocos momentos, tras los cuales, el caballo, dando un zarpazo, se pone en pie completamente aparejado, con el hocico sucio de polvo y sangre, y se le coloca la cabezada de mordedura ancha, y en el abdomen se le sujeta muy apretado el variopinto *recado*. Pero tiene tal aire amenazante, con su melena erguida, sus ojos ardientes, resoplando con sus fosas nasales abiertas, que los hombres retroceden como *capeadores* alrededor del toro herido que nuevamente se levanta bramando. Sin embargo, no han abandonado las riendas y con cautela, con la ayuda de caballos adiestrados, viejos cómplices que lo incitan, es conducido al exterior.

Entonces, lentamente, con una actitud descuidada y descoordinada, el joven indio se acerca a la bestia. Lo mira con calma inspeccionando las hebillas y los nudos del apero, se le ajusta el cinturón alto decorado con plata a sus caderas, y luego, salta con determinación sobre la silla de montar agarrándose a las crines.

El caballo permanece un momento inmóvil, como si estuviera aturdido por tanto atrevimiento, con sus jarretes tensos y los músculos contraídos. Luego se levanta sobre sus patas traseras y cae de nuevo al suelo. Después de un momento entre las espesas nubes de polvareda se ve al caballo de nuevo en pie, pateando. Da brincos terribles, furibundo, pero sobre su lomo permanece el hombre, curvo sobre las crines, impávido, firme. De repente, el caballo se echa a correr y se aleja en un galope infernal hacia el horizonte infinito, que el espejismo embellece de trémulos lagos temblorosos sobre los que las lejanas arboledas de eucaliptos se reflejan con nitidez.

Unos minutos más tarde volvió al pequeño galope, todo empapado de espuma, con los ojos apagados y la boca ensangrentada, humilde, obediente a la voluntad de ese joven pegado a su lomo: domado.

¡Pobre soberano de la pradera! ¡Quién sabe si no será precisamente él quien me lleve dentro de unos meses –unido a un modesto carruaje– hasta el embarque en los muelles de Puerto Madero!



Habíamos continuado nuestro recorrido por la estancia, bajo un tórrido sol que enceguecía y aturdía. Y tengo un vago recuerdo de ese interminable recorrido por prados sin fin. Recuerdo unos grandes cobertizos cerca de una espesura, en los cuales engordan colosales bueyes y ovejas que parecen enormes copos de lana blanca, destinados a representar en no sé qué exposición de ganado; y algunas caballerizas divididas en *boxes*, de las que sobresalen las cabezas de muy nobles caballos ingleses, cuya genealogía me explicaba un *trainer*¹⁰⁹, también inglés de pura cepa, que desde hace veinte años está en la Argentina y no habla español. «No hablo castellano, *aún, no todavía*», me dijo flemáticamente.

–Oh! –respondí– ¡es cuestión de tiempo!

Recuerdo un *toril*¹¹⁰ en el que trataban como sultanes a unos toros mastodónticos traídos de Inglaterra, que tenían sirvientes y escuderos a sus órdenes; recuerdo numerosas familias de avestruces que huían ante nuestro galope, parecido a grupos de pequeños camellos con solo dos patas.

¹⁰⁹ En equitación, es el preparador de caballos de carrera.

¹¹⁰ En tauromaquia, es una dependencia donde los toros son colocados en compartimentos contiguos y comunicados entre sí por un pasillo común.

Después de seis horas de conducción empecé a notar que la silla de montar nativa es deplorablemente incómoda; que el sol del mes de enero sudamericano supera con creces al de nuestro agosto; que la llanura sin límites tiene —como el mar— sus atractivos, pero que un grupo de árboles —como un trozo de tierra firme en la navegación— sería de indiscutible comodidad.

Pero el cansancio, el calor y la incómoda silla de montar pronto se me olvidaron allí abajo en el fresco *patio* de la casita rosa, balanceándome en la hamaca. Y pensando en la vida de la pradera he sentido una gran compasión por mí mismo que fui a zambullirme en la vida social, allí en Buenos Aires.

¡Qué bueno es ser *gaucho*! Porque, verán, el caballo salvaje, el toro bravo, la tormenta de la Pampa y el sol tropical, sin duda, son todas cosas peligrosas; pero, ¿no es peor, a veces, ese monstruo que llamamos «nuestro prójimo»?

EL TRABAJO ITALIANO EN LA ARGENTINA

del *Corriere della Sera* del 29 de junio de 1902

EN UNA VOLUMINOSA PUBLICACIÓN, editada hace tres años a cargo de una comisión de la «Camera Italiana di Commercio»¹¹¹ de Buenos Aires –publicación de carácter oficial que es una especie de balance de nuestro trabajo en la Argentina– en el capítulo referido a la industria se lee:

«Y a *nosotros* (los italianos) que buscamos una tierra de acogida, a *nuestros* brazos se abre, y *nuestro* sudor nos pide para ser fertilizada. *Nosotros* hemos extendido todos los ferrocarriles; *nosotros* hemos arrancado los metales de las vetas de las rocas; *nosotros* hemos desprendido los mármoles y los granitos de las montañas, y los esbeltos troncos de sus raíces; *nosotros* hemos elevado al cielo moles de palacios y templos; *nosotros* hemos civilizado las costumbres y embellecido la vida, y hemos abierto las mentes. ¿Qué nos falta? ¡El valor de decir de nosotros lo que está en el pensamiento de todos y en boca de muchos!»

¡Santas palabras!

¹¹¹ La Cámara de Comercio Italiana en Argentina, es una organización formada por empresarios y grandes y pequeños comerciantes, cuyo objetivo es aumentar la productividad comercial entre ambas naciones. Fue fundada el 1º de diciembre de 1884, con sede en Buenos Aires. Próxima a cumplir 140 años de existencia, es la más antigua entre las de carácter binacional italo-argentino y una de las más antiguas instituciones de comercio de la Argentina: <https://ccibaires.com.ar/> [Fecha de consulta: 3 de agosto de 2021].

Pues bien, tengamos de una buena vez el coraje de decir la verdad, sin temor a herir susceptibilidades y a los resentimientos que surjan. ¿Qué es lo que está siempre «en el pensamiento de todos y en boca de muchos»?

Que los italianos somos las abejas obreras de esa gran colmena; que la Argentina existe y vive en virtud del trabajo italiano. Sin nosotros no habría producción, no habría ni agricultura ni industria, no habría teatros, palacios, puertos ni ferrocarriles. Es el trabajo de nuestros compatriotas el que, en verdad, ha creado la Argentina de hoy, la que sin él no tendría ningún poder económico, como una Guatemala o Bolivia cualquiera.



Al llegar a Buenos Aires, los grandes piróscafos transatlánticos penetran lentamente en un canal de veintiún kilómetros de largo, excavados en el fondo del turbio Río de la Plata y marcado en las agitadas aguas con cientos de boyas y señales luminosas. ¿Quién ha trazado este colosal surco en el lecho del río? Unos trabajadores genoveses. Se reúnen remolcadores que, afanosamente, tiran de los barcos en la entrada del puerto. Sus pequeñas tripulaciones son italianas. De vez en cuando los piróscafos pasan cerca de las enormes dragas. ¿Quiénes son esos trabajadores que las manejan, trabajando bajo el sol abrasador, entre el estruendo de las enormes máquinas? Son italianos: es por eso que, cuando reconocen la bandera de su patria en la popa del barco que pasa, dejan su trabajo, miran pensativamente, y saludan. Un pequeño barco de vapor se aproxima, se lanza una escala y aparece el piloto en la cubierta. Es italiano.

Se llega al puerto cuyo tamaño desentona, en estos tiempos de crisis, con la paz que allí reina ahora que las setenta y siete grúas hidráulicas son, en gran medida, inoperantes. ¿Quién ha fundado, construido, erigido, armado y montado todo esto?

Trabajadores italianos. El granito de las grandes paredes de los diques y de los *docks* viene de Tandil, donde los brazos italianos lo extraen de las colinas, lo cortan, le dan forma y lo transportan. Allí, entre las lejanas soledades, miles de italianos, reunidos en pobres poblados, trabajan en las canteras de granito descubiertas también por italianos. Y el fragor de su trabajo resuena en los valles desiertos, ¡siempre que una crisis política o económica no los atrape y los vuelva a echar a casa hambrientos a la inmensa manada de desempleados!, como en el '90 y como ahora.

Desde la cubierta del barco amarrado, la mirada recorre la ciudad, cuyos miles de pináculos, cúpulas y campanarios se elevan entre la multitud de tejados. Todo aquello que se ve ha sido hecho por brazos italianos. El trabajo material italiano alcanza una proporción del 96% de lo que allí se hace.

En 1855, Buenos Aires no era más que una ciudad mísera, llena de fango y sucia. Las casas pequeñas, bajas y rudimentarias, construidas sin cal, con ladrillos sin forma y barro, no tenían nada bueno a excepción del *patio*; es decir, que la mejor parte de la casa estaba fuera de ella. Incluso la vivienda del dictador Rosas¹¹², que durante veinte años gobernó la Argentina, era un tugurio miserable que, hasta hace dos años, aún podía verse en pie, pero inestable, como esas viejas casas inglesas de la época de Isabel, en Holborn, que tanto le gustaban a Dickens.

Por aquel entonces llegó allí el primer arquitecto. Era italiano, milanés. Luego le siguieron otros. A estos compatriotas nuestros se les deben las primeras construcciones civiles de Buenos Aires. Los trabajadores italianos ya estaban llegando en número

¹¹² Juan Manuel de Rosas (Buenos Aires, 1793 – Southampton, 1877), fue un estanciero, militar y político argentino, «restaurador de las leyes» y el estanciero más poderoso de la provincia de Buenos Aires que gobernó la Confederación Argentina entre 1835 y 1852.

suficiente para llevar a cabo sus proyectos. Surgieron los primeros palacios, luego los teatros, los hospitales y las escuelas. Brazos italianos que construyeron sin descanso. Desde ese año se han construido más de cincuenta mil casas; es decir, toda la ciudad ha renacido de sus fangosos escombros. Y, si no en todas las construcciones ha entrado la mentalidad italiana, ciertamente todas se deben al trabajo material de aquellas máquinas humanas que exportamos gratuitamente. Y allí les hemos enviado, por un valor de quizás siete mil millones, si resulta correcto el cálculo de los norteamericanos que estiman mil dólares por cada emigrante.

Si por algún milagro todo lo que ha producido la mano de obra italiana se pudiese vislumbrar tomando un color especial, supongamos, el rojo, Buenos Aires se vería toda entera, desde el río hasta los campos del oeste, teñirse de color púrpura como si estuviera bajo el resplandor de un inmenso incendio. A partir de ahí el color de fuego serpentearía a lo largo de todas las vías férreas, a lo largo de los ríos, iluminarían los barcos que los recorren y las ciudades que tocan, los canales que riegan las llanuras resacas de Córdoba, de Mendoza y de San Juan, se propagarían ampliándose por los campos de Santa Fe, Rosario, Buenos Aires y Entre Ríos y hacia el sur teñiría Bahía Blanca y su gran puerto militar que el talento italiano ha ideado y los brazos italianos han construido. Ni una ciudad, ni una colonia escaparían.

No sé si alguna vez se hará un mapa geográfico que muestre el trabajo de los pueblos tal como se hacen los mapas hidrográficos para mostrar la altura de las lluvias en los diferentes países y los mapas etnográficos que muestran las distintas razas humanas dispersas por todo el mundo. Es cierto que en este mapa toda la Argentina, desde Chaco hasta Tierra del Fuego y desde la Cordillera de los Andes al Plata, debería ser pintada en el color indicado en el margen con estas palabras: ¡Trabajo italiano!



La Argentina no tenía agricultura antes de que los colonos italianos llegaran a labrar sus interminables llanuras. España, en la época de su dominación, suministraba la harina; luego lo hizo Chile. «En gran medida, la razón de tal descuido —dice Giacomo Grippa, un estudioso del tema— hay que buscarla en la indolencia de los habitantes, que no cedieron a ningún intento que se haya hecho para removerla». La agricultura argentina, que es la principal fuente de riqueza del país es un prodigio italiano. Los campos de Santa Fe, Córdoba y Entre Ríos, de donde provienen estos productos eran *pampas*, una llanura salvaje, sin agua, cubierta de malezas, cardos y cactus, a las que nuestros campesinos han hecho fértil con años y años de trabajo duro y tenaz. Pensemos que la conquista de tanto territorio ha costado el sacrificio de muchas vidas italianas, como ninguna de nuestras guerras.

De la agricultura han nacido las industrias mediante las cuales el país se ha emancipado del extranjero respecto a algunos productos de primera necesidad. Y los precursores de la industria argentina son casi todos italianos. Porque, como vemos, se pueden encontrar *hijos del país* que son agentes de trabajo, empresarios, a veces comerciantes, muy raramente industriales, pero nunca obreros.

El cultivo extensivo requería máquinas. Algún pobre herrero italiano, audaz y voluntarioso, trató de copiar las máquinas extranjeras que cayeron en sus manos para ser reparadas. Lo consiguió. Su fragua se expandió poco a poco, se convirtió en un taller, en una fundición. Después de una lucha lenta y tenaz, como el golpe de su martillo, vio crecer su fábrica y elevarse al cielo las chimeneas humeantes; cada vez oía con más fuerza a su alrededor el clamor infernal y divino del trabajo. Encontró imitadores, surgieron otras fábricas. Las fábricas fundadas por italianos producen las tres quintas partes del total de los trabajos en hierro de toda la República. O, mejor dicho, producían; porque ahora

muchos hornos están apagados, muchas máquinas, inmóviles y muchos talleres, silenciosos.

Otras industrias afines a la del hierro han surgido por obra de italianos: fábricas de molinos, de balanzas y de objetos de todo tipo de metal. La industria metalúrgica es casi toda italiana.

Y aquí una observación, para disipar un prejuicio muy generalizado y dañino. Las fábricas y empresas debidas a la iniciativa y al trabajo italianos no pueden ser llamadas «italianas», porque el capital que es su alma se formó allí, donde se ha arraigado profundamente y es argentino; y es allí donde se desarrolla y deja todos sus frutos. Desgraciadamente, la mente que ha ideado y dirigido el trabajo productor y los brazos que lo han llevado adelante, que son italianos, solo pueden ser considerados como artefactos y máquinas de precisión cuyo origen es indiferente para la nacionalidad de la empresa. Es necesario tenerlo presente para no caer en el error al apreciar el *valor*, desde nuestro punto de vista, de lo que se denomina «italiano». Cuando se dice taller, fábrica, banco, comercio o empresa inglesa o alemana, por ejemplo, se entiende que el capital que los promueve está en casa, es decir, en Londres o Hamburgo, donde se pagan los intereses y donde se acumulan las reservas. Pero, en cambio, cuando decimos taller, fábrica, banco, comercio o empresa italiana, se entiende —salvo rarísimas excepciones— que nosotros, en Italia, no tenemos nada que ver, en absoluto, nada más que con el hecho de que el hombre que tuvo la idea y el valor, la perseverancia y la sabiduría para ponerla en práctica, nació en nuestro país.

Es el capital el que da la nacionalidad a la empresa.

En todas aquellas industrias que se llaman a sí mismas «italianas», porque son fundadas, dirigidas, administradas y trabajadas por italianos, el carácter de «italianismo» es absolutamente transitorio; a menudo depende de la vida de un hombre. Poco a

poco, por cesión o por herencia, *todas* pasan a manos extranjeras –que frecuentemente son las de sus hijos– y todo lo que queda de los nuestros es solo la mano de obra, la fuerza motriz. Es poco. La mano de obra es como la reja del arado, que, humilde y baja, se esconde en el trabajo asiduo y pasa por todas partes, removiendo y fertilizando; y entonces, no es nada comparada con el valor de la tierra y del grano. Y poco importa que haya sido forjada con hierro italiano o con hierro chino.



Seguimos con nuestro repaso sobre el trabajo.

La ganadería –que, después de la agricultura, es la mayor fuente de producción– ha dado lugar a otras industrias, siempre por parte de italianos. A dos fábricas italianas la gente debe una parte de su ropa de lana. Una provee también esos característicos *ponchos*, mitad capa, mitad chal, que las mujeres solían tejer en los *ranchos* solitarios. Dos fábricas italianas transformaron la lana en sombreros, desde los más bastos hasta los más elegantes; y cubren casi todas las cabezas de la República, incluso aquellas de los elegantes que no compran nada si el comerciante no les jura que lo que vende viene directamente de París.

Los cueros, simplemente, se exportaban secos o salados; los italianos han introducido el arte del curtido. La industria del curtido dio lugar a la fabricación de sillas de montar y de zapatos; y son los italianos quienes las han creado y quienes trabajan en ellas.

Siempre encontramos a los italianos como promotores de industrias, que utilizan lo que antes se tiraba, que sacan riqueza de la nada, que aumentan enormemente la productividad del país. Si no ocupan un buen puesto en las estadísticas de exportación, sirven para reducir, en gran medida, las tasas que

la Argentina paga en el exterior en forma de compras. Hay industrias que en una nación son lo que la buena ama de casa es en el hogar; hacen economía de todo, recogen lo que es abandonado, lo transforman, lo utilizan; y su trabajo continuo y silencioso, a menudo poco apreciado, al final duplica los activos. De los animales, antes, solo tomaban los huesos, la piel y los cuernos, abandonando la grasa junto con la carne; ahora, también extraen la estearina, la margarina y la oleína. Los italianos fueron los primeros en aprovechar la carne, instalando los *saladeros* donde cada día se faenaban de a miles, y su carne salada, el *tasajo*, era exportado en grandes cantidades, mientras que las otras partes de los animales se transforman en aceite, cuerda y cuero. Aprovechando la estearina barata, los industriales italianos fundaron una fábrica de cerillas que produce ciento cincuenta millones de cajas al año, liberando completamente al país de estas importaciones.

Se podría asegurar que no hay una rama de actividad que no se deba a la iniciativa italiana. Cultivada la tierra y obtenido el grano, los italianos crearon los primeros molinos. Obtenido el maíz, crearon las destilerías. Obtenido el arroz, crearon las fábricas de almidón. Las uvas habían sido declaradas como un cultivo «imposible» en esta tierra tan plana como el mar; la vid solo florece en las colinas. Lejos, al pie de los Andes, buscaron las colinas y allí plantaron el precioso arbusto. Les faltaba el agua; allí no cae la lluvia —las tormentas húmedas del Atlántico dejan el agua a lo largo de la inmensa travesía por la Pampa— entonces, cerraron el paso a los arroyos que descienden de los glaciares a través de las temibles gargantas de la Cordillera e irrigaron con sus aguas trescientas mil hectáreas de tierra.

Una sola bodega italiana en Mendoza producía cuarenta y cinco mil hectolitros de vino al año. Digo «producía» porque la

crisis argentina también la ha arrastrado en la desastrosa vorágine, arrojándola por tierra junto a otros gigantes.

Incluso en las empresas de iniciativa extranjera, en los ferrocarriles ingleses, en los talleres eléctricos alemanes, en todo, se contaba con el trabajo italiano. La mano italiana, con la sabiduría y la paciencia de la araña, teje y vuelve a tejer la red de la riqueza argentina que los torbellinos políticos y económicos destruyen; y sabemos cómo.



¡Eso es lo que es el trabajo italiano! Pero ¡podemos estar orgullosos de mucho más! Hemos traído, en parte, el germen de la cultura intelectual a la Argentina; es un trabajo que no se recuerda y que no quiere ser recordado. Ahora, la emigración intelectual en la Argentina está excluida (como la emigración de los enfermos o de los lisiados o de los ancianos) mediante un proteccionismo feroz que impone la llamada «revalidación de títulos extranjeros» —de la que hablaremos más adelante— lo que da lugar a un verdadero desahucio de licenciados extranjeros. Pero si la Argentina tiene graduados suyos que proteger, mucho de ello se lo debe a Italia.

Fueron los italianos los primeros profesores que encaminaron la escuela argentina en el camino de las disciplinas modernas, transformando en un ateneo aquello que no era más que un seminario. A principios del siglo pasado, la emigración italiana solo estaba compuesta de exiliados políticos, es decir, en —en gran parte— de hombres inteligentes. Para nosotros, durante muchos años, la palabra «emigrante» significaba «perseguido» por amor a su país. Allí llegaron muchos de estos emigrantes, con cada revolución reprimida y cada conspiración descubierta, como llegaron también a Londres; es decir, donde la distancia o la libertad garantizaban la vida. Después de 1821

los anales de las Universidades de Buenos Aires y Córdoba comenzaron a registrar nombres de profesores italianos. Encontramos al físico Carta Molina¹¹³, fundador del primer laboratorio de física experimental, quien, más tarde, fue perseguido bajo la acusación de ser *unitario*¹¹⁴ y encerrado en un manicomio, donde murió; al naturalista Carlo Ferraris¹¹⁵, fundador de la primera Cátedra de Historia Natural y del primer museo zoológico; al físico Mossotti¹¹⁶, fundador del primer observatorio astronómico, y también a Moneta¹¹⁷, a quien debemos la Oficina de Obras Públicas del Estado y el primer mapa geográfico exacto del país. Cuando fueron creadas las facultades de matemáticas e ingeniería, los profesores eran todos italianos. Hacia el año 1865 llegaron los profesores Ströbel y Speluzzi

¹¹³ Pedro Carta Molina, físico, médico y naturalista italiano, se encontraba exiliado en Londres cuando, en 1824, fue invitado a ir a la Argentina, bajo el gobierno de Bernardino Rivadavia, para organizar y dirigir los estudios de Ciencias Naturales de la naciente Universidad de Buenos Aires (UBA), fundada en 1821. Trae consigo una carga con aparatos para el laboratorio de física experimental, pero no llega a dictar clase pues tuvo que renunciar tras la caída de Rivadavia. En la cátedra de física le sucederá otro italiano, Octavio Fabricio Mossotti, quien había llegado a Buenos Aires para instalar el observatorio astronómico.

¹¹⁴ Partidarios de un gobierno único que detentara la autoridad en todo el país. Los federales, en cambio, exigían la autonomía gubernamental para cada provincia.

¹¹⁵ Naturalista, nacido en Turín, en 1793; tenía conocimientos de física, química y zoología.

¹¹⁶ Erróneamente 'Massotti', en la edición original. Octavio Fabricio Mossotti (1791-1863), físico, matemático, astrónomo y topógrafo italiano que por motivos políticos emigró a Suiza, luego a Londres y, finalmente, a la Argentina. Entre 1828 y 1834 se hizo cargo de la Cátedra de Física Experimental de la UBA e instaló el observatorio astronómico junto a un gabinete meteorológico en el Convento de Santo Domingo.

¹¹⁷ Pompeyo Moneta, topógrafo italiano, quien tuvo a su cargo la Oficina Topográfica y de Obras Públicas creada bajo la presidencia de Domingo F. Sarmiento (1868-1874).

de Milán y Rossetti, Ramorino y Luzzetti¹¹⁸, que enseñaban ciencias exactas. Ahora ya todos están muertos y poco importa recordarlos. Podría seguir llenando páginas con los nombres de italianos que han dedicado su vida a instruir a los argentinos con nuestras ciencias y nuestra cultura; desde el profesor De Angelis¹¹⁹, quien fue el primero en recopilar las leyes argentinas,

¹¹⁸ Pellegrino Ströbel, naturalista y docente de las Universidades de Pavia y Parma, fue invitado a dictar cursos por el doctor Paolo Mantegazza y el rector de la Universidad de Buenos Aires, Juan María Gutiérrez. Llegó en 1865 y se incorporó como profesor en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Dos años más tarde regresó a Italia y su vacante fue ocupada por el Dr. Ramorino.

Giovanni Ramorino, doctor en ciencias naturales por la Universidad de Turín, se trasladó a Buenos Aires a finales de 1866, contratado también por el Dr. Mantegazza, donde ejerció la cátedra de ciencias naturales. Años después, en 1871, durante la epidemia de la fiebre amarilla se dedicó a los estudios de higiene.

Por su parte, Emilio Rossetti, también llegó a la Argentina de la mano del Dr. Mantegazza para integrar el cuerpo docente de la que, más tarde, sería la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Fue cofundador y coorganizador de la Sociedad Científica Argentina. En 1886, ya jubilado de la docencia, fue designado cónsul argentino en Italia.

El ingeniero Bernardino Speluzzi, también llegó a Buenos Aires, en 1865, invitado por el Dr. Mantegazza para ejercer la cátedra de matemáticas en la misma facultad de ciencias. De vuelta en Italia, también fue designado cónsul argentino en Roma, como recompensa por los servicios prestados a su patria adoptiva.

Por último, Giuseppe Luzzetti, nacido en Roma en 1838, fue capitán de la única corbeta de la marina pontificia. Llegó a la Argentina alrededor de 1870, donde se graduó de ingeniero en la Universidad de Buenos Aires. Tiempo después ejerció la cátedra de matemática y más tarde se desempeñó como arquitecto. Entre sus trabajos destacan la construcción y decoración del colegio y la iglesia del Salvador y la iglesia Nuestra Señora de Balvanera, en la capital argentina.

¹¹⁹ Pietro De Angelis (Nápoles, 1784 – Buenos Aires, 1859), fue un escritor, periodista e historiador italiano, radicado desde 1820 en la ciudad de París, donde frecuentó distintos círculos de intelectuales, mientras se vinculaba

y el primero, también, en compilar todos los documentos de la historia de aquel pueblo, hasta el profesor Tarnassi¹²⁰, que es el primero en ocupar la Cátedra de Latín en la Universidad de Buenos Aires —cátedra que ha sido la última en ser establecida—.

Si las estadísticas de la producción y del comercio pueden darnos una idea del valor de nuestro trabajo material, desgraciadamente, ninguna estadística puede darnos una idea nuestro trabajo intelectual, cuya influencia menos inmediata es aún más vasta y profunda.



Hasta aquí entonces, brevemente delineado el cuadro del trabajo italiano en la Argentina. Era necesario para entender cuán diferente es la situación moral, material y política de nuestros emigrantes allí, de aquella a la que tienen derecho.

con distintas personalidades de la época. Allí conoció a Bernardino Rivadavia, quien se encontraba desempeñando su misión diplomática por Europa, quedando ligado a su obra. Llegó a Buenos Aires en 1827 donde publicó el cotidiano *Crónica política y literaria de Buenos Aires*, junto al español José Joaquín de Mora. Desde 1832 fue administrador y arrendatario de la Imprenta del Estado y, más tarde, fue su director hasta el año 1852. Entre 1836 y 1837 publicó su famosa obra en seis tomos: *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*. En 1840 también desempeñó el cargo de Archivero del Estado.

¹²⁰ Paolo Tarnassi (Roma, 1834 – Roma, 1881), fue un jurista que se desempeñó en la Secretaría de los Estados Pontificios y también como relator en el Tribunal Apostólico de la Rota Romana. Llegó a Buenos Aires en 1871 y por orden del entonces ministro de Instrucción Pública, Nicolás Avellaneda, fue designado profesor de literatura latina y de literatura española en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Participó activamente de la vida de la colectividad italiana en la Argentina. Fue cofundador y presidente del Círculo Italiano, en 1873; y director de las escuelas de la Società Nazionale Italiana.

ERRORES Y DEFECTOS DE LA EMIGRACIÓN ITALIANA

del *Corriere della Sera* del 6 de julio de 1902

POCOS PUEBLOS PAGAN AL MUNDO un tributo a la emigración tan costoso como el italiano; y, sin embargo, nuestra propia emigración parece demostrar —curiosa contradicción— que carecemos de las mejores cualidades de un pueblo emigrante.

La masa de nuestros emigrados no tiene ninguna preparación, no sabe nada del país donde arriba y todo le resulta inesperado; no tiene conciencia de su fuerza y de su valor; no está formada ni por una cultura ni por una educación, y se forma fácilmente a partir de otro molde; tiene una virginidad intelectual que la hace dúctil. Por una profunda ignorancia de la que, desgraciadamente, nosotros en Italia tenemos la culpa y la responsabilidad, la masa de emigrantes ni siquiera conoce su propio país, ignora sus glorias y sus grandezas, y por eso no puede sentir el orgullo de ser italiana, no puede sentir esa satisfacción infinita de la superioridad de la raza que crea pacíficas conquistas. Enfrentada a un nuevo pueblo, en un nuevo entorno, cuya brillante apariencia su mente sencilla no puede comprender, se siente inferior; considera como un error propio el ser diferente; se siente humillada y, por ello, modificándose, tiende a hacer desaparecer toda la diversidad. Y todo ello porque, la nuestra, es una emigración de brazos, una exportación de mucho músculo

y, en proporción, de demasiado poca inteligencia. Los inteligentes en las masas son como los graduados en el ejército, una pequeña minoría que lidera, aunque sea con el ejemplo, que se une en una acción común. Retiremos a los oficiales de un ejército de héroes y tendremos la fuga más vergonzosa. El ejército de nuestros emigrantes carece de oficiales y se desbanda; y se rinde uno tras otro, de inmediato, a menudo cediendo esa poderosa arma llamada «dignidad nacional».

Los comentarios que hago se refieren al conjunto de nuestra emigración, por supuesto. Gracias a Dios, se encuentran italianos orgullosos en todas partes, que, antes que nada, reconocerán su dolorosa impotencia frente a la masa. Tras haber constatado los gloriosos triunfos del trabajo italiano en la Argentina, podemos señalar desapasionadamente algunos de nuestros defectos en los que se pueden encontrar las causas de algunos de los males de nuestra emigración.



Nuestra emigración, tal como es, hace pensar a la exportación de una materia prima destinada a ser transformada y utilizada. Sufre todo tipo de influencia sin resistirse porque es ignorante, es decir, débil y miserable, es decir, indefensa. En estas condiciones, en cuanto se adentra en la nueva sociedad, ocupa el lugar más bajo, o sea, el más despreciado. Allí, en la escala de posiciones sociales hay un escalón más abajo: después del pobre viene el inmigrante. Es más pobre que los pobres en cuanto a conocimiento del entorno y de las condiciones de su nueva vida. Solo podrán ascender mediante el trabajo, la moderación y el ahorro. Esto significa que se verá obligado a una vida de sacrificio, de mezquindad y humillación, la cual, en medio del lujo del entorno argentino y el gran despilfarro de los «hijos del país», constituirá un evidente contraste que pondrá al emigrante bajo una luz aún más despreciable.

Observemos a un emigrante cualquiera, un emigrante «típico» —piamontés o calabrés, no importa— que llega de su campo en busca de fortuna. Es humilde por necesidad, tímido por ignorancia, se presta a ser explotado y maltratado en silencio porque no conoce sus derechos —al fin y al cabo, pronto se dará cuenta que reclamar por los agravios recibidos no solo es inútil, sino ruinoso; y que está solo y abandonado—. Admira todo porque jamás lo había visto. Para él, lo que es diferente es mejor. Mantendrá una nostalgia instintiva por su tierra natal, un amor por el lugar donde ha nacido, ese amor que el tiempo y los recuerdos hacen cada vez más dulce; le encantará recordarla, pero cuanto más tiempo pase, menos conocerá la verdadera grandeza y las glorias de su país, porque en su mente la idea de la «Madre Patria» no será más que la idea de su pasado. Verá a lo lejos una casucha, un pueblo, un pequeño valle; su casa, su pueblo, su valle. Esa es Italia, todo lo demás es vago, incomprendido, indefinido. A veces se dará cuenta de que su condición de extranjero lo excluye de mil beneficios, lo priva de garantías y de derechos; se encontrará como un perro de caza ajeno a la jauría que le gruñe y lo mira amenazante en medio de la *cacería*. Entonces, rara vez, pero no tanto, y si sus medios y su posición lo permiten, intentará cambiar su «manto»^a, de hacerse lo más parecido que sea posible a los afortunados, tratará de borrar las huellas de 'italianismo' que le hayan quedado, y comenzará por cambiar su nombre. Si se llama Chiesa, se transformará en Iglesia; si se llama Speroni, se transformará en Espuelas; y así vemos a un Montagna convertirse en *señor* Montaña, un Bibolini cambiarse a Bibolian. Desgraciadamente, ejemplos, ¡no faltan!

Este emigrante será doblemente valioso para el país que lo adquiere, pero ¿qué apoyo será para nuestro prestigio nacional?

^a En el sentido de «aspecto».

Lo que digo es amargo de decir, pero aún más amargo de callar. Además, la causa de estos males está aquí, está en Italia, y solo en Italia puede haber una cura.

El espíritu de nuestro país ha permanecido ajeno a la emigración; ésta no representa la expansión de un organismo exuberante de vitalidad, sino una enfermedad especializada de una parte de ella. La emigración solo nos ha preocupado por puro sentimiento humanitario, y nada más. No hemos pensado en apoyarla, dirigirla o iluminarla. Nuestra emigración es como la sangre viva brotando de la herida incurable de nuestra miseria y de nuestra ignorancia. La herida es antigua y no nos produce dolor, y muy poco nos importa si esta exigua sangre nuestra se cae, se dispersa, se echa a perder. No hemos visto todo lo bueno y todo lo malo que podría venir de nuestra emigración. Por otra parte, debemos vigilarla y protegerla; hacerle sentir la mirada de la «Madre Patria» fija sobre ella; darle un estado más amplio de inteligencia.

Desde Alemania e Inglaterra emigran masas de jóvenes que salen de escuelas creadas a propósito para abrirles los ojos; y se dispersan por el mundo para recorrer nuevas rutas donde, en pocas palabras, se canaliza el comercio de sus países de origen, aumentando así en todas partes, su prestigio y poder. Nuevas regiones son sondeadas y estudiadas y a ellas se dirigen las masas emigrantes en la proporción y composición necesarias.

Los excepcionales casos de jóvenes educados que forman parte de la emigración italiana, no suelen marcharse —salvo algunas honrosas excepciones— sino cuando ven fracasar el último intento de obtener un trabajo humilde, aunque sea a mil cien. Van sin ideas, sin proyectos, sin apoyos y sin medios, arrastrados por el torbellino de la pobreza, y, por tanto, privados de esa gran fuerza que es la independencia. A veces, caen para no volver a levantarse; otras, en cambio, consiguen formarse una posición;

pero allí aprenden, en la escuela de la vida, lo mucho que el país natal no se preocupó por enseñarles. Y es natural que cambien y se adapten a su entorno; no pueden seguir siendo puramente italianos y, al mismo tiempo, luchar por el pan en un ambiente en el que sienten la hostilidad mordaz, ensordecedora, continua y tenaz contra el extranjero.

Ningún hombre puede renunciar al espíritu de conservación. La emigración italiana tiene, por tanto, pocas guías y pocos ejemplos, por lo que carece de esa admirable cohesión que es la característica de otras emigraciones.

Añádase a esto la impunidad que la mala justicia asegura tan a menudo al «hijo del país» cuando comete crímenes en detrimento de los italianos —que lo soportan todo para expiar el pecado original de ser *gringo*— y añádase también, la pasividad diplomática que deja a nuestros compatriotas expuestos a la arbitrariedad, al atropello y a la brutalidad y se tendrá una idea de la posición de humildad forzada del emigrante italiano.

Es por eso que allí no siempre tenemos demasiado orgullo ni hacemos gala de una excesiva dignidad nacional. Hace un año y medio, poco tiempo después de que en Brasil se diera una sangrienta cacería a los italianos —luego se pagó con poco dinero y sin ninguna satisfacción la bandera italiana que la multitud había ultrajado, arrastrándola por el barro— el presidente de Brasil, Campos Salles, viajó a Buenos Aires. Muchas asociaciones italianas con banderas y música fueron a recibirlo, algunas de esas sociedades, incluso, celebraron fiestas en su honor y por la noche las fachadas de sus sedes sociales fueron iluminadas. Además, un rico caballero italiano ofreció su casa para hospedar al presidente brasileño, una oferta que, por supuesto, fue aceptada de inmediato. Y como éste, hacemos muchos otros «regalos» desconsiderados. En todo esto hay mucha ingenuidad, mucha inconsciencia, un deseo de hacer algo agradable, un entusiasmo

impulsivo e incoherente. También somos latinos; una bandera desplegada y un festón de bombillas eléctricas, a menudo, suelen ser suficientes para hacernos gritar ¡viva! Hay un buen corazón, el corazón italiano, porque nacemos con él y morimos con él, pero no hay un carácter, porque el carácter se forma; y, por desgracia, en Italia, el misterio de su formación no se ha popularizado. Nuestras pobres masas que emigran son moralmente amorfas.



Los daños que nos llegan de este tipo de emigración son materiales y morales. Los materiales: Italia, que tiene en la Argentina más de un millón de sus hijos, es decir, una cuarta parte de la población de la República, sin contar sus descendientes, ocupa el cuarto lugar en las importaciones de ese país y el séptimo en las exportaciones. Pero son mucho mayores los daños morales: allí se juzga a nuestro país en base a la emigración.

Los argentinos estiman a España porque son sus hijos, a Inglaterra porque están en deuda con ella, a Francia porque son sus satélites, a Alemania porque son sus clientes, a los Estados Unidos porque son sus admiradores e imitadores. Conocen poco de Italia (en verdad, la cultura histórica y artística no son su fuerte), excepto que envía hacia allí barcos cargados de sus hijos. Activos, incansables, valiosos, sí, pero pobres y humildes, dos cualidades extraordinariamente despreciables, especialmente en un país donde el dinero y el orgullo lo son todo. Italia, generalmente, es representada por la masa *criolla* como un país de hambrientos, saturado de población —casi una pequeña China— con la necesidad de tender la mano a la América rica y avanzada. Basta ver en los periódicos ilustrados las alegorías políticas en las que se hace referencia a Italia para entender, nada más que por el gesto de magnífica protección por parte de la Argentina respecto

de una Italia más pequeña que ella, cuál es el pensamiento de esas personas sobre las relaciones entre los dos países.

Recuerdo que un día el director del periódico vespertino más popular¹²¹, hablando conmigo de política europea, sostenía con la máxima convicción de que Italia debe su salvación de la crisis económica, aún de reciente y doloroso recuerdo, precisamente a... la Argentina. La Argentina nos habría salvado primero llevándonos lejos a los desempleados y a los hambrientos que habrían hecho una revolución y luego, económicamente, con... los ahorros enviados a casa por los emigrantes y con la salida dada a nuestros productos. El distinguido director repetía lo que había escrito en varias ocasiones y lo que piensa la masa de sus lectores.

Un joven de lo mejor de la sociedad bonaerense, de vuelta de un viaje por Europa, o más bien, por París, respondiendo a un amigo mío que se jactaba de la vida napolitana, al oír la palabra *paseos*, exclamó con una sonrisa indescriptible:

—*¡Caramba, me habría gustado ver a los napolitanos en carruaje!*

Otra anécdota aún más característica. El hijo de un ministro argentino estuvo en Nápoles con un amigo italiano —ahora apreciado profesor de latín en Buenos Aires— y al pasear por la ciudad asombrado por la elegante concurrencia, exclamó: —¡Pero aquí todos son extranjeros! El amigo respondió distraídamente que siempre hay muchos extranjeros en Nápoles. Por la noche, en el San Carlo¹²² el hijo del ministro aún no se había sentado

¹²¹ Podría tratarse de Nicolás Repetto (1871-1965), político y médico argentino, dirigente socialista quien, entre los años 1901 y 1905, que fue director del popular periódico La Vanguardia. Como dato de interés decir que entre 1903 y 1910 el Dr. Repetto fue cirujano principal del Hospital Italiano de Buenos Aires.

¹²² Teatro di San Carlo, inaugurado en Nápoles el 4 de noviembre de 1737.

en su butaca y mientras dirigía su mirada por toda la sala, repitió sorprendido:

—*¡Pero todos, todos extranjeros!*

—¡Ah, no! —respondió su amigo, comprendiendo finalmente— son napolitanos, todos napolitanos, ¡que Dios te bendiga!

Su mente no concebía a los napolitanos con trajes negros y a las napolitanas con *décolletée*^b y brillantes, reunidos en una espléndida sala de teatro. Para él, como para la mayoría de sus conciudadanos, «napolitano» era casi un sinónimo de vendedor ambulante, limpiabotas y basurero.

Es fácil imaginar hasta qué punto esta, digamos, falta de consideración por los nativos contribuye a deprimir la moral de nuestros emigrantes. El argentino, debido a su carácter español —que en algunos aspectos hasta puede resultar simpático— es superlativamente orgulloso y está convencido de su incuestionable superioridad sobre todos los demás humanos del universo; y está acostumbrado a oírse lo decir. Incluso en sus manifestaciones de amistad y simpatía siempre hay un aire de deferencia, de protección; en su cordialidad hay benevolencia; se pone a «*vos órdenes*» con una forma de exquisita y caballerosa educación, pero no reconoce ni *órdenes* ni *deseos* si no se le halaga su vanidad; puede conceder, nunca ceder. En las transacciones entre un extranjero y un «hijo del país» está siempre el carácter de los negocios entre el inferior y el superior, aunque esté envuelto en el suave velo de una educación irreprochable. Es más, si los argentinos educados, los que forman la minoría dirigente, sienten, en la prosperidad en la que viven, las incalculables ventajas de nuestra emigración y la desean y la provocan, las pobres masas *criollas*, las que viven dispersas en el campo, en cambio, sienten los daños. Una vez fueron las dueñas de la pampa, que las alimentaba sin la

^b Escotes.

dolorosa necesidad de trabajar. Ahora, donde el italiano *enlaza* un buey es un robo; el colono defiende el fruto de su trabajo y el *gaucho*, para vivir, se ve obligado a trabajar en las *estancias* algunos meses del año. Esto ofende su dignidad. Le guarda rencor al *gringo*, y de vez en cuando, según la ocasión, se toma venganza a golpe de pistola; que, demasiado a menudo, queda impune.

La situación de los trabajadores italianos, especialmente en los campos, es, en cierto modo, algo parecido a la de los judíos en algunas naciones de Europa, quienes se dedican libremente a sus negocios, pero rodeados de una leve y latente hostilidad. A la primera oportunidad se escucha gritar la palabra «judío» como un insulto. Allí gritan: *gringo*.

Al italiano se lo llama *gringo*, una palabra despectiva, que no tiene traducción. Ni siquiera se conoce su origen: algunos creen que viene de la palabra «*griego*». Parece ser que una vez, en los primeros años del siglo pasado, un grupo de caballeros industriales griegos desembarcó en el Plata, robaron a medio mundo y luego se fueron mar adentro. A partir de entonces, a los extranjeros se los habría llamado *griegos*, casi como si se dijera: —¡En guardia, amigo! — De *griego*, *gringo*; este apelativo ha permanecido casi exclusivamente sobre los hombros de los italianos. No hace muchos años representaba un insulto mortal, pero luego los *gringos* llegaron a ser tantos que la palabra perdió gran parte de su acerbo significado, quedando como una simple expresión despectiva, como para nosotros podría ser la palabra «extranjero». De forma amigable *gringo* se cambia por *gringuito*. Sin embargo, a menudo va seguido de un inmundito calificativo decentemente intraducible y también muy común por allí, que no parece tener otro propósito que el de restaurar la palabra *gringo* a su antiguo significado insultante.

Un argentino se ofende si lo llaman *gringo*. Todos los italianos, indistintamente, son *gringos*. El apelativo se utiliza

corrientemente. De los *gringos* el más despreciado es el *tano*. *Tano* es la degeneración del vocablo «napolitano». Todos los sueños son «tanos». Esta palabra no se usa mucho entre las clases *decentes*; el vulgo abusa de ella, sobre todo en el campo. Como los pobres emigrantes del sur —calabreses, abruzos, napolitanos, sicilianos— son los más miserables y los más incultos, la palabra *tano* poco a poco llegó a designar al último peldaño de la humildad humana. Decir *tano* es como decir «¡miserable!» De esta palabra no hay ningún diminutivo cariñoso como *tanito*: *tano* es siempre un término absolutamente despectivo. Un argentino irritado le dice en la cara: *gringo*; uno enfurecido, grita: *tano*. Esto significa que las palabras equivalentes a *italiano* y *napolitano* ocupan un lugar en el vocabulario de los insultos. Y nuestro orgullo no puede sentirse halagado.

En el teatro *criollo*, que es una derivación moderna del antiguo teatro español, a menudo se encuentra el *tano*. Como en todos los teatros primitivos, los caracteres de los personajes permanecen estereotipados a lo largo de las diferentes comedias, formando casi máscaras; entre estas, el *tano* proporciona el entretenimiento más divertido; todos se burlan de él, dice barbaridades; es un poco como el «siervo tonto» de los antiguos escenarios italianos, pero más servil y más tonto, además de ladrón y ... aporreado. Basta solo esto para hacernos entender la extraña depresión de nuestro prestigio.



Entre quienes han nacido de este lado y los que han nacido del otro lado del Atlántico hay una barrera invisible que el argentino siente y aprecia, y atribuye a su propia generosidad y a su propia bondad el hecho de no siempre hacerla valer. Se admira de su buena fe; y en el fondo dice y escribe así: «toda esta

gente se estaba muriendo de hambre en su propio país, vino aquí y no la echo; ¡qué bueno, generoso y hospitalario soy!». Todo el mundo tiene interés en repetirle a coro «¡qué bueno, generoso y hospitalario eres!»; y la barrera invisible persiste amenazante.

¡Oh! hagamos de una vez por todas los cálculos de esta generosa hospitalidad, veamos de qué lado están los mayores beneficios, imaginemos lo que sería ese país sin nosotros, y observemos lo que es, veamos quién crea su riqueza, veamos quién produce y quién gasta, quién suda y quién disfruta, quién hace y quién deshace. Dejemos de mentir, porque nuestra dignidad ya ha sufrido bastante.

Nuestro trabajo se demanda, se requieren brazos. —«¿Qué es lo que va a sanar la profunda crisis argentina?», le pregunté un día al senador Cané¹²³, uno de los más cultos políticos argentinos. —«No hay más que un remedio, la emigración», respondió. Así que, por un lado, se pide emigración y, por otro, está la capacidad de satisfacer la demanda. Es posible negociar como partes contratantes, poner algunas condiciones, querer ciertas garantías, pretender un poco de justicia para nuestros pobres compatriotas, a cambio de la inmensa fuerza que damos y que nosotros deberíamos organizar.

Allí la verdadera Italia es desconocida o ignorada; su tímida voz rara vez ha sido oída; escuchada, jamás. El solo hecho de pedir nada más que se mantengan las pisoteadas promesas

¹²³ Miguel Cané (Montevideo, 1851 – Buenos Aires, 1905), fue un abogado, escritor y político argentino. Ocupó diversos cargos públicos como: intendente de la ciudad, ministro de Relaciones Exteriores, ministro del Interior, diputado y senador de la Nación. De sus obras literarias destacamos: *Juvenilia* (1882), la traducción de *Enrique IV* (1900) y *Notas de viaje sobre Venezuela y Colombia* (1905). Entre sus textos no literarios se encuentran sus memorias como corresponsal del periódico La Tribuna entre 1870 y 1871 y sus apuntes titulados *Expulsión de extranjeros*, publicados en 1899.

constitucionales, como el «derecho a la vida, al honor, a la libertad, a la igualdad, a la propiedad y a la seguridad», nos pondría de inmediato en una situación moral muy diferente.

«¿Habla? ... entonces, ¡vive!»

UNIONES Y DIVISIONES

del *Corriere della Sera* del 30 de julio de 1902

LOS ITALIANOS DEL PLATA se reúnen en unas trescientas asociaciones distintas, lo que significa que están perfectamente desunidos.

Allí, la cuestión de las asociaciones es de especial importancia porque de ella se deriva una gran debilidad, una falta de cohesión moral, una dispersión de fuerzas y riquezas en nuestra colonia, mientras que podría y debería ser un elemento de unión y de potencia.

La cosa debería estudiarse cuidadosamente. Llevamos en la sangre un poco de espíritu de división; eso es incuestionable. El 'desacuerdo' no es el estado menos normal de nuestros espíritus; nos gustan las discusiones. Incluso cuando somos dos, siempre tenemos alguna idea ajena contra la cual luchar y alguna idea propia que defender. Es un defecto latino; nuestras almas se envuelven en la antigua toga siempre dispuestas para la oratoria. Las discusiones brotan del choque de opiniones como las chispas del choque de los cuerpos; y nosotros amamos sobradamente estos chispazos de discusión. De ahí surge la característica charla tumultuosa de nuestra multitud, que contrasta, por ejemplo, con el mutismo solemne e impresionante del público inglés del que se oye el murmullo, pero no la voz. Una multitud anglosajona o germana agitada por el entusiasmo se une, incluso, en el *¡viva!*, con su *¡hip, hip, hurra!* y canta a coro. Y el canto

colectivo —incluso cuando está fuera de tono— es la mejor señal de acuerdo.

Este espíritu nuestro de división lo encontramos exagerado en los italianos en el extranjero y, especialmente, en América. Como ya hemos tenido ocasión de señalar, la masa de nuestra emigración procede de pueblos muy diferentes; mísera e inculta en la mayoría de los casos, es deficiente, en general, de aquellas cualidades que forman el carácter nacional. Además, la necesidad de trabajar los divide; la lucha feroz por la existencia o la fortuna hace de un hombre casi el adversario de cualquier otro hombre. Las preocupaciones de la vida actual distraen la mente de las cosas de la patria, cuyas consecuencias, además, no son inmediatas; la distancia y el tiempo nublan y decoloran lo que se ha dejado atrás; en la nueva tierra otras tradiciones y otras costumbres florecen y hacen olvidar las antiguas; cada cosa, en definitiva, contribuye a aflojar los lazos de unión. Por último, la ampliación de una nueva civilización ofrece a todas las ambiciones en competencia el cebo de nuevos honores, reales y ficticios.

Allí el honor que está más al alcance de la mano es el que da el cargo de presidente, de consejero, de secretario o de algo, en definitiva, de una sociedad italiana. Hay asociaciones italianas que son útiles y beneficiosas para la comunidad, pero hay muchas cuya finalidad es precisamente la de proporcionar cargos sociales a sus miembros, un título honorífico que sustituya al de «caballero» que el régimen democrático americano no lo permite. A su vez, los cargos sociales se cambian una vez al año. De este modo, cualquiera puede convertirse en el «señor Presidente», lo que en la república es extraordinariamente halagador. Una insignia en el ojal, el derecho a hablar en un mitin o poner su nombre al pie de un documento ejercen una atracción extraordinaria.

Cuando una asociación empieza a ser demasiado numerosa, inmediatamente la minoría, privada de los cargos sociales, se escapa en masa y funda una nueva sociedad. Muchas asociaciones italianas se reproducen por división, como los bacilos.

Ciertamente, la unión no está consolidada con tan extraordinaria cantidad de asociaciones; es un fermento de rivalidades, antipatías, ambiciones e incluso de intereses, intrigas demoledoras, un debilitamiento doloroso, una lenta y continua corrosión del entramado moral de nuestra colonia.

Cuando la alegría o el luto de la Nación hace que todos los corazones italianos latan al unísono, cuando un grito de entusiasmo o de pena llega de la Patria, entonces, por un momento, se cumple el milagro de la unión; solo entonces todas las banderas, estandartes y símbolos de los innumerables grupos italianos se ven reunidos en las calles, agitados por la misma emoción, en medio de un pueblo, otro pueblo italiano, que se mueve por el mismo amor. En ese momento, ante la imponente masa enorme, se tiene una inmediata visión de la potencia irresistible de nuestra unión. ¡Pero es un momento! Al día siguiente, la discordia reanuda su triste trabajo de carcoma, que disgrega, pulveriza y dispersa el alma italiana.



No hablemos de las asociaciones y de los círculos que tienen el propósito de entretenimiento; estas se unen; su multiplicación o su disminución no tienen ninguna influencia en la unión de la colectividad. Al contrario, su presencia es un bien, porque nuestros compatriotas encuentran un alivio y un descanso, que sin esos *clubs*, los deberían buscar en un entorno extraño. Examinemos, en cambio, esas asociaciones cuyo objetivo no es el entretenimiento, sino el interés. Solo en Buenos Aires hay más de cincuenta sociedades de ayuda mutua y previsión social.

La primera de estas sociedades, la *Unione e Benevolenza*, se fundó en 1858¹²⁴. En aquella época se imponía la forma de «socorro mutuo», era la única garantía para los trabajadores dispersos en un nuevo país y también la única forma de defensa que el seguro colectivo había encontrado hasta entonces.

La división se hizo evidente de inmediato en la primera sociedad, de la que se separó, tres años después de su fundación, la *Nazionale Italiana*¹²⁵. Y se formaron más y más; de la *XX Settembre*¹²⁶, se separó la *Nuova XX Settembre*. Surgieron la *Colonia Italiana*¹²⁷, la *Unione Operai Italiani*¹²⁸, la *Italia Unita*, la *Giovane Italia* y en el mismo año la *Italia* (sin adjetivos); más tarde la *Nuova Italia*, la *Italia Risorta*, la *Italia al Plata* e –ironía de los nombres– la *Unione Italiana*. Dos sociedades de «socorro mutuo» toman el nombre de *Vittorio Emanuele II*, dos de *Cavour*, dos de *Umberto I*. La asociación de «socorro mutuo» *Galileo Galilei*, no es la misma que –como se podría pensar– el

¹²⁴ Cfr. Roberto Payró, en *Los italianos en la Argentina*, la sociedad *Unione e benevolenza* «Se fundó el 18 de julio de 1858 [...] Fueron nombrados padrinos del edificio Mazzini y Garibaldi, por los cuales firmaron Marino Froncini y Luigi Barberini. La fiesta fue imponente. El 25 de marzo de 1867 fue inaugurada la escuela para socios y sus hijos. La biblioteca, fundada ese mismo año, tiene hoy cerca de 3000 volúmenes» (pp. 45-46).

¹²⁵ Según Dionisio Petriella en *Los italianos en la historia del progreso argentino*: «La ideología política también influyó en el surgimiento y desarrollo de asociaciones de italianos. Inicialmente el gran dilema fue: republicano o monárquico, Mazzini o Víctor Manuel. El desarrollo en la Capital Federal de la republicana 'Unione e Benevolenza' trajo así muy pronto la creación de la monárquica 'Nazionale italiana'» (p. 68).

¹²⁶ Cfr. Roberto Payró, *ob. cit.* «Fue fundada el 14 de septiembre de 1884. Es de socorros mutuos e instrucción. Desde octubre del año 1874 tiene abierto el colegio de varones. Desde marzo del corriente año funciona el de niñas [...] La sociedad tiene local propio en terreno de 1026 varas cuadradas» (p. 45).

¹²⁷ Fundada en 1877. Hacia el año 1895, la escuela contaba con 350 alumnos (cfr. Roberto Payró, *ob. cit.*, p. 48).

¹²⁸ Fundada en 1874.

Eppur si muove. Se formaron una serie de asociaciones en nombre de la hermandad: *Unione e Fratellanza*, *Progresso e Fratellanza*, *Fratellanza Artigiana* ... Se formaron asociaciones femeninas de «socorro mutuo»: la *Unione e Benevolenza femminile*¹²⁹, la *Margherita di Savoia*¹³⁰, la *Figlie d'Italia*, la *Società femminile* ...

Es fácil imaginar hasta qué punto toda esta división de capitales, de administraciones y de fuerzas de gestión va en detrimento de la ayuda mutua. Pero a partir de 1884 empezó a aparecer una división mucho más grave y dolorosa, que dividió no solo a los intereses de la comunidad, sino también a sus sentimientos de patriotismo y amor; me refiero al regionalismo. Primero surge una *Unione Meridionale* que acentúa la triste rivalidad entre el norte y el sur. A esta le siguió la *Stella di Napoli*, luego una *Partenope*, de la que, naturalmente, se desprende una *Nuova Partenope*; más tarde, la *Unione Calabrese*, el *Circolo San-nitico*, la *Veneta de M. S.*, la *Abruzzo*, la *Magna Grecia*, la *Unione Sarda*, la *Ligure di M. S.*¹³¹, el *Centro Pugliese*, la *Figli di Sicilia* y así sucesivamente¹³².

¹²⁹ Fundada en 1879.

¹³⁰ Fundada en 1879.

¹³¹ Fundada en La Boca, en 1892.

¹³² Cfr. Roberto Payró, *ob. cit.*, amplía la lista de sociedades con las siguientes entidades: Società Piemontese (1892), Società Italiana Belgrano (1879), la Cassa di Reimpatrio (cuyo objetivo era enviar a Italia a quienes, por diversas razones justificadas, se veían obligados a regresar y no podían hacerlo con sus propios recursos), Giuseppe Verdi (fundada en 1878 como sociedad filarmónica y, en 1893, como sociedad de socorros mutuos), Reduci Patrie Battaglie (1869), Fratellanza Militare (1893), Mario Pagano, Ocarinisti Italiani, Ocarinisti Montanari di Budrio, Prima Bella Italia, La Provvidenza (Flores), Femminile, Marittima Italiana (La Boca), que tiene mucha importancia, Marina, Unione Calabrese, Unione Ossolana, Stella di Roma, Stella d'Italia, Società Varseze, Stella Marina, Unione Calabrese, Famiglia Italiana, Federazione Magistrale, Tiro a Segno, Progresso Almagro, Benefica Italia, Torcuato Tasso, Anticlericale, Roma Partenope, Giordano Bruno, Unione Meridionale, Veneta, Vittorio Emanuele II,

Todas estas innumerables agrupaciones, con un único propósito, no eran realmente necesarias; las viejas llagas de nuestras fraternales discordias ya curadas en la patria, se reabrieron allí. El espíritu italiano, no demasiado fuerte al principio, se debilita cada vez más. Y, desgraciadamente, la Patria no ejerce esa acción de tutela, por encima de todas las luchas parroquiales, una acción que debería ser como la dulce protección materna sobre los hijos lejanos. ¡Los niños crecen en la discordia cuando su madre no se ocupa de ellos!



El «socorro mutuo» se ha cristalizado en la antigua forma porque, debido a la división a ultranza de los capitales, nunca tuvo la fuerza para transformarse en un seguro moderno. Solo en la Capital, casi cada una de las numerosas sociedades de ayuda mutua tiene su propia sede, por lo que gran parte del capital social ha quedado inmovilizado. Los socios pagan una cuota mensual que varía en torno a un *peso* y medio (unas cuatro liras) para tener una consulta médica gratuita en períodos de enfermedad y una pequeña pensión de alrededor de un *peso* por día

Vogherese di Beneficenza, Centro Pugliesi, Primo Circolo Napolitano, Operai Italiani, Umberto I, La Trinacria, Partenope, Roma, Italia Meridionale, Nuova Partenope, Abruzzo, Nuova XX Settembre, Primo Circolo Mandolinisti Italiani, Alleanza Repubblicana Italiana, Centro Filodrammatico Italiano, Centro Repubblicano Italiano, Centro Napolitano, Circolo Filodrammatico, Circolo Sannitico, Confederazione Repubblicana Italiana, Cristoforo Colombo, Cuochi e Camerieri, Dante Alighieri, Figli d'Italia, Galileo Galilei, Giovane Italia, Gli Amici del Vaticano, Italia di M. S., Italia Risorta, Italia Unita, Italo-Argentina, I Trovatori, Lago di Como, Lago Maggiore e La Nazionalità (pp. 49-50). A criterio del autor ello da muestra del poder y la solidaridad italiana. Considera a la colectividad un ejemplo de unión, «aunque dentro de sus agrupaciones se produzcan, a veces, ruidosas diferencias de detalle, que vienen a desaparecer en el conjunto» (p. 50).

hasta la recuperación, que disminuye según las normas establecidas y que, en algunos casos, llega a ser mínima. Si se reunieran en una sola a todas estas asociaciones bonaerenses, incluida la *Società di Beneficenza*, habría una sociedad con un capital de veinticinco millones y con setenta mil afiliados que, pagando unas primas mínimas, ingresarían unos siete millones de francos al año. ¡Cuántas miserias aliviadas, cuántas lágrimas enjugadas, cuántas ruinas evitadas! Y sobre todo ¿qué fuerza prodigiosa no obtendrían nuestros compatriotas de esta unión de intereses, y qué independencia?

Algunas de las sociedades que he nombrado y, en especial, las más antiguas, deben ser consideradas más allá del mezquino batallar de ambiciones y rivalidades. Su culpa es el no haber comprendido cuánto daño infligían a la Patria y a la colonia, y el no haber cambiado con el curso de los años. Pero, en compensación, estas asociaciones han hecho mucho bien en la colectividad; de ellas han surgido nobles iniciativas y su acción, por muy dividida que esté, siempre ha estado motivada por el amor a Italia, intentando mantener el mayor tiempo posible los lazos entre la Madre Patria y sus hijos lejanos.

La *Società di Beneficenza* de la que depende el Hospital Italiano¹³³, ha podido tratar a más de cuarenta mil enfermos en veinticinco años; la sede del hospital, inaugurada hace unos

¹³³ El Hospital Italiano de Buenos Aires, es una sociedad sin fines de lucro, fundada por la Sociedad Italiana de Beneficencia en Buenos Aires, en septiembre de 1853 cuando tres comerciantes italianos (Luigi Amadeo, Bernardo Delfino y Giovanni Robbio) solicitaron al encargado de negocios Marcello Cerrutti al apoyo del rey para su creación. El 14 de diciembre de 1853 se realizó la reunión constitutiva en la participaron inmigrantes italianos originarios de todas las regiones de Italia, sin distinción de estado social, ideología política o de otro tipo (cfr. D. Petriella, *ob. cit.*, p. 67). En la actualidad el Hospital Italiano es referente en medicina general y de alta complejidad.

meses, costó unos tres millones y no tiene nada que envidiar a las mejores clínicas.

Once de estas asociaciones italianas en Buenos Aires y diez en las provincias, tienen el derecho, por encima de todas las demás, a nuestra más profunda simpatía y reconocimiento, porque mantienen a sus expensas las escuelas italianas. Han comprendido que solo la escuela podía ser el medio para mantener vivo, en la colonia, el fuego sagrado del amor a la patria. Han luchado contra todas las dificultades con perseverancia y patriotismo para tratar de dar a los hijos de los italianos un poco del 'espíritu italiano'. ¿Lo consiguieron? Examinaremos esto más adelante y de un modo menos apasionado. A la cuestión de las escuelas está ligado el grave problema de los «hijos de italianos», que es de vivo interés para nosotros, porque representa el problema del futuro.

Por ahora, observamos que a las escuelas italianas de toda la República Argentina solo asisten tres mil quinientos niños, una cifra baja si se piensa en el gran número de italianos que viven allí.

De esta manera, la escuela italiana no puede tener una profunda y vasta influencia en las generaciones que se van desarrollando; sigue siendo como un símbolo, más que como una institución viva y vivificante; un símbolo por el que luchan tantos patriotas generosos. Pero, aunque estas escuelas no tuvieran otro resultado que esta santa lucha por el italianismo, no podrían ser calificadas de inútiles. Donde se lucha, incluso aun perdiendo, es señal de que se vive. Cualquier cosa es mejor que la indiferencia.

Pero en las escuelas, como, por desgracia, en casi todo lo que parte de la iniciativa italiana, encontramos el signo de una profunda división como un pecado original. Toda escuela es autosuficiente, al igual que toda asociación es autosuficiente.

A veces hemos hablado de unión, pero hay grandes intereses —no nuestros— que se benefician de mantener débil al elemento italiano, y muchas pequeñas ambiciones —las nuestras, por desgracia— que se nutren de las divisiones.

¿Quién sabe si tal vez no se la escucharía si de la Patria —la que debería vigilar y proteger a sus hijos con más cariño— partiera la voz de la concordia y del amor?

¡Si la Madre hablase, quién sabe!

LOS HIJOS DE LOS ITALIANOS

del *Corriere della Sera* del 11 de agosto de 1902

MUCHAS VECES SE HA ESCRITO Y DICHO que no hay pueblo que, al emigrar, se asimile más a la nueva gente y a los nuevos países que el italiano.

¿Esto es un elogio o un reproche? Ambos, según el punto de vista. Se entiende que esta cualidad aparezca como una gran virtud a la vista de los anfitriones, una virtud que multiplica las ventajas de la emigración, eliminando todos los peligros; pero también se entiende que, a consideración de los demás, este poder de asimilación sea una gran debilidad. Asimilarse significa dejar de ser italianos.

De hecho, ser italiano —especialmente en América Latina donde ciertas afinidades raciales hacen que la transformación sea más rápida y completa— no siempre perdura hasta la segunda generación. Los «hijos de los italianos», en la mayoría de los casos, ya no son italianos. Sin ellos, carecemos de futuro.

Sin sueños insensatos y ambiciosos de expansión política y de dominio, ciertamente tenemos derecho a pensar que, a nuestra expansión de la raza, a esta difusión por el mundo de cientos de miles de italianos al año, corresponda al menos una expansión de nuestra fuerza moral; que el espíritu italiano no se ahogue; que siga siendo un culto para la gran Patria y un reconocimiento de sus antiguas glorias entre las personas a las que el trabajo y la ciencia italianos enriquecen con obras e ideas.

Las legislaciones americanas, desde la de los Estados Unidos hasta la de todas las demás repúblicas, que son más o menos una derivación, se oponen a que el hijo de los ciudadanos extranjeros nacidos en suelo americano no adquiera la ciudadanía americana. Y es justo que así sea. Sin ello, hoy en día América no pertenecerían a los americanos. El viejo derecho europeo ha luchado durante mucho tiempo, pero tuvo que ceder ante la necesidad. Dada la naturaleza y el alcance de nuestra emigración en América, pretender que los «hijos de los italianos» nacidos allí conserven la nacionalidad de sus padres cumpliendo con los deberes de la ciudadanía al otro lado del océano, era absurdo. Pero, ciertamente, no estamos hablando aquí sobre el «italianismo» material; se trata del «alma italiana». Es esta la que desaparece en los hijos. Algunos retóricos pueden gritar —y lo hacen— que no es cierto, pero el hecho sigue siendo innegable, irrefutable.

Vemos en la Argentina a hijos de ingleses, excelentes ciudadanos argentinos, pero ingleses en el sentimiento, ingleses en el carácter, en el idioma; dispuestos a dar la vida por la nueva patria, pero con sus mentes y sus corazones plenos de su vieja Bretaña, estremecidos por sus desgracias y exultantes por sus victorias. En Chubut, durante veintiocho años, vivía una colonia muy pujante y numerosa de galeses, en parte formada por hijos de los primeros pioneros y argentinos de nacimiento, pero hablantes de su áspera lengua, celosos guardianes de sus tradiciones y orgullosos de su historia. El año pasado estos galeses protestaron indignados contra ciertos actos de la justicia argentina. Una investigación ordenada por el Gobierno inglés reconoció sus razones y la mayoría de ellos, tras veintiocho años de residencia en la Argentina, abandonó el país para instalar sus tiendas en Canadá, volviéndose más galeses que antes. En Brasil hay municipios alemanes donde todos los documentos se escriben en lengua germana. Los «hijos de los italianos» —en la mayoría

de los casos, por supuesto— no son italianos, ni en la lengua ni en el sentimiento. ¿Es culpa suya? ¿Es culpa de sus padres? No; el error está aquí, en nuestra casa.



La primera característica de un pueblo es su lengua. Esta es el mayor vínculo entre los habitantes de una misma nación y es, por así decirlo, el primer signo de reconocimiento, como una jerga entre los afiliados de una misma inmensa asociación. Por las calles de una ciudad extranjera, cuando entre las voces exóticas de la multitud, a uno le da por escuchar una palabra en nuestro idioma, nos giramos rápidamente, con el corazón lleno de una súbita alegría como si la voz de un amigo nos hubiera saludado y permanecemos cerca del desconocido que habla nuestro idioma, conteniendo el deseo de extenderle la mano, de gritarle: «¡Yo también soy italiano!, ven aquí, no me dejes» —y lo miramos con tristeza mientras se aleja, sintiéndonos sumir en la sofocante melancolía de la soledad—. Hablar el propio idioma en el extranjero significa respirar un poco de aire de la Patria; dos palabras, un saludo, son suficientes para llevar el alma en un rápido viaje a lugares amados y lejanos, y para hacerla regresar más feliz y serena.

«Habla la lengua de tu gran país —escribió Ruggero Bonghi¹³⁴— ¿No sientes cómo a través de ésta se libera y se manifiesta

¹³⁴ Ruggiero Francesco Bonghi (Nápoles, 1826 – Torre del Greco, 1895), filólogo, académico, escritor y periodista italiano. Ocupó el cargo de diputado y ministro de Educación del Reino de Italia, entre 1874 y 1876. Entre marzo de 1852 y febrero de 1853, escribió un *Diario* en el que introdujo una serie de diálogos sobre la lengua, los cuales fueron publicados después de su muerte en 1895. La influencia de Giuseppe Manzoni es evidente, más allá de lo filosófico y religioso, en la concepción de la lengua. Sobre tal cuestión Bonghi comparte la idea de que el habla florentina también debe ser un modelo de

cada idea de tu mente, cada movimiento de tu corazón? Ninguna lengua es más bella que la tuya. En tu lengua se refleja la historia de la patria. De siglo en siglo, las generaciones que precedieron a la tuya han puesto su alma en ella y te la han transmitido. Cuando tú la hables en toda su pureza, vivirás no solo con los patriotas que viven, sino también con aquellos otros que han vivido antes que tú, y nada foráneo penetrará en tu alma».

En la lengua está el secreto de la unión, el baluarte de la nacionalidad. Y bien, ¿cuántos italianos hablan italiano en Italia?

Todas las personas educadas; pero sabemos que, por desgracia, ellos no forman la mayoría de la masa de emigrantes. Los demás hablan ligur, siciliano, lombardo, napolitano, piemontés, pero no italiano. Nuestra lengua no va más allá del norte de Pistoia y del sur de Roma. Un pobre trabajador de los Abruzzos se encontrará frente a un compañero emigrante de Liguria como si fuera un extranjero. Faltará el impulso de la hermandad. No podrán hablar entre ellos, por lo tanto, no podrán conocerse. Y para amarse, hay que conocerse. Esta es, quizás, la primera y más grave razón de la dispersión, de la división y de la discordia.

Nos encontramos con esta dura verdad; que si todos los franceses hablan —más o menos— el francés; todos los ingleses, el inglés; los alemanes, el alemán, y los rusos, el ruso, la mayoría de los italianos no hablan italiano. ¿Cómo podemos pretender que ocurra en el extranjero aquello que no sucede en Italia? El emigrante, que no conoce más que su dialecto, debería estudiar

escritura y ese estilo debe responder, sobre todo, al pensamiento individual. Su obra *Perché la letteratura italiana non sia popolare in Italia*, compuesta por una serie de cartas dirigidas a Celestino Bianchi (director de la revista literaria *Lo Spettatore*, de orientación manzoniana) marca una etapa importante en la historia de la controversia sobre la lengua italiana.

el italiano como una nueva lengua; y esto es absurdo. Cuando debe aprender un nuevo idioma, aprende el más útil: el del país.

Ahora bien, ¿pueden los hijos de estos emigrantes conocer el italiano si sus padres ni siquiera lo saben? Ciertamente, no. Y al carecer de la lengua italiana, carecen de la base del italianismo, el vínculo más fuerte con la Patria de origen.

Además, más allá del idioma, los padres, que a menudo ni ellos mismos saben las grandezas y las glorias de su país y que, quizás en su miseria, han sentido una sensación de inferioridad frente a los «nativos»; y que muchas veces han oído el humillante reproche de su origen condensado en una palabra de burla; estos padres, por amor a sus hijos, tratan de librarlos de la condición que ha dado tanta amargura al pan duramente ganado y, por lo tanto, quieren que sean iguales a los *demás* todo cuanto sea posible; estos padres, digo, ¿podrán soplar en el alma de sus hijos un vigoroso espíritu italianizante? No, y quienes son la excepción –y excepciones las hay– realizan un acto de heroísmo.

Se añade otra causa: la mujer. La emigración italiana, como toda emigración de trabajadores, se compone mayoritariamente de hombres. Los pobres no pueden permitirse el lujo de llevar lejos a sus mujeres. Y con ellas dejan en casa la inestimable riqueza de las tradiciones, de las antiguas creencias y los afectos familiares. La mujer vive en la casa y para la casa, aunque sea un tugurio; su alma no disipa sus energías fuera del hogar; se apega al lugar donde ha gastado todo el tesoro de su amor, de su actividad, donde ha trabajado, sufrido y disfrutado; se impregna del espíritu de esos lugares y aunque sea trasladada lejos, más allá de los mares, siempre vivirá en la vieja casa; y querrá que todo lo que la rodea se la recuerde y se la evoque. Los recuerdos de un hombre se extienden por montes y valles; los de una mujer, a menudo, no salen de las cuatro paredes. Toda mujer que emigra lleva consigo encerrada en su corazón una pequeña porción de

la Patria. Siempre se lo contará a sus hijos; les enseñará las oraciones que allí ha aprendido; les contará las leyendas que allí ha escuchado; hará que la amen porque la ama.

Pero son pocas las mujeres italianas que emigran. Una gran parte de nuestros emigrantes dispersos por la República Argentina se casan con mujeres del país, con *criollas*, a menudo con *chinitas* morenas, hijas de la Pampa, miserables y orgullosas como los cardos de sus llanuras. No hay nada de italiano en la casa y los hijos crecen ignorando la patria de su padre, cuando no despreciándola.

Cuántas veces se oye a los «hijos de los italianos» llamar a su padre: *¡El viejo gringo!* ...



El Gobierno argentino, cuyo deseo más legítimo es aquel de «argentinar» a los extranjeros, temía una posible difusión de la lengua italiana, y la ha combatido. En las escuelas secundarias públicas argentinas por obligación se aprende el francés, el inglés o el alemán; el italiano, no. Esto en un país donde viven cerca de un millón de italianos; de hecho, se debe a ello. Durante años, una comisión italiana en Buenos Aires, formada por buenos patriotas, solicitó el estudio obligatorio del italiano en las escuelas; y ya ha conseguido tener el apoyo de todas las principales Sociedades italianas. Ciertamente, la inquietud se ha hecho sentir, pero ¿ha sido escuchada? Hasta ahora, nuestra lengua ni siquiera ha sido tratada en igualdad de condiciones que las otras. Nuestro espíritu nacional no puede estar más que deprimido. En la mente de los niños aparecen Francia, Alemania, Inglaterra y España a través de sus literaturas como las únicas naciones dignas de ser conocidas. Italia viene a la cola. Todo esto tiene una gran influencia en el espíritu de los «hijos de los italianos», que a menudo ven en la ignorancia de su padre la prueba de la

inferioridad italiana y en la pobreza de los nuevos emigrantes el índice de nuestra miseria. Y se ratifican como argentinos con orgullo y con todo el celo exagerado del neófito, que se muestra siempre como el fiel más fiel, porque tiene un pasado que olvidar y perdonar. En nuestro caso se trata de hacer olvidar y perdonar el origen italiano, que a menudo se mantiene oculto, disimulado y, a veces, negado.

Con el estudio de la lengua italiana se conocerían las bellezas y las grandezas que se ignoran, riquezas que no pueden imaginar, glorias de las que ningún país ha podido presumir.

El problema de los «hijos de los italianos» es tan antiguo como la emigración y, si ya era triste y desalentador hace unos cuarenta años, ahora lo es también en la mente de los patrióticos fundadores de las primeras escuelas italianas en la Argentina.

Solo la escuela podría poner remedio a ese mal. En la escuela el alma del niño se aviva con los primeros fervores, como el hierro en la fragua. A los hombres y países que aprende a amar, los amaré toda su vida, porque las primeras impresiones permanecerán profundas en su tierno sentimiento adolescente. En la escuela se forma su conciencia, pues allí comienza a distinguir lo bello de lo feo y lo bueno de lo malo. Se necesitaba una escuela italiana que también fuese una escuela italianista y, para ello, hacia 1866, surgieron en Buenos Aires las escuelas de la sociedad *Unione e Benevolenza* y de la asociación *Nazionale Italiana*.

Diez años después, fueron instituidas las escuelas femeninas de la *Unione Operai Italiani*; en 1877, las de la *Colonia Italiana* y, al año siguiente, las de *Italia Unita*. En 1884 surgen las escuelas de la *Società Venti Settembre* y la guardería de la asociación femenina *Margherita di Savoia*; en el '86 las escuelas de la *Italia*; en el '87 las de *Patria e Lavoro*; en el '90 la escuela *Umberto I*; en el '94 las de la *Nuova Venti Settembre*, y en el '97 las escuelas de la *Cavour*.

Todas estas escuelas fueron fundadas por la firme voluntad de honorables personas, dignas de todo nuestro reconocimiento, que han dedicado toda su energía en medio de las oposiciones más encarnizadas; oposiciones de socios egoístas que no querían que los fondos destinados a la ayuda mutua se transfirieran a las escuelas; oposiciones de hombres y periódicos argentinos que veían en las escuelas italianas un *peligro nacional*; oposiciones pasivas y burlonas de escépticos y desengañados.

Hoy en día hay quince escuelas italianas en Buenos Aires. Es reconfortante. Pero observándolas se ve, de inmediato, que estas escuelas son demasiadas en número y muy pocas en fuerza, y que sus resultados no siempre son los que podrían esperarse. No basta con construir una escuela; es necesario ver para qué se va a utilizar, la intensidad y la naturaleza de un esfuerzo deben ser siempre proporcionales al objetivo. Allí, el espíritu italianizante languidecía, incierto, sin estímulos, frío e inerte como un barco desarmado a merced del mar; la escuela habría sido su vela, desplegada para recoger en sus pliegues blancos y temblorosos todos los soplos vivificantes del entusiasmo patriótico, para reunirlos y que sea una fuerza que impulsase y dirigiese. La abandonada nave de la «italianidad» necesitaba esta gran vela y, en cambio, en su lugar desplegaron unos pañuelos. Tal vez no se podía hacer más.



Según las cifras más recientes, los alumnos que asisten a las quince escuelas italianas de Buenos Aires, incluidos los jardines de infancia, son dos mil ochocientos cincuenta y cinco.

Se calcula que en Buenos Aires hay más de doscientos cincuenta mil súbditos italianos. La proporción del número de niños en edad escolar (de seis a catorce años) sobre el número de adultos en una población normal oscila sobre el 20%. Pero dada

la composición de nuestra emigración podríamos calcular que el 15% son niños; pero, reduzcámoslo aún más y establezcamos solo una proporción del 10%. Pues bien, encontraríamos que en Buenos Aires hay, al menos, veinticinco mil hijos de italianos, de los cuales solo dos mil ochocientos cincuenta y cinco asisten a las escuelas italianas. En otras palabras, de veinticinco mil hijos de italianos, unos veintidós mil escapan de la escuela italiana. Fuera de Buenos Aires es mucho peor. ¿Qué influencia puede tener esta escuela en el sentimiento de la masa?

Esa pequeña décima parte de los que asisten solo tiene una estancia temporal; nuestras escuelas solo tienen la primaria y, además, normalmente los alumnos las abandonan en el segundo o tercer año para continuar sus estudios en las escuelas argentinas. Pero, de una estadística publicada en 1898, se determinó que mientras la «clase preparatoria» de la *Unione e Benevolenza* contaba con la participación de ciento veintidós niños, al quinto curso eran solo ocho. Doscientos tres alumnos estaban en la «primera clase» de la *Nazionale Italiana* y solo cinco en la quinta. ¿Por qué los niños no permanecen en nuestras escuelas? Porque, a veces, son didácticamente deficientes; pero, sobre todo, porque las autoridades escolares argentinas no ven con buenos ojos a los alumnos provenientes de nuestras escuelas y, como para continuar los estudios es necesario pasar por las escuelas del país, es conveniente, desde el punto de vista del interés y del tiempo, pasarse a estas lo más pronto. Los niños abandonan la escuela italiana justo cuando sus mentes comienzan a abrirse, cuando sus pequeñas almas comienzan a comprender. La influencia italiana no puede dejar huellas profundas; y en el nuevo entorno, entre los nuevos condiscípulos, pronto todo se borra.

A veces, nuestras escuelas son didácticamente incompletas. No ha habido unidad de iniciativas, todo está dividido. Quince sociedades han querido fundar quince escuelas, no queriendo

sustraer ni siquiera esta santa institución a las luchas, a las rivalidades y a las ambiciones, que son las tristes características de nuestras «disociadas» asociaciones. Los capitales que, en conjunto, habrían servido para mantener grandes escuelas capaces de su noble misión, divididos, en cambio, son en proporción mezquinos y, a menudo, insuficientes. El mobiliario escolar de muchas escuelas es anticuado y deficiente. El personal docente, mal pagado, no puede ser siempre, razonablemente, el más selecto y adecuado; a veces deben dedicarse a otras ocupaciones para ganarse la vida, dejando de dedicar todas sus fuerzas y su amor a la escuela.

Pero quizás el peor defecto de esas escuelas esté en el plan de estudios, fijado por una Comisión especial de supervisión. El programa es más o menos el mismo que el de las correspondientes escuelas en Italia. Esto es absurdo. En Italia los jóvenes van a la escuela para educarse; el país les enseña el resto. Ven monumentos, asisten a ceremonias, escuchan discursos, siguen a los regimientos en su camino, escuchan recordar fechas gloriosas, entran en iglesias, en museos y en galerías de arte; poco a poco, se forma en ellos un amor sin límites por el país, la admiración por sus magnos, la conciencia de sus glorias; se convierten en italianos, viviendo así, por todo lo que penetra en sus almas; todo lo que ven y oyen pasa y se atesora inadvertidamente en sus espíritus, se convierte en pensamiento, en sentimiento, como la comida se convierte en sangre. Pero esto no ocurre en el extranjero. Es la escuela la que debe compensarlo —porque, desgraciadamente, la familia no siempre lo remedia— creando, casi diría, un rápido proceso de «italianización» con los medios más adecuados. La educación pura y simple pasa a un segundo plano.

La Argentina, que quiere dar a su pueblo heteróclito la unión con un vivo espíritu de nacionalidad, lo ha entendido bien. Sus hombres ilustres están siendo rápidamente tratados como

héroes. Y así es porque falta el sublime telón de fondo del tiempo que agiganta las figuras proyectadas en él; es necesario verlas a través de la lente deslumbrante de la retórica. Esto, después de todo, es un sano patriotismo. En todas las escuelas, también en las extranjeras, incluso en las privadas, el Gobierno argentino impone una parte del programa relativo a la historia y la lengua del país; y tiene razón. Pero nuestros programas no contraponen nada eficaz contra esta «argentinización».

No se trata ya de sustraerle los «hijos de los italianos» a su «nueva patria», el querer hacerlo sería un grave error. Se trata de no perderlos, en absoluto, para la «vieja». Hay que persuadirlos de que no hay un solo gran país en el mundo, la Argentina, sino que hay al menos dos. Es preciso que sientan el legítimo orgullo de descender de nuestra gloriosa estirpe.

Es un sistema de educación totalmente distinto el que necesitamos. La enseñanza que es buena para Italia no es real para el exterior; encuentra en el entorno una oposición que debe superar no buscando ayuda, sino con una mayor escuela de perfeccionamiento. Es necesario fomentar la fantasía de los niños, hablar a sus pequeñas almas y encenderlas de entusiasmo y de orgullo.

Siempre hay que mostrarles las magníficas vistas de nuestras ciudades, nuestros monumentos y las pinturas históricas, de forma teatral. Los niños, como los ancianos, solo creen en aquello que ven.



¿Sería posible que la colectividad italiana instituyera estas grandes escuelas cuyo programa ideal hemos esbozado rápidamente?

Sí, con un poco más de unidad, un poco más de concordia y de amor. Pero el Gobierno italiano no debería quedarse al margen de la iniciativa y la organización de estas escuelas italianas. Solo con esta condición se acallarían las antiguas rivalidades. Alrededor de su obra todos se unirían fraternalmente. Se necesita que una voz poderosa y paternal llame a los dispersos, concilie a los disidentes y calme las iras; y esta no puede ser más que una voz que viene de la Patria. Durante mucho tiempo el Gobierno ha descuidado y abandonado nuestras colonias, dejando crecer la discordia, permitiendo los abusos, siendo sordo a los reclamos e impasible ante las injusticias. Cuidando las escuelas, que son el «semillero» de los hombres, se habrá beneficiado a todo un futuro y se habrá perdonado al pasado.

La Colectividad Italiana de Buenos Aires, que ha sabido congregar un capital de muchos millones para la Sociedad de Beneficencia del Hospital, haría lo mismo y más por las escuelas si estuviera convencida de que la educación italiana de los niños es tan necesaria como curar a los enfermos. La acción del Gobierno debería ser, sobre todo, moral, coordinando las fuerzas y utilizándolas con iluminada sabiduría. Una santa obra de pacificación y de previsión que, allí, no debería despertar sospechas ni celos.

La Argentina fácilmente podrá convencerse de que, en verdad, Italia no quiere quitarle a sus nuevos ciudadanos, sino que solo quiere ser amada porque es su madre.

EN LOS CAMPOS ARGENTINOS

«PEONES... Y MEDIEROS...»

del *Corriere della Sera* del 15 de agosto de 1902

LA MAYOR PARTE DE NUESTRA EMIGRACIÓN está compuesta por agricultores; y la agricultura es el mayor recurso presente y futuro de la República Argentina. Por lo tanto, estimado lector, dejemos un poco las ciudades con sus gobiernos, sus administraciones, sus tribunales, sus colectividades extranjeras —y sus asociaciones—, dejemos la vida «civil» entre paseos, *avenidas*, *clubs*, garitos, teatros e hipódromos, que ya conocemos bastante, y vayamos en busca de todos esos compatriotas nuestros que no se ven en los grandes centros porque trabajan dispersados por los campos, que no llaman la atención porque son humildes, apegados a la tierra y del color de la misma. Ellos son la mayoría. Son los que llenan los barcos que salen de nuestros puertos. La palabra «emigrantes» evoca en nuestra mente a esa multitud miserable y fuerte. Es a ellos a quienes invitan los nuevos países, porque ellos son la riqueza, la única verdadera riqueza. Sin embargo, de los que llegan allí son los últimos en ser vistos, porque en un primer momento solo se distingue una multitud de empresarios, políticos, banqueros, comerciantes, industriales, operadores de bolsa. Son la mayoría, pero sus lejanas voces no se oyen; son lanzados a los campos como se lanzan las semillas. Su principal tarea es dar frutos, darlo para todos y, si sobra, también para ellos.



El emigrante que desembarca solo con la riqueza de sus brazos es un *peón*. El *peón* –italianizado como *peone*– es el ser más humilde que existe. Es algo menos que un hombre; es una máquina de trabajo. El *peón* hace de todo: es portero, artesano, barrendero. Vive al día, hoy transporta piedras a las obras, mañana transporta gavillas a los campos. Siempre está tras la pista de trabajo, va de colonia en colonia, de provincia en provincia, muy feliz cuando una larga ocupación lo asienta en alguna parte. Casi siempre viaja a pie como el «judío errante», pero sin los legendarios zapatos, porque los suyos están gastados.

Durante los trabajos en el campo encuentra fácilmente cómo vender sus brazos, siempre que ningún azote haya destruido los cultivos. Cuando en los grandes terrenos las trilladoras, ruidosas y jadeantes, devoran las gavillas y el trigo sale de sus costados como un líquido dorado, una multitud de hombres se afana alrededor de las máquinas que les entregan sus bocados, recoge el trigo en sacos que luego transporta en enormes carros. Hay cientos de peones. ¿De dónde vienen? Nadie se preocupa en saberlo; nadie pregunta su nombre. Vienen en bandadas, atraídos por el trigo, como las hormigas. Se los acepta mientras se los necesite; son contados y distribuidos para trabajar bajo la supervisión del *capataz*. Reciben una alimentación que varía –dependiendo del lugar– pero, a menudo, es mala; beben agua caliente y casi siempre turbia, ocasionalmente mezclada con un poco de *caña* –aguardiente obtenido de la destilación de la caña de azúcar–. El trabajo bajo el sol abrasador es duro, terrible. Tienen un salario que ronda entre el medio *peso* y dos *pesos* al día. Cuando la cosecha es mala, los salarios disminuyen. Este año, un gran número de peones trabaja en las *estancias* solo por la comida, es decir, por el permiso de vivir.

Los más afortunados son los que encuentran un trabajo estable; reciben quince o veinte *pesos* al mes y se les proporciona comida.

Por desgracia, no es raro que a los peones se les niegue la retribución pactada. Una vez terminado el trabajo, a veces, son echados. Es bien sabido que sus protestas no son oídas.

Viven como las bestias, muchos de ellos duermen en un cuartucho, que en la ciudad es una habitación de *conventillo*, y en el campo, una cabaña o, incluso, un simple cobertizo. Si enferman, caen en manos de una *curandera* (poder llamar a un médico en el campo argentino es un lujo), la cual ata cintas rojas alrededor de las muñecas para curarlos del paludismo, si sienten un gran dolor de cabeza les extrae unas libras de sangre o les hace tragar las cosas más extrañas y repugnantes para curarlos de un poco de todo. Y así mueren, en sus camastros.

El peón que tiene una familia no siempre está unido a ella. Este es el primer consejo que los emigrantes pobres reciben de las «Guías» distribuidas en Italia y de los empleados del «*Hotel de Inmigrantes*»: separaos de vuestras familias; ¡las mujeres encuentran fácilmente empleo en Buenos Aires! Y ellos y sus mujeres se separan: parten en busca de trabajo por diferentes vías que a veces no se encuentran nunca más.

El sueño del peón es convertirse en *mediero*, es decir, en inquilino de un pedazo de tierra. A veces se las arregla para dejar de lado un poco de dinero, unos cientos de *pesos*, y realiza su sueño. La economía del peón es el resultado de una vida miserable, sórdida, llena de sacrificios inauditos, de humillaciones y de renunciadas a menudo vergonzosas. Si en la patria se impusieran a estos trabajadores una parte de los sacrificios que cumplen allí bajo el azote de la necesidad, y si dedicaran a su tierra solo un poco del cruel trabajo a la que les obliga la necesidad en América, entonces Italia sería, sin duda, el país más rico del mundo.



El *mediero* alquila una o dos *concesiones* (la concesión es un cuadrado de ochocientos sesenta metros). Se construye con sus propias manos una cabaña hecha de madera y barro seco como ladrillos, cubierto con una lámina de zinc o de paja. La vivienda de tierra es tradicional; las hay en ciudades como Mendoza, por ejemplo, que son casi totalmente construidas de esta manera. Viajando por el campo, no es raro ver caballos corriendo en todas direcciones dentro de un recinto cerrado, espantados por gritos y golpes de fusta. El extraño torneo dura horas, y no es fácil entender a primera vista que esas buenas bestias con sus nobles trotes tengan el modesto oficio de amasar barro para construir casas.

La vida del *mediero* es menos incierta que la del peón, pero no es menos dura. Vive aislado en medio de la interminable llanura. A menudo el centro de población más cercano dista a leguas de distancia. Una visita al médico cuesta veinte *pesos* la legua (cincuenta liras). En caso de enfermedad, cualquier cuidado eficaz es imposible. En verano, cuando el gran calor pudre el agua de los pozos, el tifus y la viruela se cobran familias enteras. En esa triste estación es común ver, atado a la puerta de las casuchas, un trapo negro que se agita con el viento tropical que sopla desde Brasil y Paraguay, tan caliente como el soplo de un horno. Ese trapo negro, que parece un pájaro de mal agüero, significa que la muerte ha pasado por allí; es el signo del luto. La dureza de las condiciones impuestas por el propietario obliga al *mediero* a cultivar mucha más tierra de lo que sería capaz de hacer. Esto hace que el trabajo de campo sea excesivamente agotador. El propietario explota al *mediero*, y estos explotan la tierra. El cultivo se limita a arrancar de la tierra la mayor cantidad posible de productos con el mínimo trabajo, en proporción a la superficie. Una familia normal cultiva unas cien hectáreas de tierra. Las operaciones campestres deben reducirse solo a dos

debido a la falta de tiempo y fuerza: la siembra y la cosecha. La tierra no siente el cuidado continuo y laborioso de la mano del hombre; no se la vigoriza con la fertilización ni se la libera de las malas hierbas. Se agota rápidamente; después de ocho a diez años su fuerza productiva disminuye con rapidez. El hombre se ve obligado a abandonarla; se convierte de nuevo en pasto; el desierto la invade de nuevo. El propietario es muy rico y le importa poco reemplazar la agricultura con el pastoreo en las tierras explotadas; pero el *mediero*, salvo en casos excepcionales, es siempre pobre. Con mucho valor, pero con muchas menos ilusiones, abandona el ingrato campo en busca de un nuevo trabajo. Es incalculable la cantidad de *medieros* que, en este año de mala cosecha, han vuelto a ser peones. Recuerdo haber conocido a muchos y muchos de ellos en las colonias de Santa Fe y Rosario, trágicas figuras de hambrientos.

Llegaron años de buenas cosechas, pero no pudieron beneficiarse de la prosperidad. La riqueza arrancada a la tierra con tanto esfuerzo, ha pasado por sus manos sin dejarles nada, mientras que a su alrededor las fortunas se van engrosando. Es necesario detenerse para ilustrar brevemente la explotación de la cual es víctima la gran masa de estos pobres trabajadores campesinos.



La condición más común que ponen los propietarios a los *medieros* es la llamada «aparcería de un tercio». El *mediero* debe poner sus propias herramientas de trabajo —que en el cultivo extensivo consisten en máquinas agrícolas que representan un discreto capital—, también debe poner los animales de trabajo y, finalmente, las semillas; y tiene que entregar al patrón una cantidad del producto total que varía entre el 25 y el 30%. Esta parte de la producción debe colocarse en sacos nuevos y ser llevadas a expensas del *mediero* a los vagones de la estación de tren más cercana.

El *mediero* suele ponerse a trabajar sin capital o con un capital insuficiente. Las máquinas y el resto las tiene que comprar a crédito; también tiene que comprar las primeras semillas. Todo esto se lo adelanta el propietario o le es suministrado por un *almacenero*. En ambos casos los precios son 'inhumanamente' caros. La sombra de esta deuda se proyecta sobre los primeros años de trabajo, durante los cuales es necesario realizar trabajos preparatorios, como la excavación de pozos, la construcción de establos y viviendas, y el fruto de la tierra es mínimo. El *mediero* necesita que le adelanten la comida hasta las primeras cosechas. Nada más fácil; tiene ofertas de todos lados; habrá productos que pagarán todo. Los comerciantes de los campos, guardianes de extraños almacenes donde se puede encontrar de todo, desde una trilladora hasta pasta para la sopa y de trigo hasta sombreros, se apresuran a convertirse en acreedores, y así colocar una especie de hipoteca sobre el trabajo del *mediero*. El agricultor casi siempre desconoce los precios; su recelo pronto se disipa por la aparente confianza de la que es objeto. Pero no se da cuenta de que el préstamo no es por él, sino por la tierra. Si la cosecha es buena, ve aumentar su deuda; cuando pasa por el *pueblo* es asediado con las ofertas de su proveedor; su carro está lleno de telas para sus mujeres, alimentos en conserva, un poco de todo. Él es seducido por esta efímera abundancia. Se acostumbra a no medir más su fuerza, sino hasta el momento en que la deuda no lo haya reducido a la condición de instrumento de creación de riqueza; él, como una bomba, absorbe sus tesoros de la tierra para saciar la sed de las codiciosas bocas.

En la época de cosecha, que requiere una gran rapidez para no comprometer el producto, no puede bastarse por sí solo con su familia para hacer el trabajo de campo en las grandes extensiones que está obligado a cultivar; necesita peones, cuyos salarios tiene a su cargo. Los gastos aumentan. A veces, las distancias

hacen que el transporte sea un desastre. Todas estas dificultades se superan cuando la tierra virgen compensa su sudor con creces. Pero cuando llega el año malo, cuando desde el Gran Chaco —que parece la misteriosa cuna de los flagelos— las nubes de langostas vienen y arrasas sus campos, cuando la tormenta los inunda de árida arena, cuando la sequía los quema o cuando la tierra, cansada y rendida por la explotación continua rechaza sus dones, entonces sobreviene una terrible miseria. Todas las aves de rapiña se precipitan sobre la casa del *mediero*. Es víctima de todas las emboscadas legales y no legales, de todas las infamias. Si la situación económica del país pasa por un período crítico, como ahora, los acreedores son inexorables. El agricultor paga mil por uno. Sus herramientas, su ganado y su grano son confiscados, y su casa, saqueada. Estas operaciones se realizan al amanecer, como los delitos, para que no haya oposición posible. La ley no lo permite, pero los jueces sí, y basta.

El *mediero* se vuelve más miserable de lo que era antes, ya que, a menudo, a su miseria material se le suma una miseria moral mucho más grave. Su trabajo no era continuo; no se ocupaba del cultivo de frutas, hierbas y verduras, cuyos productos no podía vender fácilmente debido a la distancia de los mercados y de requerir largos cuidados antes de su lenta e incierta producción. Ningún afecto por la tierra lo llevó a enriquecerla con viñedos y frutales que requerían una considerable cantidad de capital y que, tal vez, habría tenido que abandonar en cualquier momento, antes de poder cosechar los beneficios. Solo quería el beneficio inmediato, la mayor ganancia. El trigo, el maíz y el lino eran los únicos tres cultivos, los más sencillos. Entre el agotador trabajo del arado y el tremendo trabajo de la cosecha, pasaban largos meses de ocio absoluto, de una brutal inactividad. El paciente trabajo cotidiano ya no mantenía su espíritu ocupado; de una fatiga bestial pasaba a un desempleo aún más bestial. La

expectativa fatalista de la cosecha lo hizo apático; de espíritu se volvió medio *gaucho*, desanimado y cansado; sin el alivio ni la comodidad de una vida civilizada ha perdido la gran fuerza de voluntad, se rinde ante la desgracia, cede, está vencido.

Este es el desafortunado destino común de muchos de nuestros emigrantes, pero afortunadamente, no todos. Hay algunos propietarios (muy pocos, en verdad) que hacen tratos más humanos con sus *medieros*, que les proporcionan herramientas, un carro, caballos o que liquidan el reembolso de forma honesta. Hay agricultores que consiguen mantenerse con sus propias fuerzas, que siempre viven en el sacrificio de la economía más estricta, que tras varios años de trabajo logran capitalizar dos, tres, cuatro mil *pesos*, salvándolos de la codicia criminal de las habituales aves de rapiña. Ellos, a la primera desaceleración de la producción, buscan otros campos por su cuenta y se convierten en *colonos*.

El *colono* representa la transformación final del emigrante. Al convertirse en *colono*, el extranjero prácticamente deja de ser extranjero, porque se vincula definitivamente a la tierra. El colono es la verdadera fuerza.

Hacer de cada agricultor emigrante un colono, este es el problema que se impone a sí misma la República Argentina; pero su solución, hasta ahora, solo se ha buscado entre las ilusiones de la teoría.

Los colonos y la colonización nos preocupan mucho porque en ellos se basa el futuro de nuestra emigración; y no solo de esta, sino el futuro mismo de la Argentina. Por ello, no resultará de poco interés al lector que dediquemos a aquellos la siguiente carta.

EN LOS CAMPOS ARGENTINOS LOS «COLONOS...»

del *Corriere della Sera* del 24 de agosto de 1902

EN LA ARGENTINA HAY unos ochocientos mil kilómetros cuadrados de tierra cultivable, de las que apenas se trabajan cuarenta y cinco mil. Esto es muy seductor para las masas que emigran. La conquista parece simple; esa tierra solo espera el trabajo para prodigar sus inmensos tesoros; y aquí están los brazos, nosotros los tenemos.

Pero el emigrante, que llega allí atraído por la ilusión de una prosperidad que parece segura, que sueña —por el derecho que da el trabajo— con convertirse en propietario de una tierra que ahora está abandonada, salvaje e infructuosa, pronto se da cuenta de que la realidad es muy diferente de los hermosos sueños que han reconfortado su salida de la Patria.

Esto es lo que encuentra:

De la gran superficie de tierra disponible, solo es accesible una parte muy pequeña, es decir, solo aquella porción cuyos productos puedan ser transportados o podrían ser transportados en un futuro no muy lejano. A diez leguas de un ferrocarril o de un río navegable el precio del transporte absorbe el valor del producto; a partir de allí comienza la interminable zona de tierra inútil en la que no es posible más que una vida salvaje, sin contacto con la humanidad; una vida que es inaceptable si no se le da la esperanza de un límite. Hay tierras que actualmente no

son atravesadas por los ferrocarriles, pero, que probablemente lo serán. Aquí la vida salvaje puede afrontarse, porque existe la posibilidad de salir pronto de ella. Después de todo, el cálculo del tiempo no debe superar los límites de la vida humana. Tener el gran pronóstico de un futuro brillante y fabuloso en épocas venideras no nos conmueve tanto como el de la esperanza del más modesto bienestar que pasa por nuestras mentes como compensación por nuestro trabajo.

La tierra abierta al fecundo trabajo del hombre se reduce aproximadamente a una decimotercera parte de toda la tierra cultivable, y a una cuadragésima parte de la superficie total de la República. Ahora bien, esta tierra, en su mayor parte, ya no es gratis, y tiene un coste que la especulación ha hecho exagerado.

Entremos un poco en el mecanismo de la compraventa de terrenos. Pertenecen, en gran parte, a latifundistas argentinos, que casi siempre han entrado en posesión o por derecho de «denuncia» —por el cual, a veces, se podía convertir en propietario de las tierras denunciadas al Estado como libres— o, más a menudo, a través del favoritismo por compensación de maniobras políticas o por regalías gubernamentales o, tal vez, por ningún derecho. En época de la sangrienta conquista, cuando las miserables tribus indias fueron barridas de la Pampa, se cedieron enormes parcelas de tierra a los líderes del ejército y a los amigos del gobierno. Estas tierras tenían un valor mínimo, eran pastos salvajes y sin cultivar. Nuestra emigración, al introducir la agricultura, les dio un valor mucho mayor, y la tierra pronto se convirtió en objeto de la más desenfrenada especulación, cuyas lucrativas retribuciones pagaba y paga el trabajo italiano.

El agricultor no tiene otro sueño que el de convertirse en propietario. Explotar esta legítima aspiración es la base de la especulación, que siempre ha procedido y procede de la siguiente manera: el latifundista divide su propiedad en porciones que,

llegado el momento, confía sus ventas al *remate* —una especie de subasta pública—. Si la corriente inmigratoria es fuerte, y si los terrenos son fácilmente accesibles, se encontrará inmediatamente con los especuladores o con las «Sociedades de especuladores» que los compran. A menudo estas tierras, magnificadas por *réclames*^a verdaderamente americanas, van de *remate* en *remate*, aumentando su coste de forma extraordinaria, sin que ningún trabajo haya aumentado mínimamente su valor. Lo que se va hipotecando es el trabajo futuro. Finalmente, cuando se presenta la oportunidad, la tierra, dividida en pequeñas parcelas, se transmite a los agricultores en condiciones nefastas.

A veces, el precio se multiplica por cien. Por ejemplo, leo en un informe publicado en 1891, que la colonia Pilar, comprada por un agente alemán llamado Lehman¹³⁵ por *seiscientos* pesos bolivianos, dividida en concesiones y revendida, luego pasó a manos de los colonos con el acuerdo de pagos en plazos; después de siete años, se supo que nueve décimas partes fueron compradas por colonos italianos por un precio total de *cincuenta mil* pesos.

Los colonos son tentados a comprar por todos los medios. Si los compradores no acuden, se cambia el nombre de la colonia

^a Publicidades, propagandas.

¹³⁵ Guillermo Lehmann, de origen alemán, a su llegada a la Argentina se estableció en Esperanza (provincia de Santa Fe). En 1875 adquirió a Mariano Cabal las tierras en las cuales fundó los pueblos de Nuevo Torino y Pilar (1876). Según el informe de la Inspección de Colonias: «Son veinte y cinco las familias establecidas y treinta y dos las que aún deben habitarlo de acuerdo a las ventas verificadas. Muy pronto algunas de ellas se instalarán alrededor de la Plaza con un atahona, una carpintería, una herrería y otros servicios. Se adjudicaron cincuenta mil ladrillos para un edificio de Administración» (cfr. Laura Cimadevilla, en *Colonia Pilar, Santa Fe 1876, un pueblo de la Pampa Gringa*).

en venta; a una colonia que, bajo el nombre español, no encontraba compradores se la llamó *Nuova Torino*, y se pobló de emigrantes piamonteses, felices de encontrar, al menos en el nombre, un dulce recuerdo de la Patria abandonada. Dos colonias vecinas, situadas en terrenos pantanosos, pronto encontraron compradores italianos cuando fueron bautizados con los nombres de Umberto y Margherita. En los carteles de *réclame* de estas colonias se dibujaron dos hermosas plazas, alrededor de las cuales debían construirse las casas. Los pobres campesinos que fueron allí se encontraron con que en lugar de plazas había *cañadas*, es decir, pequeños pantanos.

Demandaron la anulación de los contratos, pero el vendedor lo remedió creando para las dos colonias un centro al que le dio el nombre de *Nuova Roma*, y todos quedaron contentos.

Los carteles de *réclame* son obras maestras del género: el «plano» de las colonias aparece todo verde, con hermosos caminos blancos, divididos en cuadrados en los que la ingenua ilusión de los agricultores recoge abundantes cosechas. ¿Cómo resistir a la tentación de comprar un pedazo de esa hermosa tierra cuando tienes unos cuantos miles de pesos en el bolsillo, ahorrados sabe Dios con cuántos sacrificios? No es necesario pagar inmediatamente: se paga en cuotas anuales. Se paga en cinco, siete o diez años.

Así, el colono llega a pagar un precio enorme. No siempre consigue cumplir con sus compromisos, y entonces se le priva de la tierra que ha abonado, por la que ha gastado durante años y años toda su energía y su preocupación, aquella tierra en la que había puesto todas sus esperanzas. Debe abandonarla, abandonar el hogar que, a menudo, ha construido con sus propias manos; y es consciente de la necesidad de abandonar los cultivos, todo. Y se encuentra en la miseria absoluta; todo debe volver a empezar.



El colono no recibe el título de la tierra comprada hasta tanto no haya hecho el último pago; esto es lo que hace que su posición siempre sea incierta. Mientras las cosechas sean buenas puede salir del paso dedicando todo su trabajo a pagar las cuotas. Es una vida de sacrificio y de privaciones, pero está dentro de los límites de lo posible; y en el fondo ve la liberación, la incuestionable posesión, el comienzo de la prosperidad tan soñada. Pero las cosechas no siempre son buenas; hay langostas, ventisca, sequía, que llegan con una periodicidad espantosa y, de repente, acaban con la cosecha de un año; y todo puede perderse; por tanto, aunque no sea expulsado de la tierra, la acumulación de pagos y la necesidad de contraer deudas lo convierten indefinidamente en un esclavo del vendedor; a menos que no llegue un año dorado, que, por desgracia, es muy raro. *La Patria degli Italiani* escribió en febrero: «Para el colono, el trabajo es un juego en el que, frente a nueve circunstancias en las se puede ver completamente frustrado el trabajo de un año, solo una le permite algún beneficio e, incluso ésta, es abandonada al capricho de la fortuna ... De vez en cuando, y cuando menos se lo espera, un flagelo arruina la cosecha de los Estados Unidos o de Rusia; el trigo y el lino se vuelven escasos en los mercados de consumo, Europa se ve obligada a proveerse de ellos a cualquier precio, y pagan los cereales a *peso* oro; es entonces, cuando de la 'rueda de la fortuna' finalmente sale el número esperado por los agricultores; el beneficio de la cosecha paga todos los gastos y toda la usura».

Como se puede ver, las condiciones de venta, que son generales, hacen que la situación de los colonos sea muy difícil. A todo esto, a menudo, se añaden los engaños y fraudes en el contrato —que la Justicia deja impunes—, las trampas en las que fácilmente caen nuestros pobres agricultores, quienes realmente no merecen su tradicional reputación de listos, y mucho menos en el extranjero.

Es frecuente que el contrato de compraventa sea nulo porque el vendedor no tenía el derecho de propiedad sobre la tierra vendida. Las causas por impugnación de la propiedad son muy comunes en la Argentina, incluso por la falta de un catastro completo y regular, que, a menudo, hace imposible determinar la autenticidad de un título.

La venta de tierras en *remates*, por parte de personas que no tenían ningún derecho sobre ellas, adquirió un desarrollo fantástico. Todo lo que se necesitaba era un poco de *réclame* en los periódicos; se imprimían planos imaginarios de terrenos, divididos en lotes, y se *remataban*. Los compradores pagaban unas arras para obtener un título que, por supuesto, no valía nada. Con este sistema fueron *rematados* muchos pantanos en la provincia de Buenos Aires —especialmente cerca de La Plata— haciéndolos pasar por hermosas parcelas de tierra. También se ha rematado el lecho del Paraná. Una sociedad anónima, la «Colonizadora Popular», cuyo gerente huyó a Nueva York —una gran empresa que, incluso, poseía pequeños vapores en el Río de la Plata y en el Paraná— vendió, sin imaginarse jamás que tuviera el derecho a hacerlo, una cantidad extraordinaria de terrenos en el norte, se puede decir que casi todo el sur del Chaco, defraudando unos tres millones de pesos que, en gran parte huelga decirlo, eran italianos.

Pero incluso ahora que ha pasado la fiebre del oro, parece que las ventas de la «Colonizadora Popular» no hayan pasado de moda, si es cierto lo dicho en un artículo de *La Patria* del 16 de abril, en el que se piden medidas contra algunos *rematadores* que subastan tierras, se embolsan su parte y a los compradores les dejan la satisfacción de constatar, después de algún tiempo, que la subasta no era regular.

Se superan los límites de lo verosímil. Una forma de fraude, bastante frecuente, es esta: un hombre influyente, amigo

del Gobierno, compra un terreno nacional para ser pagado un tiempo determinado, normalmente diez años. De inmediato, *remata*. El terreno sufre el habitual proceso de encarecerse, y finalmente se vende a los colonos, quienes lo cultivan, lo fertilizan con su sudor y pagan las cuotas anuales acordadas. Pero el amigo del Gobierno, que se ha embolsado un gran capital, se olvida de pagar la tierra al Estado. Pasa el tiempo establecido y su contrato es nulo. El Estado se convierte de nuevo en dueño y secuestra la tierra. Los subcontratos de los contratos son nulos; las tierras están mal vendidas, y sus *recibos provisionales* no valen nada. Son despojados de la tierra que ahora pertenece a otro concesionario, quien los termina expulsando.

A veces ha ocurrido —y, por cierto, muy a menudo— que el vendedor constituye una hipoteca sobre los fondos vendidos a los colonos, aprovechándose hábilmente del hecho de que estos solo tienen el título de propiedad al finalizar el último pago. Recoge las cuotas anuales de los colonos y se va en paz. Los pobres campesinos se ven privados de sus propiedades o tienen que someterse al pago de la hipoteca, es decir, empezar de nuevo.

Un argentino muy rico, que había mal comprado unas tierras en San Vicente, en la provincia de Santa Fe, pensó en rehacerse vendiéndoselas a los colonos italianos. En el acuerdo figuró un agente, que vendía las parcelas a los colonos en cuotas anuales y pasó los ingresos al rico argentino —el hecho es bien conocido en toda la provincia—. Al cabo de unos años, los verdaderos propietarios hicieron juicio a los colonos y consiguieron desalojarlos a todos. Algunos de aquellos infelices prefirieron volver a pagar, pero tuvieron que pagar el doble porque la tierra, después de siete años de trabajo, había duplicado su precio. De este modo, la pagaron tres veces su valor. Menciono este caso, porque el argentino en cuestión ha ocupado un altísimo cargo en el gobierno de la provincia de Santa Fe y está entre los hombres políticos

mejor reputados; lo llaman el *tirano honrado*¹³⁶. Esto demuestra que allí, hacer este tipo de cosas, en el fondo, no es tan grave. Es un poco de *viveza*.



Es imposible enumerar todas las infamias de este tipo de las que son víctimas nuestros colonos. Lo malo es que el mal ejemplo viene de arriba. Me gustaría mencionar un incidente –que puedo documentar– que ocurrió recientemente en Yerúa¹³⁷. El Gobierno argentino vendió tierras a colonos italianos, a pagar a plazos durante diez años. Cuando faltaban los últimos pagos, los encargados de la recaudación se negaron a recibir el dinero para poder así, mantener indefinida e ilegalmente la posesión. ¿Y por qué? Para poder ceder una parte de aquellas tierras ya pagadas, sagradamente pagadas, a una compañía ferroviaria.

¹³⁶ Se trata de José Bernardo Iturraspe (Santa Fe, 1847 – Buenos Aires, 1906), político y empresario colonizador. Ocupó el cargo de Gobernador de la provincia de Santa Fe, entre los años 1898 y 1902. La historia de la colonia San Vicente comienza en 1882 cuando Iturraspe compra al gobierno provincial un campo de 150 km al oeste de la ciudad de Santa Fe, con el objeto de facilitar la llegada de inmigrantes. Surgen así San Vicente y otras colonias en tierras que pertenecían a la empresa colonizadora formada por José Bernardo Iturraspe, Bernardo Iturraspe (padre de José Bernardo) y José Gálvez (gobernador de la provincia, 1886-1890). El grupo de colonos, formado por treinta familias italianas y cuatro españolas, se enfrentó al problema legal de haber adquirido unos terrenos a Iturraspe que no eran de su propiedad, sino de la familia Palacio (de Buenos Aires). La Justicia dio la razón a los Palacio sosteniendo que Iturraspe había vendido a aquellos primeros colonos tierras que no le pertenecían legítimamente. Sin embargo, las familias inmigrantes, con su esfuerzo y sin perder la esperanza, continuaron contribuyendo al nacimiento de la colonia San Vicente.

¹³⁷ Yerúa o Estación Yerúa es una localidad rural ubicada en Concordia, provincia de Entre Ríos que ha tomado su nombre de la estación de ferrocarril en torno a la cual fue fundada.

Entre errores y fraudes, no es exagerado decir que más del 60% de los contratos de venta de tierras son de validez no comprobada. La colonia Cello¹³⁸, la colonia Josefina, la colonia Santa Rita, han sido pagadas dos veces en su totalidad; de hecho, mucho más, porque el nuevo pago ha tenido en cuenta, en gran medida, el aumento del valor.

No es fácil imaginar lo que supone a veces este aumento. El colono toma posesión de una tierra virgen, y la tierra necesita largos, pacientes y laboriosos cuidados antes de prepararla para la fertilidad. El colono tiene que rodearla con vallas, debe construirse la casa, excavar los pozos, construir los caminos, criar los animales de trabajo, surcar la tierra, todo ello repetidamente. Solo después de varios años recoge los frutos de su asiduo trabajo. En los primeros años las semillas se pierden; los cardos y las malezas enterrados por el arado vuelven a levantar sus tallos tenaces entre los terrones, ahogando el trigo; es necesario aplastarlos de nuevo bajo los golpes de las herramientas de campo, como serpientes, hasta que se retiran de los campos cultivados, derrotados y dispersos. Y bien, es precisamente en este momento cuando el agricultor está a punto de recoger los primeros frutos de su trabajo —en la mayoría de los casos son mal vendidos— que se ve expulsado. Debe abandonar la tierra «con todo lo plantado, edificado y clavado en ella», como se dice en los contratos de venta. Y también debe abandonar la cosecha, porque este tipo

¹³⁸ Colonia Cello es una localidad rural ubicada en Castellanos, provincia de Santa Fe. Fue fundada en agosto de 1884 por Gerónimo Cello, en el marco de las políticas llevadas a cabo por el Gobierno que impulsaba la creación de colonias en razón de las importantes corrientes migratorias que llegaban al país. Gerónimo Cello ocupó el cargo de senador nacional por la provincia de Santa Fe tras la muerte del rosarino Servando Florencio Bayo (quien fuera gobernador entre 1874 y 1878).

de desahucio allí aparece, como una mala planta, cuando las mieses maduran.



Por eso, tanto el *colono* como el *mediero* –del cual el lector ya conoce la triste existencia– se ven obligados a explotar la tierra a ultranza, repitiendo sin descanso los cultivos más fáciles de vender y los más rentables, como el trigo, el lino y el maíz; sin concederle nunca una rotación, lo que significaría una pérdida de tiempo y dinero; sin renovar nunca las sales tomadas por la vegetación; sin darle nunca descanso.

La tierra se empobrece rápidamente. La vida de una colonia no supera los veinticinco años. La crisis agrícola, en muchas de las colonias más antiguas de la Argentina, se hizo endémica. Entre Ríos y Santa Fe declinan. Se leen en los periódicos argentinos sombrías descripciones de profundas miserias. Si el colono fuera dejado libremente en su campo, sin la opresión de una explotación tan grave, con certeza, a las langostas del Chaco no les serían suficientes dos años para destruir la prosperidad del campo argentino. Es que los desastres agrarios encuentran tanto a la tierra, como a sus empobrecidos trabajadores, incapaces de resistir.

La Patria del 15 de enero exponía cruelmente esta situación. «Quien paga el precio, es el trabajo», escribía. En definitiva, o bien los colonos tienen que pasar hambre para compensar los costes a los terratenientes y a los capitalistas, o deben volverse insolventes frente a quienes les proporcionan la subsistencia; todo el mecanismo de la economía rural tiene un solo objetivo: engordar el bolsillo de los latifundistas y de las empresas de colonización».

Tienen mucho que pensar los incansables organizadores de nuestras huelgas rurales.



Ahora el Gobierno argentino, para compensar la constante disminución de la producción agrícola, pretende dar un nuevo gran impulso a la colonización en el Sur. Pero ninguna prosperidad duradera será posible si la tierra no se distribuye directamente a los agricultores, evitando cualquier intermediario. Pero, ¡ay! los negocios y la especulación ya están comenzando a extender sus tentáculos a lo largo de las rutas de los nuevos ferrocarriles del Sur ...

En la Argentina hay más de doscientos mil desocupados, en parte agricultores que han abandonado los campos convertidos en infértiles. Con esta masa de expertos trabajadores sería posible que el Gobierno argentino intentase un vasto experimento de colonización, antes de estimular ciegamente una nueva inmigración italiana, que allí podría encontrar antiguos dolores y desengaños.

Esta es la mínima garantía a la que podemos aspirar contra la explotación de nuestra emigración laboral¹³⁹.

¹³⁹ Para profundizar sobre el proceso de colonización: Gastón Gori, *Inmigración y colonización en la Argentina*. Buenos Aires, Eudeba, 1986. Carlos M. Tur, *Colonias y colonizadores*. Buenos Aires. Centro Editor de América Latina, 1974. Waldo Ansaldi, «Revueltas agrarias pampeanas» en *La vida de nuestro pueblo*, Volumen 3. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1981. Roberto Schopflocher, *Historia de la colonización agrícola en Argentina*. Buenos Aires, Editorial Raigal (Colección Campo Argentino), 1955. También: *La colonización gringa de Santa Fe*, disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=i0EdvFOTPMm> [Fecha de consulta: 15 de agosto de 2021].

LA TUTELA DE LA MADRE PATRIA

del *Corriere della Sera* del 31 de agosto de 1902

UN CÓNSUL ITALIANO¹⁴⁰, representante de nuestra diplomacia en una de las principales ciudades de la República Argentina –una ciudad donde viven no menos de cuarenta mil de nuestros compatriotas– una buena mañana envió la siguiente carta a *La Patria degli italiani*. Es el grito de un buen burócrata que encuentra su escritorio demasiado cargado de trabajo e invoca la merecida tranquilidad:

«En el interés y por el bien de nuestros compatriotas que tienen reclamaciones que hacer por actos de la autoridad por los que se consideran perjudicados, le agradeceré quiera publicar el siguiente aviso:

De acuerdo con los principios establecidos por el Gobierno del Rey, los súbditos reales que consideren sus derechos

¹⁴⁰ Podría referirse al cónsul de la ciudad de Rosario, con jurisdicción en las provincias de Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, y en los territorios de Misiones, Formosa y Chaco. Según las *Memorias de la Cancillería* argentina, el *cavaliere* Luigi Testa asumió dicho cargo a partir del 23 de mayo de 1901, fecha del exequatur. Con anterioridad, en 1882, Testa se había desempeñado como vicecónsul en Buenos Aires; luego continuó su carrera por lugares como Lima (Perú), Bona (Argelia), Boston (Massachusetts) y Newcastle (Gran Bretaña), hasta su vuelta en Argentina y recalar en la ciudad de La Plata; años más tarde, en enero de 1901, fue enviado a la ciudad de Rosario. Es autor de *Le voci del servizio diplomatico-consolare italiano e straniero*, publicado en La Plata, en 1897, por la imprenta La Popular.

vulnerados por alguna autoridad local deberán, *en primer lugar*—y basándose en las garantías que les otorgan las constituciones argentinas— dirigirse sucesivamente, si es necesario, a *todas* las autoridades superiores a aquella que les perjudicó proporcionándoles pruebas convincentes de los hechos afirmados».

Una aclaración: en el texto original las palabras en cursiva están subrayadas. Y seguimos:

«Solo en el caso, no presumible, de que la autoridad suprema local se haya negado a hacer justicia o haya violado, indiscutiblemente, esta última, los súbditos reales podrán recurrir a la intervención de la autoridad consular, probando:

1.º Que el denunciante tiene derecho a la protección consular invocada, porque actualmente posee la nacionalidad italiana, y por la regularidad de su situación ante las leyes de la Patria.

2.º Que la denuncia está basada en hechos reales que, por lo tanto, deben ser probados; y que ello tenga fundamento jurídico, ya que no todos los daños son susceptibles de resarcimiento.

3.º Que haya habido —lo cual no debe suponerse— una denegación o patente violación de justicia por parte de las supremas autoridades locales.

Sin embargo, se deja al prudente criterio de equidad del Real Cónsul el juzgar caso por caso, la conveniencia o no de interponer, desde el inicio, a favor de los denunciantes su propia intervención *oficial*, con el objeto de obtener transacciones justas y acuerdos amistosos.

Agradezco, etc.».

Esto significa simplemente que, en la Argentina, los consulados son inútiles. Supongamos un caso práctico, tomemos un ejemplo de las informaciones de todos los días: un oficial de policía, para divertirse, le clava un puñal a un *gringo*. El pobre no puede correr al cónsul, quien debería representar la tutela, la protección de su patria. No, él debe «en primer lugar, basándose

en las garantías que les otorgan las constituciones argentinas, dirigirse *sucesivamente, a todas las autoridades superiores*, etc.». Entonces, confía en las garantías y corre –si puede– al oficial de policía; si no sirve de nada, va al comisario; ¿no basta? entonces protesta ante el «jefe político»; si el alto funcionario no le hace caso, acude al ministro de la provincia; si el ministro le niega la justicia, va al gobernador; ¿el gobernador lo manda al infierno? entonces se dirige al ministro de Justicia del Gobierno Federal; y si se este se niega a admitir el reclamo, el pobre hombre llamará a la puerta del Presidente y le contará los hechos. Mientras tanto, cabe señalar que el ‘súbdito real’ –para usar el término burocrático– habrá llevado detrás, siempre consigo, a los testigos y expertos o al menos los peritajes, porque es necesario «proporcionar a todas las autoridades las pruebas convincentes de los hechos afirmados». El presidente tampoco lo escucha, «esto no debe suponerse» –dice nuestro cónsul– pero supongámoslo porque la verosimilitud gana, y entonces el ‘súbdito real’ –o sus descendientes, porque mientras tanto habrán pasado muchos años– estando en pleno cumplimiento de la normativa consular, recurre al Cónsul. La cosa es muy sencilla; solo tiene que «demostrar que está en posesión de la nacionalidad italiana y demostrar la regularidad de su situación ante las leyes italianas»; luego pasa a demostrar que «el reclamo se basa sobre la realidad de los hechos que, por tanto, deben ser probados» y hace una breve disertación jurídica sobre la base legal. Por último, solo tiene que probar la denegación o violación de la justicia –y que sea «patente»– por parte de las supremas autoridades locales y, finalmente, el Cónsul comenzará con los pasos necesarios para obtener la reparación.

Bueno, todo esto es una broma pesada en un país donde la justicia es lo que es, donde el abuso y el atropello son moneda corriente, y donde el crimen, especialmente si es en detrimento

de los extranjeros, a menudo queda impune. ¿Qué defensa ofrece Italia a sus lejanos hijos? ¿qué protección? El comunicado del Cónsul en cuestión nos lo dice. ¿No es culpa nuestra que los lazos entre la Madre Patria y los emigrantes se rompan tan fácilmente?



Ese comunicado tiene un significado muy serio, porque no representa una rareza por parte de un cónsul extravagante, poco escrupuloso de sus deberes, sino que es la expresión de todo nuestro sistema diplomático; recoge los «principios establecidos por el Gobierno del Rey»; representa el espíritu de la ley; es la ley. No es el Cónsul que no quiere proteger a las víctimas italianas de los habituales abusos de las autoridades argentinas; no, es nuestra ley la que no los defiende, la que nunca los ha defendido. El Cónsul del que he hablado no ha hecho más que transcribir lo que dicen los reglamentos diplomáticos; él está en regla. Quizás se haya visto asediado por las protestas de nuestros maltratados hermanos, entre tantos gritos de auxilio no ha sabido a cuáles hacer más caso; y escribió esa carta. Esta, en otras palabras, quiere decir: ¿Crees que lo puedo hacer bien? ¿Crees que puedo darte protección, ayuda, defensa? ah, no, no sabes cuáles son las atribuciones del cónsul; son estas y estas.

Es cierto que «se deja al prudente criterio de equidad del Real Cónsul el juzgar, caso por caso, la conveniencia o no de interponer su propia intervención *oficial* a favor de los denunciantes», pero ese criterio de prudencia es tan prudente que muy rara vez pone la cabeza fuera del Consulado, y solo lo hace cuando es imposible prescindir de él.

Dondequiera que uno vaya, se escuchan protestas contra la inercia de los cónsules. Han ocurrido cosas increíbles, y solo hablando de los últimos tiempos; italianos vejados, engañados,

atropellados, heridos y asesinados sin que ninguna voz de protesta se alce con valentía en nombre de su Patria. Las autoridades consulares piden explicaciones a las autoridades argentinas; éstas se las dieron –buenas o malas, poco importa–; las autoridades consulares se declaran más o menos satisfechas y agradecen. Las víctimas están siempre del lado equivocado, se entiende. Una infinidad de hechos que han despertado la indignación pública han ocurrido así, como la cosa más natural.

El 13 de julio pasado un italiano, un tal Domenico Barolo, fue detenido sin motivo en su casa, en Rosario. Los agentes se lo llevaron a la calle, extrajeron sus puñales y lo golpearon, tanto con el filo como con el plano, hasta derribarlo al suelo. Entonces llamaron a un coche y lo arrojaron de lado, como un saco, colocando los pies sobre el pecho. Reanimado en la comisaría, querían hacerle pagar una multa de doce *pesos*, pero luego, por intermedio de un caballero que lo conocía, fue liberado. Todo esto ha sido narrado en detalle por el periódico argentino *La República* que, tras comprobar la veracidad de la noticia, envió un redactor al Consulado de Italia acompañado por la propia víctima para protestar. Después de unos días, el mismo periódico informaba que las explicaciones de la policía argentina habían sido consideradas satisfactorias por el Consulado italiano. Aquel infeliz se habría hecho las heridas a sí mismo, al caerse. Basta con decir –observa *La República*– que tiene, entre otras cosas, varias heridas en la parte superior del cráneo, y para hacérselas habría tenido que caer repetidamente con la cabeza hacia abajo y las piernas en el aire, recto como un huevo.

De estos hechos hay a montones. Otro, también peculiar. En Bahía Blanca, el pasado mes de marzo, la policía atacó con sus armas a los trabajadores italianos que habían hecho huelga por las razones sacrosantas que hemos explicado en otro artículo. Cuatro personas resultaron heridas, una de ellas de gravedad.

Ningún guardia resultó herido. La autoridad consular, después de pedir explicaciones a la policía y realizar una especie de investigación, concluyó que los trabajadores estaban equivocados, que la policía era la víctima o poco menos, y que no se había podido saber el nombre ni siquiera de uno de los supuestos heridos. Los nombres, si a las autoridades aún les interesa saberlo, aquí están: Federico Dellepiane, Ivano Franchetti, Pasquale Severini y Pietro Giorgenti. Los dos primeros también fueron encarcelados. El herido grave fue Dellepiane. La cuestión no es un secreto —excepto para la diplomacia, que sí lo parece— ya que se hizo público en una protesta de los comerciantes de Bahía Blanca al *Jefe político*; una protesta que llevaba cuarenta y tres firmas, entre las que había muchas de argentinos.



Con el debido respeto, cuando pensamos que la policía norteamericana puso el mundo al revés por el secuestro de una tal «miss Stone» a manos de unos bandidos búlgaros —quien, después de todo, fue a pescar su desgracia con la más evangélica buena voluntad—¹⁴¹; cuando pensamos que, por un misionero asesinado o incluso amenazado en China, se exigen solemnes reparaciones y se mueven amenazadoramente las flotas; cuando pensamos en todo esto, sentimos vergüenza por el abandono en el que dejamos a nuestros compatriotas en el extranjero,

¹⁴¹ El «asunto Miss Stone» tiene como protagonista a la misionera protestante estadounidense Ellen Mary Stone, quien fue secuestrada junto a la misionera búlgara Katerina Cilka por la Organización Interna Revolucionaria de Macedonia —de ideología nacionalista y tendencia probúlgara—, en agosto de 1901. El objetivo del secuestro era puramente económico, es decir, recibir un fuerte rescate para sostener financieramente a la OIRM. Luego de largas e intensas negociaciones, se pagó el rescate y las rehenes fueron liberadas en febrero de 1902.

permaneciendo indiferentes a toda infamia, inertes y tranquilos. Y luego nos sorprendemos si los italianos no gozan de demasiado prestigio al otro lado del Atlántico.

En un país como la Argentina, donde los hombres suelen poner en la balanza de la Justicia el peso de sus influencias y de sus relaciones, el extranjero, que no tiene ninguno de estos pesos para poner, encuentra la balanza terriblemente defectuosa. Para volverla a la normalidad, los representantes de su país deberían sopesarlo suficientemente con su autoridad. Nuestros representantes hablan seriamente de las garantías constitucionales argentinas sobre las que deberíamos basarnos y, en cada cuestión, parten del principio de que «no debe suponerse una denegación o violación de la justicia». ¡Ya, como si allí la balanza funcionara bien!

Un día, un diplomático italiano me dijo que los emigrantes, por el mero hecho de haber ido allí, aceptaban todas las condiciones en las que se desarrolla la vida en ese país, aceptaban su justicia, su administración, etc. El razonamiento es conveniente, pero es falso. Ellos, pobres, no saben nada de nada; ellos aceptan, como la oveja por el mero hecho de seguir al rebaño, acepta las tijeras que la esquilan o el cuchillo que la degüella. Y así es como muchos, demasiados, de nuestros representantes diplomáticos sienten su misión. Es también cierto que el que quiere hacer, no puede.

No puede porque hay costumbres, hay precedentes. Un cónsul o un ministro italiano que se toma a pecho un asunto y habla alto, con decisión, con dignidad, no pensaría demasiado en las autoridades locales, que siempre podrán decir: «en una ocasión similar a esta se hizo así y así y estuvisteis contentos; en esta ocasión haremos lo mismo, y deberíais estar contentos». No puede, porque los casos para alzar la voz de protesta, para invocar la justicia a gritos son tales y tantos, que un cónsul diligente

en América del Sur no sabría por dónde empezar, dónde poner sus manos si no es agarrándose la cabeza de la desesperación. No puede, porque sabe que detrás solo tiene –pobre emigrante también él– una protección muy débil. El Gobierno no quiere molestias, no quiere complicaciones; el diplomático más hábil es aquel que da menos problemas, el que menos incidentes suscita. No hay que ser demasiado exigente, Dios mío, hay que contentarse con las explicaciones que los gobiernos interesados tengan la bondad de proporcionar. El diplomático que tiene demasiados escrúpulos de inmediato es quitado del medio; de esta forma, las buenas relaciones internacionales están a salvo. También en esto hay costumbre; tanto es así que, si nuestro Gobierno se suma a las protestas de uno de sus agentes, no se involucra demasiado, ni siquiera en una Venezuela. ¡Es tan novedoso! Básicamente, el Gobierno dice a sus cónsules y ministros lo que ellos dicen a los ‘súbditos reales’: ¡Arréglense ustedes mismos!



Y ellos se las arreglan. Intentan mantenerse amigos de las autoridades locales, tratan de no fastidiar en nada, de ir adelante escabulléndose entre cuestión y cuestión, convencidos, a veces, de que esta es la forma correcta de cimentar los acuerdos entre gobierno y gobierno, para fomentar las hermandades. Las autoridades locales están *encantadas* con ello. De este modo, ellos garantizan la tranquilidad en las relaciones diplomáticas y no comprometen sus carreras.

Y no se equivocan. Están preocupados por sus carreras, y con razón. Son empleados; de hecho, son demasiado empleados. Y la diplomacia no debería proceder de la misma manera que la burocracia. La promoción y el traslado de los agentes diplomáticos deberían estar sujetos a leyes muy diferentes de aquellas que rigen la promoción y el traslado de otros empleados del Estado. Un

diplomático no puede ser, supongamos, vicecónsul en Amberes, cónsul en São Paulo, Brasil, cónsul general en Constantinopla, secretario en Tokio, al igual que un funcionario de impuestos directos es empleado en Sassari y recaudador en Otranto. La actuación del diplomático abarca el entorno en el que vive, y debe ser diferente según los diferentes entornos. Un cónsul, en la Argentina o Brasil, no puede limitarse a dar protección a sus compatriotas en la misma medida y de la misma forma que, por ejemplo, en Londres o Berlín. Los Gobiernos, las autoridades, la Justicia y las administraciones ofrecen garantías muy diferentes en los distintos países, y es absurdo que el trabajo de los cónsules esté limitado por los mismos «principios establecidos por el gobierno del Rey» en cualquier parte del mundo en que se encuentren. El cónsul debe ser capaz de salir de esas trincheras de protocolo, y para salir de ellas debe conocer íntimamente el entorno. Pero esto nunca sucederá mientras su «carrera» lo lleve a considerar el puesto que ocupa como una situación transitoria.

«En tres años, en dos años, en un año, me habré ido» —piensa— y sigue plácidamente con su vida, cerrando ojos y orejas a las protestas que surgen a su alrededor y a las angustiosas peticiones de ayuda y de defensa. Si él, por una larga residencia o por un alto sentimiento del deber, profundiza en el entorno, sabe encontrar todos los hilos del nuevo mecanismo social en el que se encuentra, conoce a los hombres que lo rodean, sabe cómo hablar con ellos, sabe cómo pedir, conceder o querer, entonces, se lo relega a las antípodas. Tuvimos, por ejemplo, un funcionario experto en África que conocía perfectamente Eritrea y sus habitantes, que hablaba árabe y amárico, y lo enviamos como cónsul a ... China, como si los chinos y los abisinios fueran la misma cosa. Así son, más o menos, nuestros «movimientos diplomáticos».

Los ingleses, en cambio ... (es molesto tener que recurrir siempre al ejemplo inglés, pero los ingleses, con demasiada frecuencia, incluso en esto, tienen una superioridad indiscutible) ... los ingleses, decía, 'crean' diplomáticos para muchos países, diría que son casi especialistas. En Pekín, en la delegación inglesa hay muchos estudiantes de chino que, habiendo alcanzado la madurez en sus estudios, se convierten en cónsules ingleses en todo el Imperio Celestial¹⁴². El actual ministro británico en Pekín es uno de los orientistas más estimados, y sus obras sobre la antigua literatura china tienen un valor incalculable¹⁴³. En muchos países, en la Argentina entre otros, algunos cónsules de Inglaterra son comerciantes. Ofrecen muchas ventajas: tienen un perfecto conocimiento del país, de sus fuerzas económicas, de su potencial productivo y de su poder de consumo; tienen, también, una innegable habilidad diplomática, porque la *astucia* de un comerciante no tiene rival; y tienen la inmovilidad, que es garantía de seriedad, de circunspección y de experiencia en el entorno. Por último, una ventaja, no menos importante, es que los intereses de su nación van de acuerdo con sus propios intereses; una disminución de prestigio es una disminución en los negocios; la prosperidad del comercio inglés es también su fortuna. Se mezclan con la vida social, la fuerza que proviene de su autoridad no permanece encerrada en su oficina, sino que se irradia sobre todo el vasto círculo de sus compatriotas que tienen negocios, relaciones y contactos con ellos. Ciertamente, no es deseable que, para imitar a los ingleses, nuestros cónsules en

¹⁴² Expresión con la que era designada la China Imperial durante la dinastía Qing (1644-1912).

¹⁴³ Se trata de Sir Ernest Mason Satow (1843-1929), diplomático, naturalista y explorador inglés, erudito especialista en estudios japoneses, que abarcan también los chinos (sinología) y coreanos (coreanología). Desempeñó el cargo de Embajador del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda en el Imperio Chino durante los años 1900 y 1906.

las ciudades más pequeñas deban convertirse en comerciantes y viceversa; pero que los cónsules fuera de Europa, para cumplir con su carrera diplomática, permanezcan en el país que mejor conocen, esto sí que en verdad debería pretenderse.



Con nuestro sistema, está claro que el gobierno no siempre tendrá —a través de sus representantes— una idea demasiado clara de la esencia y el carácter de ciertos gobiernos lejanos y, en consecuencia, de la forma más eficaz de tratar con ellos.

Basta con comparar la actuación de nuestro Gobierno con el argentino en algunos casos, y la del gobierno inglés en casos similares (y perdón por volver al tema de los ingleses). Una vez —hace muchos años, pero quienes han tenido contacto con el mundo diplomático en Buenos Aires lo recordarán bien— un súbdito inglés fue asesinado por un *caudillo* de la capital de la provincia. A las peticiones de justicia, el Gobierno argentino respondió con promesas que quedaron en tal estado ... de promesas. A las protestas del ministro inglés no se les dio respuesta esperando el benéfico olvido del tiempo. Entonces, el Gobierno inglés hizo poner en todas las estaciones de ferrocarril y en todos los puertos del Reino Unido un anuncio que decía algo así como: «El Gobierno de Su Majestad la Reina anuncia que en la República Argentina la vida no está garantizada». Era la época de la gran emigración y el comienzo de las grandes empresas: el Gobierno argentino, informado por su ministro en Londres, se alarmó y exigió la retirada de los avisos. Se respondió que esto solo ocurriría tras el castigo del asesino del súbdito inglés. El asesino fue capturado y condenado inmediatamente.

Los ingleses son el pueblo más odiado de la Argentina —basta decir que allí la palabra *inglés* significa «acreedor»— pero, también, es el más respetado, porque se sabe que quien agravia a un inglés es

castigado. Solo recientemente, en el mes de abril, se ha producido un incidente que parecía ser una excepción. El hijo de un comisario de policía, con la complicidad de un oficial, asesinó de manera vil y horrible a un joven inglés, un tal Barnett. Hubo un período de indecisión porque el asesino tiene altísimas influencias, pero el comportamiento de la diplomacia inglesa ha sido tan resuelto que, finalmente, se inició el proceso penal contra el culpable. Es cierto que a esto han contribuido, también, la actitud enérgica y amenazante de toda la prensa inglesa. El *Times*, después de haber contado sobre las condiciones de la justicia argentina llegó a pedir, en un artículo muy reciente, nada menos que una acción conjunta de las Potencias para garantizar la vida, las propiedades y la libertad de sus respectivos súbditos en la Argentina¹⁴⁴.

¿Y nosotros? ¡Ah! qué larga, dolorosa y espeluznante sería la historia de los crímenes impunes en los que la víctima era italiana. Familias italianas enteras han sido asesinadas justo cuando todos nos estremecíamos por la suerte de «miss Stone», sin saber de los trágicos sucesos que hacían correr nuestra sangre, allá lejos, en lugares casi ignorados.

¹⁴⁴ Era habitual la intervención de las potencias europeas si alguna de ellas tenía algún conflicto en Latinoamérica. Como el caso del bloqueo naval a Venezuela ejercido por Gran Bretaña, Alemania e Italia entre 1902 y 1903, reclamando el pago de empréstitos atrasados y que el país sudamericano se negaba a saldar. En diciembre de 1902 —ante la negativa de los Estados Unidos de ejecutar la *Doctrina Monroe* e invocar que solo actuaría ante ataques de potencias que intentaran recuperar territorios americanos— el entonces ministro de Relaciones Exteriores argentino, Luis María Drago, anunció la llamada *Doctrina Drago*, que establece que ningún Estado extranjero puede utilizar la fuerza contra una nación americana con la finalidad de cobrar una deuda de tipo económico. La presión norteamericana y la invocación de la Doctrina Drago hicieron que las potencias extranjeras europeas levantaran el bloqueo. Como consecuencia del conflicto se promulgó el *Corolario Roosevelt* (1904) por el cual los Estados Unidos podrían intervenir en los asuntos de los países latinoamericanos, lo que llevó a un incremento de su influencia en la región.

Otro ejemplo que muestra cómo, en virtud de su diplomacia, el Gobierno inglés –por decirlo con la expresiva frase popular– «conoce a sus pollos». Una colonia de galeses, asentada desde hace 28 años en Chubut, ha protestado ante el gobierno de su país contra muchas injusticias de la que fue víctima. En casos similares, nosotros intercambiamos telegramas con el Gobierno argentino –si es que no nos limitamos solo a conversaciones con su representante en Roma– recibimos las habituales y categóricas desmentidas acompañadas de conmovedoras garantías de amistad y simpatía, y nos declaramos «satisfechos». El Gobierno inglés conoce el valor de ciertas garantías oficiales; y es más práctico: ha enviado una Comisión de investigación para ver e informar. La Comisión llegó «a hurtadillas», evitando cualquier contacto con las autoridades para no obstaculizar el accionar de su Gobierno, y se puso a trabajar. Ha constatado cosas que harían temblar de indignación a cualquier alma anglosajona, y ha informado. El Gobierno inglés ha ofrecido a esos colonos unas tierras en Canadá. En Londres, en un momento y por suscripción pública, se han recaudado ochenta mil libras para los gastos del viaje, y últimamente, los galeses de Chubut han vuelto a refugiarse bajo la sombra protectora de la *Union Jack*¹⁴⁵. Todo esto pasó sin que se intercambiara la más mínima nota con el Gobierno argentino, lo que habría provocado o mentiras o una innecesaria tensión en las relaciones.

También Inglaterra ha actuado cerrando sus puertos al ganado argentino, tras el intento de introducir en Inglaterra bueyes argentinos enfermos de fiebre aftosa. Cada cierto tiempo el Gobierno de la República declara que la fiebre aftosa ya no existe; por su parte, el gobierno inglés renueva una investigación con

¹⁴⁵ Es la bandera del Reino Unido, también llamada *Union Flag*. Fue oficialmente adoptada por los reinos de Inglaterra, Escocia e Irlanda en 1801.

los *estancieros* ingleses y, como consecuencia de ella, los puertos siguen cerrados.



Es inútil seguir comparando la labor de nuestra diplomacia en América y el trabajo de las otras. Por razones que no dependen ni de la voluntad ni de la calidad de nuestros representantes, sino de un sistema equivocado, al menos allí, nuestra diplomacia no responde a todos sus objetivos.

Tiene una misión que es política, económica y humanitaria; pues bien, nosotros allí somos poco temidos, poco respetados, poco protegidos y poco defendidos.

Esta es la amarga verdad.

CONCLUYENDO SOBRE LA ARGENTINA

del *Corriere della Sera* del 5 de septiembre de 1902

AL ESCRIBIR MIS PRIMERAS CARTAS de la Argentina, no habría creído el haber mantenido entretenido al lector durante tanto tiempo con los asuntos de aquella república. Tenía la intención de rastrear rápidamente, como mejor pudiera, la fisonomía de aquel país en el que viven tantos italianos; simplemente informando las impresiones de ese extraño estado de cosas observadas con ojos italianos. Sin embargo, las primeras publicaciones tomaron un carácter absolutamente inesperado para mí: el de las revelaciones.

Las breves y, pronto extinguidas, polémicas que surgieron en aquel momento, demostraron que lo que escribí era nuevo para muchos. Creí que era mi deber ofrecer los más amplios detalles, para no atenerme a la simple exposición de mis observaciones personales, sino para demostrar la verdad con la mayor abundancia posible de pruebas, hechos y documentos.

Escribiendo desde allí, podía imaginar todo, excepto decir cosas que eran nuevas para nosotros. Ciertamente no estaba informando historias secretas; los que viven y han vivido en la Argentina las conocen de sobra. Se trata de una situación conocida por millones de personas sobre las que cientos de periódicos locales escriben mucho y los políticos discuten; se trata de hechos tangibles, controlados por todo un pueblo, que pueden ser juzgados de una manera u otra, según la conciencia o la costumbre,

pero que son hechos; se trata de la totalidad de la vida especial de un país, un tercio de la cual, es de sangre italiana, y en la que no hay nada misterioso ni oculto. Y nosotros, los italianos, que más que ningún otro pueblo tenemos el derecho y el deber de saber todo, nosotros, en su mayoría, sabíamos poco o nada al respecto.



Este hecho nos condena. Podemos gritar contra las injusticias y los engaños que tan a menudo esperan a nuestros pobres emigrantes, pero no podemos librarnos de nuestra parte de responsabilidad en estos males. Nuestra culpa se llama «indiferencia».

Desde hace treinta años nuestra emigración se dirige a las regiones de América del Sur, atraídos de todas las maneras posibles, y nosotros apenas hemos sentido la necesidad de saber exactamente lo que estaba ocurriendo con este torrente de gente que estaba abandonando la patria. De vez en cuando, alguna voz honesta se ha alzado para denunciar las infamias de las que son víctimas nuestros emigrantes, pero se extinguió sin dejar un largo y profundo eco en la conciencia pública. Se ha descubierto que la emigración era una urgencia, una necesidad, como una válvula de seguridad que nos salvaba de los peligros de la superpoblación, y esta constatación ha servido demasiado como excusa para nuestra indiferencia. Y cuando, después de tantos años, hemos pensado en nuestros emigrantes, solo hemos visto las miserias de su partida; la mirada no se dirigía más allá del mar; y hemos mejorado las condiciones de su viaje sin considerar que el viaje no es nada, es el brevísimo exordio de sus sufrimientos, es el umbral de su nueva vida, un umbral que puede ser tosco o liso.

Hemos tenido informes interesantes sobre estos países y la vida que allí se desarrolla —y de los que vale la pena pasar por alto— que nos han mostrado solo los lados hermosos y seductores.

Hemos visto las riquezas y hemos visto los progresos, y nos hemos conformado con ello, sin preguntar cuánta de nuestra sangre costaban estas bellezas. No hemos pedido las tablas de mortalidad, no hemos visto a los caídos de nuestro inmenso ejército que cruzó el Atlántico en escuadras para luchar silencioso, bajo otra bandera, la batalla más desesperada.

La gran mayoría no ha sabido nada de las trampas, los abusos, la violencia y las injusticias que tan a menudo esperaban a nuestros trabajadores ... ¿cómo podíamos, entonces, ofrecer ayuda, protección y defensa? Las cosas americanas nos parecían tan distantes que solo nos interesaban vagamente, como una curiosidad. Así, hemos dejado que esos males crecieran, se agigantarán y se vuelvan endémicos, casi incurables.



No podemos pensar seriamente en remediar el pasado; nos vemos obligados a presenciar el espectáculo de tanto dolor y tanta miseria, impotentes a darles alivio. Gran parte de tanta desgracia se debe a causas sobre las que no podemos hacer nada. El Gobierno argentino tiene el pleno derecho de ser malo o pésimo, de endeudarse y de imponer gravámenes al pueblo, de regirse a sí mismo como mejor lo considere, de arruinar o no las finanzas del país.

Pero el pasado puede servir de lección para el futuro. La crisis argentina, por grave que sea, se solucionará; aquel Gobierno —que ya ha asignado una cantidad nada despreciable de fondos para la propaganda en el extranjero a favor de la emigración— abrirá a la colonización nuevos territorios que aún no han sido explotados; la corriente emigratoria se reformará, y hasta una nueva crisis, las cosas cambiarán para bien (bien en el sentido general de la economía pública, entendámonos).

Pues bien, aprovechemos esta pausa para preparar a nuestra emigración. Hagamos de modo que las ilusiones desaparezcan de la imaginación de nuestras masas antes de que salgan de casa, antes de que la misma dolorosa e irreparable realidad de allí venga con las lágrimas más amargas a lavar sus sueños. Que emigren, pero que emigren armados y listos. Que lo sepan todo de la A, a la Z, que conozcan lo bueno y lo malo, que puedan actuar con sus mentes y sus criterios iluminados por el pleno conocimiento de las cosas, que conozcan los caminos del éxito y también los precipicios que los bordean, las trampas que se les han puesto y las emboscadas que les han preparado. Solo entonces, tendremos una emigración fuerte, consciente, útil a sí misma y a la patria.

Nuestro primer deber está en esta «bendita propaganda», pero no es suficiente. Regulemos nuestra emigración. Antes de que se mueva exijamos saber a dónde irá y qué trabajo está reservado para ella; demandemos garantías. Si para la colonización de un nuevo territorio se requieren cincuenta mil trabajadores, que sean conocidas las condiciones y formas de contratación. El emigrante que se va, supongamos, debe ser capaz de decir: «Voy a esta región, voy a tener tanta cantidad de terreno, y en estas condiciones que me convienen». Los emigrantes del sur podrán elegir las regiones más cálidas, los de la alta Italia, las templadas. Todo esto no puede sobrevenir allí donde los emigrantes apenas acaban de desembarcar y se congregan a la espera de que se ocupen de ellos, ajenos a todo, con la imposibilidad material de reaccionar, de protestar o de hacer oír su voz una vez diseminados por la República.

La vigilante tutela de la Patria no debe abandonar al emigrante cuando llega al lugar; el cumplimiento de los pactos debe ser controlado con los medios más rápidos, más serios y más discretos.



Veamos la emigración desde su verdadero aspecto. No se trata solo de un lastre que lanzamos para estar más ligeros, tal como una conveniente teoría quiere hacer creer. No se trata de una multitud de gente pobre de la que nos alegra deshacernos, y agradeciendo a los países que le ofrecen la tradicional «hospitalidad generosa», como algunos se atreven a repetir aún hoy. No, no, la cosa es, gracias a Dios, mucho más digna; en el fondo, se trata de demanda de mano de obra de parte de los nuevos países y de parte nuestra. Es un comercio de fuerzas, nobles fuerzas de las que todo surge; las fuerzas motrices de la civilización. No estamos, en absoluto, obligados a echarlas fuera; la sobreabundancia de mano de obra en Italia no es absoluta, sino relativa a la escasez que tienen otros. Tanto es así, que la corriente emigratoria sufre variaciones de importancia no tanto por los cambios de nuestras condiciones, sino por los cambios de estas en los nuevos países, y las estadísticas de la emigración hacia la Argentina así lo indican. Si la Argentina no mejorara su situación, se vería que nuestro «lastre» puede quedarse en casa. Hay oferta y demanda, por lo tanto, podemos negociar.

Nuestro Gobierno así lo entendió vagamente cuando, a finales del año pasado, propuso al Gobierno argentino llevar a cabo un experimento de elegir la emigración para la colonización; bajo ciertas condiciones, comenzando con unos pocos cientos de trabajadores. Era un principio de intervención. Pero el Gobierno argentino, que incondicionalmente recibió treinta y un mil emigrantes italianos el año pasado, evitando toda tratativa, declinó la oferta. Era necesario impedir la emigración incondicional, y se tendría que negociar. No conocemos más que dos medidas extremas en materia de emigración, e igual de malas; o prohibirlo absolutamente para un determinado país o permitirlo sin límites, sin frenos y sin medida. Para la emigración a ciertos estados deberíamos establecer ciertas condiciones. Si

no se aceptan significa: o bien que no hay demanda de trabajo —entonces, es mejor que los emigrantes no vayan— o que no hay intención de dar garantías a los emigrantes contra los abusos, los fraudes, la violencia y las injusticias —entonces, también es mejor que los emigrantes no vayan, para ahorrarse inevitables dolores y desengaños, o que se vayan a otro lugar donde sus derechos están mejor reconocidos y más respetados—.



Está muy bien que la opinión pública italiana comience a interesarse seriamente de lo que ocurre al otro lado del Atlántico. Hasta ahora, al Gobierno argentino le ha faltado el control de la opinión extranjera, y este control podrá mejorar muchas más cosas que todos los diplomáticos juntos.

El pueblo argentino se preocupa enormemente por las apariencias. «Nuestro ideal no consiste en adquirir valores —escribió Agustín Álvarez¹⁴⁶, un político argentino— sino en adquirir importancia». Esta una característica totalmente española, el cubrir orgullosamente con una bonita capa, todas sus manchas y sus miserias. En escritos y discursos siempre se transparenta el pensamiento de «¿Qué se diría en el extranjero si se supiera que...?». Para ellos, «el extranjero» es como la opinión pública para un particular.

¿Cuántas personas no hacen daño no porque no tengan ganas, sino porque tienen miedo de que se sepa? De esta forma, los argentinos, probablemente, actuarían mejor si supieran que están siendo observados. Y a nosotros nos importará poco si se aconseja el bien por orgullo y por amor propio más que por convicción, siempre y cuando el bien venga.

¹⁴⁶ Ver nota 72.

Tan cierto es esto, que ahora, tras las publicaciones sobre las cosas argentinas hechas por la parte más seria y acreditada de la prensa inglesa, publicaciones en las que la Justicia, las administraciones, el Gobierno y las finanzas de la Argentina fueron descritas con crudeza, allí han comenzado serios debates sobre nuevas e importantes reformas.

Puede que las reformas no lleguen, pero se habla de ellas y esto, para la Argentina, es más un buen resultado debido al control de la opinión pública extranjera, que para los argentinos que es algo tan nuevo como molesto.

Tenemos un mayor interés que los ingleses, y no solo, de mantenernos informados de los asuntos argentinos. Ellos vigilan su capital; nosotros tenemos que vigilar a nuestros hermanos. La diferencia es infinita. Las desgracias inglesas en la Argentina están escritas en cifras en el «debe» del libro mayor contable; pero no hay cifra que pueda marcar el valor de todas las penas, las angustias, las desesperaciones, las lágrimas y la sangre, que forman la suma de nuestras desgracias.



Si pudiera estar seguro de que con mi humilde trabajo he contribuido a hacer un mínimo de bien, me sentiría feliz. Pero los males son tan vastos, profundos y antiguos, que yo, poniendo hoy la palabra «fin» a esta rápida exposición de cuestiones argentinas, no puedo sustraerme de esa sensación de amargura y desánimo que atormenta a quien siente la sensación de haber hecho un trabajo inútil y se da cuenta de la inmensa desproporción entre sus propias fuerzas y el objetivo que se había propuesto.

FIN

BIBLIOGRAFÍA

- ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS, *Diccionario de la lengua de la Argentina*. Buenos Aires, Ediciones Colihue SRL, 2020.
- ALBERDI, Juan Bautista, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación, 2017. En: <https://bcn.gob.ar/uploads/BasesAlberdi.pdf> [consultado el 10 de julio de 2021].
- ARMUS, Diego, «Manual del emigrante italiano», en *Historia testimonial argentina. Documentos vivos de nuestro pasado*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1998.
- BELÍN SARMIENTO, Augusto, *Una república muerta*. Buenos Aires, Imprenta Mariano Moreno, 1892.
- BERTAGNA, Federica, *La stampa italiana in Argentina*. Roma, Donzelli, 2009.
- BLASCO IBÁÑEZ, Vicente, *Argentina y sus grandezas*. Valencia, Prometeo Soc. Editorial, 1910.
- BONGHI, Ruggiero, *Perché la letteratura italiana non sia popolare in Italia. Lettere critiche di R. Bonghi*. Napoli, Domenico Morano Libraio-Editore, 1884.
- CALVIÑO, Adolfo, *La crisis de 1890 a través del Congreso: el estallido, 1890-1891*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993.
- CAMPOBASSI, José S., *Sarmiento y su época II*. Buenos Aires, Editorial Losada, 1975.
- COLARIZI, Simona, *Luigi Barzini. Una storia italiana*. Venezia, Marsilio Editori, 2017.
- COMMISSIONE CENTRALE D'IMMIGRAZIONE, *Guida per l'emigrante italiano alla Repubblica Argentina. Porto di Buenos Aires. Documento ufficiale*. Firenze, Andrea Bettini Librajo Editore, 1870.

- COSTANZO, Gabriela Anahí, «Lo inadmisile hecho historia: la Ley de Residencia de 1902 y la Ley de Defensa Social de 1910», en *Revista Sociedad*, Vol. 26 (2007), (189-208). En: <https://www.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/15.-Lo-inadmisile-hecho-historia-N%C2%B026.pdf>, 2007; Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires [consultado el 23 de julio de 2021].
- CUCCORESE, Horacio Juan, *Historia de los ferrocarriles en la Argentina*. Buenos Aires, Ediciones Macchi, 1969.
- DAGNINO, Carlos Alejandro, «Estación San Jacinto (BAP)». En *Horizonte Ferroviario* <https://horizonteferroviario.blogspot.com/2016/12/estacion-san-jacinto-bap.html>, (21 de diciembre de 2016) [consultado el 26 de julio de 2021].
- DE MARCO, Miguel Ángel (2006). *Historia del periodismo argentino: desde los orígenes hasta el centenario de Mayo* [en línea]. Buenos Aires, Educa. En: <https://repositorio.uca.edu.ar/bitstream/123456789/7909/1/historia-periodismo-argentino-desde-origenes.pdf> [Fecha de consulta: 20 de julio de 2021].
- DE PAULA, Alberto, Girbal-Blacha, Noemí y Balsa, Javier, *Historia del Banco de la Provincia de Buenos Aires, 1822-1997*. Buenos Aires, Ediciones Macchi, 1969.
- ENCICLOPEDIA TRECCANI, «Corriere della sera», en *Dizionario di Storia* Corriere della sera in «Dizionario di Storia» (treccani.it), 2010; [consultado el 19 de julio de 2021].
- ENCICLOPEDIA TRECCANI, «Emigrazione italiana», en *Dizionario di Storia* emigrazione italiana in «Dizionario di Storia» (treccani.it), 2010; [consultado el 16 de julio de 2021].
- GÁLVEZ, Víctor, *Memorias de un viejo. Escenas de costumbres de la República Argentina*. Tomo Segundo. Buenos Aires, Jacobo Peuser Editor, 1888.
- GARABEDIAN, Marcelo Hugo, «'El Correo Español' de Buenos Aires. Una lectura social sobre el nacionalismo español y la construcción asociativa desde el periódico (1872-1905)», en *História & Perspectivas*, n. 56 jan./jun. 2017 (13-38). Minas Gerais, Universidade Federal de Uberlândia, 2017.

- LEY N° 817, de 1876. De Inmigración y Colonización, por la cual se crea un Departamento General de Inmigración bajo la dependencia inmediata del Ministerio del Interior. 19 de octubre de 1876. Publicada en R.N.1874/77, pág. 491. En: <https://www.fhuc.unl.edu.ar/portalgringo/crear/gringa/archivo/pdf/Ley%20nacional%20de%20inmigracion%20y%20colonizacion>
- MINISTERIO DEL INTERIOR, «El camino de los inmigrantes», en *Museo de la Inmigración* <https://www.argentina.gob.ar/interior/migraciones/museo/el-camino-de-los-inmigrantes>, s/d; [consultado el 23 de julio de 2021].
- MINISTERO DEGLI AFFARI ESTERI, «Commissariato dell'Emigrazione», en *Emigrazione e colonie raccolta di rapporti dei R. R. Agenti diplomatici e consolari*. Vol. III America, parte II Argentina. Roma, Tipografia de-ll'Unione Cooperativa Editrice, 1908.
- MINISTERO DEGLI AFFARI ESTERI, *Il fondo archivistico Commissariato Generale dell'Emigrazione (1901-1927)*. Roma, Istituto Poligrafico e Zec-ca dello Stato, 1991.
- MORETTI, Mauro, «Villari, Pasquale», en *Dizionario Biografico degli Italia-ni*, Vol. 99, 2020; [consultado el 19 de julio de 2021].
- MORETTI, Mauro, *Pasquale Villari, storico e politico*. Napoli, Liguori Edi-tore, 2005.
- MULHALL, Michael George y MULHALL, Edward Thomas, *Manual de las Repúblicas del Plata*. Buenos Aires, Imprenta del «Standard»; London, Edward Stanford, 1876.
- OTEIZA GRUSS, Viviane Inés, *Le Courier de la Plata, diario de la colec-tividad francesa rioplatense*. Buenos Aires, Pontificia Universidad Católica Argentina, 2006. En: <https://repositorio.uca.edu.ar/bits-tream/123456789/16263/1/courrier-la-plata-diario.pdf> [consultado el 20 de julio de 2021].
- PANTALEONE, Sergi, *Patria di carta. Storia di un quotidiano coloniale e del giornalismo italiano in Argentina*. Cosenza, Luigi Pellegrini Editore, 2012.
- PAYRÓ, Roberto, *Los italianos en la Argentina*. Buenos Aires, Imprenta de 'La Nación', 1895.

- PETRIELLA, Dionisio, «Los italianos en la historia del progreso argentino», en *Cuadernos de la «Dante»*. N. 28. Buenos Aires, Asociación Dante Alighieri, 1985.
- POY, Lucas y CARUSO, Laura, «Las huelgas del Riachuelo. Los primeros conflictos obreros en el puerto de Buenos Aires, 1889 y 1895», en *11º Congreso Nacional de Estudios del Trabajo: «El mundo del trabajo en discusión. Avances y Temas pendientes – Asociación Argentina de Especialistas en Estudios del Trabajo»*. En: https://aset.org.ar/congresos-anteriores/11/ponencias/p18_Poy.pdf, 2013; Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad de Buenos Aires; [consultado el 23 de julio de 2021].
- ROCCA, Edgardo José, «La pirámide de Mayo cumple 200 años». En *Todo es historia*, n. 526, mayo 2011. Buenos Aires, Todo es historia SA, 2011.
- SCOPPOLA, Pietro, «Bonghi, Ruggiero», en *Dizionario Biografico degli Italiani*, Vol. 12, 1971; [consultado el 30 de julio de 2021].
- TRADICIÓN GAUCHA, «Nuestras Tradiciones: El Recado». En: *Tradición gaucha. El sitio de la Tradición Gaucha Argentina* (2000), <https://www.tradiciongaucha.com.ar/Tradiciones/Recadoporteno.htm> [consultado el 26 de julio de 2021].
- WILDE, Eduardo, *Viajes y observaciones. Cartas a 'La Prensa' e inéditas*. Tomo I. Buenos Aires, Imprenta de Martín Biedma, 1892. En: *Viajes y observaciones : cartas a «la Prensa,» inéditas* (archive.org) [consultado el 16 de julio de 2021].

ÍNDICE DE OBRAS

Guía del Emigrante italiano en la República Argentina (pp. 27, 29, 30, 32)

Gulliver, de Jonathan Swift; 1726 (p. 172)

La scoperta de l'America, de Cesare Pascarella; 1894 (p. 36)

ÍNDICE DE PERSONAS

A

- Adán, primer hombre según la Biblia (p. 132)
Alberdi, Juan Bautista, abogado, escritor y diplomático argentino (pp. 12, 50)
Álvarez, Agustín, abogado, sociólogo y político argentino (pp. 109, 110, 264)

B

- Balzan, Eugenio Francesco, periodista italiano (p. 18)
Barolo, Domenico, inmigrante italiano (p. 249)
Barzini, Luigi, periodista italiano (pp. 11, 12, 14, 15, 16, 19)
Belgrano, Manuel, abogado y militar argentino (p. 36)
Belín Sarmiento, Augusto, escritor y político argentino (pp. 95, 96, 97, 98, 99, 127, 129, 132)
Bismarck, Otto von, político y estadista alemán (p. 103)
Bonghi, Ruggiero, filólogo y político italiano (p. 215)

C

- Campos Salles, Manuel Ferraz de, político brasileño (p. 195)
Cané, Miguel, escritor y político argentino (pp. 156, 201)
Carlomagno, rey de los francos (p. 131)
Carta Molina, Pedro, físico, médico y naturalista italiano (p. 188)
Cavour, Camilo Benso, conde de, político y patriota italiano (pp. 206, 219)
Chamfort, Nicolás de, escritor y moralista francés (pp. 110, 111)

D

- De Angelis, Pietro, docente, escritor e historiador italiano (p. 189)
Dellepiane, Federico, inmigrante italiano (p. 250)
Dickens, Charles, escritor inglés (p. 181)
Dumont, Santos, aeronauta brasileño (p. 35)

F

- Ferraris, Carlo, naturalista italiano (p. 188)
Franchetti, Ivano, inmigrante italiano (p. 250)
Freyre, Rodolfo, abogado y político argentino (pp. 115, 148)

G

- Giorgenti, Pietro, inmigrante italiano (p. 250)
Grippa, Giacomo, estudioso italiano (p. 183)

I

- Isabel I, reina de Inglaterra (p. 181)

J

- Juárez Celman, Miguel, político argentino (pp. 14, 38, 61, 65, 79)

L

- Luzzetti, Giuseppe, marino, ingeniero y docente de matemática (p. 189)

M

- Margherita di Savoia, reina de Italia (pp. 207, 219, 236)
Martinoli, Giuseppe, doctor en filosofía y letras, abogado y docente (pp. 93, 96, 97, 99)
Moneta, Pompeyo, topógrafo italiano (p. 188)
Mossotti, Ottavio Fabrizio, físico, matemático, astrónomo y topógrafo italiano (p. 188)
Muscari, Eduardo, militar italiano al servicio de la armada argentina (p. 134)

O

Ohnet, George, escritor y periodista francés (p. 169)

P

Pascarella, Cesare, poeta y pintor italiano (p. 36)

Pellegrini, Carlos, político argentino (pp. 14, 38, 50, 61, 84, 140, 154)

Podestá, arquitecto italiano (p. 37)

Portela, Epifanio, periodista y político argentino (p. 141)

R

Ramorino, Giovanni, naturalista y docente italiano (p. 189)

Ricchieri, Pablo, militar y político (pp. 130, 131)

Rivadavia, Bernardino, político argentino (pp. 188, 190)

Rivadavia, Martín, comodoro de la armada argentina (p. 134)

Roca, Julio Argentino, militar y político argentino (pp. 78, 79, 100, 103, 106, 130, 134, 161)

Rosas, Juan Manuel, militar y político argentino (pp. 110, 181)

Rossetti, Emilio, ingeniero, matemático y docente italiano (p. 189)

S

Sarmiento, Domingo Faustino, escritor, político, militar y docente argentino (pp. 13, 78, 87, 95, 100, 127, 188)

Severini, Pasquale, inmigrante italiano (p. 250)

Speluzzi, Bernardino, ingeniero y docente italiano (pp. 188, 189)

Stefani, Guglielmo, escritor y periodista italiano (pp. 125, 126)

Ströbel, Pellegrino, zoólogo y naturalista italiano (pp. 188, 189)

T

Tarnassi, Giuseppe, jurisconsulto, docente y literato italiano (p. 190)

U

Umberto I, rey de Italia (pp. 206, 208, 219, 236)

V

Vittorio Emanuele II, rey de Italia (pp. 206, 207)

ÍNDICE DE INSTITUCIONES

A

- Abruzzo, asociación (pp. 207, 208)
- Agencia Havas (p. 81)
- Asociación Galileo Galilei (pp. 206, 208)

B

- Banco Anglo-Argentino (p. 40)
- Banco Británico de América del Sur (p. 39)
- Banco de Londres y Brasil (p. 39)
- Banco de Londres y Río de la Plata (p. 39, 40)
- Bolsa de Buenos Aires (pp. 140, 141, 142)
- Bolsa de Londres (p. 40)

C

- Cámara de Comercio Italiana de Buenos Aires (p. 179)
- Centro Pugliese (p. 207)
- Ciudad de Córdoba (pp. 142, 143)
- Circolo Sannitico (pp. 207, 208)
- Club del Progreso (p. 143)
- Colonia Cello (p. 241)
- Colonia Italiana (p. 219)
- Colonia Josefina (p. 241)
- Colonia Nuova Roma (p. 236)
- Colonia Nuova Torino (pp. 235, 236)
- Colonia Santa Rita (p. 241)
- Comisaría General de Emigración (pp. 27, 33)
- Comisariado (p. 133)

Commissariato dell'Emigrazione (pp. 18, 77)
Consulado de Milán (p. 31)
Correo Español, diario español (p. 75)
Corriere della Sera, diario italiano (pp. 11, 12, 15, 18, 75, 79)

D

Dirección de Emigración (p. 147)

E

El Censor, diario argentino (p. 87)
El Diario, periódico de Rosario (pp. 96, 101, 109, 130)
El Municipio, diario de Rosario (pp. 76, 122)
El País, diario argentino (pellegrinista) (pp. 84, 140, 154)
El Siglo, diario argentino (p. 122)

F

Figli di Sicilia, asociación (p. 207)
Figlie d'Italia asociación femenina (p. 207)
Fratellanza Artigiana (p. 207)

G

Giovane Italia (pp. 206, 208)
Guardia Nacional (p. 133)

H

Hotel de Inmigrantes (pp. 48, 49, 78, 79, 227)

I

Italia al Plata (p. 206)
Italia Risorta (p. 206, 208)
Italia Unita (p. 206, 208, 219)
Italia, sociedad de socorro mutuo (p. 206)

J

Jockey Club (p. 140)

L

- La Capital, diario de Rosario (p. 120)
La Libertad, diario de Córdoba (p. 106)
La Ligure di M. S. (p. 207)
La Nación, diario argentino (mitrista) (pp. 78, 84, 85, 88, 100, 106, 111, 112)
La Patria degli Italiani, diario italiano (pp. 73, 86, 93, 101, 104, 105, 119, 155, 156, 157, 237, 245)
La Prensa, diario argentino (pp. 38, 39, 73, 75, 79, 80, 81, 85, 87, 89, 95, 96, 98, 100, 101, 102, 104)
La República, diario de Rosario (pp. 119, 249)
La Unione Sarda (p. 207)
La Veneta de M. S. (p. 207)
La Verdad, diario de Entre Ríos (p. 105)
Le Courier de la Plata, diario francés (pp. 74, 121)
Le Temps, diario francés de París (pp. 80, 81)
Loan y Agency Comp. (p. 40)
Los Principios, diario de Córdoba (p. 143)

M

- Magna Grecia, asociación (p. 207)
Margherita di Savoia, asociación femenina (pp. 207, 219)
Municipalidad de Buenos Aires (pp. 58, 156)

N

- New Zealand and River Plate Lond Mortgage Comp. (p. 40)
Nuova Italia (p. 206)
Nuova Partenope (p. 207)
Nuova XX Settembre (p. 206)

O

- Oficina de Obras Públicas del Estado (p. 188)

P

- Partenope, asociación (p. 207)

Policía (pp. 16, 84, 115, 116)
Progresso e Fratellanza (p. 207)

R

River Plate Trust (p. 40)

S

Sociedad Colonizadora Popular (p. 238)
Sociedad Hipotecaria Inglesa (p. 40)
Società Dante Alighieri (pp. 19, 208)
Società di Beneficenza (p. 209)
Società femminile (p. 207)
Stella di Napoli (p. 207)

T

Tammany Hall, organización política demócrata (pp. 97, 99)
The Standard, diario inglés (p. 74)
The Times, diario inglés de Londres (pp. 80, 125, 256)

U

Unione Calabrese (p. 207)
Unione e Benevolenza (pp. 206, 219, 221)
Unione e Benevolenza femminile (p. 207)
Unione e Fratellanza (p. 207)
Unione Italiana (p. 206)
Unione Meridionale (p. 207)
Unione Operai Italiani (pp. 206, 208, 219)
Universidad de Buenos Aires (pp. 188, 189, 190)
Universidad de Córdoba (p. 188)

X

XX Settembre (p. 206)

Z

Zoo de Londres (p. 138)

ÍNDICE DE LUGARES

A

- Abruzzos, región de Italia (p. 216)
África (pp. 84, 171, 253)
Alemania (pp. 126, 148, 194, 196, 218, 256)
Amberes, Bélgica (p. 253)
América (pp. 12, 28, 29, 30, 36, 50, 55, 56, 127, 196, 204, 214, 227, 258)
América del Norte (p. 139)
América del Sur (pp. 252, 260)
América Latina (p. 213)
Atlántico, océano (pp. 21, 125, 186, 200, 251, 261, 264)
Australia (p. 61)
Avenida de Mayo (p. 36)
Avenue des Champs-Elisées (p. 36)

B

- Bahía Blanca, localidad bonaerense (pp. 111, 121, 151, 155, 182, 249)
Barracas al Sur (p. 84)
Belgrano, barrio porteño (p. 41)
Bell Ville, ciudad de Córdoba (p. 119)
Berlín (pp. 59, 253)
Blanche, plaza (p. 42)
Bolivia (p. 180)
Brasil (pp. 68, 195, 214, 228, 253)
Buenos Aires, ciudad (pp. 13, 15, 16, 28, 29, 30, 31, 35, 36, 40, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 49, 55, 56, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 77, 78, 85, 90, 108, 116, 118, 122, 123, 125, 126, 136, 138, 140, 142, 151,

154, 158, 159, 172, 180, 181, 195, 197, 205, 209, 210, 218, 219,
220, 221, 224, 227, 245)
Buenos Aires, provincia (pp. 69, 84, 111, 132, 166, 182, 238)

C

Cádiz (p. 35)
Canadá (pp. 18, 61, 63, 214)
Carmen de Patagones, localidad bonaerense (p. 84)
Catamarca, provincia (p. 95, 120)
Chacabuco, localidad bonaerense (pp. 87, 156)
Chaco, provincia (pp. 49, 182, 238, 242)
Chile (pp. 43, 126, 141, 155, 183)
China (pp. 15, 196, 250, 253)
Chivilcoy, localidad bonaerense (p. 83)
Chos-Malal, localidad neuquina (pp. 118, 120)
Chubut, provincia (pp. 214, 257)
Chubut, río (p. 149)
Colonia Belgrano, departamento de Rosario (p. 119)
Colonia Bella Vista, localidad correntina (p. 121)
Colonia Pilar, comunidad de Santa Fe (p. 235)
Colorado, río (p. 149)
Concepción del Uruguay, localidad de Entre Ríos (p. 120)
Constantinopla (p. 253)
Cordillera de los Andes, cadena montañosa de América del Sur
(pp. 125, 182)
Córdoba, ciudad (p. 142)
Córdoba, provincia (pp. 104, 105, 150, 157, 182, 183)
Corrientes, provincia (p. 81)
Corso di Roma (p. 42)
Cowland, localidad bonaerense (p. 160)

D

Deseado, río (p. 149)

E

Entre Ríos, provincia (pp. 100, 150, 156, 157, 182, 183, 242)
Ermita de Friedrichsruhe (p. 103)
España (pp. 14, 36, 160, 183, 196, 218)
Estados Unidos (pp. 15, 61, 63, 196, 214, 237)
Estrecho de Magallanes (p. 149)
Europa (pp. 13, 32, 36, 43, 60, 80, 94, 103, 106, 197, 199, 237, 255)

F

Florida, calle (p. 42)
Francia (pp. 14, 196, 218)
Friedrichsruh, municipio alemán (p. 103)

G

General Roca, provincia de Río Negro (p. 106)
Génova (p. 24, 26)
Gran Chaco, región argentina (pp. 149, 231)
Guatemala (p. 180)

H

Hamburgo (p. 184)
Hipódromo de Buenos Aires (pp. 43, 140)
Holborn, barrio londinense (p. 181)
Hotel de Inmigrantes (pp. 48, 49, 78, 79, 227)

I

Inglaterra (pp. 14, 32, 65, 69, 70, 177, 194, 196, 218, 254, 257)
Italia (pp. 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 27, 28, 29, 32, 50, 55, 73, 94,
148, 184, 187, 191, 193, 194, 196, 197, 201, 209, 216, 218, 222,
223, 224, 227, 248, 262, 263)

L

La Boca (del Riachuelo) (pp. 44, 45)
La Meca (p. 50)
La Pampa (pp. 31, 41, 118, 149, 150, 165, 175, 178, 186, 218, 234)

La Plata, ciudad (pp. 60, 155, 238)
La Rioja, provincia (pp. 95, 120)
Liguria (p. 216)
Lomas de Zamora, localidad bonaerense (p. 84)
Londres (pp. 15, 40, 41, 65, 68, 138, 184, 187, 253, 255, 257)

M

Mendoza, ciudad (pp. 154, 156, 228)
Mendoza, provincia (pp. 62, 157, 182, 186)
Mercedes, localidad bonaerense (pp. 159, 160, 163)
Ministro Brin, calle (p. 45)
Misiones (p. 149)
Molo Giano (p. 26)
Molo Lucedio (p. 26)
Molo Vecchio (p. 25)
Montmartre (p. 42)
Moulin Rouge (p. 42)

N

Neuquén, provincia (p. 101)
Noruega (p. 63)
Nueva York (p. 238)
Nuremberg (p. 35)

O

Open Door, localidad bonaerense (p. 160)
Otranto, Lecce (Apulia) (p. 253)

P

Palacios Vaticanos (p. 38)
Palermo, parque (p. 43)
Panteón, Roma (p. 38)
Paraguay (p. 228)
Paraná, ciudad (p. 156)
Paraná, río (pp. 149, 238)

París (pp. 42, 43, 59, 126, 138, 139, 185, 197)

Patagonia (p. 149)

Pekín (p. 254)

Pila, localidad bonaerense (p. 83)

Pistoia, provincia italiana (p. 216)

Plaza de la Victoria (pp. 36, 126)

Pompeya (p. 60)

Puente Federico Guglielmo (p. 25)

Puerto Madero, muelles (pp. 48, 177)

Q

Quebracho, localidad de la provincia de Entre Ríos (p. 88)

R

Rafaela, localidad santafesina (p. 111)

Reino Unido (pp. 32, 255)

Retiro, Estación de (pp. 41, 54)

Riachuelo, puerto (pp. 45, 154)

Río de la Plata (pp. 13, 15, 43, 51, 60, 62, 180, 238)

Roma (pp. 216, 257)

Rosario, ciudad (pp. 89, 107, 118, 119, 182, 229, 249)

Rufino, localidad santafesina (p. 101)

Rusia (p. 237)

S

Salerno, Sicilia (p. 53)

Salinas, Desierto de las (p. 49)

Salta, provincia (pp. 49, 156)

Sampierdarena, Génova (p. 23)

San Agustín, localidad santafesina (p. 158)

San Antonio, localidad de Catamarca (p. 120)

San Fernando, localidad bonaerense (p. 83)

San Jacinto, estancia (pp. 160, 163, 164, 167)

San Jacinto, partido de Mercedes, provincia de Buenos Aires (pp. 164, 167)

San Juan, provincia (pp. 87, 89, 90, 99, 100, 156, 157, 182)
San Luis, provincia (pp. 95, 158)
San Martín, localidad bonaerense (p. 83)
San Nicolás, localidad bonaerense (p. 84)
San Pedro, plaza (p. 38)
San Vicente, provincia de Santa Fe (p. 239)
Santa Fe, ciudad (p. 89)
Santa Fe, provincia (pp. 105, 111, 115, 148, 150, 157, 182, 183, 229, 239, 242)
Santiago del Estero, provincia (pp. 88, 95, 104, 119, 122)
São Paulo, Brasil (p. 253)
Sassari, Cerdeña (p. 253)
Senguer, río (p. 149)
Serodino, localidad santafecina (pp. 107, 108)
Sunchales, localidad santafecina (p. 158)

T

Tandil, ciudad bonaerense (p. 181)
Tierra del Fuego (pp. 56, 149, 182)
Tokio (p. 253)
Transvaal, república sudafricana (p. 152)
Trenque Lauquen, localidad de la provincia de Buenos Aires (p. 121)
Tucumán (pp. 49, 100, 157)

U

Uruguay, río (p. 149)

V

Venezuela (p. 252)
Villa Doria (p. 23)

Y

Yerúa, población rural de Entre Ríos (p. 240)

La Argentina vista como es (L'Argentina vista com'è) nos invita a viajar a inicios del siglo XX de la mano de Luigi Barzini, uno de los periodistas italianos más influyentes de su tiempo, cuando el fenómeno de la emigración italiana había adquirido una magnitud sin precedentes. Con su mirada aguda retrata el gran éxodo italiano hacia la República Argentina, un fenómeno que transformó para siempre la identidad de ambos países. Sus crónicas –publicadas originalmente como cartas en el *Corriere della Sera* entre 1901 y 1902– revelan las esperanzas, temores y contradicciones de quienes buscaban un nuevo comienzo al otro lado del océano. El presente volumen ofrece su traducción anotada, acompañada de comentarios que permiten comprender los engranajes sociales y económicos que impulsaron aquel éxodo masivo. En este complejo entramado emerge una Argentina que aspiraba a poblarse y modernizarse, y una Italia que, entre crisis y privaciones, veía partir a miles de sus hijos. El resultado es un testimonio vibrante, crítico y profundamente humano, que revela luces y sombras de una nación en formación. Un libro para comprender no solo una época, sino también las raíces y la identidad común de dos pueblos.



VNIVERSIDAD
D SALAMANCA

ISBN: 978-84-1091-033-1

